

TOM PHILLIPS

Autor del bestseller internacional **Humanos**

Verdad

Una breve historia de la charlatanería

PAIDÓS

Índice

Sinopsis

Este es un libro sobre la VERDAD y todas nuestras ingeniosas maneras de evitarla a lo largo de la historia.

Se dice que vivimos en una era de la «posverdad». Estados Unidos tuvo un presidente que mentía abiertamente a diario (o que ni siquiera sabía lo que era cierto ni le importaba). Internet ha convertido nuestra vida cotidiana en una batalla de desinformación. La gente ya no confía en los expertos.

Pero, ¿de veras ha existido alguna vez una edad dorada de la veracidad? Como editor de la principal organización verificadora de datos independiente del Reino Unido, Tom Phillips se enfrenta a diario a absolutas sandeces. En este libro nos cuenta la hilarante historia de cómo los humanos nunca hemos dejado de mentirnos los unos a los otros (y a nosotros mismos) a lo largo de los siglos, y formula una pregunta importante: ¿cómo puede avanzar la humanidad hacia un futuro más veraz?

VERDAD

Una breve historia de la charlatanería

Tom Phillips



Para mis padres, que siempre me han enseñado el valor de la verdad.
Aunque, para vuestra información, ya me he enterado de que
el Ratoncito Pérez erais vosotros.
Papá Noel se va a poner furioso cuando descubra
que me habéis mentido.

La contradicción más llamativa de nuestra civilización es la veneración fundamental por la verdad que profesamos y el profundo desprecio hacia ella que practicamos.

VILHJALMUR STEFANSSON,
Adventures in Error, 1936

Nota del autor

Este libro trata de cosas que no son ciertas. Por razones bastante obvias, esto significa que el año pasado viví en un estado de ansiedad casi permanente.

El libro se ocupa de la historia, y la historia es bastante caótica incluso en sus mejores momentos, y está plagada de verdades provisionales, medias verdades y mitos flagrantes. En mi libro anterior, que trataba del error, escribí que «las probabilidades de que este libro sobre las pifias no incluya ninguna pifia son francamente mínimas». (Y, en efecto, desde entonces hemos encontrado unas cuantas, por fortuna ninguna de ellas especialmente espantosa.) Si escribir sobre el tema del error parecía tentar a los dioses del destino, entonces la decisión de continuar con la cuestión de la falsedad supone básicamente obsequiarles con una portería vacía. Y, seamos sinceros, resulta poco probable que los dioses del destino desaprovechen una ocasión clara de gol a puerta vacía a dos metros de distancia.

Así pues, es indudable que este libro contendrá algunos errores. Me he esforzado al máximo por evitarlos y para ello lo he revisado y lo he vuelto a revisar, he acudido en la medida de lo posible a los documentos originales y he tratado de esquivar las trampas de la sobreinterpretación. Las notas finales deberían ayudarte a comprobar los datos por ti mismo (y te animo a que lo hagas). Pero, aun así, seguro que habré cometido algún desliz. Los errores son inevitables; todo cuanto podemos hacer es intentar minimizarlos, reconocerlos y mitigarlos. ¡Este es uno de los principales objetivos del libro! Con ese fin, si detectas algún error fáctico, por pequeño

que sea, te ruego que me escribas a truth@tom-phillips.com. Iré actualizando un listado de correcciones en <tom-phillips.com/mistakes-and-regrets/>.

Introducción. La hora de la verdad

Mientes más que hablas.

¡Espera, no te vayas! Esta es una forma terrible de empezar un libro, lo siento.

En realidad no me estoy metiendo contigo en particular. Y menos si en este momento estás hojeando este libro en una librería y te estás preguntando si deberías comprarlo. ¡Claro que deberías! ¡Tú eres muy inteligente! Además, eres ingenioso y tienes clase. Por decírtelo de una manera clara, no te distingues por ser alguien que genere desconfianza ni pareces especialmente dado a las falsedades. (A menos que resultes ser realmente un timador profesional, en cuyo caso puede que disfrutes con el capítulo 4.)

Sin embargo, mientes más que hablas: eres un mentiroso compulsivo y casi seguro que te equivocas de mil maneras, grandes y pequeñas, acerca del mundo en el que vives. No obstante, no deberías sentirte mal por ello porque —y este es el quid de la cuestión— lo mismo les sucede a todos los que te rodean. Y, puestos a ser completamente sinceros, a mí también me ocurre.

Lo que estoy diciendo es simplemente que, como humanos que somos, nos pasamos nuestra vida nadando en un mar de sandeces, medias verdades y falsedades descaradas. Mentimos y nos mienten. Nuestra vida social depende de un flujo constante de mentiras piadosas. Nos engañan sistemáticamente los políticos, los medios de comunicación, los vendedores y suma y sigue, y el auténtico problema de todo esto es que funciona; no

podemos resistirnos a una mentirijilla bien elaborada. Quizá las mentiras más generalizadas sean las que nos contamos a nosotros mismos.

En nuestros días vemos por doquier graves advertencias de que vivimos en una era de la «posverdad». Oxford Dictionaries declaró «posverdad» su palabra del año 2016; en 2017, en el Reino Unido se publicaron nada menos que tres libros titulados *Post-Truth* (Posverdad) en un mismo día. Los políticos parecen tergiversar, manipular y mentir con creciente impunidad. La opinión pública, nos dicen confiadamente, «está harta de expertos». Internet ha transformado nuestra vida social en un campo de batalla de desinformación, donde cada vez estamos menos seguros de si nuestro tío Jeff es una persona real o es en realidad un bot ruso.

Para ser justos, es muy fácil ver por qué la gente cree que vivimos en una época excepcionalmente resistente a los hechos. Por poner un ejemplo bastante obvio, el anterior presidente de Estados Unidos, Donald Trump, miente a diario, o puede que ni siquiera mienta. [1] Quizá ignore simplemente la verdad y no le importe descubrirla. El efecto viene a ser el mismo. Según el equipo de verificación de datos del *Washington Post*, en el momento de escribir este libro el presidente Trump ha hecho 10.796 «afirmaciones falsas o engañosas» en los 869 días transcurridos desde su toma de posesión, después de lo que han descrito como «un año de engaños sin precedentes». [2]

Esto supone un promedio de más de diez falsedades diarias, y el ritmo de su falta de honestidad parece seguir creciendo con el transcurso del tiempo. Superó la marca de las cinco mil mentirijillas gracias a una ráfaga especialmente intensa de despropósitos el 7 de septiembre de 2018, cuando hizo no menos de ciento veinticinco afirmaciones falsas o engañosas (según el *Post*) [3] en un período de tiempo de tan solo ciento veinte minutos. Esto equivale a más de una falsedad por minuto. Ni siquiera fue ese su día más deshonesto. Ese dudoso título lo ostenta el 5 de noviembre de 2018, en vísperas de las elecciones de mitad de mandato, durante el cual el *Post*

registró ciento treinta y nueve afirmaciones incorrectas en el espacio de tres mítines de campaña.

Es de justicia decir que esto no es especialmente normal. Ahora bien, ¿significa esto que vivimos en la era de la posverdad? Pues aquí estoy yo para decirte que no.

No me malinterpretes. No estoy tratando de convencerte de que nuestro tiempo presente no esté lleno a reventar de cientos de miles de gilipolleces de todos los gustos y colores. ¡Claro que lo está! Pero la idea de que vivimos en una «era de la posverdad» plantea un problema simple: significaría que en algún momento existió una «era de la verdad» que hoy hemos dejado atrás.

Y, por desgracia, las evidencias de una época semejante son... ejem... fragmentarias cuando menos. La idea de que hemos dejado atrás recientemente una suerte de edad dorada de escrupulosa sinceridad y apasionada devoción por la exactitud y la evidencia es, hablando en plata, una solemne majadería.

Sí, corren tiempos de disparates a mansalva. Todos contribuimos a ello en alguna medida, ya sea grande o pequeña; todos hemos transmitido algún rumor infundado y todos hemos hecho clic en el botón de compartir o retuitear sin verificar los aspectos básicos, porque lo que quiera que fuese apeló a nuestros prejuicios personales.

Pero, pese a lo que puedan haberte contado, llevamos así una eternidad.

De esto trata este libro: de la verdad y de todas las ingeniosas formas en las que la humanidad ha logrado evitarla a lo largo de la historia. Porque nada de esto es nuevo. Donald Trump dista mucho de ser el primer político en rociar falsedades en todas las direcciones como un jodido aspersor de jardín. Nunca hemos necesitado iniciar una sesión en Facebook para propagar rumores no verificados y espurios de una persona a otra. Y es que, siempre que ha habido dinero fácil de ganar y personas crédulas a las que

engañar, ha habido alguien dispuesto a interpretar creativamente los hechos para sacarle los cuartos a la gente.

Por supuesto, definir con precisión qué es y qué no es la verdad nunca ha sido tan fácil como algunos podrían pensar. Surgen entonces otros interrogantes como: ¿de dónde viene la falsedad? ¿Es la deshonestidad inherente a los humanos y a la sociedad humana? ¿Son los humanos los únicos seres que mienten? Intentaremos responderlos en el capítulo 1, «El origen de lo engañoso», donde exploraremos las sutiles diferencias entre las «mentiras» y la «charlatanería», descubriremos el hecho inesperado de que existen diferentes colores de la mentira más allá del «blanco», y reflexionaremos sobre la aterradora realidad de que hay muchas más formas de equivocarse que de estar en lo cierto.

Durante varios siglos, la industria de las noticias ha sido una de nuestras principales fuentes de información acerca del mundo. Dicen que el periodismo es el primer borrador de la historia, pero, como veremos, con frecuencia ha sido un primer borrador terrible, de esos que hacen que los editores se tiren de los pelos. Examinaremos los orígenes de nuestro insaciable deseo de noticias en el capítulo 2, «Las viejas *fake news*», en el que conoceremos a un muerto que no estaba muerto, y descubriremos que nuestras inquietudes actuales acerca de las fuentes de noticias poco fiables y la sobrecarga de información tal vez no sean tan modernas como pensábamos.

Si el negocio de las noticias tuvo unos orígenes humildes, la situación no tardó en cambiar, expandiéndose con rapidez en una industria que modelaba en profundidad nuestras sociedades y nuestra visión del mundo. Eso no significa, sin embargo, que se tornase mucho más fiable. Desde el Gran Engaño de la Luna de 1835 (cuando el periódico neoyorquino *Sun* causó sensación en toda la nación con una serie de artículos totalmente inventados sobre cómo el famoso astrónomo sir John Herschel había descubierto una compleja civilización que vivía en la Luna) hasta una sarta de estupideces

sobre las bañeras, los diarios de Hitler y el infame asesino en serie de gatos que acechaba Croydon, muchas de las cosas que hemos leído sobre lo que sucede en el mundo han sido majaderías. Eso es lo que exploraremos en el capítulo 3, «La era de la desinformación».

No solo hemos estado equivocados respecto de lo que ocurre en el mundo, sino que también nos ha costado horrores hacer algo a derechas en lo tocante al propio mundo. En el capítulo 4, «La mentira de la tierra», haremos un viaje por varios siglos de, ejem, «geografía creativa». Ya se trate de grandes cadenas montañosas que jamás existieron, de historias inverosímiles de tierras míticas o de exploradores que puede que no estuvieran en realidad en los lugares que decían haber explorado, veremos cómo nuestros mapas han estado condicionados por el hecho de que tradicionalmente ha resultado bastante difícil ir a comprobar cuándo alguien se estaba inventando algo sobre el otro lado del mundo.

Esta circunstancia fue explotada por quien posiblemente haya sido el mayor timador de todos los tiempos; un hombre que estafó a un país inventándose otro país entero. Es solo uno de los granujas de poca monta y fantaseadores de primera categoría a quienes conoceremos en el siguiente capítulo, «El manifiesto del timador», que explora nuestra eterna fascinación por los estafadores. Desde el desconcertantemente simple timo del estafador original, William Thompson, pasando por el timador soviético que derrotó a la burocracia en su propio juego, hasta la mujer francesa que vivió la gran vida durante décadas, gracias al contenido desconocido de una misteriosa caja fuerte, pasaremos revista a los charlatanes más increíbles de la historia y nos preguntaremos cuánto había de estafa y cuánto se creían ellos mismos.

Si hay algo que todo el mundo sabe sobre los políticos es que mienten. Los líderes de nuestras grandes naciones no siempre son sinceros con nosotros. Aunque puede que esto no haga justicia a algunos (pocos) políticos, las falsedades del arte de gobernar se merecen un capítulo

específico. En «Mentir en el Estado», examinaremos las innobles artes del engaño político: desde la manipulación hasta las teorías de la conspiración, los encubrimientos fallidos o la propaganda en tiempos de guerra.

Dondequiera que haya dinero en juego, habrá alguien dispuesto a tergiversar la verdad para ganarlo. En «Negocios turbios» nos fijaremos en dos de los principales culpables: los mundos del comercio y de la medicina. A lo largo de la historia, los negocios se han basado en los engaños a pequeña y a gran escala, desde Ea-nasir, el antiguo comerciante de cobre de Mesopotamia que cobraba el dinero a la gente pero jamás producía el cobre (provocando las primeras cartas de reclamación de los clientes registradas), hasta Whitaker Wright, que se hizo con una fortuna en el siglo XIX mediante una serie de fraudes. Y conoceremos una selección de vendedores de humo, desde el infame «doctor de las glándulas de cabra» (un pionero de los nuevos medios de comunicación con ambiciones políticas, que se enriqueció trasplantando testículos de cabra a hombres impotentes) hasta el hombre que inmortalizó su nombre al inventar por casualidad el hipnotismo mientras intentaba hacer algo completamente diferente.

Llegados a este punto, habremos conocido a muchos de los mentirosos más impresionantes de la historia. Ahora bien, si pensamos que los mentirosos son nuestro único problema, nos vamos a llevar una sorpresa desagradable. Resulta que, cuando los humanos nos reunimos, se nos da muy bien crear mitos de la nada. En «Delirios populares ordinarios» veremos cómo las obsesiones, el pánico moral y la histeria colectiva nos conducen a ciertas creencias ridículas, desde las aeronaves fantasmas que rondaban por Gran Bretaña hasta la creencia extraordinariamente común de que algo está intentando robar el pene a los hombres, y desde las cazas de monstruos en los pinares estadounidenses hasta... en fin, las cazas de brujas en sentido literal. Cuando se trata de vivir en la verdad, resulta que somos nuestros peores enemigos.

Y, en el capítulo final, «Hacia un futuro más veraz», nos preguntaremos qué podemos hacer sobre todos estos asuntos. Si las mentiras y los despropósitos han sido una constante a lo largo de la historia, ¿qué consecuencias se derivan de ello para la industria del conocimiento, es decir, para cosas tales como la ciencia y la historia, y todas nuestras otras formas de intentar establecer hechos relativos al mundo? ¿Estamos condenados a vivir nuestra vida en una niebla de desinformación o podemos todos tomar medidas para avanzar hacia la honestidad?

Este libro te llevará en un viaje relámpago por algunas de las mentiras más increíbles, los disparates más escandalosos y las falsedades más perdurables de la historia. Muchas de las cosas que encontrarás en él son increíbles y, sin embargo, todas ellas han sido creídas por alguien. Cuando hayas terminado de leerlo, comprenderás por qué jamás ha existido una Era de la Verdad, y serás consciente de la maravillosa variedad de necedades que se nos han ocurrido como especie. Por decirlo sin rodeos, este libro te convertirá en una persona mejor, más inteligente y más atractiva.

De veras. ¿Por qué habría de mentirte?

1

El origen de lo engañoso

Este es un libro sobre la verdad o, más concretamente, sobre las cosas que no son verdaderas.

Por desgracia, esto significa que, antes de adentrarnos en el libro, necesitamos pensar un poco en lo que es la «verdad» en realidad. Y, aún más importante, en lo que esta no es.

El caso es que todo este asunto se complica con notable rapidez debido a la enorme variedad de formas posibles de estar equivocado. Esto podría sorprender a algunas personas. Muchos de nosotros suponemos que solo existen dos opciones —algo es verdadero o es falso— y, además, que ambas pueden distinguirse con facilidad. Por desgracia no es tan sencillo. A lo largo de la historia, quienes han ponderado la naturaleza de la verdad y sus opuestos han constatado una y otra vez un principio esencial: mientras que hay un número extremadamente limitado de modos de estar en lo cierto, existe un número casi infinito de formas de estar equivocado.

«La verdad siempre ha tenido un solo padre, pero las mentiras son las hijas bastardas de un millar de hombres y son engendradas por doquier»,[1] se lamentaba en 1606 el escritor isabelino Thomas Dekker. O, como dijera el filósofo del siglo XVI Michel de Montaigne en su ensayo «De los mentirosos»: «Si la falsedad tuviera, como la verdad, un solo rostro, nos

llevaríamos mejor... pero el reverso de la verdad adopta cien mil formas y un campo indefinido, sin límite».

Este libro es un intento de catalogar solo unas cuantas de esas cien mil formas.

Nuestra época dista de ser el primer período de la historia que se ha obsesionado con la verdad y la ausencia de esta. De hecho, hay un par de siglos enteros que en Europa se conocen a veces como la «Era del Disimulo», en virtud de la prevalencia de la mentira; el continente estaba siendo destrozado por los conflictos religiosos desde principios del siglo XVI y todo el mundo tenía que llevar una máscara del engaño por pura supervivencia.



Nicolás Maquiavelo: él lo sabía.

Maquiavelo, un hombre tan vinculado al arte del engaño político que todavía utilizamos su nombre (de forma bastante injusta) para describirlo,

escribió en 1521: «Hace mucho tiempo que no digo lo que creo, ni tampoco creo lo que digo, y si en alguna ocasión digo la verdad, la oculto entre tantas mentiras que resulta difícil de encontrar».[2] Seamos sinceros: todos hemos tenidos días así en el trabajo.

Tanta ha sido la preocupación por la falsedad a lo largo de la historia que se ha ideado una extraordinaria variedad de formas de identificar a los mentirosos. Los Vedas de la antigua India propusieron un método basado en el lenguaje corporal, alegando que el mentiroso «no contesta las preguntas o sus respuestas son evasivas, dice tonterías, restriega el dedo gordo del pie contra el suelo y se estremece, su rostro pierde el color, se frota las raíces del pelo con los dedos e intenta por todos los medios salir de la casa...».[3] También en la India, unos siglos después, existía un método basado en el peso: al acusado de mentir lo ponían en una balanza con un contrapeso exacto. Acto seguido lo retiraban y daban un breve discurso a la balanza exhortándola a revelar la verdad, tras lo cual la persona volvía a colocarse en ella. Si era más ligera que antes, era inocente; si pesaba igual o más, era culpable.[4]

(Curiosamente, esto implica una relación completamente diferente entre el peso y la verdad de la de muchos juicios ocultos en Europa. En la India, la levedad se asociaba con la inocencia, en tanto que en Europa, la apariencia inesperadamente flotante podía ser suficiente para condenar a alguien acusado de brujería. Como tal, la estrategia india es un proceso judicial que aboga de manera extraña por los beneficios de hacerse pipí en los tribunales.)

Por supuesto, otras culturas preferían métodos más simples y directos para identificar a los mentirosos, como atizadores al rojo vivo o agua hirviendo. No está claro que fuesen más efectivos.

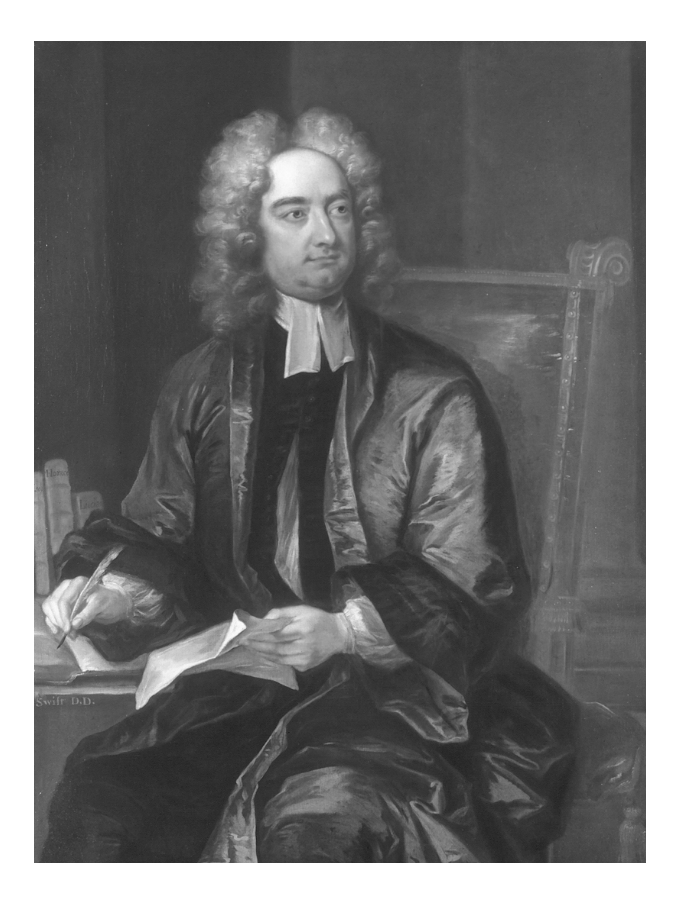
Durante mucho tiempo se han dedicado esfuerzos considerables a intentar clasificar los diferentes tipos de falsedades. Estos venían a ser el equivalente teológico de escribir una lista de BuzzFeed. Ya en el año 395 d.

C., san Agustín salió rugiendo de la puerta al identificar ocho tipos de mentira en orden descendente de maldad: mentiras en las enseñanzas religiosas; mentiras que perjudican a otros y no ayudan a nadie; mentiras que perjudican a otros y ayudan a alguien; mentiras contadas por el placer de mentir; mentiras contadas para «complacer a otros en el suave discurso»; mentiras que no dañan a nadie y que ayudan a alguien en términos materiales; mentiras que no dañan a nadie y que ayudan a alguien en términos espirituales; y mentiras que no hacen daño a nadie y que protegen a alguien del «mancillamiento del cuerpo». (Creo que con esas últimas se refiere a boicotear una relación sexual, pero no estoy seguro al cien por cien.)

Ni que decir tiene que hoy en día clasificamos las mentiras de un modo diferente. Pero, aun así, puede que no seas consciente de ciertas sutilezas. Todo el mundo ha oído hablar de las mentiras blancas o piadosas (ficciones sociales inofensivas con la finalidad de que todos nos llevemos bien y no nos matemos los unos a los otros), pero ¿sabías que existen mentiras de otros colores? Las «mentiras amarillas» son aquellas que se cuentan por bochorno, vergüenza o cobardía, para ocultar un error: «Mi portátil se estropeó y se borró ese informe que había asegurado que hoy tendría terminado». Las «mentiras azules» son todo lo contrario, mentiras que restan importancia a tus logros y las dices por modestia: «Ah, el informe no es nada del otro mundo, en realidad Cathy escribió la mayor parte». Las «mentiras rojas» podrían ser las más interesantes de todas; son mentiras que se dicen sin intención de engañar. El hablante sabe que está mintiendo, el público del hablante sabe que este está mintiendo, y el hablante sabe que el público lo sabe. El objetivo no es engañar a nadie, sino señalar algo al público que no puede decirse en voz alta (desde el simple «¡Vete a la mierda!» hasta el «Finjamos que esto no ha ocurrido»). Imagínate a una pareja que niega a sus vecinos que la noche anterior tuvo una bronca

monumental cuando sabe que todo el mundo pudo oírla, y estás en el territorio adecuado.

Se dice con frecuencia que una mentira puede recorrer medio mundo mientras la verdad todavía se está poniendo las botas. (Más espinosa es la cuestión de quién lo dijo exactamente. A menudo se atribuye a Mark Twain, a Winston Churchill o a Thomas Jefferson, o a otros tantos sospechosos habituales a la hora de atribuir citas. Por supuesto, todas estas atribuciones son mentiras. De hecho, puede que el primero en formularla fuera el icónico escritor satírico Jonathan Swift, que en 1710 escribió que «la falsedad vuela y la verdad viene cojeando tras ella».)



Jonathan Swift, meditando sobre alguna tontería.

Independientemente de quién lo dijera, es bien cierto que las necedades pueden moverse a una velocidad extraordinaria y aterradora, como sabrás si

has intentado alguna vez desmentir rumores en internet. De hecho, ese es mi trabajo diario, así que, créeme, lo he comprobado.

Pero, en realidad, la razón por la que la falsedad aventaja con frecuencia a la verdad tiene menos que ver con la velocidad relativa de los hechos y las ficciones, o incluso con la elección de un calzado poco práctico por parte de la verdad, y más con la mera escala y variedad de falsedades disponibles. Por cada mentira que recorre medio mundo, bien puede haber miles que nunca llegan a salir de casa. Pero la nutrida oferta de mentiras posibles, no constreñidas por la necesidad de estar a la altura de la realidad, proporciona un vasto terreno de pruebas darwiniano para hallar las más convincentes y duraderas de ellas, esas falsedades zombis que seguirán reapareciendo una y otra vez. Es como esas especies de peces que ponen dos millones de huevos con el fin de que sobrevivan dos de sus crías.

En cambio, la verdad... en fin, es un tanto aburrida. Está ahí sin más, como una gotita gris de tamaño indeterminado, familiar pero inescrutable. Además de ser algo insulsa, es también sumamente frustrante; como atestiguará cualquiera cuya tarea consista en intentar atrapar pequeños fragmentos de verdad, tiene la mala costumbre de escabullirse entre tus dedos justo cuando crees haberla agarrado.

Desde luego, hay ciertas cosas que son simple e incontestablemente verdaderas: el fuego es más caliente que el hielo; la velocidad de la luz en el vacío es una constante; la mejor canción jamás grabada es «Dancing On My Own» de Robyn. Pero una vez que vamos más allá de estas leyes inmutables de la naturaleza, todo se enturbia con una rapidez alarmante. Te descubres diciendo cada dos por tres cosas tales como: «Las mejores evidencias disponibles sugieren...» y, «sí, pero ¿qué hay del panorama general?». Cualquiera que haya dedicado tiempo a la búsqueda de la precisión y la evidencia entenderá que cada nuevo fragmento de conocimiento tiende solamente a plantear diez preguntas más; cada vez que crees estar acercándote a la iluminación, la realidad retrocede hacia el

horizonte, mientras tú te ahogas en un mar de salvedades. Según este patrón, la verdad no es tanto una *cosa* cuanto un largo e irritante viaje hacia un destino que jamás alcanzarás.

Mientras tanto, la infinidad de falsedades que nuestro mundo nos ofrece son seductoras, adaptables y, para ser sinceros, pueden resultar con frecuencia tremendamente divertidas.

Es esta enorme variedad de falsedades lo que examinará este libro, porque las mentiras son, de hecho, solamente una manifestación de las «cien mil formas» que puede adoptar el reverso de la verdad.

Pensemos, por ejemplo, en la manipulación, el arte del engaño político. La astucia de la manipulación estriba en que esta ni siquiera necesita mentir para ser deshonesta. Aunque muchos políticos mienten (menuda sorpresa, ¿verdad?), el culmen del arte del manipulador se alcanza al lograr sugerir algo del todo falso diciendo únicamente cosas ciertas, es decir, construyendo una casa de sandeces con ladrillos sinceros. Después tenemos el delirio, nuestra consistente capacidad para estar equivocados y, al mismo tiempo, convencidos de estar en lo cierto; desde nuestras formas de sobrestimar nuestras cualidades hasta nuestras maneras de sucumbir a la histeria colectiva y al gobierno de la turba. Y luego está la charlatanería, tal vez la más extendida y dañina de todas.

Hemos de agradecer al filósofo Harry G. Frankfurt nuestra comprensión de la charlatanería. Él fue el primero en dedicarse en serio a analizar este complejo asunto en su obra seminal *On Bullshit* (*Sobre la charlatanería* [*On bullshit*] *y sobre la verdad*). (Sí, está claro que Harry Frankfurt se lo está pasando en grande como filósofo.)

La idea clave de Frankfurt es que, al margen de lo que pensemos, la mentira y la charlatanería no son lo mismo en realidad. Como él dice: «Es imposible que alguien mienta a menos que crea conocer la verdad. La charlatanería no requiere esa convicción».

En otros términos, al mentiroso le preocupa profundamente la verdad, por la misma razón por la que al marinero le preocupan profundamente los icebergs. Necesita saber con exactitud dónde reside la verdad, a fin de emprender acciones precisas y deliberadas para evitarla. Para el charlatán, en cambio, la verdad es irrelevante; tanto le da tomarla como dejarla. En la charlatanería, un poco de precisión accidental puede considerarse un accesorio opcional. Si el mundo de charlatanería que estás creando se solapa a veces con el mundo real, te ocasiona pocos daños y puede suponer incluso una útil ventaja. Para el mentiroso, por su parte, la admisión despreocupada de un hecho inoportuno puede resultar fatal.

La charlatanería funciona con la lógica onírica, abriéndose camino alegremente entre las incongruencias porque, en fin, tiene sentido en ese momento. Frankfurt comenta que esa «indiferencia hacia cómo son las cosas en realidad» es, a su parecer, «la esencia de la charlatanería».

En consecuencia, sus efectos respectivos sobre el mundo son profundamente diferentes. La mentira es un bisturí; la charlatanería es un buldócer. Si has estado observando recientemente el mundo y te has preguntado cómo esos falsos mentirosos se salen con la suya con sus mentiras tan descaradas y por qué la gente no denuncia sus falsedades... aquí tienes tu respuesta. Tu acusación era incorrecta. La mendacidad —un oficio complicado, centrado en los detalles y analítico— no es necesariamente nuestro problema principal. Nuestro principal problema es la charlatanería.

Y luego, más allá de todas estas modalidades de falsedad, tenemos la más pura y simple equivocación.

Como he mencionado, trabajo a diario en una organización dedicada a la verificación de datos, donde estamos en contacto permanente con todo el panteón de formas en las que la gente puede estar equivocada. Tanto es así que el año pasado diseñamos una suerte de experimento mental para intentar que la gente reflexione sobre todos los diferentes tipos de errores

con los que se puede encontrar. La idea es eliminar todos los aspectos confusos y turbios que rodean la mayoría de las cosas del mundo y reducir cada historia a una única y simple afirmación fáctica procedente de una sola fuente; una afirmación en la que no puedes basarte en ninguna otra evidencia más allá de ella para respaldarla o refutarla. Lo llamamos «el juego del reloj» y consiste en lo siguiente:

> Te despiertas sobresaltado por el sonido de un teléfono. Abres los ojos. Estás en una habitación desconocida, débilmente iluminada por una luz tenue que se filtra a través de lo que supones que es la puerta del baño. Por los elementos universales del diseño que dicen «no llega a ser un hogar, pero sí algo parecido», tienes la sensación de estar en una especie de habitación de hotel. No estás seguro de dónde te encuentras ni de cómo has llegado allí, pero, por el estado neblinoso de tu cerebro, comienzas a percatarte de que sufres un drástico desfase horario.
>
> No tienes ni la menor idea de cuánto tiempo has dormido.
>
> Recorres con la mirada la habitación en busca de alguna pista. No hay ningún reloj visible y unas cortinas opacas cubren las ventanas sin ofrecer indicio alguno de si afuera es de día o de noche. El teléfono de la mesilla sigue sonando, demasiado fuerte como para no incomodarte. Lo descuelgas a tientas.
>
> —¡Vaya, lo has conseguido! —dice una voz con una jovialidad un tanto exagerada al otro lado. La voz tiene un acento indeterminado que no aciertas a ubicar.
>
> —¿Eh? —respondes—. ¿Quién es?
>
> —¡Soy Barry! —dice la voz—. ¡Me alegra contactar por fin contigo!
>
> No estás seguro de conocer a Barry, pero decides seguir adelante.
>
> —Yo, esto... —empiezas, antes de percatarte de que no sabes cómo seguir esa frase—. Eh... ¿qué hora es? —preguntas sin fuerzas.
>
> —Espera un momento —dice esa persona que afirma ser Barry—, déjame ver el reloj.
>
> Oyes el ruido del teléfono al apoyarlo y los pasos que se alejan. Transcurre algún tiempo, que podrían ser unos segundos o tal vez varios minutos, no estás seguro. Los pasos regresan.
>
> —Son las cinco, amigo —dice el supuesto Barry.
>
> —Vale —dices.

El objetivo del juego es el siguiente: ¿eres capaz de enumerar todas las diferentes formas en las que tu creencia acerca de la hora podría ser falsa en ese momento? Alerta de destripe: ¡es probable que haya más formas de las que piensas! Hasta la fecha, tenemos en torno a una veintena y casi seguro que se nos han pasado algunas.

Vamos, dedica un momento a ver cuántas se te ocurren. Imagínate que en estos momentos suena una música ligera.

[Suena «Take Five» de Dave Brubeck mientras piensas en los relojes y posiblemente te preguntes también si el autor se ha vuelto loco.]

Bueno, ¿ya has regresado? ¡Estupendo! Comencemos con las evidentes. El reloj de Barry podría marcar una hora equivocada: podría estar adelantado o retrasado, o podría haberse parado por completo; o podría funcionar a la velocidad exacta, pero haberse puesto a una hora incorrecta de entrada. Podría tratarse de un reloj difícil de leer, uno de esos diseños excesivamente sofisticados, hecho de madera flotante recuperada y globos de cristal, que queda precioso en la pared, pero no es muy útil para decir una hora que no sea «las adorno y astilla». Podría no ser un reloj en realidad. Puede que sea solo un cuadro de un reloj. Tal vez Barry no tenga ningún reloj y simplemente aquel día le había pedido a alguien que escribiera la hora en un papel.

Quizá Barry y tú estéis en diferentes zonas horarias, por lo que, aunque te dijo la hora correcta, no es cierta para ti. Tal vez la redondeó a la hora más próxima, por comodidad, pero en realidad eso no te resulta muy útil, porque querías saber si era más cerca de y media. Quizá eran las cinco cuando miró el reloj, pero, cuando volvió a coger el teléfono, ya no era esa hora.

Tal vez Barry te estuviera mintiendo deliberadamente, por cualquiera de sus múltiples propósitos perversos. Tal vez no estuviera mintiendo, pero se la estuviese inventando porque no sabe leer la hora, pero no quería reconocerlo. Tal vez *crea* que sabe leer la hora, pero en realidad no sepa cómo funcionan los relojes. Tal vez quisiera decir «las nueve y cinco», pero se confundió.

O puede que dijera en efecto «las nueve y cinco» y le entendieras mal. Puede que seas tú quien no entiende en realidad cómo funcionan las horas, y ahora mismo estés pensando: «Ah, las cinco, entonces es casi medianoche». Puede que supusieras que él no había contado el tiempo que había tardado en volver al teléfono, así que supones que en realidad serán

más o menos las cinco y cinco, pero de hecho él ya lo había tenido en cuenta, así que tú lo has ultracorregido.

Quizá, en tu estado ligeramente paranoico, supongas que Barry te está mintiendo, de modo que, si de algo estás seguro es de que, desde luego, no son las cinco. Pero te equivocas. Barry es un buen hombre y es tu amigo, y jamás te mentiría. Son realmente las cinco y tu falta de confianza te ha llevado por mal camino.

Puede que Barry y tú no utilicéis siquiera el mismo sistema horario. Puede que él sea un ingeniero de la NASA que trabaja en un proyecto sobre Marte y su reloj esté programado para el día marciano, que es treinta y siete minutos más largo que el de la Tierra.

Tal vez «son las cinco, amigo» no fuese ni siquiera un intento de decirte la hora, sino unas palabras en clave de la agencia secreta para la que ambos trabajáis, de la que te has olvidado por completo debido a una amnesia traumática.

Quizá el tiempo, ese misterioso río que a todos ha de llevarnos, no pueda ser medido verdaderamente por los humanos, y todos nuestros esfuerzos por hacerlo no sean sino burdas aproximaciones.

O tal vez... tal vez se refiriera a las cinco de la mañana cuando tú suponías que se refería a las cinco de la tarde.

Puede que todo esto se te antoje francamente absurdo, pero lo cierto es que cada una de esas formas en las que podrías estar equivocado acerca de la hora se corresponde con un ejemplo de la vida real de cómo empieza a circular por el mundo la mala información. Sí, incluso las estúpidas, como la de que Barry trabaja en la hora marciana o la de que intenta transmitirte unas palabras en clave de superespías.

Algunos de los equivalentes en el mundo real son muy evidentes; redondear en exceso, no corregir los errores (como el tiempo transcurrido entre el reloj y el teléfono) o no percatarte de que tu fuente sencillamente no es fiable (como el reloj que se atrasa) son todos ellos problemas comunes,

sobre todo cuando se trata de hechos basados en datos. El intento de decir la hora con un reloj parado o con un papel se corresponde con el hábito humano de estar absolutamente seguro de las cosas, cuando debería estar claro que en realidad no disponemos de ninguna información útil en la que basarnos. El reloj marciano de Barry es sorprendentemente común: sencillamente no nos damos cuenta de que estamos empleando definiciones completamente diferentes del mismo concepto básico. (Recuerda que Cristóbal Colón solo «descubrió» América porque tenía una idea equivocada de la distancia a la que estaba Asia, por haber calculado la circunferencia terrestre utilizando una fuente que había supuesto que usaba millas romanas, pero en realidad hablaba de millas árabes, que tienen una longitud totalmente diferente.)

En mis investigaciones para escribir este libro, descubrí que no somos los primeros a los que se les ha ocurrido este experimento mental. En 1936, Vilhjalmur Stefansson, un hombre con una trayectoria un tanto accidentada como intrépido explorador del Ártico, dio un pequeño giro a su carrera y escribió un libro titulado *Adventures in Error* [Aventuras en el error], del que está tomada la cita del comienzo de este libro. En él pone un ejemplo muy similar, solo que utiliza una vaca en lugar de un reloj.

Su ejemplo parte del siguiente escenario: «Un hombre viene del exterior e informa de que hay una vaca roja en el jardín».[5] En principio, uno pensaría que no cabe mucha ambigüedad al respecto. Una vaca roja en tu jardín es claramente una situación que solo admite dos posibilidades: la hay o no la hay. Pero Stefansson advierte que, de hecho, son «numerosas» las formas en las que ese hombre podría estar equivocado. La vaca podría no ser realmente una vaca; podría ser un buey o una novilla. Añade que el individuo «podría haber sido daltónico y la vaca (totalmente al margen del aspecto filosófico) podría no haber sido roja». O admite que, para cuando el hombre nos haya hablado de la vaca, puede haberla ahuyentado un perro.

Confío en que todas estas disquisiciones sobre vacas y relojes te hayan convencido de que, si a veces parece que nos ahogamos en un mar de falsedad, existe un buen motivo para ello: esta posee una ventaja natural sobre la verdad porque abunda mucho más que ella. Pero esa no es su única ventaja. En nuestro cerebro y en nuestras sociedades suceden muchas cosas que permiten que florezca la falsedad.

Durante muchos siglos hemos creído que la mendacidad era un rasgo exclusivamente humano, nuestro pecado original. Pero resulta que los humanos no somos las únicas criaturas que mienten. Para empezar, encontramos el engaño en la vida de muchos animales y vegetales. Pensemos en la zarigüeya que finge estar muerta, o en el cuco que, como un parásito, ocupa el nido de otro pájaro, o en la orquídea que parece una sexi abeja hembra para engañar a los machos cachondos para que la polinicen. Ahora bien, podrías decir de una manera razonable que esas no son exactamente *mentiras*, sino el producto final involuntario de muchas generaciones de una carrera armamentista evolutiva. De acuerdo, pero existe una infinidad de evidencias de que algunos de los animales más inteligentes son perfectamente capaces de engañar de manera intencional y deliberada.

Por poner un ejemplo particularmente memorable: en su ensayo «Can Animals Lie?» [«¿Pueden mentir los animales?»], el semiólogo Thomas A. Sebeok menciona un «hermoso tigre» que vivía en el zoo de Zúrich y había aprendido a atraer deliberadamente a los visitantes hacia las barras de su jaula por medio de «una secuencia determinada de actividades interesantes».[6] Cuando el embelesado turista se acercaba lo suficiente, el tigre —no hay modo de decirlo con delicadeza— le empapaba con una potente meada. El tigre parecía tan encantado con ese truco que la dirección del zoológico acabó poniendo una señal para advertir a los visitantes de que el tigre no era de fiar.

Ese irritante tigre meón no es ni mucho menos el único. Un delfín de un centro de investigación de Misisipi, que había sido adiestrado para limpiar la basura de su piscina recompensándole con peces, aprendió a esconder los desperdicios bajo una roca, para luego sacarlos a la superficie con el fin de conseguir peces a la carta. [7] Se ha grabado un amplio repertorio de engaños protagonizados por chimpancés. Estos sonríen involuntariamente cuando están nerviosos y en una de las grabaciones se veía cómo un chimpancé, al ser amenazado por otro que estaba a sus espaldas, replegaba los labios sobre los dientes antes de darse la vuelta y fingir que no estaba asustado. Se observó asimismo cómo otro macho joven, el menos dominante de su grupo, trataba de seducir subrepticiamente a una hembra a la que los machos dominantes no le permitían acercarse. Al ser interrumpido por uno de los machos mayores, cubrió su erección con sus manos, como un personaje de una comedia sexual británica de los años setenta. [8]

El engaño es intrínseco a gran parte del mundo natural, por lo que quizá no deberíamos ser demasiado duros con nosotros mismos por contar trolas de vez en cuando.

No se trata simplemente de que el engaño sea algo natural, sino que también parece haber evolucionado. Un estudio científico demostró que, en todos los primates, existía una estrecha correlación entre el tamaño del neocórtex (la parte del cerebro de los mamíferos que se ocupa de las tareas complejas, como el lenguaje) y la frecuencia del engaño en esas especies. [9] En otras palabras, un cerebro más grande implica una mayor mendacidad. Los desafíos de vivir en grupos sociales complejos, incluida la necesidad de engañar a veces a tus iguales, pueden haber impulsado el crecimiento de la complejidad y el tamaño de nuestro cerebro.

Ese vínculo entre potencia cognitiva y engaño se replica a medida que crecemos. Por lo general, los niños empiezan a decir sus primeras mentiras en torno a los dos años y medio de edad, no mucho después de comenzar a hablar. Inicialmente, las primeras mentiras atañen simplemente a la

satisfacción de sus deseos: «Me gustaría no ser la persona que se ha comido las galletas».[10] Pero, conforme se desarrollan las facultades mentales de los niños, conforme adquieren una teoría de la mente y empiezan a comprender la compleja naturaleza de sus interacciones con otros, su habilidad para mentir marcha al mismo paso.

¿Cuán profundamente incorporada a nuestra vida cotidiana está la falsedad? Posiblemente más de lo que piensas. Los estudios psicológicos sugieren que, en los diez primeros minutos de conversación cuando conoces a alguien, habrás dicho un promedio de tres mentiras.[11] Otros estudios sugieren que, por término medio, cada uno de nosotros miente al menos una vez al día, aunque esos estudios consisten en pedir a los individuos que cuenten con qué frecuencia mienten y, por tanto, son vulnerables a la posibilidad de que los participantes mientan al respecto.

Ese no es el único problema potencial al preguntar a la gente con qué frecuencia miente. Al escribir este libro, uno de mis planes originales consistía en llevar un «diario de las mentiras»: anotar y registrar diligentemente durante varias semanas cada vez que pronunciaba una falsedad. Iba a ser un intento de hacerme una idea de cuánta falsedad impregna nuestra vida, incluso (o especialmente) para aquellos de nosotros que nos consideramos personas esencialmente sinceras. Estaba entusiasmado con esa perspectiva, aunque también nervioso. Me preguntaba cuántas amistades exactamente se destruirían para siempre con la publicación de este libro.

Al final no tuve que preocuparme. No porque resultase que yo era un dechado de pureza y verdad (que evidentemente lo soy), sino porque todas las tentativas que hice de registrar mis mentiras se frenaron en seco al cabo de un día más o menos.

Sencillamente no era capaz de detectar cuándo estaba mintiendo.

El caso es que sé a ciencia cierta que decía mentiras durante ese tiempo. Ninguna de ellas era especialmente atroz; no estaba cometiendo ningún

crimen masivo mientras escribía este libro. A grandes rasgos, caían en tres categorías: mentiras acerca de lo que ya había hecho, mentiras acerca de lo que era capaz de hacer en el futuro cercano y mentiras acerca de mi vida social.

La primera categoría consistía básicamente en mensajes de texto y correos electrónicos a mi editor y a mi agente en los que insistía en que el libro iba realmente bien y había escrito un montón. (Lo siento.) La segunda iba dirigida sobre todo a mis colegas, que me oían afirmar con seguridad que encontraría tiempo para hacer eso que les había prometido y que definitivamente tendría algo para ellos al día siguiente. (Lo siento de nuevo.) La tercera era esa amplia categoría de mentiras piadosas que evitan que la sociedad caiga en una espiral mortal de recriminaciones recíprocas: excusas inventadas por no ser capaz de asistir a una fiesta; afirmaciones claramente falsas sobre el mensaje de texto que, según dices, acabas de ver; vanas garantías de que, sí, tú estás siendo sin lugar a dudas la persona razonable en esta discusión, en tanto que el otro parece un completo gilipollas, que está claro que se equivoca.

(Es probable que esta última categoría hubiera sido considerablemente mayor de no ser porque, en fin, por aquel entonces yo estaba intentando escribir un libro, por lo que me pasé muchos meses rechazando invitaciones para ir al *pub* por motivos perfectamente genuinos, a saber, que tenía que concentrarme en la importante tarea de mirar fijamente a la pantalla sin escribir nada. Consejo profesional para introvertidos: ¡la inminente fecha de entrega de un libro es una excusa excelente y completamente genuina para librarse de los compromisos sociales!)

En la mayoría de las ocasiones, yo era muy consciente de que eran mentiras en el momento en que las decía, con la excepción ocasional de las promesas de que haría algo (que a veces se basaban en la ilusión pura y simple de que era capaz de trabajar con solidez durante todas y cada una de las treinta y seis horas que entiendo que tiene el día). Y, sin embargo, algo

sucedía en mi cerebro durante el acto de decirlas; se activaba un interruptor y olvidaba por un momento que estaba sirviendo pequeñas porciones de gilipolleces. Es algo que jamás había advertido en realidad hasta que me impuse la tarea de anotar todas mis mentirijillas: sencillamente era incapaz de reconocerlas en el momento. Era como si mi cerebro contara con un mecanismo de autodefensa contra la autoacusación.

No tengo ni la menor idea de si el cerebro de los demás funcionará igual que el mío. Es posible que haya descubierto sin querer que soy un psicópata. Pero, a ojo de buen cubero, diría que es muy probable que esto le ocurra a mucha gente.

Los mentirosos mienten; los charlatanes practican la charlatanería. Hasta ahí la cosa es fácil. Pero lo realmente interesante no es por qué decimos cosas que no son ciertas, lo cual siempre va a suceder. No, la pregunta realmente interesante es por qué algunas mentiras echan raíces; por qué, pese a toda la veneración que profesamos a la verdad y todas las estructuras que hemos creado como sociedad para identificar y extirpar la falsedad, algunas mentiras se convierten en creencias generalizadas. En otros términos, ¿cómo logran salirse con la suya los charlatanes?

La razón es que, además de su superioridad numérica sobre la verdad, existen ciertos motivos estructurales que implican que las falsedades tengan ventaja. A lo largo de este libro, nos toparemos una y otra vez con las siete formas principales en que se propagan y arraigan las mentiras.

La barrera del esfuerzo

Chocas con una barrera del esfuerzo cuando la dificultad relativa de comprobar la verdad de algo supera su aparente importancia. La clave de este asunto está en que funciona en ambos extremos de la escala: por un lado se aplica a aquellas cosas que serían relativamente fáciles de verificar, pero son tan triviales que nadie se molesta en hacerlo y, por otro, a las cosas

que son muy importantes a todas luces, pero son también realmente difíciles de verificar. La razón por la que los exploradores del siglo XVI podían salirse con la suya al afirmar que en la Patagonia vivía una raza de gigantes de tres metros y medio de altura es la misma por la que tú puedes normalmente salirte con la tuya al mejorar tu currículum convirtiendo tu notable en las matemáticas de bachillerato en un sobresaliente. Sí, alguien *podría* comprobarlo, pero ¿de veras se van a molestar en hacerlo?

Esto es algo que los charlatanes experimentados entienden de manera instintiva. Simplemente resulta ineficiente inventar mentiras creadas para resistir más escrutinio del que jamás soportarán. Un mentiroso talentoso construye sus falsedades, tanto grandes como pequeñas, en el lado opuesto de la barrera del esfuerzo.

Vacíos de información

A menudo nos gusta pensar que la Verdad y las Mentiras libran una especie de batalla eterna. Sin embargo, un efecto de la barrera del esfuerzo es que, en muchas ocasiones, la Verdad nunca aparece siquiera en el combate. En el mundo existe una infinidad de cosas de las que en realidad no sabemos nada. Y, a falta de información, tendemos a bajar la guardia cuando aparece algo que *afirma* ser información, incluso si no hay ningún buen motivo para creerlo.

Todo esto guarda relación con el sesgo cognitivo conocido como «anclaje»: la tendencia de nuestro cerebro a aferrarse a la primera información que conseguimos sobre cualquier tema y a darle mucho más peso a esta que a cualquier otra. Cuando no disponemos de buena información sobre algo, siempre llegarán oleadas de información chunga para llenar el vacío, y muchas veces nuestro cerebro se niega a cambiar de opinión, incluso cuando aparecen finalmente mejores informaciones.

El bucle de retroalimentación de la charlatanería

Ninguno de nosotros podemos entender el mundo entero por nosotros mismos. Todos nosotros hemos de confiar en otras personas para nuestra información. Eso es bueno, pues juntos podemos averiguar muchas más cosas acerca del mundo de las que jamás podríamos descubrir en solitario; pero también tiene sus inconvenientes, y uno de los principales es el bucle de retroalimentación de la charlatanería. Un caso lo tenemos cuando se repite una información poco fiable, pero, en lugar de ver la repetición como lo que es (simplemente alguien que copia a otro, sin añadir ningún nivel adicional de verificación a la afirmación), se interpreta como la confirmación de que la dudosa información original era correcta. Si esto se prolonga demasiado tiempo, el problema se expande. Ya no se trata meramente de que se repita la información; esta acaba afianzándose hasta tal punto que la gente empieza a ajustar lo que dice para acomodar los hechos poco fiables; *todo el mundo* sabe que es cierto, por lo que, incluso si contemplas directamente las evidencias que demuestran que es falso, lo más probable es que tengas un problema de vista.

Así pues, la persona A le dice a la persona B algo falso, y luego se lo cuenta también a la persona C. La persona C es escéptica, pero entonces la persona B también se lo dice y la persona C lo interpreta como una segunda fuente y ahora está convencida. La persona C corre a contarle la emocionante noticia a la persona D, tras lo cual la persona D se lo cuenta a la persona A, quien lo interpreta como una prueba de que estaba en lo cierto desde el principio. Mientras tanto, las personas E, F, G, H e I también han oído lo mismo de mucha gente, y la noticia ha llegado a ser de dominio público. A esas alturas, la persona J pregunta con timidez «¿Estamos realmente seguros de ello?» y es quemada enseguida como una hereje por el resto del alfabeto.

O, por poner un ejemplo familiar, es lo que sucede cuando un periódico copia un dato de Wikipedia y acto seguido es citado en Wikipedia como prueba de que el dato era correcto.

Querer que sea cierto

Nuestro cerebro hace un sinfín de cosas que explican que nos cueste horrores descubrir la diferencia entre la verdad y la falsedad. Estas tienen un montón de nombres técnicos que probablemente hayas escuchado (cosas como «razonamiento motivado» y «sesgo de confirmación»), pero en realidad todas ellas se reducen al hecho de que, cuando queremos creer algo, averiguar si es o no realmente cierto ocupa una posición bajísima en la lista de prioridades de nuestro cerebro. En realidad no importa si es algo que respalda nuestra orientación política, algo que encaja con nuestros prejuicios o una simple satisfacción de nuestros deseos del tipo «Tal vez he ganado la lotería en España, aunque nunca haya jugado»; el caso es que aduciremos alegremente razones espurias para atribuir credibilidad incluso a la más ridícula de las afirmaciones, seleccionando con cuidado solo las pruebas que la respaldan e ignorando olímpicamente esa enorme montaña de evidencias que dicen que es una estupidez.

La trampa del ego

Incluso cuando se desenmascaran las falsedades, hay algo que se interpone con frecuencia en el camino de la verdad, propagándose con tanta facilidad como las primeras mentiras que se pusieron en marcha: simplemente, en realidad no nos gusta admitir que estamos equivocados. A nuestro cerebro no le agrada hacerlo, y hay una infinidad de sesgos cognitivos que nos alejan del mero reconocimiento de que podríamos haberla pifiado. Y, si

llegamos a percatarnos de que nos hemos dejado engañar por algo falso, hay multitud de presiones sociales que nos hacen desear encubrir nuestro error. Una vez que la charlatanería nos tiene en sus garras, podemos estar poco dispuestos a liberarnos de ella.

Simple despreocupación

Incluso cuando tenemos la oportunidad de resistirnos a la falsedad, no siempre la aprovechamos. Puede que pensemos que no importa que algo sea verdadero o falso (especialmente si nos gusta la mentira). Pero también es posible que pensemos que nuestra resistencia sería infructuosa y no nos tomemos la molestia. Quizá creamos que la mendacidad está tan extendida que nos sintamos abrumados por su magnitud y tiremos la toalla. De manera análoga, podríamos pensar que... en fin, si todos lo hacen, yo también debería participar en el juego.

Todo esto es tan comprensible como lamentable.

Falta de imaginación

Tal vez una de las mayores ventajas de la falsedad sea, simple y llanamente, que no entendemos la miríada de formas sorprendentes en que puede manifestarse. Esto tiene sentido; después de todo, hemos de vivir nuestra vida suponiendo que la mayor parte de lo que nos cuentan es cierto, pues de lo contrario caeríamos en una espiral de paranoia farfullante. Pero esto puede llevarnos a subestimar de manera radical la probabilidad de que algo no sea cierto. Asumimos que, si leemos algo en las noticias, probablemente sea verdad. Pensamos que si alguien parece digno de confianza, no intentará timarnos. Creemos que si un montón de testigos presenciales dicen haber

visto algo, debía de haber algo ahí. Ninguno de esos supuestos es tan fiable como podríamos pensar.

Básicamente no hemos estado prestando la suficiente atención al negocio de la falsedad. No la hemos estudiado y no hablamos de ella, de modo que no siempre la reconocemos cuando la vemos.

Confío en que, al terminar este libro, este problema haya desaparecido.

2

Las viejas *fake news*

Titan Leeds había muerto. No existía la más mínima duda al respecto.

Hombre trabajador y honesto —había sido un exitoso editor en la ciudad de Burlington, Nueva Jersey, antes de su triste desaparición—, el señor Leeds falleció el miércoles 17 de octubre del año de nuestro Señor de 1733, alrededor de las tres y media de la tarde. La triste noticia de la muerte de Leeds se registró, se imprimió y se distribuyó sombríamente en blanco y negro para que todos la leyeran: «Es indudablemente cierto que está difunto y muerto», [1] reza en parte la historia de su fallecimiento. Y, aunque se había predicho por adelantado que no duraría mucho en este mundo, la noticia de su pérdida a una edad relativamente temprana —tenía treinta y pocos años — debió de causar estupefacción a mucha gente en Burlington, una animada comunidad a orillas del río Delaware, que había crecido con rapidez desde su fundación por un grupo de cuáqueros unas cinco décadas atrás.

Es probable que el más sorprendido de todos fuera el propio Titan Leeds, pues estaba totalmente seguro de que seguía vivo.

No podemos saber cuál fue su reacción exacta, solo podemos imaginárnosla. No obstante, existen buenas razones para creer que el para nada difunto señor Leeds debió de sentirse bastante indignado al leer la

noticia de su muerte prematura. Quiero decir que una cosa así desconcertaría un poco a cualquiera, ¿no? A todos nosotros se nos perdonaría que perdiésemos un pelín los papeles. Pero aquello debía de resultar especialmente confuso allá por 1730 porque, por aquel entonces, Leeds no habría tenido en realidad muchos puntos de referencia para encajar lo que le estaba ocurriendo.

En nuestros tiempos, la perturbadora experiencia de leer acerca de tu propia muerte sigue siendo por fortuna bastante rara, pero al menos somos conscientes en general de que existe esa posibilidad. Probablemente todos hayamos escuchado historias en las noticias de personas a las que les ha ocurrido: cadáveres identificados de manera errónea o necrológicas publicadas accidentalmente antes de tiempo. «Las noticias sobre mi muerte han sido enormemente exageradas» es una cita tan célebre que prácticamente se ha convertido en un cliché (aunque algún pedante señalaría que Mark Twain jamás dijo exactamente esas palabras).[2] En 1980, el *New York Times* publicó un obituario del famoso embaucador Alan Abel,[3] una decisión editorial con escollos aparentemente obvios, como quedó patente al día siguiente, cuando Abel dio una rueda de prensa para anunciar que había escenificado su propia muerte con el fin de «conseguir publicidad».[4] (Cuando Abel falleció finalmente, treinta y ocho años después, su segundo obituario en el *New York Times* registró con ironía que «al parecer ha muerto de verdad».)[5]

En otras palabras, para nosotros las necrológicas prematuras son una realidad. No solo sabemos que a veces suceden estas cosas, sino que es probable que muchos hayamos imaginado en algún momento lo que significaría que nos pasara a nosotros. (Reconócelo: «La gente cree erróneamente que estoy muerto, así que puedo conseguir averiguar lo que todos piensan de mí en realidad» es una idea que se te ha ocurrido en tus momentos más oscuros.) En 2009, cuando la combinación de un sitio web falso y la siempre hiperactiva fábrica de rumores de Twitter mató

temporalmente a Jeff Goldblum, el actor acabó acudiendo al programa de televisión *The Colbert Report* para pronunciar su propio elogio fúnebre. Creo que todos estaremos de acuerdo en que es una manera elegante de manejar una situación como esa. [6]

Ahora bien, a Titan Leeds —que vivía mucho más cerca de los albores de la era de los medios de comunicación de masas— todo aquello debió de resultarle extraño y novedoso. Hacer creer a la gente que habías muerto por algo que habían leído tuvo que haber sido mucho más extraño incluso de lo que nos resultaría a nosotros... y también mucho más exasperante. Entre otras razones porque, por así decirlo, sus esfuerzos por desmentir la noticia no cosecharon un éxito rotundo. A pesar de que Leeds insistía airadamente en forma impresa en que estaba vivito y coleando, durante años continuaron apareciendo informaciones que afirmaban con rotundidad que estaba definitivamente muerto y requetemuerto. Para echar más leña al fuego, esas noticias insistían en que quienquiera que fuera el impostor que andaba escribiendo páginas y páginas furiosas fingiendo seguir vivo en nombre del finado señor Leeds debía dejar de hacerlo de inmediato, pues estaba mancillando la memoria del querido difunto.

Todo esto sucedía porque la historia de la muerte de Leeds no había sido simplemente un error inocente; un error administrativo, pongamos por caso, o un rumor infundado crédulamente repetido. En realidad era una falsedad deliberada y maliciosa, propagada por dos motivos clásicos: el afán de lucro y la maldad. Era un esfuerzo sin restricciones (y extraordinariamente exitoso) por aumentar las ventas por parte de un arribista editor rival. Para mayor desgracia de Titan, aquel rival resultaba tener un sentido del humor particularmente endiablado. Y, si Leeds estaba irritado por aquello, lo más probable es que se sintiera absolutamente furioso al enterarse de que el mercachifle de tres al cuarto que había inventado su muerte como un barato truco publicitario llegaría a convertirse en las décadas siguientes en el héroe intelectual más celebrado de los nacientes Estados Unidos.

En resumidas cuentas, Titan Leeds estaba teniendo un encuentro temprano y bastante cruel con lo que solo cabe describir como *fake news* o noticias falsas.

La apurada situación de posverdad de Titan comenzó por el simple motivo de que un fabricante de almanaques rival había llegado a la ciudad siguiendo el río. En la América de la década de 1730, los almanaques eran un gran negocio y Titan Leeds lideraba el mismo. Había heredado los derechos de publicación del *Leeds Almanac* de su padre, Daniel, cuando el anciano se vio obligado a jubilarse. Daniel Leeds había nacido en una familia cuáquera originaria de la localidad inglesa de Leeds (la pequeña de Kent, no la grande de Yorkshire). [7] Ante la persecución creciente, la familia Leeds emigró a las Américas en 1677, en un esfuerzo por escapar de las restricciones religiosas del Viejo Mundo, para que Daniel se topase de lleno con las del Nuevo Mundo.

Hombre reflexivo y autodidacta, muy dado en su juventud a las visiones espirituales y a los ocasionales arrebatos de llanto, Daniel Leeds tenía una filosofía personal particular y poco ortodoxa, que combinaba el misticismo cristiano heterodoxo con un profundo amor por la ciencia. Fue su deseo de propagar la verdad tal como él la veía lo que le llevó a la industria editorial; primero con un almanaque pionero y luego con un ambicioso tratado filosófico y teológico que representaba la obra cumbre de su vida. Se sintió completamente abatido cuando, enojados por sus ideas inconformistas y por su uso intensivo de la astrología, sus correligionarios cuáqueros de la comunidad que había fundado Burlington rechazaron sus obras, retirando su primer almanaque y destruyendo casi todos los ejemplares de su libro.

Pero Daniel Leeds era un hombre indoblegable y, en lugar de contentarse con una vida tranquila, volvió a publicar su almanaque con vigor renovado, amén de enzarzarse en una prolongada e increíblemente amarga guerra de panfletos con sus vecinos, una serie continua de disputas que terminaron con la acusación de ser literalmente un demonio, formulada por uno de sus

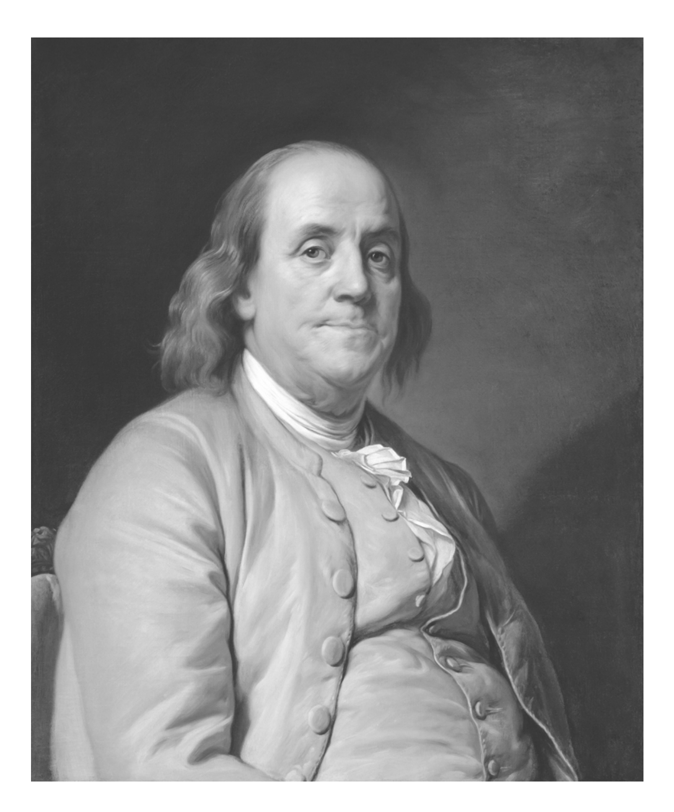
varios archienemigos. Era, decían, «el precursor de Satanás». Las quejas de los cuáqueros del siglo XVIII podían ser feroces.

Esa mala reputación pudo causarle situaciones incómodas en las calles de Burlington, pero no era necesariamente algo negativo para el negocio y, desde sus orígenes como uno de los primeros almanaques auténticos de las colonias americanas, el *Leeds Almanac* se granjeó un público considerable. Cuando las amargas secuelas de una imprudente alianza política empujaron a Daniel a entregar las riendas del almanaque a su hijo adolescente Titan en 1714, contaba ya con una reputación de varias décadas como el almanaque más destacado de la región.

Por supuesto, el problema de ser un líder del mercado es que llevas pintada a la espalda una gran diana para cualquier competidor que intente introducirse en él. Ese era exactamente el blanco al que apuntó un tipo joven y ambicioso llamado Benjamin Franklin cuando decidió participar en el juego de los almanaques.

En nuestros días, Franklin es recordado como uno de los principales Padres Fundadores de Estados Unidos; el hombre que, por encima de todos los demás, fue el gran peso pesado intelectual del movimiento de independencia americana. Franklin fue un genio polifacético, cuyo legado abarca desde los experimentos pioneros con la electricidad hasta la creación de la primera biblioteca pública de préstamo de Estados Unidos, y desde el establecimiento del sistema postal estadounidense hasta la invención de las gafas bifocales. Prometo no recurrir por costumbre en este libro al cortar y pegar de Wikipedia, pero, para que te hagas una idea de lo exasperantemente hipercompetente que era Benjamin, las líneas iniciales de la página dedicada a él lo identifican como «un destacado autor, impresor, politólogo, político, masón, administrador de correos, científico, inventor, humorista, activista cívico, estadista y diplomático». [8]

Sinceramente, la mera lectura resulta agotadora. *Mantente en tu carril, Benjamin*.



Benjamin Franklin: un hipercompetente irritante.

Pero, volviendo a 1732, Franklin era todavía un veinteañero y aún no destacaba en nada. Habiendo huido de su Boston natal a los diecisiete años para escapar de la sombra de su hermano mayor, se había establecido como impresor en Filadelfia, la ciudad en rápida expansión siguiendo el curso del río desde Burlington. (Hoy en día, gracias a unos cuantos siglos de crecimiento urbano incontrolado, Burlington se ha convertido en un barrio periférico de Filadelfia.) Franklin era bueno en su oficio, con un periódico rentable, la *Penssylvania Gazette*, en su ya pujante editorial. Pero si querías ganar mucha pasta en esos tiempos, necesitabas de veras que tu cartera diversificada de publicaciones cubriera el espacio de los almanaques.

En caso de que no te resulten familiares, los almanaques eran efectivamente una guía que contenía informaciones útiles sobre el año siguiente. Al igual que en los siglos posteriores los periódicos se encargarían de empaquetar los resultados deportivos, la programación de televisión, algo de opinión, los pronósticos meteorológicos y un poco de

astrología ligera en algo que la gente estuviera dispuesta a comprar, los almanaques hacían lo propio con... bueno, algo de opinión, los pronósticos meteorológicos y un poco de astrología ligera. (La programación de televisión no era nada del otro mundo allá por 1730.) Para unas comunidades que seguían siendo eminentemente agrícolas, la promesa de tales conocimientos (cuándo saldría y se pondría el sol, cuándo habría mareas altas, cuándo cambiarían las estaciones) era esencial. Un almanaque importante de la época, publicado por Nathaniel Ames en Massachusetts, vendía más de cincuenta mil ejemplares al año, una cifra enorme para una industria editorial todavía joven.[9] Entenderás por qué Franklin también quería sacar tajada.

Y fue así como, en 1732, lanzó el *Poor Richard's Almanack* [El almanaque del pobre Richard] bajo el seudónimo de Richard Saunders, a quien describía como astrónomo empobrecido, obligado a convertirse en editor por una mujer exigente que insistía en que hiciera algo para ganarse la vida. (Franklin adoraba los seudónimos. Alerta de destripe: esta no es la única ocasión en la que un seudónimo de Ben Franklin desempeñará un papel significativo en este libro.)

Por aquel entonces, las disputas entre pronosticadores rivales eran ya una faceta arraigada del panorama normalmente apacible de los almanaques estadounidenses y no faltaban los competidores que arremetían contra sus rivales en dosis anuales de invectivas. (En 1706, el autor de un almanaque de Boston, Samuel Clough, instó literalmente a su rival Nathaniel Whittemore a que se largase de allí.)[10] Pero mientras que la mayor parte de esas peleas se reducían básicamente a decir que «no tienes ni idea de cómo hacer almanaques», Franklin optó por una estrategia más ladina, y también mucho más divertida, para golpear a su principal competidor. Hizo que Saunders escribiera en su introducción que, sinceramente, habría aprovechado muchos años antes la oportunidad de publicar un almanaque lucrativo, de no haber sido porque, por pura amabilidad, no había querido

arruinar el negocio de su «buen amigo y compañero de estudios, el señor Titan Leeds».

El único motivo por el que ahora había cambiado de parecer, decía, era que desgraciadamente eso ya no supondría un problema durante mucho más tiempo, puesto que Titan Leeds iba a morir en breve. O, en sus propias palabras: «la muerte inexorable, que jamás se ha sabido que respete el mérito, ya ha preparado su dardo letal, la hermana fatal ya ha abierto sus tijeras destructoras y pronto nos arrebatará a ese ingenioso hombre».[11] En este punto hacemos una breve pausa para señalar que *La hermana fatal ha abierto sus tijeras destructoras* es un título genial para un álbum de *metal* que a nadie se le ha ocurrido hasta la fecha.

Franklin predijo que Titan Leeds moriría, «según mis cálculos hechos a petición suya, el 17 de octubre de 1733, a las 3.29 de la tarde, en el instante mismo de la conjunción del Sol y Mercurio», y añadía un toque de color al indicar que existía una discrepancia con Leeds respecto de la fecha exacta: «Según sus propios cálculos, sobrevivirá hasta el día 26 del mismo mes».

Es una buena broma, aunque ni siquiera era de la cosecha del propio Franklin. Este se la había robado a Jonathan Swift quien, en 1708, había utilizado la misma treta publicitaria contra un astrólogo y autor de almanaques llamado John Partridge, prediciendo en un falso almanaque publicado bajo un seudónimo que «morirá infaliblemente el 29 de marzo próximo, a eso de las once de la noche, de una fiebre virulenta».[12] Franklin, nada aficionado a la astrología, conocía sin duda la broma de Swift (y el hecho de que Daniel Leeds había sido un defensor de Partridge) y estaba haciendo un guiño a los lectores informados que también la reconocerían.

Por desgracia para Titan Leeds, él no estaba al corriente de la broma. Si su padre había sido bendecido con un razonable sentido del humor, Titan era (en palabras de un estudioso) «un hombre serio, mojigato, crédulo y práctico que parecía tomarse las cosas al pie de la letra».[13] En consecuencia, hizo lo que cualquier matón de patio de colegio te diría que,

sin duda, es lo peor que puedes hacer: mordió el anzuelo. Respondiendo al «pobre Richard» un año después, en su almanaque del año 1734 (las disputas en los almanaques eran un poco más lentas que en Twitter) atacó a su rival por su «burda falsedad», le tildó de «estúpido y mentiroso», y alardeó con orgullo de que «a pesar de su falsa predicción, por la misericordia de Dios he sobrevivido para escribir un diario para el año 1734, y para publicar la necedad y la ignorancia de este presuntuoso autor». [14]

Esa era la única excusa que Franklin necesitaba, así que pasó al siguiente nivel de su engaño. Primero en su almanaque de 1734, en el que expresó su conmoción por las cosas terriblemente desagradables escritas sobre él, y sugirió que eso indicaba que su querido y viejo amigo Leeds estaba muerto casi con seguridad, y que alguien más malvado estaba escribiendo su almanaque en su lugar. Y luego, en la edición del año siguiente, anunció que había podido confirmar que Leeds había muerto en efecto el día pronosticado, para lamentar acto seguido que había «recibido muchos improperios del fantasma de Titan Leeds, que finge seguir vivo y escribir almanaques a pesar de mí y de mis predicciones».

Por desgracia jamás sabremos cuánto tiempo exactamente habría seguido Franklin mofándose de Leeds en sus almanaques, y cómo habría reaccionado este a las continuas proclamaciones de su muerte. El motivo es que, en 1738, justo cuando todo estaba en peligro de tornarse realmente confuso, Titan Leeds simplificó la situación muriéndose de verdad.

Cabría pensar que aquello debía haber supuesto el final de toda esa historia, entre otras razones porque la reacción de la mayoría de las personas a la súbita muerte auténtica de la persona sobre cuya muerte habían estado bromeando probablemente sería, digo yo, sentirse un poco culpables y no volver a mencionar el asunto. ¿Acaso no sería esa tu reacción?

Franklin no reaccionó así.

En lugar de ello, en 1739 publicó una carta falsa del espectro de Titan Leeds, confirmando que el «pobre Richard» había tenido razón desde el primer momento, pues Leeds había muerto efectivamente en 1733, y afirmando que el almanaque que el auténtico Titan Leeds había estado publicando durante años era obra de impostores.

Hablemos sin rodeos: Benjamin Franklin fue un jodido trol como la copa de un pino.

Fue además un trol exitoso, pues la cosa funcionó. El *Poor Richard's Almanack* llegaría a ser un gran éxito, en tanto que el *Leeds Almanac* entraría en declive y dejaría de publicarse en torno a una década después. El almanaque de Franklin era más ingenioso y entretenido que su competidor, y sus prácticas comerciales eran más despiadadas. Franklin no solo había estado atacando de manera descarada la astrología en sus escritos, sino que también había estado recordando a los lectores la asociación de la familia Leeds con extrañas creencias y aquellas viejas calumnias que le declaraban «precursor de Satanás». El hecho de que lo que escribía no fuese realmente cierto... no parecía importar demasiado.

En muchos sentidos, esta es la tesis de este libro. Y es que, como veremos a lo largo de la historia, cuando nos hemos enfrentado a la elección entre la verdad y una buena historia, hemos tendido a decantarnos por la buena historia.

Pero retrocedamos un poco: hemos de examinar cómo surgió exactamente el extraño y confuso nuevo mundo de los medios de comunicación de masas en el que vivió Titan Leeds. Ni que decir tiene que la sed de noticias no era algo nuevo. La gente siempre ha querido saber cosas, y, sobre todo, saber cosas que los demás desconocen: qué sucede más allá del horizonte, o al otro lado de una puerta cerrada o a espaldas de alguien.

Tal era el caso particularmente en siglos anteriores, cuando los viajes eran más difíciles e infrecuentes; una noticia no era más veloz que un

caballo y rara vez llegaba, por lo que, cuando aparecía, se consumía con avidez. En el Gales del siglo XI, los monjes de dos monasterios remotos y situados a ciento sesenta kilómetros de distancia uno del otro ansiaban tanto la información reciente que, una vez cada tres años, hacían intercambio. Un monje informador de cada monasterio realizaba un peligroso viaje a través de Snowdonia para pasarse una semana viviendo en el otro monasterio y ponerles al corriente de los últimos chismorreos. [15]

Pero, a partir de mediados del siglo XV, las cosas empezaron a cambiar de manera drástica. Desentrañar qué causó exactamente qué durante ese período de la historia europea no es tarea fácil, pues francamente se estaban cociendo muchas cosas por todas partes: guerras casi constantes, abundantes cismas religiosos, el descubrimiento de nuevas tierras, más contacto con otras culturas y el redescubrimiento de textos antiguos de épocas pretéritas. No obstante, en aras de la simplicidad, digamos que durante aquel tiempo se produjeron tres cambios principales, que transformarían nuestro deseo humano básico de saber cosas en algo mucho más trascendental: una explosión de información que conformaría el mundo de maneras extrañas y profundas.

Uno de ellos fue el desarrollo gradual de redes postales fiables y extensas. Otro fue el ascenso de la clase mercantil a medida que se expandía el comercio internacional, una nueva élite adinerada con conexiones e intereses que podían abarcar un continente, para la que las últimas noticias no eran meramente interesantes, sino también extremadamente valiosas. Y el tercero, por supuesto, fue la innovación de la imprenta.

Las redes postales implicaban que de repente ya no era preciso dar las noticias en persona: un individuo podía enviar y recibir noticias desde el confort de su hogar, sin necesidad de peligrosos viajes ni de un ejército de mensajeros (o de un verdadero ejército, para garantizar que los mensajeros llegasen sanos y salvos a su destino). La carta se convirtió rápidamente en

el medio favorito de los adictos a las noticias de toda índole y, a la postre, llegó a ser asimismo una oportunidad comercial.

A finales del siglo XVI había nacido una nueva profesión: el escritor de cartas. Surgidos en las grandes ciudades de Italia, estos *novellanti* recopilaban todas las últimas y más fiables informaciones de sus contactos y las escribían en cartas manuscritas que enviaban por correo a sus suscriptores por todo el continente: políticos y hombres de negocios adinerados que pagaban una suma considerable por ese servicio. Espabiladas e impecablemente bien conectadas, con un negocio basado en la fiabilidad de su información, estas personas eran (tal como las describe Andrew Pettegree en su libro *The Invention of News* [La invención de las noticias]) «las primeras agencias de noticias». [16]

Mientras tanto, en 1439, Johannes Gutenberg había introducido en Europa la imprenta de tipos móviles y, al hacerlo, había activado una súbita y confusa bomba de cambio, cuya metralla se esparciría con un desenfreno temerario por todo el continente durante muchos siglos. De repente, la capacidad de comunicarse con públicos amplios no estaba limitada por el número de amanuenses que podías permitirte; la capacidad de los poderes establecidos para actuar como guardianes de la información comenzó a erosionarse. Desde el comienzo, la imprenta fue una empresa extremadamente capitalista: llevada a cabo sobre todo por empresas comerciales con fines lucrativos, altamente competitivas y poco reguladas por los poderes del Estado o de la Iglesia (al menos hasta que se percataron de que se estaba haciendo protestantismo con ella). Durante siglos, el precio de los libros se había mantenido bastante estable, ¡eran jodidamente caros! Después de Gutenberg, durante más de un siglo su precio disminuyó en torno a un dos por ciento anual. Si lo analizamos año a año, puede que no parezca una cantidad enorme, pero si pensamos en lo que eso significa a lo largo de muchas décadas la cosa cambia: en 1450, un solo libro costaba el

equivalente al salario medio de muchos meses. En 1600 podía costar menos que la cantidad del sobre de la paga de un día. [17]

Estos avances (los negocios, el correo y la imprenta) caminaron felizmente de la mano durante un siglo y medio, causando estragos alegremente a diestra y siniestra, hasta que en 1605 acabaron topándose en Estrasburgo con un joven llamado Johann Carolus.

Carolus era un encuadernador y librero de profesión, pero recientemente había conseguido una ocupación extra en el negocio de los boletines informativos. Estrasburgo era un lugar estupendo para esa tarea, un animado centro de negocios y redes postales. Pero, por supuesto, el negocio de los boletines de noticias escritos a mano tenía un techo natural de crecimiento, determinado por tu velocidad de escritura. Y fue así como Johann observó sus dos fuentes de ingresos: por un lado, los libros impresos. Por el otro, las cartas laboriosamente escritas a mano. Libros impresos; cartas manuscritas. Mmm...

Johann Carolus ató cabos y creó LAS NOTICIAS.

En esencia, Carolus invirtió en nuevas tecnologías disruptivas con el fin de aumentar la escala de su empresa mediática emergente durante una fase de estrategia de posicionamiento o *growth hacking*. El fruto de ese momento de inspiración fue la superfulminante *Relation aller Fürnemmen und gedenckwürdigen Historien*, el primer periódico impreso del mundo. De acuerdo, no se asemejaba mucho a los periódicos actuales; se parecía más a un librito de tamaño cuarto, y carecía de las modernas innovaciones tales como las fotografías, los titulares o el carácter interesante. *Relation* se atenía firmemente al formato del boletín de noticias manuscrito de un árido e indiferenciado catálogo de anuncios fácticos acerca de qué personas importantes estaban actualmente en qué ciudades, sin el más mínimo esfuerzo por explicar quiénes eran esos individuos a nadie que no fuese lo suficientemente selecto como para conocerlos ya. (En ese sentido, se parecía bastante a los ecos de sociedad de un periódico actual.)



Grabado en madera de un vendedor de la *Relation*.

Pero la *Relation* tuvo un éxito enorme y, en pocos años, la idea del periódico se fue copiando cada vez en más ciudades del norte de Europa. El segundo periódico, *Aviso Relation oder Zeitung*, comenzó a publicarse en Wolfenbüttel en 1609. Siguieron Fráncfort, Berlín y Hamburgo con sus propios periódicos en la década siguiente;[18] en 1619 Ámsterdam contaba con dos periódicos rivales.[19] Durante el siglo XVII, solo en Alemania se fundaron alrededor de doscientos periódicos.

La idea fue menos popular en el sur de Europa, sin embargo; los italianos, pioneros del boletín de noticias manuscrito, miraban con desprecio esas bobadas modernas. Y no eran los únicos: aunque la explosión informativa de principios del siglo XVII fue recibida con regocijo por buena parte de la población sedienta de información, también provocó la burla, la mofa y la alarma, en gran medida en formas asombrosamente familiares para el lector moderno.

La inquietud por las noticias falsas, especialmente entre las élites preocupadas por no ser ya los guardianes de la información; la falta de confianza en los medios de comunicación profesionales, en contraste con la confianza excesiva en la información transmitida por alguien a quien conoces personalmente; los temores generalizados a los efectos del exceso de información; el desdén hacia las personas con «adicción a las noticias». Todas estas son características destacadas de nuestros miedos alrededor de la información del siglo XXI, pero cada una de ellas era también moneda corriente en el siglo XVII. Con frecuencia exactamente con las mismas palabras.

Pensemos de entrada en la adicción a las noticias. Los alemanes inventaron enseguida un término para designarla, *Neuigkeitssucht*, que significa literalmente «adicción a las noticias o novedades»,[20] y que describían como la «horrible curiosidad de ciertas personas por leer y oír cosas nuevas».[21] En los Países Bajos, los individuos obsesionados con las últimas noticias eran ridiculizados por su adicción: un panfletista del sur se cachondeaba de la insaciable adicción a las noticias de los norteños, poniendo en boca de estos: «Hemos de leer las nuevas noticias o no tendremos ninguna paciencia». El dramaturgo y escritor satírico inglés Ben Jonson se mofaba tanto de la producción como del consumo de noticias en varias obras teatrales de la década de 1620, en particular en *News from the New World Discovered in the Moon* (*Noticias del Nuevo Mundo descubierto en la Luna*) y *The Staple of News* (*El comercio de noticias*).

No solo exasperaba sobremanera esa sed insaciable de noticias, sino que existía una inquietud generalizada acerca de los terribles efectos de esta explosión de materiales impresos tanto sobre los individuos como sobre la sociedad. Al igual que sucede hoy en día, el exceso de información causaba una profunda preocupación, que se expresaba en términos catastrofistas. En 1685, el erudito francés Adrien Baillet escribía con tono apocalíptico: «Tenemos motivos para temer que la multitud de libros que crece a diario

de una manera prodigiosa hará que los siglos venideros caigan en un estado tan bárbaro como el de los siglos que siguieron a la caída del Imperio romano». [22]

(Y también, como ocurre en la actualidad, se hablaba de ese exceso de información como si se tratase de un fenómeno completamente novedoso y exclusivo de la época en la que vivían; de hecho, la gente lleva milenios lamentándose de que hay demasiadas cosas que leer. Hallamos esta queja incluso en la Biblia: «No hay fin de hacer muchos libros y el mucho estudio es aflicción de la carne», se lamenta el Eclesiastés 12, 12. Entretanto, en el siglo I, el filósofo romano Séneca se quejaba de que «la abundancia de libros es distracción».)

Pero aunque esa sensación de vergüenza por tu montón de libros no leídos pueda ser un sentimiento intemporal, para la gente que vivía en los albores de la era de las noticias había buenos motivos para sentir que aquello era excesivo. Para empezar, la verdad es que estaban sucediendo muchas cosas.

Como escribió Robert Burton en su clásica y emotiva obra *The Anatomy of Melancholy* (*Anatomía de la melancolía*):

> Todos los días recibo nuevas noticias y rumores de guerras, plagas, incendios, inundaciones, robos, asesinatos, masacres, meteoros, cometas, espectros, prodigios, apariciones; de ciudades tomadas, plazas sitiadas en Francia, Alemania, Turquía, Persia, Polonia, etcétera; revistas militares y preparativos a diario, y cosas similares que permiten estos tiempos tempestuosos, batallas guerreadas, con muchos hombres muertos, combates singulares, naufragios, piraterías, batallas navales, paz, alianzas, estratagemas y nuevos peligros. Una enorme confusión de promesas, deseos, acciones, edictos, peticiones, pleitos, alegaciones, leyes, proclamas, demandas, ofensas llegan diariamente a nuestros oídos. Nuevos libros cada día, panfletos, hojas volanderas, historias, catálogos completos de volúmenes de todo tipo, nuevas paradojas, opiniones, cismas, herejías, controversias filosóficas, religiosas, etc. Ahora nos llegan noticias de matrimonios, mascaradas, momos, entretenimientos, jubileos, embajadas, justas y torneos, trofeos, triunfos, algazaras, holganzas, juegos; y luego, de nuevo, como en una nueva escena, traiciones, engaños, robos, grandes villanías de todo tipo, funerales, entierros, muerte de príncipes, nuevos descubrimientos, expediciones; asuntos ya cómicos, ya trágicos. Hoy sabemos de la denominación de nuevos lores y oficiales, mañana de la deposición de algunos grandes hombres, y otra vez de la concesión de nuevos honores; a uno se le indulta, a otro se le encarcela; el uno lo logra, el otro fracasa; este prospera, su vecino cae en la bancarrota; ahora con abundancia, y luego otra vez con escaseces y hambre; uno corre, el otro va a caballo, riñe, ríe, llora, etc. [23]

Es posible que Robert Burton necesitara desconectar un poco. Tomarse un descanso para centrarse en su bienestar. Quizá una larga escapada de fin de semana.

Burton no se detiene ahí. Al igual que Baillet, reparaba en la súbita profusión de textos impresos y predecía un apocalipsis libresco: «¿A quién podemos encontrar que sea tan devorador de libros? ¿Quién puede leerlos? Como ya ocurre, tendremos un vasto caos y confusión de libros, estamos oprimidos por ellos, nos duelen los ojos de leer y los dedos de pasar páginas».[24]

Y en otro lugar de la *Anatomía de la melancolía* parece quejarse de la profusión de ciberanzuelos y comentarios provocativos, advirtiendo que «es una especie de norma hoy en día poner un título fantástico a un libro que se va a vender... como observa Escalígero, "nada invita más a un lector que un argumento inopinado o impensado, y nada se vende mejor que un panfleto difamatorio"».[25] (No sé si Twitter estará buscando un nuevo eslogan corporativo, pero creo que «un argumento inopinado» encajaría a la perfección.)

Esa crítica de los «panfletos difamatorios» también era común en el siglo XVII. Mientras que los primeros boletines de noticias, con sus suscriptores selectos, explotaban su reputación de fiabilidad informativa, no cabía decir lo mismo de todo lo que se imprimía. Aunque muchos eran adictos a las últimas noticias, existía asimismo una desconfianza generalizada al respecto.[26] La gente leía con escepticismo los textos impresos; muchos seguían creyendo que las cartas manuscritas eran intrínsecamente más fiables y la información más fidedigna era la transmitida en persona por alguien conocido.[27]

En pocas palabras, muchos pensaban que había un montón de *fake news*.

Puede que tuvieran su parte de razón. Sirva de ejemplo el famoso panfleto publicado en 1614 con este conciso título: *Verdadero y maravilloso: un discurso acerca de una extraña y monstruosa serpiente (o*

dragón) recientemente descubierta, y todavía viva, para gran disgusto y diversas matanzas tanto de hombres como de ganado, por su fuerte y violento veneno, en Sussex, a dos millas de Horsham, en un bosque llamado Bosque de San Leonardo, en este mes de agosto de 1614. Con la verdadera generación de serpientes.

Ahora bien, Horsham puede no parecer un lugar especialmente prometedor para la caza de dragones: es una pequeña y agradable localidad con mercado, que quizá muchos conozcan en la actualidad sobre todo como el lugar en el que descubres que te has montado en la vía equivocada del tren y vas rumbo a Bognor Regis. Inglaterra cuenta con muchos bosques antiguos, inmensos, oscuros e impenetrables en los que sin duda podrían merodear dragones, pero el bosque de San Leonardo probablemente no ocuparía los primeros puestos de esa lista.

Pero eso no fue óbice para que el editor en cuestión, un tal John Trundle, publicara la «muy cierta» noticia del dragón de cerca de tres metros de largo, con escamas negras y rojas, que podía correr tan rápido como un hombre, dejaba tras de sí un rastro tóxico como un caracol y podía escupir veneno a veintitrés metros, habiendo matado ya de ese modo a dos personas. Y lo más inquietante era que tenía dos tumores incipientes en sendos costados de su cuerpo, lo cual sugería que le estaban creciendo alas. [28]

Trundle era exactamente el tipo de editor que provocaba el escepticismo generalizado de las noticias en aquella época: tenía un largo e infame historial de publicaciones de basura. Si algo era inverosímil pero llamativo, lo publicaba. Era objeto de numerosos ataques de comentaristas y competidores, como lo eran los muchos otros editores que comerciaban con lo sensacionalista y lo sangriento. En 1617, un panfletista anónimo criticaba severamente la plétora de «vanas fábulas de serpientes voladoras o ingenuas ilusiones de dragones devoradores, de hombres y mujeres quemados hasta morir milagrosamente sin fuego, de hombres muertos que se levantan de

sus tumbas»,[29] que llegaban a imprimirse. (El panfleto que hacía esta crítica trataba de un «poderoso monstruo marino o ballena» supuestamente arrastrado hasta la orilla en Essex.)

La inquietud acerca de las *fake news* en el siglo XVII era más profunda en la clase dirigente, manifiestamente descontenta con el hecho de que la gente fuese capaz de imprimir y distribuir cualquier cosa que deseara. En Inglaterra esta situación alcanzó su punto álgido a finales del siglo XVI, en un país todavía sumido en el caos a raíz de la guerra civil inglesa y la restauración subsiguiente. Se introdujeron leyes reguladoras de las imprentas, que facultaban a las fuerzas del rey para registrar locales en busca de imprentas ilegales. Tampoco les inquietaba exclusivamente la imprenta; en un clásico ejemplo de intento de suprimir el medio porque te preocupa el mensajero, las élites estaban alteradas asimismo por causa de los cafés.

El café, al igual que el periódico, era un fenómeno novedoso y aterrador. El primer café de Londres fue fundado por un inmigrante griego en 1652 y alcanzó enseguida un éxito arrollador. Rápidamente proliferaron los imitadores y, en unas cuantas décadas, los cafés se convirtieron en un elemento esencial de la vida de la ciudad. En ellos no solo se bebía café, sino que, para el horror de la clase dirigente, también tenían lugar discusiones muy intensas sobre política. ¡Puede que algunos aprovecharan esas discusiones para propagar *fake news*! Aquello era insostenible.

El 29 de diciembre de 1675, el rey Carlos II decidió que hasta ahí habían llegado y emitió «una proclamación para la supresión de los cafés», en la que se advertía que «en esos establecimientos, y con motivo de las reuniones allí celebradas, se inventan y se difunden noticias falsas, maliciosas y escandalosas, para la difamación del gobierno de Su Majestad, y para la perturbación de la paz y la tranquilidad del reino».[30] En virtud de lo dispuesto en la proclamación, todos los cafés de Inglaterra (y de Gales, y del disputado territorio fronterizo escocés de Berwick-on-Tweed) estarían

obligados a cerrar el 10 de enero, solo doce días más tarde. La reacción de la flor y nata londinense dependiente de la cafeína fue rápida y airada: bajo ningún concepto serían privados de su café. Carlos II se vio obligado a dar marcha atrás y canceló su prohibición de los cafés pocos días antes de su entrada en vigor.

En octubre de 1688, el rey Jacobo II lo intentó de nuevo, en esta ocasión centrándose en el mensaje y emitiendo una proclama con el fin de «frenar la propagación de noticias falsas». Se infligiría un castigo a los «propagadores de noticias falsas o a los promotores de cualquier difamación o calumnia maliciosa», en particular a «quien profiera o publique palabras o cosas que inciten o provoquen a la gente al odio o la aversión hacia nuestra persona o hacia el gobierno establecido».[31] Entenderás el motivo de su nerviosismo; por aquel entonces, una flota holandesa se estaba preparando para invadir Inglaterra. Desgraciadamente para Jacobo, la tentativa de suprimir las noticias falsas no fue de gran ayuda: fue depuesto por su hija y huyó del país poco más de un mes después.

Las leyes de concesión de licencias de prensa en Inglaterra dejaron de tener efecto en 1695, y el resultado fue una segunda explosión de medios de comunicación. Esto trajo consigo todos los problemas que seguimos percibiendo en los medios actuales. En 1734, el *Craftsman* ya había identificado uno de los problemas estructurales clave de la prensa, a saber, su tendencia a copiarse unos de otros hasta que se pone en marcha un bucle de retroalimentación de charlatanería a todo trapo: «Cuando una información falsa se cuela en un periódico, suele propagarse por todos ellos, a menos que sea desmentido a tiempo por aquellos que estén familiarizados con las circunstancias particulares».[32]

Esto se vio exacerbado por el desarrollo de la prensa al otro lado del océano, en América. El flujo de información entre Inglaterra y su colonia brindaba muchas más oportunidades de copiarse las noticias los unos a los otros, pero con una barrera de esfuerzo adicional para comprobar

efectivamente lo que estaba sucediendo de veras al otro lado del mar. Los rumores salvajes y las puras invenciones acerca de lo que ocurría al otro lado del charco iban y venían entre Inglaterra y América, exagerándose con cada nueva crónica.

Quizá el mejor ejemplo de esto sea la forma en que un discurso pronunciado ante los tribunales por una mujer que supuestamente había sufrido un trato injusto se envió de una orilla a otra del Atlántico durante varias décadas a mediados del siglo XVIII, reeditándose una y otra vez, mutando la historia central en múltiples ocasiones a medida que se creaban nuevas copias, e intensificándose el poder retórico de su mensaje conforme variaba el contexto histórico. Se trataba del discurso de Polly Baker.

Desde la óptica actual, la historia de Polly Baker parece creada especialmente para hacerse viral, lo que de hecho ocurrió a la manera del siglo XVIII. Publicada por primera vez el 15 de abril de 1747 en el *General Advertiser* de Londres, pretendía ser una transcripción de un discurso pronunciado por la señora Baker en su juicio al otro lado del océano, «en Connecticut, cerca de Boston, en Nueva Inglaterra». Baker estaba siendo procesada por haber tenido un hijo bastardo; no solo eso, sino que se trataba de la quinta vez que se hallaba ante el tribunal por ese cargo. Pero, en lugar de sentirse avergonzada, Polly Baker habló con franqueza. ¿Cómo podía ser justo, alegaba, que hubiera sido condenada en múltiples ocasiones por tener hijos ilegítimos, pero los padres de los niños se hubieran librado sin recibir ni un solo golpe en los nudillos? «He traído al mundo a cinco hijos maravillosos arriesgando mi vida; los he mantenido bien con mis propios medios —decía—. Me he arriesgado a perder la estima pública y he soportado con frecuencia la deshonra y el castigo públicos. Y, por consiguiente, en mi humilde opinión, en lugar de una azotaina, me merecería que erigieran una estatua en mi memoria.»

Su discurso fue tan contundente, contaba el preámbulo al texto en el *General Advertiser*, que el tribunal no solo se abstuvo de castigarla, sino

que uno de los jueces se sintió tan conmovido por sus palabras que se casó con ella al día siguiente. La historia parecía concebida para ser traducida al lenguaje de los sitios virales de inspiración: *Esta mujer cerró un caso judicial con un poderoso discurso sobre la humillación de una puta. – Y lo que ocurrió después te sorprenderá.*

He aquí un ejemplo magnífico de buenos contenidos. Así pues, la máquina republicana de la prensa británica se puso en marcha. El día siguiente al debut de la señora Baker en el *General Advertiser*, al menos otros cinco periódicos londinenses publicaron también el discurso. Este se propagó a los periódicos de otras ciudades: Northampton, Bath, Edimburgo, Dublín. Unas semanas después también lo publicaron las revistas de noticias, que manejaban plazos más largos. (Evidentemente, ninguna de estas publicaciones había tenido tiempo de darse una vuelta por Connecticut para intentar localizar a Polly; una vez más, la barrera del esfuerzo geográfico daba excelente cobertura a la difusión de la falsedad.) No solo se copiaba, sino que empezaban a aparecer cambios en el texto, ya fuera por error ya fuera a propósito. La variación más notable apareció en la *Gentleman's Magazine*, que decidió que el simple matrimonio de Polly con un juez era un giro argumental insuficiente, y que deberían tener asimismo quince hijos juntos. No estaba claro cuándo se suponía que habían nacido exactamente esos quince hijos, pues el texto no precisaba cuándo habían tenido lugar los acontecimientos.

Unos meses más tarde, en julio, la historia había atravesado el Atlántico y había prosperado en el naciente mercado periodístico de las colonias americanas, haciendo su debut en Boston, para luego emigrar siguiendo la costa hasta Nueva York y Maryland. A pesar de que a la prensa americana le resultaba al menos un poco más fácil investigar la autenticidad del relato, no está nada claro que alguien se molestara en hacerlo, lo que apenas sorprende francamente. Incluso en la era de los teléfonos y de Google, tratar de establecer que algo *no* ha sucedido puede ser una tarea

extraordinariamente ardua. En un momento en el que solo existían doce periódicos en el país y la idea del intrépido periodista de investigación todavía tardaría más de un siglo en aparecer, quizá no sorprenda que tal vez pensaran que tenían cosas mejores que hacer. Una práctica perfectamente común consistía en volver a publicar materiales de la prensa de Gran Bretaña, que estaba más desarrollada; puede que se redujera la barrera del esfuerzo para la verificación, pero esta era reemplazada por la supuesta autoridad conferida por la reputación de la prensa británica. Eran varios de esos problemas estructurales combinados en uno solo, la falta de imaginación en la suposición de que la prensa británica debía de ser fiable, los que alimentaban un bucle de retroalimentación de la charlatanería a gran escala.

Así pues, en lugar de estimular cualquier otra acción (orientada a profundizar o bien a desmentir), el grito de guerra de Polly contra el doble rasero sexista logró incorporarse silenciosamente al canon de la conciencia colectiva, convirtiéndose en uno de esos temas recurrentes que tanto gustan: las historias que conforman el zumbido de fondo de la psique pública, que se sacan a relucir en algunas ocasiones cuando alguien desea exponer su punto de vista. Durante las décadas siguientes resurgiría una y otra vez; volvió a publicarse en periódicos, revistas y libros; se tradujo al sueco y al francés. Como símbolo de una persona ordinaria que se enfrenta a las leyes injustas, tuvo éxito en el mundo del deísmo (el movimiento teológico que argumentaba en contra de un Dios intervencionista y de la autoridad arbitraria de la Iglesia), que ejercería una gran influencia intelectual sobre las revoluciones francesa y americana.

Fue en ese contexto donde renació con fuerza el discurso de Polly más de dos décadas después de que se publicase por primera vez, lo que condujo asimismo a que se desvelase por fin la verdadera historia que ocultaba. En 1770, la anécdota apareció en una forma recién reescrita y mucho más melodramática, en un exitoso libro francés de historia del abad Raynal, un

exsacerdote con un precario dominio de la historia, pero una cierta destreza con la propaganda de agitación. (Al menos parte del libro fue escrita por él; extensas secciones fueron aportaciones del más talentoso filósofo Denis Diderot junto con una serie de colaboradores. Es muy posible que fuese Diderot quien incorporara al texto la historia de Polly, pues al parecer fue un gran admirador.)

En la atmósfera febril de la Francia prerrevolucionaria, la opresión de Polly Baker a manos de los tiránicos legisladores de Nueva Inglaterra caló hondo y se tornó muy popular. La historia de Raynal se reimprimió en múltiples ocasiones en ediciones autorizadas y no autorizadas, y otras versiones francesas de la historia de Polly aparecieron en las décadas de 1770 y 1780. Y fue así como, un día de 1777 o 1778, cuando la revolución estadounidense estaba en pleno apogeo, Raynal hizo una visita al ministro de Estados Unidos en Francia, a quien encontró hablando del popular libro de historia del abad con un visitante de Connecticut.

Ninguno de los tres participantes en aquella reunión escribió jamás sobre lo sucedido en la sala donde tuvo lugar. Solo conocemos la historia de segunda mano, a través del entonces futuro presidente de Estados Unidos Thomas Jefferson, que declaró que le habían contado unos años después lo acontecido aquel día. Como tantas historias, esta ha de tomarse con reservas.

A grandes rasgos habría sucedido lo siguiente: los dos estadounidenses estaban comentando el libro de Raynal y hablando de lo malo que era, cuando se presentó Raynal de improviso. El conectiqués, un tal Silas Deane, saludó a Raynal contándole alegremente que habían estado charlando sobre los numerosos errores que contenía su libro. (Nota al margen: como autor, te ruego por favor que no hagas tal cosa, pues es de mala educación; dedica al menos un par de minutos iniciales a la charla trivial.) Raynal afirmó que no había errores y que había sido

extremadamente cuidadoso para asegurarse de que todos los hechos narrados en el libro procedían de fuentes fidedignas.

«Pero ¿qué hay de Polly Baker? —preguntó Deane—. Aparece en el libro y definitivamente aquello jamás ocurrió.»

«Al contrario —insistió Raynal—, ese relato provenía de una fuente irreprochable, aunque ahora mismo no recuerdo cuál era.»

En ese momento, el ministro estadounidense, un tal Benjamin Franklin, fue incapaz de aguantar la risa.

Y es que había sido él quien se había inventado toda la historia de Polly Baker tres décadas atrás y quien la había plantado en la prensa británica. Su carrera como falsificador no había terminado con su declaración prematura de la muerte de Titan Leeds.

De hecho, tampoco había comenzado entonces.

En realidad, Franklin inició su carrera de engaños en la industria periodística en 1722, durante su adolescencia, cuando su hermano mayor, James, le prohibió escribir para el *New-England Courant*, el periódico publicado por James. Cabreado por esta represión de sus dotes creativas, el joven Benjamin hizo lo que haría cualquier emprendedor de dieciséis años: se inventó una viuda de mediana edad llamada Silence Dogood y envió artículos bajo su nombre. (Lo sabrás si has visto el interesante documental *National Treasure* protagonizado por Nicholas Cage.) James Franklin, que ignoraba por completo quién era su verdadero autor, publicó catorce de aquellas cartas, y la señora Dogood se granjeó un buen número de seguidores, incluidas varias ofertas de matrimonio.

Su primera incursión en la perfidia cosechó un éxito tan rotundo que Franklin continuó alegremente donde Silence Dogood lo había dejado. En 1730 estaba publicando ya su propio periódico en Filadelfia, la *Pennsylvania Gazette*, en el que incluyó un relato completamente ficticio de un juicio por brujería. En realidad no había habido ningún juicio de brujas notable en Estados Unidos desde hacía varias décadas. Más tarde vino el

Poor Richard's Almanack (donde escribía una vez más con la voz de un personaje inventado), donde mató al desdichado señor Leeds.

Para que te hagas una idea del empeño que ponía Franklin hasta en sus engaños más insignificantes, en 1755 imprimió e insertó un capítulo falso entero en la Biblia (el inexistente capítulo 51 del Génesis), simplemente para ganar una discusión con una elegante dama inglesa. [33]

En realidad, Polly Baker no había sido inventada para atizar el fervor revolucionario; había sido creada básicamente para diversión del propio Franklin. Se trataba de una broma que... se le había ido un poco de las manos.

Todo esto sucedía en los primeros años de los medios de comunicación de masas; la clase de industria de la información a la que hoy estamos acostumbrados tardaría todavía varias décadas en surgir propiamente. Y, sin embargo, muchos de sus ingredientes de entonces los reconocemos aún en nuestros días: la republicación irreflexiva de noticias sin comprobar su veracidad, la incómoda mezcla de desconfianza y credulidad por parte del público, la forma en la que una historia demasiado buena para ser cierta prosperará a pesar de todo. Y todas esas características persistieron conforme la industria de la información se fue expandiendo, hasta convertirse en el mastodonte que eructa contenidos con el que estamos familiarizados en nuestros días. Esto es lo que examinaremos en el próximo capítulo, donde descubriremos que Polly Baker dista de ser la única ocasión en que una broma se descontrola un poco.

3

La era de la desinformación

En la ciudad de Nueva York, a principios de agosto de 1835, los entusiastas de las noticias habrían tenido mucho de lo que hablar.

En primer lugar del tiempo, naturalmente: un calor sofocante que apenas cedió en todo el mes. Hubo un grave incendio en el bajo Manhattan. Existía un clima político cada vez más tenso, dominado por el tema de la esclavitud y los enfrentamientos frecuentemente violentos entre *whigs* y demócratas, en un año que ya había sido testigo de la primera tentativa fallida de asesinato presidencial en la nación. Entre las personas con una mentalidad más científica, había una expectación embelesada ante la predicción del inminente regreso a los cielos del cometa Halley. Y había una curiosa exhibición en el popular centro de entretenimiento Niblo's Garden, organizada por un joven ambicioso llamado Phineas Taylor Barnum, deseoso de lanzar una carrera como *showman*, que había causado sensación desde su inauguración el 10 de agosto.

No solo abundaban las noticias, sino que la propia *disponibilidad* de estas constituía en sí misma una importante novedad. La ciudad había asistido a una explosión de periódicos de un centavo fundados en los dos años anteriores; una nueva clase de publicaciones asequibles de consumo

masivo, que competían agresivamente entre sí por las historias y por los lectores.

Así pues, sí que había mucho de lo que hablar a principios de agosto.

Sin embargo, a finales de ese mes, lo único de lo que hablaba todo el mundo era de la raza de hombres murciélago que vivían en la Luna.

Es importante señalar (pues no quisiera que sacaras una impresión equivocada) que los hombres murciélago pelirrojos de la Luna no estaban solos en el paisaje lunar. No seas tonto. Como todo el mundo sabe, estos formaban parte de un vibrante y complejo ecosistema espacial que incluía, entre otras criaturas, castores bípedos gigantes que llevaban con ternura a sus hijos en sus brazos, anfibios esféricos de alta velocidad que rodaban por las playas de los vastos y abundantes ríos y lagos de la Luna, y manadas de unicornios pequeños y azules con cara de cabra que retozaban alegremente por las bucólicas praderas onduladas de flores escarlatas.

Estas maravillas celestes fueron reveladas en primer lugar de manera gradual en el transcurso de una semana a finales de aquel agosto a los lectores del periódico neoyorquino *Sun*, que reimprimió las noticias de su descubrimiento para su público estadounidense a partir de un informe aparecido inicialmente en un suplemento del *Edinburgh Journal of Science*. Se basaban en recientes observaciones realizadas por el gran astrónomo sir John Herschel al otro lado del océano, en el cabo de Buena Esperanza, en Sudáfrica. Para ello había contado con un nuevo y extraordinario telescopio de una potencia y una claridad sin precedentes.

Los informes sobre los descubrimientos lunares conmocionaron a la ciudad y al mundo entero. Atraían grandes multitudes a las redacciones de los periódicos, hicieron que los periódicos rivales se apresuraran a reimprimir las noticias, y dominaban las conversaciones y la cultura popular, incluida la producción de un gran éxito teatral en el Bowery Theatre que se estrenaría menos de un mes después. Y contribuyeron a

proclamar al *Sun*, un periódico que se había fundado tan solo dos años antes, como probablemente el más vendido del mundo.

Pero (y agárrate para una sorpresa) *nada de todo aquello ella cierto en realidad*.

Lo sé, lo sé. Es mucha información para asimilar en un breve período de tiempo. Pero, por favor, créeme cuando te digo que los científicos lo han comprobado muy cuidadosamente y lo cierto es que en la Luna no viven hombres murciélago pelirrojos. Ni tampoco unicornios cabra.



Un grabado francés de los hermanos Thierry que muestra a los hombres murciélago de la Luna.

El Gran Engaño de la Luna de 1835 no fue, como afirmaban las historias iniciales del *Sun*, la obra de un tal doctor Andrew Grant, que había sido «durante varios años el coadjutor inseparable del joven Herschel», [1] sino la de un joven inglés emigrado a Estados Unidos llamado Richard Adams Locke. Locke había sido contratado como editor del *Sun* solo dos meses antes. No tardó mucho tiempo en causar un impacto.

Si tuviésemos que señalar un único período de la historia en el que situar el nacimiento de la moderna industria de la información, mediados de la década de 1830 en Nueva York sería una buena opción. Los periódicos anteriores a esa época eran muy diferentes de los que compramos hoy en

día (o, para ser más exactos, los que no compramos, pero cuyos sitios web leemos algunas veces). Para empezar, no estaban muy lejos de ser artículos de lujo, dirigidos exclusivamente a clases mercantiles y políticas adineradas, y apenas se esforzaban por atraer a un público más amplio. Los periódicos existentes en Nueva York a comienzos de la década de 1830 costaban seis centavos cada uno, un precio muy poco asequible para la mayoría de la población de la ciudad en rápido crecimiento. Constaban de una sola hoja de papel doblada y tenían solo cuatro páginas, y tanto la primera como la última de ellas (ambas conforman la más valiosa propiedad de cualquier editor de periódico actual) estaban íntegramente dedicadas a una plétora de anuncios breves, impresos en densas columnas con una letra tan pequeña que era casi ilegible.

Gracias a las innovaciones de Rupert Murdoch en el siglo XX, las palabras «página tres» están inextricablemente vinculadas en la mente de los aficionados a los periódicos británicos a las fotos de mujeres en toples. En cambio, la página tres de los periódicos neoyorquinos de principios de la década de 1830 solía incluir largas listas de cosas tales como las tasas de cambio de divisas y la información sobre los barcos recién llegados a puerto; la clase de información que era vital para los comerciantes, pero prácticamente inútil como erotismo blando, a menos que tuvieras alguna perversión muy particular. Todas las noticias auténticas quedaban relegadas a la página dos, una página que cualquier periodista actual reconocería como «el lugar en el que colocas las cosas que la gente no lee».

Nada de esto grita especialmente «¡Por favor, compra este periódico!». Pero el formato poco atractivo no suponía en realidad ningún problema para las ventas de esos periódicos, ya que estos solían depender de suscripciones más que de las ventas en los quioscos (lo cual resultaba práctico, habida cuenta de que por entonces no había quioscos). También dependían en gran medida del patrocinio, en concreto del patrocinio político. Este era el eslabón final de la era de la «prensa de partido» en Estados Unidos, cuando

la mayoría de los medios de comunicación eran directamente propiedad de los partidarios políticos o dependían de los favores de sus políticos elegidos, como la concesión de contratos públicos lucrativos a cambio de su apoyo incondicional y entusiasta.

Esto generó lo que cabría describir generosamente como «un debate popular enérgico y apasionado sobre los grandes asuntos políticos a los que se enfrenta un país joven» o, con algo menos de generosidad, como «un montón de ególatras que ponen a caer de un burro a sus rivales sin ninguna consideración por la exactitud».

Esta, ejem, «pasión y energía» se derramaba con frecuencia en la vida real. El Nueva York de 1835 era muy diferente de la resplandeciente metrópolis actual. Naturalmente no había rascacielos de cristal; en lugar de rascacielos había jabalíes vagando por las calles cubiertas de heces. Pero, sin embargo, la ciudad tenía algunas características que les resultarían muy familiares a los neoyorquinos actuales: olía a rayos en verano, no tenía un metro que funcionase y contaba con una pequeña pero influyente camarilla de profesionales de los medios, que se tomaban con una seriedad desorbitada sus dramas interpersonales.

Los editores de los periódicos se identificaban estrechamente con las publicaciones que supervisaban, entre otras razones porque escribían la inmensa mayoría de los textos de sus periódicos. La distinción entre las funciones actuales del reportero (cuyo trabajo consiste en salir en busca de la noticia) y del editor (cuya labor es sentarse en un despacho y exigir fotografías de Spiderman) era todavía borrosa por aquel entonces. En consecuencia, las riñas salvajes entre los medios partidistas eran con frecuencia profundamente personales, y era bastante habitual que, cuando se encontraban en la calle, los editores de los periódicos se moliesen a palos. Un editor incluso tomó por costumbre llevar pistola tras haber sido agredido físicamente por el mismo competidor tres veces en una semana.

Fue en esa atmósfera acre donde surgió el *Sun* neoyorquino en 1833 y cambió para siempre las reglas del juego. La idea que subyacía al *Sun* (y al resto de las publicaciones pioneras de la nueva era de la «prensa de centavo») era radical: en lugar de venderse a los seis centavos habituales, costaría solo un centavo. En vez de depender de las suscripciones y del patrocinio, sería independiente y lo distribuirían por las calles un escuadrón de vendedores de periódicos, que gritarían los titulares más dramáticos del día. De tal manera que conseguiría el grueso de su dinero con la publicidad, que podía llegar de repente a un público mucho más amplio gracias a las ventas espectacularmente más altas del periódico. La información no era un producto especializado y de gama alta vendido a un grupo selecto, reducido y homogéneo; era un producto que se vendía en un mercado masivo, popular y populista, dirigido a una amplia gama de lectores... y supeditado a la cantidad de ojos que miraran las páginas.

En otras palabras, había dado con el modelo empresarial de amplio espectro que grandes sectores de la industria de la información seguirían durante gran parte de los ciento setenta años siguientes, prácticamente hasta estas últimas décadas, cuando surgió una combinación de los fondos de cobertura liquidadores de activos e internet para arruinar las fastuosas cuentas de gastos de todo el mundo. (Breve digresión: no son pocos quienes han sugerido recientemente que, en nuestros días, la industria de la información se está apresurando a regresar a los modelos precedentes, o bien creando productos financiados mediante suscripción y dirigidos a públicos reducidos y selectos, o bien volviéndose dependiente del patrocinio de oligarcas sedientos de influencia. ¡En ambos casos, tiempos divertidos en el mundo de la información!)

El *Sun*, que dio enseguida con una fórmula que resistiría el paso del tiempo (concretamente, que las historias sobre crímenes, desastres y dramas humanos atraían la atención del público), vio crecer a sus lectores hasta cotas sin precedentes. A principios de agosto de 1835, alardeaba de haber

vendido veintiséis mil ejemplares, muchos más incluso que *The Times* de Londres que, hasta la llegada del *Sun*, había sido casi con seguridad el periódico de mayor tirada mundial. Esto pudo deberse en gran medida al terrible incendio ocurrido el 12 de agosto, cuando un gran fuego arrasó extensos sectores del distrito de las imprentas en el Downtown de Manhattan. Esto supuso un incremento del dos por uno en las ventas del *Sun*: no solo fue una noticia enorme y dramática sobre la que la gente estaba ansiosa por leer, sino que, además, de manera muy oportuna, destruyó la imprenta del rival más próximo del *Sun*, otra empresa emergente de prensa de centavo llamada *Morning Herald*, que por entonces solo llevaba tres meses publicando.

Así pues, el *Sun* estaba perfectamente situado aquel agosto para causar una nueva sensación mediática. Y, sin embargo, la historia de los habitantes de la Luna empezó siendo pequeña: un breve párrafo en la página dos de la edición que salió el viernes 21 de agosto, titulado «Descubrimientos celestes». Comentaba que, en el cabo de Buena Esperanza, sir John Herschel había realizado «unos descubrimientos astronómicos maravillosos, gracias a la utilización de un inmenso telescopio basado en un procedimiento enteramente novedoso».

Ese párrafo resultaría ser solamente el tráiler. La historia completa comenzó a aparecer a la semana siguiente, el martes 25 de agosto. Pero, incluso entonces, en lugar de empezar con los aspectos más sensacionalistas, el *Sun* se tomó su tiempo para construir lentamente el relato. La entrega del primer día fue francamente un poco aburrida y consistió en descripciones de cómo se suponía que funcionaba el «inmenso telescopio» con su lente de siete toneladas.

Pero esta estrategia jugó en realidad a favor del *Sun*. En lugar del escepticismo que podría haber provocado un encabezamiento como «¡HOSTIAS, HAY HOMBRES MURCIÉLAGO EN LA LUNA!», el sobrio relato (presentado como una reimpresión de la prestigiosa publicación *Edinburgh*

Journal of Science) confirió a la historia un aire de credibilidad y logró que los lectores volvieran a por más.

Al día siguiente, el *Sun* comenzó a desvelar las maravillas de la Luna. La entrega del miércoles reveló que la Luna estaba poblada por vida vegetal y animal en abundancia, incluidos esos campos de flores rojas parecidas a las amapolas, las criaturas anfibias rodantes y los unicornios cabra azules. Eso era ya bastante extraordinario, pero nada comparado con el anuncio que se hizo el tercer día: el descubrimiento de los castores erguidos, unos animales claramente dotados de un cierto grado de inteligencia, que llevaban en brazos a sus crías «como los seres humanos» y vivían en cabañas «mejor construidas y más altas que las de muchas tribus de humanos salvajes».

A esas alturas, la historia ya había causado sensación, pero la cuarta entrega, publicada el viernes 28 de agosto, la llevó a cotas más altas. Eso sucedió cuando el *Sun* presentó al mundo a los hombres murciélago lunares: «*Homo vespertilio* u hombre murciélago», como supuestamente los denominaba Herschel; criaturas de cerca de «un metro veinte de altura», con «pelo corto de color cobre brillante» y rostro amarillo, descritas como «una ligera mejora del gran orangután». Y, destacaba también, con unas alas «compuestas de una membrana delgada... perfectamente ajustadas en su espalda, desde la parte superior de sus hombros hasta las pantorrillas».

Esas criaturas de apariencia humana no solo podían volar, sino que eran claramente muy inteligentes: era «evidente que mantenían conversaciones» y «su gesticulación... parecía apasionada y enfática». Y, por si aquello no bastara para captar la atención de los lectores, el artículo comentaba asimismo que «nuestras observaciones de los hábitos de esas criaturas, que eran de ambos sexos, han conducido a resultados tan extraordinarios que prefiero que sean presentadas ante el público en el trabajo del propio doctor Herschel... se trata sin duda de unas criaturas inocentes y felices, a pesar de que algunas de sus diversiones difícilmente se avendrían con nuestras ideas

terrestres del decoro». Una sección que describía esas «diversiones» fue censurada con ostentación.

Sí. Aunque el texto pasa de puntillas por este asunto, el lector no albergaría muchas dudas al respecto: amigos, los hombres murciélago de la Luna *follaban*.

Las dos entregas finales no pudieron evitar un ligero anticlímax tras las revelaciones del viernes, si bien se las ingeniaron para mantener el interés del lector, casi insaciable a esas alturas. El sábado trajo consigo el descubrimiento de grandes y misteriosos edificios semejantes a templos, construidos con zafiro en la Luna, mientras que, tras tomarse un descanso el domingo, el lunes siguiente se presentó una variedad nueva y mejorada de hombres murciélago. Descritas como «el orden superior de animales en ese rico valle», sentadas en círculos, manteniendo conversaciones, esas personas murciélago mejoradas tenían al parecer «una estatura mayor que los especímenes anteriores y un color menos oscuro y, en todos los sentidos, eran una variedad mejorada de la raza».

Eso es: los hombres murciélago de la Luna llevaban solo cuatro días existiendo y ya teníamos la primera descripción extremadamente racista.

La redacción del *Sun* fue sitiada por miles de personas que reclamaban actualizaciones y su imprenta no daba abasto en la producción de ejemplares. La muchedumbre no solo estaba deseosa de conocer novedades, sino que contribuía asimismo activamente al engaño. William Griggs, un amigo del autor del bulo, Locke, contaba cómo había oído a personas del gentío aportar pruebas en respaldo de la ficción, en un estado de «insaciable credulidad». Un «caballero de edad avanzada y de aspecto muy respetable, que vestía un elegante traje cuáquero de paño fino», afirmaba haber visto con sus propios ojos el telescopio ficticio de Herschel cuando se cargaba en un barco en los muelles de las Indias Orientales de Londres; otro hombre «de apariencia absolutamente respetable» insistía en que poseía un ejemplar original del informe del *Edinburgh Journal of Science*, y en que la

reimpresión del *Sun* era fiel. Griggs los describe como actos de «mendacidad espontánea».[2]

Benjamin Day, el astuto editor del *Sun*, sabía detectar un filón y veía inmediatamente la oportunidad de sacar tajada. Incluso antes de completar la serie, había vuelto a publicar el texto como un panfleto independiente, que vendió en muy poco tiempo decenas de miles de ejemplares (a doce centavos y medio cada uno). Encargó ilustraciones que representaran a los habitantes de la Luna. Y pasó a invertir en nuevas imprentas a vapor con el fin de garantizar que el *Sun* jamás volviera a quedarse sin ejemplares. Las noticias estaban en camino de convertirse en una industria.

La creencia generalizada en aquel bulo parece fuera de toda duda. Los neoyorquinos de la época escribían sobre él en sus diarios y pocos parecen haber expresado escepticismo; múltiples crónicas de fuentes contemporáneas declaran que la mayoría de la gente se dejó engañar por los escritos de Locke. Una figura de la talla de Edgar Allan Poe escribiría más tarde que «Ni siquiera una persona de cada diez lo ponía en duda... ¡Un solemne profesor de matemáticas de una universidad de Virginia me contó seriamente que no tenía duda de la verdad de todo aquel asunto!».[3] El propio Poe pilló en su momento un cabreo monumental por aquel bulo, no por haber sido engañado, sino porque él había publicado su propia historia falsa sobre un viaje a la Luna unos meses antes en el *Southern Literary Messenger*, y había estado planeando una secuela antes de que la obra del *Sun* diera al traste con la suya.

Con el tiempo, sin embargo, la gente empezó a expresar un escepticismo público, y uno de los primeros en hacerlo fue un tal James Gordon Bennett, el editor del *Morning Herald*. Había tenido que abstenerse de participar la primera semana del bulo, ya que su periódico aún no estaba en condiciones de publicar por causa del incendio de ese mismo mes, y presumiblemente había estado apretando los dientes todo ese tiempo ante el éxito de sus rivales.

No obstante, el lunes siguiente, 31 de agosto, el *Herald* estaba de nuevo en marcha (y había suprimido el «Morning» de su nombre). [4] Bennett lanzó una andanada contra sus competidores con un artículo titulado «El bulo astronómico explicado», que comentaba, entre otras cosas, que el auténtico *Edinburgh Journal of Science* había suspendido su publicación dos años atrás y, por consiguiente, no podía ser la fuente de la historia. Continuó en la misma línea durante las semanas siguientes, tachando la actuación del *Sun* de «sumamente inapropiada, malvada y, de hecho, una especie de estafa descarada», y acusándoles de imprimir «falsedades por dinero».

(Por si te lo estás preguntando, la expresión «Gordon Bennett», empleada en inglés para expresar sorpresa, incredulidad o exasperación, no procede exactamente de James Gordon Bennett, si bien guarda cierta relación con él. En realidad proviene de su hijo, James Gordon Bennett júnior, que heredó los derechos de publicación del periódico de su padre, que finalmente adoptó el nombre de *The New York Herald*, título bajo el cual se granjeó su mayor fama. Ahora bien, Bennett júnior no era tan solo el editor de un periódico; también estaba tan profundamente comprometido con un estilo de vida salvaje, licencioso y públicamente excéntrico, que su nombre se convirtió prácticamente en sinónimo de «¡hostias!».)

¿Estaba justificada su acusación? ¿Estaba contando falsedades el *Sun* simplemente por dinero? Bueno, es indudable que la presión de las ventas contribuyó a empujar a Locke a escribir su *magnum bulus*, y Day, como editor, ciertamente no vaciló ni un solo instante en exprimir todos los dólares que pudo del éxito. Pero Locke parece haber tenido también otros motivos. De hecho, según su propia explicación, cuando (unos años después) confesó por fin el engaño, había creado una de las mentiras más famosas de la historia porque él mismo estaba irritado por la propagación de falsedades. Su obra no fue concebida como un engaño, sino como una parodia de la «teología natural», una filosofía popular en aquel tiempo, en la que la ciencia quedaba relegada a una condición de segunda clase en el

afán por comprender el designio de Dios. Como admirador de la ciencia y entusiasta de la geología y la astronomía, esa forma de pensar le horrorizaba. Quería poner de manifiesto que era pura charlatanería.

En realidad, Locke no había pretendido propagar sandeces. Simplemente había contado un chiste muy elaborado que casi nadie había entendido.

Un chiste que se volvió en contra de Locke de maneras lamentables. Durante el resto de su vida no pudo escapar de la sombra de su Luna. Dejó el *Sun* un año después para trabajar en un nuevo periódico, donde confiaba en realizar una labor más valiosa para el mundo, pero fracasó. A los pocos años, en su nuevo empleo intentó otro engaño, sobre los supuestos diarios perdidos del explorador escocés Mungo Park, pero nadie se interesó por ello. Sus escritos resultaban sospechosos. Locke se dio a la bebida. Menos de una década después de la publicación de su bulo, dejó por completo el periodismo y pasó los tres decenios restantes de su vida trabajando discretamente para el Servicio de Aduanas.

Pero lo que dejó detrás ha perdurado hasta nuestros días. Los legados del Gran Engaño de la Luna (la lucha de los periódicos por su circulación, la industrialización de la distribución de noticias y la priorización del éxito sobre la exactitud) son factores que han resonado a través del negocio del registro de noticias durante casi dos siglos. En palabras de ese inapreciable recurso en línea llamado The Museum of Hoaxes [El Museo de los Engaños], la serie de la Luna de Locke fue «la primera demostración verdaderamente sensacional del poder de los medios de comunicación de masas». [5]

Y, como en el caso de Franklin antes de él, se trató de la broma de un periodista a quien se le fue de las manos. Tampoco sería la última vez.

Llegados a este punto, probablemente debería confesar mi propio interés sobre este asunto ya que yo me considero tanto un periodista como alguien que ha gastado bromas que se le han ido de las manos. Durante muchos años, gracias a las peculiaridades de los nuevos medios de comunicación en

general, y a la indulgencia de mis jefes en BuzzFeed en particular, mi trabajo ha combinado ambas vocaciones en una amalgama un tanto confusa. Por una parte, como periodista me dedicaba a informar sobre la desinformación viral en línea: contribuyendo a desenmascarar a una agencia de noticias sin escrúpulos, cazando bots rusos, desacreditando lo que parecía un número infinito de fotos trucadas de tiburones nadando por calles inundadas. Por otra parte, como escritor cómico creaba elaboradas parodias de informes periodísticos sobre acontecimientos inexistentes.

Por supuesto, esas parodias eran interpretadas como reales casi sin excepción al menos por una pequeña subsección de los lectores. Aprendí a mi costa que básicamente no puedes hacer nada (quizá salvo escribir por todas partes ESTO ES UNA BROMA, TÍOS, lo cual suele estropear un poquito el chiste) para impedir que alguien, en algún lugar, confunda la broma más palmaria con la realidad. Si eres aficionado a cuestionarte tu lugar en el mundo, no hay nada como ver que una broma creada por ti sobre personas que comparten crédulamente sandeces en Twitter se comparte en Twitter como algo real menos de un año después.

Así pues, también me gustaría aprovechar esta oportunidad para pedir disculpas públicamente por primera vez al presentador principal de la BBC Nick Robinson, y aclarar que no estudió en Eton con David Cameron y que nunca fue grabado en secreto diciendo «odio a todos los pobres».[6] No puedo hacer suficiente hincapié en que *se trataba de un chiste y supuestamente no tenía que tuitearse fuera de contexto*.

Amén de mi persistente vergüenza por haber calumniado al señor Robinson, esta trayectoria implica asimismo que tengo opiniones un tanto encontradas sobre el periodismo. Como todos los periodistas, lo defenderé de manera incondicional y un tanto ampulosa como una profesión noble y valiente, un pilar vital de cualquier sociedad democrática y un instrumento esencial para descubrir la verdad y hacer rendir cuentas a los poderosos. No se trata simplemente de una postura; todos los días me inspiran colegas

periodistas del mundo entero, muchos de los cuales corren riesgo de encarcelamiento, ruina o muerte por denunciar irregularidades y encender una luz en la oscuridad. Son unos héroes.

No obstante, también soy consciente de que muchas de las cosas que produce la industria de las noticias son, en grados diversos, gilipolleces.

Ahora bien, esto sucede en parte porque la labor de descubrir los hechos y escribir sobre ellos con un plazo de entrega muy ajustado es realmente muy dura. No necesariamente dura en el sentido de «trabajar en una mina»; más bien, dura en el sentido de «intentar encontrar una aguja en un pajar y, además, el pajar está en un tornado, y en realidad nadie está seguro al cien por cien de que la aguja estuviera siquiera en el pajar y el granjero ha empezado a remitir todas las preguntas sobre el pajar a su abogado, ¡ah!, y el tipo de Reuters llegó allí dos horas antes que tú y ha conseguido una exclusiva con la familia de la aguja».

Dicho sin ambages, los acontecimientos humanos son desordenados y caóticos, y el intento de establecer lo que realmente sucedió incluso en el más mínimo incidente, y luego destilarlo en ochocientas palabras claras y concisas, y todo ello en unas pocas horas, sinceramente puede resultar a veces bastante complicado.

En ningún lugar es más evidente esto que en la historia de 1904 de una serpiente que apareció inesperadamente un día en un apartamento de Nueva York.

Para ser claros de entrada, en el gran orden de las cosas esta no es una historia importante. No cayó ningún gobierno, no se desencadenó ningún gran movimiento social, su legado no resonó durante años. No se ha escrito ningún musical sobre ella. La única víctima de la historia estaba muerta mucho antes de que el asunto llegara a la imprenta, y dicha víctima era la serpiente en cuestión.

La desdichada serpiente hizo su aparición en un apartamento en malas condiciones en el número 22 de la calle 33 este, en un distrito de Manhattan

insalubre y con un alto índice de criminalidad. (Décadas más tarde, tras ser convertido en oficinas, la misma dirección albergaría brevemente la última iteración de la Fábrica de Andy Warhol.) Allí, un niño pequeño fue descubierto por su familia jugando con un nuevo juguete de aspecto inusual. Una inspección más detallada reveló que el nuevo juguete era en realidad una serpiente viva.

Como es natural, la familia fue presa del pánico y mató enseguida a cuchilladas a la serpiente —descanse en paz— y recorrió varias manzanas con su cadáver hasta la destartalada y hedionda comisaría de la policía local. Hemos de suponer que, desde allí, uno de los polis daría el soplo a los caballeros de la prensa de que había a la vista una historia extravagante de interés humano.

Puedes ver por qué ese asunto tendría interés periodístico; se trata de la clase de historias que componen la cobertura de noticias locales. La razón por la que reviste interés para nosotros, sin embargo, es lo que sucedió a continuación: ninguno de los seis periódicos que lo cubrieron coincidía en un solo detalle de lo que había ocurrido en realidad.

Hemos de agradecer a Andie Tucher, antigua periodista e historiadora de la Escuela de Periodismo de Columbia de Nueva York, su exhaustiva investigación del vertiginoso repertorio de inexactitudes que la prensa logró sacar de esta historia completamente intrascendente.[7] Por los seis diarios neoyorquinos (*Sun*, *Herald*, *The Times*, *Tribune*, *World* y *American and Evening Journal*), los detalles contradictorios se esparcían como la cinta de teletipo. Discrepaban en cuanto al tamaño de la serpiente (entre noventa centímetros y metro y medio de longitud), el color de la serpiente (amarilla, marrón, verde o negra, a veces con manchas de diversas combinaciones cromáticas), la edad del niño (tres, cuatro, cinco años o ninguno de los anteriores), así como el nombre del niño (Pierre, o posiblemente Albert, Jeltrup o Gultrep, o Blanpain) y el nombre del vecino de cuya colección de fieras había escapado supuestamente la serpiente (aunque coincidían en que

su nombre era Gustave, le ponían el apellido Hurtiland o Svenson, ambos incorrectos). Además, discrepaban acerca de quién había matado a la serpiente (el padre, el abuelo, el tío, la niñera), con qué instrumento habían matado a la serpiente (cuchillo, pala, martillo, espada) e incluso en cuántos pedazos quedó la serpiente una vez muerta (dos o muchísimos pedazos).

Básicamente todos los detalles posibles del incidente más allá de que «había una serpiente» estaban en litigio. Aquello era como una extraña versión herpetológica del Cluedo.

No se trata de burlarse de los reporteros de sucesos del Nueva York decimonónico desaparecidos hace mucho tiempo, sino simplemente de poner de relieve cuán tenue ha sido durante gran parte de nuestra historia la conexión entre la realidad y lo que se relata en los medios. A fin de cuentas, esta era una historia que presentaba muy pocos de los problemas inherentes al periodismo más serio: ninguno de los sujetos (con la posible excepción de Gustave, la presunta fuente de la serpiente) tenía incentivo alguno para tergiversar la verdad. Nadie estaba tratando de encubrir nada, nadie estaba promocionando una película ni nadie estaba intentando utilizar la serpiente como justificación política para la invasión militar de un país del tercer mundo.

Puede que alguno de los reporteros de la imprecisa historia de la serpiente fuera simplemente perezoso, incompetente o sencillamente desafortunado. Pero, por lo demás, puede que estuvieran ejerciendo su oficio como mejor sabían.

Hoy en día, el sintagma «*fake news*» está por todas partes, y ha visto cómo su significado se ha transformado de manera rápida y deprimente: de «texto completamente ficticio que se hace pasar por noticia simplemente para conseguir clics» (significado de 2016) ha pasado a ser «historias impresas sobre un político que a este no le gustan» (desde 2017 hasta el presente). Pero esta no es la primera vez que el término «*fake*» ha entrado en la industria de las noticias solo para ver transformarse su significado con

el transcurso del tiempo; algo muy similar sucedió a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando la palabra apareció por vez primera en el mundo de las noticias.

Hasta entonces, el concepto de «*faking*» [falsificación] no formaba parte del discurso dominante; se empleaba como un término artístico solamente en las profesiones de peor reputación, como los ladrones, los estafadores y los actores. Pero, como ha escrito Tucher,[8] la historiadora del periodismo que investigó el caso de la serpiente, a finales de la década de 1880 había penetrado en el mundo del periodismo que se estaba profesionalizando. Solo que no se consideraba necesariamente el pecado original del periodismo, la clase de cosa que supondría la expulsión de la profesión. Según algunas voces autorizadas, se veía como una destreza laboral esencial.

William Hills, el editor de *The Writer*, una revista lanzada en 1887 para la clase floreciente de los escritorzuelos profesionales, escribía con aprobación sobre los periódicos en los que los periodistas han de ser «capaces de "falsificar" brillantemente para hacer bien su trabajo».[9] Unos meses más tarde, insistía en que «apenas se escriben despachos de noticias que no estén "falsificados" en mayor o menor grado»;[10] describía el acto como «el suministro, mediante el ejercicio del sentido común y una imaginación saludable, de detalles sin importancia... [que] pueden no ser corroborados por los hechos, si bien se ajustan a lo que el corresponsal cree que es más probable que sea cierto». El propósito era simplemente tornar más «pintoresca» la historia; insistía en que falsificar «no es exactamente mentir».

Un ejemplo de lo que podían ser exactamente esos «detalles sin importancia» aparece en un manual de formación para jóvenes periodistas escrito por Edwin Shuman, un periodista de Chicago que también impartía un curso sobre cómo ser periodista en una época anterior a los grados de periodismo. Shuman advierte a esos aspirantes a periodistas contra el

«insulso y prosaico error de ser aburridamente preciso en lo tocante a las pequeñas cosas, como los minutos y los segundos o el estado de la atmósfera, o las palabras exactas del hablante». [11]

Si eres editor de noticias, existe una probabilidad razonable de que hayas gritado bien fuerte al leer esas cinco últimas palabras. De acuerdo, Shuman estaba escribiendo en un momento en que no podías meterte en el bolsillo una grabadora (por aquel entonces, las máquinas que una década después se comercializarían como «dictáfonos» incluían un voluminoso cilindro de cera). Aun así, ¡las palabras exactas del hablante no son una « pequeña cosa»!

Así pues, la falsificación era moneda corriente. Daba a los reporteros (que cumplían el estereotipo de novelistas frustrados) la oportunidad de ejercitar sus músculos literarios, y era una manera útil de evitar que te arrebatasen una primicia, lo cual suponía una ofensa harto mayor a los dioses del periodismo. A los editores les gustaba porque garantizaba un flujo constante de textos brillantes; a los lectores les gustaba el producto y lo recompensaban con las ventas. Si las noticias que parecían demasiado buenas para ser ciertas continuaban llegando a raudales, especialmente desde lugares pequeños o remotos en los que la barrera del esfuerzo para comprobarlas parecía demasiado grande, nadie iba a hacer demasiado para intervenir.

Tal fue la carrera de Louis T. Stone, un escritor joven y ambicioso de la pequeña localidad de Winsted en Connecticut, que llegó a convertirse rápidamente en uno de los periodistas más leídos del país, gracias al apetito casi insaciable de muchos periódicos de los despachos que enviaba desde su ciudad natal. El «Mentiroso de Winsted», como era conocido, disfrutó de una carrera de varias décadas que se extendió desde 1895 hasta su muerte en 1933, durante la cual produjo un flujo constante de disparates a los que los editores no podían resistirse.

Entre los reportajes más notables de Stone, registrados por el profesor de periodismo Curtis D. MacDougall en 1940, figuraban los siguientes: un huevo rojo, blanco y azul puesto por una gallina el 4 de julio; un árbol que daba manzanas asadas; un gato que silbaba la canción «Yankee Doodle»; un reloj tragado por una vaca que siguió marcando la hora casi perfecta durante años en el estómago de esta porque la respiración de la vaca siguió dándole cuerda; y un hombre calvo que se pintó una araña en la cabeza para repeler a las moscas. [12]

En el mejor de los casos se trata de una asombrosa colección de cuentos, pero, dado que todos provenían del mismo escritor y de la misma pequeña localidad, sería lógico pensar que alguien habría caído en la cuenta de la farsa de Stone, o bien de la remota posibilidad de que Winsted fuese un portal hacia el país de las hadas. ¿Alguien se creía realmente esas historias? MacDougall insiste en que eran tomadas como ciertas por «casi todo el mundo... excepto los editores juiciosos, que llegaron a recibir con escepticismo todas las entregas de Stone, pero imprimían las historias de todos modos, debido al interés de sus lectores». [13]

El escepticismo no afectó en absoluto a la carrera de Stone. Este llegó a convertirse en el director general de su periódico local, habiendo rechazado numerosas ofertas de trabajo en grandes ciudades, pues prefería permanecer en su pequeña localidad, donde las noticias podían seguir siendo extrañas. Cuando murió, en lugar de mostrarse contrariados por sus ficciones, los agradecidos vecinos de su ciudad natal le elogiaron por «poner Winsted en el mapa» y bautizaron un puente en su honor, un puente que cruzaba un río local llamado Sucker Brook, es decir, el arroyo de los Inocentes.

Más allá de un puente y de un lugar eterno en el panteón de los farsantes del periodismo, no muchas de las fantasías de Stone han dejado mucho legado. Pero no cabe decir lo mismo de uno de los bulos más notables del siglo XIX: las cartas que forjaron la leyenda de Jack el Destripador.

Los asesinatos de Whitechapel nos dejaron una de las figuras más duraderas de la cultura popular de nuestro tiempo y, si parece demasiado macabro describir a un presunto asesino en serie como una «figura de la cultura popular», pues... lo cierto es que lo es. Las muertes han servido de inspiración para películas, series de televisión, novelas, canciones, cómics, exhibiciones y al menos un musical de ficción. Los fines de semana resulta prácticamente imposible caminar por ciertas partes del este de Londres sin encontrarte bloqueado el camino por los «*tours* del Destripador», en los que actores con empleos precarios recitan historias espeluznantes sobre calles poco iluminadas y figuras sombrías en el esmog a una multitud de ávidos turistas, que hacen todo lo posible por ignorar el hecho del que el *pub* a cuya puerta se encuentran está ahora lleno de creativos publicitarios que hacen trucos de vapeo.

Pero una buena parte de lo que la mayoría de nosotros «sabemos» sobre Jack el Destripador y sus víctimas (muy posiblemente incluida la creencia de que existió en efecto un único asesino en serie responsable de los cinco crímenes «canónicos») se basa en una mezcla un tanto confusa de verdades, suposiciones e informaciones de aquella época que no iban a permitir que los hechos se interpusieran en el camino de una buena historia. Esto incluye gran parte de la mitología central del propio Jack el Destripador, muy especialmente su apodo.

El nombre de «Jack el Destripador» surgió de tres comunicaciones supuestamente recibidas por la Agencia Central de Noticias en septiembre y octubre de 1888: la carta «Dear Boss» («Querido jefe»), la postal «Saucy Jacky» («Jacky el Descarado») y la carta «Moab & Midian» («Moab y Midian»). Escritas en rojo, fueron firmadas por «Jack the Ripper» («Jack el Destripador», «no se molesten si les doy mi nombre profesional») y contribuyeron a crear el patrón para todos los posteriores asesinos en serie de las novelas de suspense de aeropuertos que se burlan de la policía. Indicaban un motivo («odio a las putas»), la promesa de atrocidades futuras

(«mi cuchillo es tan bonito y afilado que quisiera ponerme a trabajar ahora mismo si tengo la ocasión»), se mofaban de la policía por no detener al culpable («sigo escuchando que la policía me ha atrapado, pero lo cierto es que aún no me han encontrado») y describían la espeluznante conservación de recuerdos («he guardado algo de la sustancia roja en una botella de cerveza de jengibre»).

El consenso actual es que estas comunicaciones fueron casi con certeza la obra de un periodista que pretendía que continuara la historia. El análisis caligráfico y lingüístico sugiere que fueron escritas por el mismo autor, y generalmente se apunta o bien a Fred Best (un trabajador por cuenta propia que supuestamente habría confesado ser el autor décadas más tarde, si bien la fuente de esta información es bastante poco fiable) o bien Thomas Pulling, que trabajaba en realidad en la Agencia Central de Noticias y era el encargado de remitir las cartas a la policía y, un tanto sospechosamente, solo reenvió una transcripción de la carta final, cuyo original jamás se encontró, lo cual la situaba firmemente en la categoría de «probable engaño».

Desde principios del siglo XX, la práctica de la falsificación ocasional comenzó a ser vista de manera progresiva con malos ojos por una industria periodística cada vez más profesionalizada, pero ello no significa que desapareciera. La historia moderna del periodismo está plagada de prestigiosos reporteros que se inventaban la mayor parte de sus trabajos, desatando en cada ocasión un torrente de examen de conciencia en el sector, con las consiguientes promesas de que aquello jamás podría volver a suceder. Muchos de los nombres resultan familiares: Jayson Blair, Stephen Glass, Janet Cooke, que ganó un Pulitzer en 1981 por una historia inventada sobre un adicto a la heroína de ocho años llamado Jimmy. En diciembre de 2018, la revista alemana *Der Spiegel* despidió al periodista galardonado Claas Relotius, que había estado entregando textos ficticios desde las

remotas y turbulentas tierras de Estados Unidos, aprovechando de nuevo la distancia geográfica para dificultar la comprobación de las mentiras.

Una vez más, algunas de estas historias falsas han penetrado irrevocablemente en nuestra conciencia cultural. Tanto la película *Saturday Night Fever* (*Fiebre del sábado noche*) como su banda sonora siguen siendo icónicas, a pesar de que Nik Cohn —el periodista musical norirlandés que escribió «Tribal Rites of the New Saturday Nights» («Ritos tribales del nuevo sábado noche»), el artículo de la revista *New York* en el que está basada— reconociera que todo era invención suya. Tal como lo cuenta Cohn, cogió un taxi hasta Bay Ridge en Brooklyn, con la intención de escribir sobre la vibrante cultura disco que había oído que estaba prosperando allí en uno de sus clubes. En el momento en que abrió la puerta del taxi, un hombre que había participado en una pelea callejera vomitó en la pierna de Cohn, tras lo cual el periodista cerró inmediatamente la puerta y regresó echando leches a Manhattan, decidido a inventarse los detalles de esa vibrante cultura disco. El personaje de John Travolta, en toda su cruda descripción de la vida de los italoestadounidenses de clase trabajadora, está basado en realidad en un *mod* llamado Chris a quien Cohn había conocido en Londres una década antes.

Cohn declaró al *Guardian* en 2016 que estaba sorprendido, aunque no estupefacto, por el hecho de que llegara a publicarse: «A mí me parece una ficción evidente... Hoy resultaría imposible que pasase la aduana. En los años sesenta y setenta, la línea entre la realidad y la ficción era borrosa. Muchos escritores de revistas utilizaban técnicas de ficción para contar historias supuestamente reales. Se tomaban un sinfín de libertades. Pocos editores hacían preguntas comprometidas. En la mayor parte de los casos, la consigna era: “No preguntes, no me lo cuentes”». [14]

Ahora bien, no siempre se trata de invenciones periodísticas. A veces son los periódicos los engañados, como en el caso del apetito aparentemente insaciable de la prensa de historias sobre los nazis que no son ciertas. La

más famosa de estas es, sin duda, la de los diarios de Hitler de 1983, falsificaciones que eran obra de un delincuente de poca monta y traficante de recuerdos nazis, que, sin embargo, engañó a publicaciones tan prestigiosas como la revista alemana *Stern* y el diario londinense *The Times*, así como al aclamado historiador Hugh Trevor-Roper. Pero sería injusto pasar por alto la publicación del *Daily Express* en 1972 de la sensacional noticia de que disponía de una «prueba incontrovertible» de que el secretario personal de Hitler, Martin Bormann, había sido descubierto viviendo en algún lugar de Latinoamérica. La prueba incontrovertible resultó ser una fotografía de un hombre que en realidad no era un nazi escondido, sino un maestro de escuela argentino. La fuente de la historia del *Express* —un historiador y cazador de nazis húngaro-estadounidense poco fiable, con el inmejorable nombre de Ladislas Faragó— [15] no permitió que una insignificancia como aquella le impidiera publicar dos años después un libro sobre su búsqueda de Bormann.

La historia de los engaños a los periódicos es larga. Un ejemplo especialmente entretenido procede (una vez más) de *The Times*, en octubre de 1856, cuando el periódico de referencia londinense publicó una espantosa historia de violencia en el estado de Georgia en Estados Unidos. Esta describe un largo viaje en tren durante el cual, tras una serie de altercados, se celebraron al menos cinco duelos mortales, que dejaron seis muertos una vez disipado el humo. «Se batieron con pistolas Montechristo [sic] o pistolas no identificadas», refería solemnemente *The Times*, lamentando la pesadilla de salvajismo en la que se habían sumido los estados sureños de la antigua colonia. «De los seis muertos, dos eran padres y dos eran sus hijos respectivos, un padre muerto mientras vengaba a su hijo y un hijo asesinado por llorar la muerte de su padre», relataba, y al parecer un niño pequeño había sido degollado porque no paraba de llorar. [16]

La atrocidad, escribía un día después *The Times* (insistiendo todavía en que la historia era indudablemente cierta), debería promover «serias

reflexiones acerca del futuro de Estados Unidos, pues lo que hemos descrito parece ser el estado “normal”». [17]

Cuando esta noticia llegó a Estados Unidos, algo más de una semana después, al parecer la prensa estadounidense no se la tragó; la historia de las pistolas Montecristo desató una vieja disputa transatlántica. El *Constitutionalist* y el *Chronicle & Sentinel* de Augusta y el *Republican* de Savannah fueron algunos de los periódicos que arremetieron contra la «credulidad superlativa» de *The Times* al publicar esa historia «completamente descabellada». [18] «Un bulo prodigioso», así etiquetó el *New York Times* el trabajo de su homónimo londinense, y su editor escribió que la historia estaba «tan repleta de grotescos disparates e increíbles absurdidades que pensamos que el editor del *Times*, en lugar de responder de la cordura y la veracidad del narrador, debería haber aportado alguna evidencia de su propia cordura al admitir semejante fárrago de disparates en sus columnas».

El altercado siguió coleando durante meses, a ambos lados del mar, generando un importante problema político. Durante gran parte del tiempo, *The Times* respaldó firmemente su historia insistiendo en que era cierta, hasta que al final —después de que un cónsul británico le remitiera una carta contrariada del presidente del Ferrocarril Central de Georgia— llegó a reconocer, a mediados de diciembre, que su fuente podría haber «tenido alucinaciones».

El desenlace de todo ese asunto no tendría lugar hasta el verano de 1857, sin embargo, cuando el propio enviado especial de *The Times* en Estados Unidos, un tipo llamado Louis Filmore, [19] logró recabar más detalles sobre la historia. Cuando pasaba por la región, entrevistó a algunos pasajeros del tren, que negaron unánimemente que hubiera ocurrido jamás un incidente semejante. La historia era «una monstruosa sarta de ficciones», escribió Filmore. Pero sus entrevistados en el vagón de equipaje del tren (que servía de lugar favorito para fumar y tomarse un refresco) revelaron un detalle

importante: que, en la jerga local, «pistolas Montecristo» significaba botellas de champán, y las botellas vacías de esa bebida se conocían en argot como «hombres muertos». Filmore comentó socarronamente que «los encuentros con el arma Montecristo en el vagón de equipaje son, a mi entender, frecuentes en la línea». [20]

Huelga decir que no se requiere un propósito deliberado de engañar para que las cosas se vayan un poco de las manos. La mayoría de los ejemplos que hemos visto hasta ahora han implicado engaños descarados, o al menos un embellecimiento premeditado de una historia. Pero a veces no existe engaño alguno y, no obstante, un artículo esencialmente verdadero puede inflarse de una manera desproporcionada, a medida que un periódico tras otro van añadiendo una pizca adicional de sensacionalismo a la historia cada vez que esta se publica.

Eso es lo que sucedió en 1910, cuando los periódicos neoyorquinos dirigieron una vez más su mirada hacia los cielos cuando el cometa Halley hizo su primera aparición celeste desde aquellos emocionantes días de 1835, y una noticia absolutamente precisa del *New York Times* desencadenó un pánico apocalíptico.

La información ocupaba solo tres párrafos, a mitad de la página uno, con el simple titular de «La cola venenosa del cometa». [21] Transmitía que los astrónomos habían descubierto, mediante nuevas técnicas espectroscópicas, que la cola del cometa Halley contenía una cantidad significativa de cianógeno. Nos recordaba que el cianógeno es «un veneno muy letal», y el artículo informaba de que el descubrimiento había suscitado «muchas discusiones» entre los astrónomos acerca del efecto que provocaría sobre la Tierra «si esta atravesase la cola del cometa». Al final del segundo párrafo, el *New York Times* menciona de pasada la opinión de un astrónomo francés llamado Camille Flammarion, quien creía que esta «impregnaría la atmósfera y posiblemente acabaría con toda la vida del planeta».

En los círculos periodísticos, esto se conoce como «enterrar la entradilla».

El caso es que la noticia reflejaba con fidelidad la opinión de Flammarion. El *New York Times* añadía incluso en el párrafo siguiente que «la mayoría de los astrónomos no están de acuerdo con Flammarion», pero eso no fue suficiente. La idea ya estaba circulando y, si hay algo que los humanos sabemos hacer bien, es sentir pánico sin ningún motivo.

Conforme se acercaba Halley, crecía el temor a la catástrofe inminente. Las noticias del momento nos cuentan que la gente bloqueaba ventanas y puertas para impedir la entrada de los gases tóxicos, se dispararon las ventas de máscaras de gas y algunos estafadores se dedicaron incluso a vender píldoras que, aseguraban, protegerían de los efectos de la cola mortífera del cometa. Otra noticia del *New York Times* del 19 de mayo, sobre la reacción en Chicago, lleva por título «Algunas personas son empujadas al suicidio», y por subtítulo «Otras sufren demencia temporal al aproximarse el cometa». [22]

Al final, el cometa pasó sin ningún efecto letal, con la excepción de una chica de dieciséis años que se cayó de un tejado en Brooklyn durante una fiesta de observación del cometa.

Es esta capacidad de sacar las cosas de quicio y la obstinada negativa a renunciar a una idea una vez arraigada la que mora en el corazón de las equivocaciones de la prensa. Incluso sin ninguna falsificación deliberada, la mente colectiva de colmena de la prensa, reafirmada por los comentarios de los lectores acerca de los temas sobre los que les gustaría leer, se centrará con frecuencia en una idea particular de la que no se apeará con facilidad. Este encuadre de lo que acontece, el relato que se convierte en «la historia», coge un impulso increíble una vez que se pone en marcha, y todo lo que no sea «la historia» lucha por ver la luz del día.

Puede que los lectores británicos recuerden, por ejemplo, la aterradora historia reciente del asesino de gatos de Croydon, un maníaco

supuestamente responsable de matar y mutilar centenares de gatos en el área de Croydon, al sur de Londres. Las noticias relativas al asesino de gatos de Croydon surgieron por primera vez en 2015, después de que algunos residentes de la zona acudieran preocupados al *Daily Mail*. El resto de la prensa se abalanzó sobre la historia. ¿Cuándo volvería al ataque el asesino de gatos de Croydon? ¿Por qué no se estaba esforzando más la policía para atraparle? Fuimos advertidos de que era solo cuestión de tiempo que el sádico asesino desplazara su atención de los felinos a los humanos.

Se cogieron ejemplos de gatos muertos más allá de Croydon, no como prueba de que en Gran Bretaña hay muchos gatos y a veces mueren, sino de que «el asesino de gatos, que se cree que mató más de cien mininos el año pasado, en la actualidad estaría operando a "una escala mucho mayor"».[23] Pasaron a llamarle el «asesino de gatos de la M25» (una autopista de circunvalación de Londres); para cuando su oleada de asesinatos se había propagado hasta Mánchester, se convirtió básicamente en el «asesino de gatos». La historia fue una obsesión central de buena parte de la prensa británica durante bastante más de un año.

Finalmente, en septiembre de 2018, la Policía Metropolitana anunció que había encontrado al culpable, o más bien a los culpables. El asesino de gatos de Croydon eran... los coches y los zorros. Eso es. Se trataba sencillamente de gatos que habían sido atropellados por coches y a veces habían sido mordidos por los zorros después de morir. Ahora bien, para llegar a esa conclusión, la policía empleó más de dos mil horas de trabajo y se realizaron autopsias de gatos por un valor mínimo de seis mil libras esterlinas.

Esta capacidad de crear algo de la nada, y de que el relato crezca como una bola de nieve hasta tornarse imparable, apenas resulta novedosa. La saga del asesino de gatos de Croydon es extraordinariamente similar a la del Gaseador Loco de Mattoon de siete décadas antes, en la que el estilo

melodramático de un solo artículo de prensa desató el pánico durante varias semanas en la apacible ciudad de Mattoon, en el estado de Illinois.

En su esencia, la historia era bastante simple. El 1 de septiembre de 1944, mientras la segunda guerra mundial estaba en su punto álgido y los temores a los ataques de los nazis eran habituales, una mujer llamada Aline Kearney creyó percibir un olor inusual y poco después sufrió algún tipo de ataque, sintiéndose mareada y quejándose de una parálisis en las piernas. La policía acudió, pero no halló nada sospechoso, y la mujer se recuperó al cabo de media hora. Pero cuando regresó su marido en torno a una hora después, creyó ver una figura merodeando cerca de la casa, aunque la policía tampoco fue capaz de encontrar entonces a ningún intruso.

Al día siguiente, la *Mattoon Daily Journal-Gazette* publicó el asunto como su noticia principal, con un gran titular en primera plana. «“Merodeador anestésico” suelto», exclamaba, y añadía: «La señora Kearney y su hija, primeras víctimas».

Ya ves lo que hicieron, ¿verdad? No solo cogieron una vaga sospecha y la convirtieron en un plan específico (un intruso que llena silenciosamente una casa de gas anestésico con el fin de entrar cuando los ocupantes estuvieran inconscientes), sino que, con la adición de un solo sintagma, «primeras víctimas», preparaban a todas y cada una de las personas que lo leyeran para esperar nuevos ataques.

Naturalmente, se trataba de una profecía autocumplida. Cualquiera que hubiera sentido algún pequeño mareo en las semanas precedentes sospechaba de repente que quizá hubiera sido una víctima temprana del Gaseador; sus historias, relatadas con avidez por la *Daily Journal-Gazette*, solo servían para reafirmar la certeza de que andaba suelto un individuo peligroso. Los días siguientes llegaron otras noticias. Al cabo de una semana, otros periódicos de la región se habían hecho eco de la historia y todos partían de la base de que las informaciones originales habían sido válidas.

Seguían apareciendo titulares: «¡El “Anestesista Loco” golpea de nuevo! Visita dos hogares más de la ciudad durante la noche»; «¡El “Gaseador Loco” suma seis víctimas! Cinco mujeres y un niño, sus últimos triunfos». Las noticias eran tan sensacionalistas como los titulares. El 10 de septiembre, el *Chicago Herald-American* describía las escenas de Mattoon: «Mareados como los londinenses bajo los bombardeos aéreos prolongados, los desconcertados habitantes de esta ciudad se tambaleaban hoy bajo los ataques reiterados de un anestesista loco que ha rociado un gas nervioso mortífero en trece hogares y ha dejado inconscientes a veintisiete víctimas conocidas». [24]

Incluso los días en los que no había nuevas informaciones seguían siendo una prueba de que la historia subyacente era real: «El Merodeador Loco se toma con calma la noche», rezaba el titular de ese día de la *Daily Journal-Gazette*. A esas alturas, el pánico era prácticamente general por toda la ciudad. La muchedumbre se arremolinaba en la calle cuando alguien decía haber visto al Gaseador; naturalmente, alguien percibía entonces un olor inusual y muchas personas de la multitud llegaban a convencerse de que habían sido gaseadas. Algunas eran hospitalizadas. La pequeña fuerza policial local estaba desbordada.

Fue solo entonces, una semana y media después del primer ataque, cuando las autoridades, que hasta ese momento habían aceptado la autenticidad de las informaciones, comenzaron a recular, describiendo los temores como «histeria colectiva». Y ahora que «la historia» había cambiado, también lo hacía el comportamiento de la prensa; comenzaban a burlarse abiertamente del pánico y entrevistaban a psicólogos para explicar cómo se había tragado la gente el «mito del gaseador». En una impresionante llave de yudo inculpatoria, la responsabilidad de la histeria colectiva se atribuyó a los gases químicos de las fábricas cercanas.

El papel de la prensa como atizadora del pánico fue convenientemente soslayado.

Al fin y al cabo, todo esto tendría consecuencias limitadas si los periódicos fueran de veras, como dice el viejo cliché, el envoltorio del pescado con patatas fritas de mañana. Pero no lo son. Lo que dice la prensa tiende a quedarse. Como reza ese otro tópico, el periodismo es el primer borrador de la historia. El único problema al respecto es que, lamentablemente, es frecuente que nadie se moleste durante mucho tiempo en redactar el segundo borrador, si es que este llega a escribirse alguna vez.

Resulta inquietante constatar lo bien que se cumple esto en la historia de otra broma periodística que —sí, ya sabes lo que voy a decir— se fue un poco de las manos.

Puede que el Gran Engaño de la Luna sea la falsedad más célebre de la ilustre historia del periodismo estadounidense (por razones poco claras, según las normas del periodismo estadounidense, esta ha de ser siempre una «historia ilustre», nunca una simple historia ordinaria), pero le disputa ese título la obra de alguien que, en la historia *extremadamente* ilustre de los periodistas de Estados Unidos, destaca como una de las figuras más prominentes: H. L. Mencken.

Mencken fue uno de los escritores y editores más elogiados de la primera mitad del siglo XX, un sarcástico y frecuentemente feroz comentarista de la política y la sociedad, un hombre descrito por el *New Yorker* como «el periodista más influyente que Estados Unidos jamás ha engendrado».[25] Durante varias décadas aparecía una cita suya en grandes caracteres en la pared de la redacción de su antiguo empleador, el *Baltimore Sun*. (Puedes ver la cita de la pared en la última temporada de la serie *The Wire* [*Bajo escucha*], confusamente carente de sutileza, que trata sobre unos periodistas que se inventan cosas; en 2018, poco después de que el periódico trasladara sus oficinas, el *Sun* comentó en Twitter que la cita había dado todo el tiempo una fecha equivocada.)[26]

Que conste también que Mencken era un gilipollas integral: un opositor cabreado, un esnob elitista y, por encima de todo, un racista como la copa

de un pino. Odiaba a los pobres, odiaba a los negros, odiaba a los judíos. Esto no afecta particularmente a lo que viene a continuación, pero es digno de mención, sobre todo porque los otros dos embaucadores periodísticos con papeles protagonistas en este libro eran sinceramente personas muy decentes para los estándares de su época. Mencken no. Me quedo corto al definirlo como un hombre horrible.

El caso es que, en diciembre de 1917, mientras hacía estragos la Primera Guerra Mundial, Mencken publicó una columna amable y divertida sobre la historia de las bañeras en Estados Unidos, para señalar lo que describía como el «aniversario olvidado» de la primera bañera que llegó a América, la bañera pionera que había sido instalada por un comerciante emprendedor llamado Adam Thompson, en su casa de Cincinnati, en diciembre de 1842.

La columna era (como Mencken confesaría abatido ocho años después) una «pura bobada» y una «sarta de disparates».[27] No existía ningún Adam Thompson; no se había inspirado en la introducción de la bañera en Inglaterra en 1828 por lord John Russell (que tampoco era cierta); y los estadounidenses no habían adoptado tardíamente la idea de las bañeras solo después de la controvertida instalación de una bañera en la Casa Blanca por el presidente Millard Fillmore (aquello era otra majadería).

Mencken escribió la columna como una simple broma, «para aliviar la tensión de los días de guerra». Como un ferviente germanófilo y opositor a la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, se sentía en posesión de una opinión impopular que no se le permitía expresar libremente, y cada vez le ponían de peor humor los artículos periodísticos sobre la guerra, que se le antojaban repletos de falsedades. Como escribiría más tarde sobre los años de guerra: «¿Cuánto de lo devorado por entonces por los lectores de periódicos del mundo era realmente cierto? Probablemente no llegase al uno por ciento».[28] (Tal vez estuviese siendo duro con los periodistas que cubrían esa guerra, pero no iba tan desencaminado, como veremos en un capítulo posterior.)

El bulo de la bañera era meramente la forma de desahogarse de Mencken. Por desgracia, hizo un trabajo magnífico. El artículo estaba plagado de detalles que le conferían una plausibilidad superficial pero deliciosa; tenía el ritmo vivaz y ligeramente zigzagueante de la historia auténtica. Contaba al lector que la bañera de Thompson estaba hecha supuestamente de «caoba de Nicaragua» forrada con plomo y «pesaba aproximadamente ochocientos kilos». [29] La bañera suscitó una controversia inmediata, ya que se temía que provocase «tisis, fiebres reumáticas, inflamación de los pulmones y toda la categoría de enfermedades zimóticas»; casi se prohibió el baño en Filadelfia y en Boston; Virginia introdujo un impuesto a las bañeras. Los adversarios políticos atacaron al presidente Fillmore por su decisión de introducir una bañera en la Casa Blanca, afirmando que sus acciones bañocéntricas parecían desconcertantemente francesas.

Mencken estaba inicialmente satisfecho con la columna, pero (como escribió en su confesión de 1926, titulada «Melancholy Reflections» [Reflexiones melancólicas] muy pronto su «satisfacción se convirtió en consternación». *La gente no se había dado cuenta de que se trataba de una broma*. Otros periódicos reimprimieron o reescribieron el artículo. Los lectores comenzaron a escribirle, tomándose en serio su columna, incluso aportando pruebas que respaldaban su historia completamente ficticia: otro ejemplo de la «mendacidad espontánea» de Griggs.

«Enseguida empecé a encontrar mis absurdos "hechos" en los escritos de otros hombres —prosigue Mencken—. Penetraron en revistas especializadas. Se aludía a ellos en la tribuna del Congreso. Atravesaron el océano y se discutían solemnemente en Inglaterra y en el continente. Finalmente empecé a encontrarlos en obras de referencia estándar.»

El reconocimiento por parte de Mencken de que la historia era completamente falsa se publicó en una treintena de periódicos el 23 de mayo de 1926. La columna sigue siendo un clásico en el campo de los

estudios sobre la charlatanería, con sus mordaces observaciones acerca de la falibilidad de la industria de las noticias. Mencken escribe: «Como periodista en ejercicio durante muchos años, he estado con frecuencia en contacto estrecho con la construcción de la historia. No recuerdo ningún tiempo ni ningún lugar en que lo que ocurría en realidad fuese generalmente conocido y creído después. A veces llegaba a saberse una parte de la verdad, pero nunca en su totalidad. Y lo que llegaba a conocerse rara vez se entendía con claridad».

Todo sea dicho, ese era un resumen bastante aceptable de la situación. Pero lo que Mencken no podía haber sabido en la época en la que escribió esas palabras era que la saga entera llegaría a ser un ejemplo muy potente del funcionamiento de ese mundo. Porque lo más extraordinario acerca del bulo de las bañeras de Mencken no es que se creyera el engaño original ni que la gente comenzara entonces a repetirlo. Como hemos visto, ese es el patrón habitual.

No, lo que convierte este episodio en un momento excepcional de la historia de la charlatanería es que la admisión por parte del autor en las páginas de múltiples periódicos de que todo era mentira no sirvió absolutamente de nada para impedir su propagación.

De una manera increíble, pese al intento tardío de Mencken de volver a introducir a ese genio particular en su botella, la historia de la bañera pionera de Adam Thompson sencillamente se negaba a morir. La gente seguía repitiendo sus invenciones, ajena o indiferente al hecho de que fuesen patrañas.

Escribiendo una década después de la confesión de Mencken en primera plana, el explorador del Ártico no especialmente bueno Vilhjalmur Stefansson registró en su libro *Adventures in Error* [Aventuras en el error] una lista incompleta de más de treinta ocasiones en las que la falsa historia de la bañera había sido repetida por fuentes prominentes en los diez años transcurridos desde el reconocimiento por parte de Mencken.[30] El listado

incluía periódicos estadounidenses tales como el *New York Times*, el *Baltimore Evening Sun*, el *Cleveland Press* y el *New York Herald* (múltiples veces); publicaciones extranjeras tan lejanas como *Australia Age* en Melbourne y el *New Statesman* en Londres; académicos, como un profesor de medicina de Harvard y el comisionado de Salud de la ciudad de Nueva York; y, quizá lo más impresionante, dos agencias gubernamentales estadounidenses, una de las cuales era la Administración Federal de la Vivienda, que la incluyó en una ficha técnica enviada a los periódicos de todo el país.

Probablemente el lugar de honor en la lista de aquellos que volvieron a publicar el bulo reconocido le corresponda al *Boston Herald*, que imprimió la historia de la bañera como un hecho firme el 13 de junio de 1926, tan solo tres semanas después de haber publicado las «Reflexiones melancólicas» en las que Mencken confesaba que aquello era pura ficción.

La historia siguió propagándose; nada parecía capaz de eliminar esa pequeña esquirla disparatada que se había alojado en la psique pública.

Unas décadas después de su publicación, se abrió paso hasta el líder del mundo libre. En 1951, en una extensa entrevista concedida por el presidente Harry S. Truman a John Hersey, del *New Yorker* (que se publicó en cinco ediciones distintas, siguiendo la antigua tradición de la revista de creer que los límites de palabras solo afectan a otras publicaciones menores), el presidente repitió la historia de que Fillmore instaló la primera bañera en la Casa Blanca.[31]

El intercambio que (según cuenta Hersey) tuvo lugar cuando un asesor intervino para corregir al presidente merece ser recogido en su totalidad, pues es una increíble sarta de patrañas, hecha a base de capas de sandeces densamente superpuestas.

«Eso no es cierto —dice el asesor—, eso es lo que cuenta Mencken.»

Ese desmentido no se acepta de inmediato. «El presidente —escribe Hersey con un encomiable comedimiento— parecía reticente a renunciar a

su creencia.»

Truman insiste en que *tiene* que ser cierto, porque él ha «visto un artículo redactado por la Asociación Médica Estadounidense que afirmaba que los vapores de la bañera eran peligrosos para la salud del presidente».

Ahí tenemos al presidente de Estados Unidos de América insistiendo en que ha visto personalmente un documento histórico que jamás existió, pues se refiere a algo que no ocurrió.

«No —responde el asesor—, me temo que eso también fue una invención de Mencken.»

Eso no era cierto, porque esa mentira en particular no aparece en ningún lugar del artículo de Mencken. Es una falsedad completamente original, surgida del cerebro del hombre más poderoso del mundo.

El presidente parece un tanto desconcertado por esta revelación. «Juraría que esos tipos de la Asociación Médica no creían que se tratase de un bulo sobre la bañera», dice la única persona de la historia que ha ordenado un ataque nuclear, intentando reconciliar esta nueva información con el tono de voz que recuerda que ciertos doctores imaginarios emplearon en un manuscrito inventado por su cerebro, porque un artículo periodístico de treinta y cuatro años atrás le ha hecho creer tan ferozmente una mentira sobre los baños que su mente ha tenido que sobrescribir la realidad para darle cabida.

«Yo también siento que me han robado un hecho, señor», concluye el asesor, que recuerda a Smithers, el ayudante del señor Burns en *Los Simpson*.

Por supuesto, solo contamos con la versión de Hersey de esta conversación, y obviamente esta podría ser un relato tan inexacto como cualquier otro artículo periodístico mencionado en este capítulo. (Para ser completamente sinceros, parte del diálogo suena un poco teatral.) Pero, sin embargo, me inclino por aceptarlo porque, caramba, estamos hablando del *New Yorker* y en algún momento hemos de confiar en alguien. Esos

cabrones tienen más verificadores de datos que yo mensajes de texto de mi editor mostrando su preocupación por mis plazos de entrega.

Sea como fuere, un año después de la publicación de la entrevista del *New Yorker*, Truman pronunció un discurso en Filadelfia y volvió a contar la historia de la bañera. [32] Todo ese sinsentido de que le dijesen que aquello era falso, y luego esa conversación publicada en uno de los medios más prestigiosos del país, por lo que todo el mundo sabía que él creía una falsedad... aparentemente todo aquello no bastó para hacer que se tambalease su apego a esa historia.

Así pues, durante las décadas siguientes, el bulo de la bañera continuó transmitiéndose alegremente de generación en generación. Incluso llegó vivito y coleando al siglo XXI: en 2001 y en 2004, el *Washington Post* publicó sendos artículos que lo trataban como una historia real, para luego verse obligado a imprimir las embarazosas correcciones. [33]

Al parecer, algunos hechos son tan buenos que no podemos permitir que no sean ciertos.

¿Qué significa todo esto para la industria de las noticias y su noble búsqueda de la verdad? Puede que no sea posible expresarlo mejor que como lo hizo Mencken en un artículo de seguimiento que escribió en julio de 1926, inspirado por el ridículo que había hecho el *Boston Herald*. Sus palabras son un reflejo bastante amargo del oficio del periodismo en general, pero también plantean una cuestión fundamental, a saber: que la falsedad posee una ventaja intrínseca sobre la verdad, simplemente porque no está atenazada por el tedioso yugo de la realidad.

«Lo que aflige a la verdad es que esta es esencialmente incómoda, y con frecuencia aburrida —escribió Mencken—. La mente humana busca algo más divertido y más amable. Ignoro cuál pueda ser la auténtica historia de la bañera; desenterrarla supondría una tarea atroz, y el resultado, después de esa labor, probablemente sería una sarta de banalidades.

»La ficción que urdí en 1917 era, al menos, algo mejor que eso.» [34]

4

La mentira de la Tierra

Pocas vistas más imponentes puede haber en el mundo que las montañas de Kong.

La gran cordillera biseca África occidental. Sus elevados picos cubiertos de nieve se alzan primero sobre las llanuras del oeste de Senegal, antes de recorrer Mali y la región más septentrional de Guinea. En contraste con el paisaje circundante, las acechantes cumbres aparecen asombrosamente azules, una vista de una belleza impresionante, aunque árida e inhóspita. Es aquí donde los ríos de la región, en particular el inmenso y serpenteante Níger, encuentran su origen, en las gélidas aguas de deshielo que descienden en torrentes de los vertiginosos picos de granito entre escarpadas crestas de cuarzo. Esos ríos no solo conducen el agua vivificante a las llanuras; también están cargados de oro en polvo erosionado de las cimas de las montañas, un cargamento que durante siglos llevó tanto una riqueza prodigiosa como muchos conflictos a las gentes que vivían a la sombra de Kong.

Más adelante, la cordillera de Kong se extiende más de mil seiscientos kilómetros, atravesando Burkina Faso, Ghana, Togo y Benín hasta llegar a Nigeria. Las bajas llanuras y las colinas suaves y onduladas de esos países se dividen abruptamente en dos por lo que una autoridad decimonónica

describiera como «imponentes masas de granito... majestuosos afloramientos semejantes a catedrales y castillos almenados en ruinas; rocas de enormes dimensiones; pirámides de trescientos metros de altura y conos solitarios que se alzan como bolos gigantes».[1] Desde allí se extiende todavía más allá, alejándose de la costa que serpentea hacia el sur y penetrando en el interior. Finalmente, las montañas de Kong se encuentran con esa otra gran cadena montañosa del este de África, las montañas de la Luna (donde se hallan las fuentes en las que nace el Nilo), uniéndose en un único cinturón de rocas infranqueables que bifurcan el continente entero, aislando el norte del sur.

Mmm. Está bien. Hagamos una breve pausa.

Es posible que a estas alturas tengas algunas preguntas. Especialmente si, pongamos por caso, vives en cualquiera de los países antes mencionados o lo has visitado, o tal vez simplemente si posees unos conocimientos elementales de geografía. Entre otras cosas, quizá te estés preguntando: «¿Qué dices?» y «Allí no hay montañas, ¿qué demonios me estás contando?».

Yo me limitaría a responderte: si allí no hay montañas, ¿entonces por qué aparecen las montañas de Kong en casi todos los mapas de África elaborados en el siglo XIX, e incluso a principios del siglo XX? ¿Por qué existen múltiples descripciones de sus altísimos edificios de granito y sus inhóspitas condiciones, aportadas por exploradores europeos que aseguraban haber estado allí? ¿A quién vas a creer, a un puñado de tipos blancos o literalmente a toda la población de la región?

Pienso que todos conocemos la respuesta a esta pregunta.

Pero la cuestión subyacente es una pregunta válida y fascinante: ¿cómo se explica exactamente que casi todas las autoridades de Europa y América, durante más de un siglo, se aferraran a una creencia firme en una cordillera enorme que (por decirlo con meridiana claridad) no existe en absoluto?

Quiero decir que se trata de montañas, y estas no se prestan a muchas ambigüedades. Una de dos: o están allí o no están.

La respuesta a esta pregunta continúa siendo en parte un misterio, pero arroja luz sobre las razones exactas de nuestras profundas y frecuentes equivocaciones.

Y es que, como mostrará este capítulo, no solo llevamos toda la historia inventando falsedades acerca de los acontecimientos sucedidos en el mundo, sino que también hemos hecho un trabajo magnífico inventando disparates sobre el propio mundo. Desde montañas imaginarias hasta países completamente ficticios y cuentos harto improbables sobre tierras lejanas, los charlatanes de la historia han explotado de manera alegre el hecho de que, tradicionalmente, ha resultado bastante difícil ir a comprobar lo que alguien te cuenta sobre el otro lado del mundo.

Nuestra historia de sandeces geográficas es, entre otras cosas, un ejemplo de barreras de esfuerzo y vacíos de información que se manifiestan a gran escala. Durante la mayor parte del tiempo que lleva la humanidad en este planeta, los viajes a larga distancia han sido lentos, peligrosos e infrecuentes (mucha gente jamás recorría una distancia significativa desde su lugar de nacimiento) y no contábamos con la ventaja de ser capaces de montar en un avión o enviar un satélite para fotografiar las cosas desde el aire.

En tales circunstancias, resulta muy comprensible que nuestra concepción del planeta en el que vivimos pueda haber sido un tanto neblinosa. En realidad, los cartógrafos no tenían gran cosa en la que basarse y, con frecuencia, tenían que improvisar para rellenar los espacios en blanco (incluso si la idea de que escribían «aquí hay dragones» en las áreas inexploradas es, por desgracia, casi enteramente un mito). [2]

Ahora bien, aun cuando la falta de información sea una excusa legítima, las formas en las que esta laguna en nuestro conocimiento se colmaba con

ficciones delirantes y ridículas nos enseñan bastante sobre la propagación de la charlatanería.

Esto es todo cuanto sabemos sobre las montañas de Kong: todo este disparatado asunto comenzó en 1798, con «A Map, shewing the Progress of Discovery & Improvement, in the Geography of North Africa» [Un mapa que muestra el progreso y la mejora en la geografía de África del Norte], de James Rennell. [3] Rennell es el primero que dejó caer la idea de la existencia de una enorme cordillera en África occidental y le dio el nombre de «montañas de Kong». Y enseguida todos los demás retomaron esa idea completamente falsa y decidieron que, *evidentemente*, debía ser correcta. Después de eso, durante casi un siglo, la mayoría de los principales mapas de África elaborados en Europa y Estados Unidos incluían las montañas de Kong (más del ochenta por ciento, según el estudio académico definitivo de la aparición y posterior desaparición de la cadena montañosa), [4] y numerosos exploradores enviaban informes desde la región, en los que afirmaban que habían visto o incluso subido las montañas, a pesar de que estas no existían.

Lo curioso de esto es que Rennell no era un viejo cartógrafo aficionado que se dedicase a lanzar ríos y montañas a diestra y siniestra por pura diversión y dijese «así es suficiente», antes de irse al *pub*. De hecho, muchos le consideraban el mejor cartógrafo de su tiempo. Una de sus habilidades fundamentales era el uso de su conocimiento de los principios de geografía y geología para interpretar los informes fragmentarios, y con frecuencia contradictorios, que enviaban los exploradores. De hecho, puede que fuese esa la causa de su tropiezo.



Un detalle del mapa de 1798 de James Rennell, con las montañas de Kong que atraviesan el lugar exacto en el que no están.

Era una época en la que no muchos europeos se habían adentrado en el continente africano (faltaban muchas décadas aún para que arrancase el disparatado «reparto de África» en la era del imperio) y, para ser sinceros, un buen número de ellos tenían muy poca idea de lo que estaban haciendo.

En consecuencia, muchos mapas de esa época se encogen de hombros, por así decirlo, a la hora de representar la mayor parte del continente más allá del norte de África y unas pocas áreas próximas a la costa. Algunos dejan prácticamente vacía África central, otros la salpican con accidentes geográficos en gran medida aleatorios, y otros llenan el espacio con bonitos dibujos de elefantes.

La invención de Rennell de las montañas de Kong obedece a su exceso de atención a un comentario hecho de paso por uno de los pocos exploradores que habían visitado la región, que luego completó por su cuenta con resultados desafortunados. El explorador en cuestión era Mungo Park, el gallardo escocés cuyos diarios trataría de falsificar infructuosamente Richard Adams Locke varias décadas más tarde. Por aquel entonces, todo el mundo suponía que Park había muerto en una expedición para encontrar la fuente del río Níger, pero apareció inesperadamente en 1797, tras varios años fuera del mapa, y podemos imaginarle diciendo: «¿Adivinad quién ha vuelto?». No había descubierto

exactamente la fuente del Níger, pero al menos la había rastreado varios cientos de kilómetros a lo largo de su trazado un tanto excéntrico.

Las historias que contaba Park de sus viajes resultaban bastante llamativas, y Rennell fue reclutado para ilustrarlas. Y fue entonces cuando se plantó la semilla, cuando Park dijo en un momento dado: «Hacia el sudeste aparecieron unas montañas muy lejanas, que ya había visto con anterioridad desde un promontorio cercano a Maraboo, donde la gente me informó de que aquellas montañas estaban situadas en un vasto y poderoso reino llamado Kong...». [5]

Es muy probable que Park estuviera diciendo la verdad. Por entonces había estado en algún lugar próximo a Bamako, en Mali, y había en efecto un poderoso reino llamado Kong no demasiado lejos de allí (el Imperio Kong, que tenía su capital en la actual ciudad marfileña de, eso es, Kong). Y de hecho existen en la región ciertas zonas altas con ocasionales colinas rocosas (los inselbergs o montes islas, para ser geológicamente precisos), que quizááá, si tu definición de «montaña» es particularmente flexible, podrías describir como montañas.

Lo que definitivamente no hay es una cordillera enorme e infranqueable que se extiende cientos de kilómetros. Como habrás advertido, Park no afirma tal cosa. Él dice simplemente que había «unas montañas muy lejanas». No es gran cosa para empezar, y en realidad no aclara mucho más allá de eso, por lo que en justicia no podemos culparle, habida cuenta de que, el día después de divisar las montañas, le asaltaron unos bandidos que le robaron el caballo, le desnudaron y le dejaron en medio de ninguna parte bajo el sol abrasador del mediodía. La verdad es que, con ese tipo de experiencias, uno no está de humor para aclaraciones sobre las montañas.

El caso es que Rennell se agarró a la mención hecha por Park de unas montañas en el reino de Kong y corrió con ella. Lo hizo simplemente porque aquello confirmaba una de sus teorías geográficas favoritas: la razón por la que el curso del Níger da unos rodeos tan confusos por la región es el

paisaje montañoso. Como puedes ver, el Níger se ha rebelado contra el comportamiento tradicional de los ríos y, en lugar de desembocar en el mar más próximo, decide emprender una sinuosa excursión de cuatro mil doscientos kilómetros tierra adentro bordeando el desierto del Sahara, antes de cambiar de manera drástica de sentido para encaminarse hacia el golfo de Guinea. Este trazado confundió a mucha gente durante mucho tiempo. Cuando Rennell dibujó su mapa, lo único que se sabía a ciencia cierta del Níger era que se trataba de un río muy grande, que presumiblemente empezaba en algún lugar y que... iba hacia algún sitio.

El razonamiento de Rennell (que, sinceramente, no es tan estúpido) era que el río debía de tener sus orígenes en una extensa y elevada cadena montañosa que constituía una barrera física y dirigía su curso hacia el este, alejándose del mar. No era el primero en pensar tal cosa: a lo largo del siglo XVII se había conjeturado la existencia de varias montañas enormes, que se habían incorporado a los mapas, pero en su mayoría habían pasado de moda cartográfica a finales del siglo XVIII.

Así pues, aprovechó las palabras de Park, las combinó con su teoría, y arguyó que: «Demuestran, por los cursos de los grandes ríos y por otras noticias, que un cinturón de montañas, que se extiende de oeste a este, ocupa los paralelos entre diez y once grados de latitud norte».[6] Obsérvese que no opta por «sugieren» o «implican» o «me inducen a creer»; salta directamente a «demuestran».

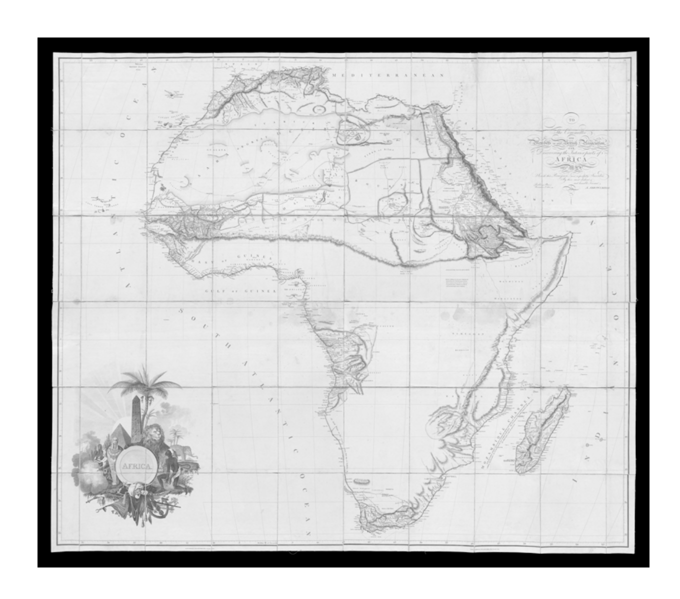
En otras palabras, Rennell ata cabos y crea una jodida cordillera colosal.

Y el asunto habría quedado en poco más que una oscura nota a pie de página en la historia de los errores cartográficos, de no ser por lo que sucedió a continuación: todos empezaron inmediatamente a imitar a Rennell, porque era un cartógrafo excelente y nadie quería parecer el pedazo de idiota que ni siquiera tenía en su mapa las montañas de Kong.

La duplicación del error comenzó casi de inmediato cuando, en 1802, Aaron Arrowsmith publicó su nuevo mapa. No solo copió las montañas de

Kong, sino que dio un gran paso más allá: extendió la cordillera por la mitad de África, donde la unió con las montañas de la Luna para crear el atolladero de dimensiones continentales mencionado al comienzo de este capítulo (probablemente sea digno de mención el hecho de que cada parte de esa florida descripción inicial está directamente tomada de descripciones decimonónicas contemporáneas de las montañas imaginarias).

La obra de Arrowsmith es un excelente ejemplo de la escuela de mapas africanos del «¡mierda, deja el centro en blanco!»; probablemente se le reconocería el mérito de admitir los límites de su conocimiento, si no fuera porque dibujó una gran línea de rocas imaginarias que atravesaba todo el continente, ~~como el editor que tacha un símil de escasa utilidad de un autor~~.



El mapa de Aaron Arrowsmith, con las montañas de Kong que se encuentran con las montañas de la Luna, y ni una mierda en el centro de África.

El siguiente fue John Cary, quizá el único cartógrafo de Gran Bretaña con mejor reputación que Rennell, que también añadió las montañas de Kong y, al hacerlo, plantó firmemente la cordillera en la categoría de «cosas que saben las personas inteligentes». Con Cary y Rennell en el equipo de Kong, estaba prácticamente garantizado que todos los demás seguirían el ejemplo. Al igual que Arrowsmith antes que él, Cary conectó la cordillera

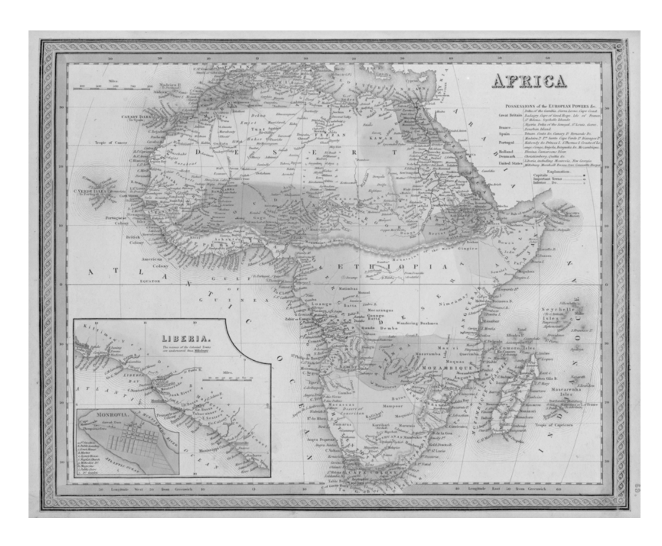
de Kong con las montañas de la Luna para crear un cinturón de rocas impenetrables a lo ancho de todo el continente.

Llegados a este punto, probablemente merezca la pena advertir que las montañas de la Luna tampoco existen.

Estas montañas inexistentes tienen una historia aún más larga que las montañas de Kong. Las referencias a ellas como supuesta fuente del Nilo se remontan nada menos que a la *Geographica* de Ptolomeo en el año 150 d. C. y se repiten mil años después en la obra de eruditos árabes como Muhammad al-Idrisi. A diferencia de las montañas de Kong, son un elemento permanente en los primeros mapas de África, a partir de la década de 1510. Solo en la segunda mitad del siglo XIX, cuando una pareja de británicos enclenques y pendencieros llamados John Hanning Speke y Richard Francis Burton lograron identificar el lago Victoria como la verdadera fuente del Nilo Blanco, los europeos aceptaron por fin la idea de que tal vez no existieran en realidad las montañas de la Luna. [7]

A lo largo del resto del siglo XIX, la mayoría de los mapas de África incluían fielmente las montañas de Kong y (con mucha frecuencia) las montañas de la Luna. Fue solo hacia finales de siglo cuando algunos cartógrafos comenzaron a mostrar más reservas en lo tocante a las montañas y empezaron a preguntarse si acaso ese inmenso edificio de roca podría no ser tan enorme y abarcante como sugería el conocimiento común. Pero, incluso entonces, los escépticos tenían que luchar contra una fuente de evidencia bastante poderosa: las personas que habían estado allí.

Durante décadas llegaban informes de exploradores que decían haber visto o incluso haber atravesado las montañas de Kong. Sinceramente, esto es un tanto enigmático, pues algunos de ellos eran personas de sólida reputación. Tal era el caso de Hugh Clapperton, un hombre de tanta fortaleza que, en cierta ocasión, sobrevivió a una penosa expedición de ciento treinta y tres días con un compañero de viaje a quien odiaba hasta el extremo de no hablarse ni una sola vez durante todo el tiempo.



Un mapa de África de 1849 que muestra las montañas de Kong
y las montañas de la Luna.

La mejor explicación es probablemente también la más simple: esos viajeros se toparon con algunas de las colinas e inselbergs que salpican las tierras altas de la región, y asumieron sencillamente que habían sobrevivido a las temibles montañas de Kong, porque *eso es lo que figuraba en el mapa*.

He ahí un perfecto bucle de retroalimentación de la charlatanería: suponían que todos los demás debían de estar en lo cierto, adaptaban sus evidencias para que encajasen con la teoría y luego todos los demás las consideraban nuevas pruebas de que la teoría era correcta desde el primer momento. Los exploradores imaginaban las montañas porque estas figuraban en el mapa; los cartógrafos cogían las palabras de los exploradores y las incorporaban a la siguiente generación de mapas. Y, de esta guisa, las montañas ficticias perduraban.

En ningún lugar se demuestra mejor esto que en la ponencia presentada por el capitán R. F. Burton en una reunión de la Sociedad Geográfica Real la tarde del 26 de junio de 1882.[8] Burton (célebre por el lago Victoria) fue un notorio explorador y orientalista, a quien la naturaleza había dotado de una barba prodigiosa, un don de lenguas y una notable afición al erotismo oriental. En su discurso ante la Sociedad, se levantó para defender tenazmente la existencia de las montañas de Kong que, observaba con pesar

al inicio, habían «desaparecido prácticamente de los mapas» (lo cual no era del todo cierto, pues seguían figurando en muchos de los mapas elaborados por entonces, si bien la longitud de la cordillera había menguado cautelosamente respecto de algunas de las suposiciones más descabelladas de los primeros mapas). Es a Burton a quien hemos de agradecer la dramática descripción de las «imponentes masas de granito» mencionada con anterioridad.

Burton comete los mismos errores fundamentales que había cometido Rennell, solo que con otras ocho décadas de pruebas que malinterpretar. Pone un énfasis desmesurado en las teorías acerca de los ríos e insiste: «Que una cadena semejante debe de existir queda demostrado por el comportamiento de las corrientes de la Costa de Oro». Se apoya fuertemente en los informes de exploradores como Clapperton y John Duncan (quien se decía que había «atravesado en toda su extensión las montañas de Kong»), si bien las auténticas palabras de estos dejan más margen de maniobra del que él sugiere. Por ejemplo, aunque el editor de Clapperton añadió un título de capítulo que alardea de su viaje «sobre las montañas de Kong», en realidad Clapperton nunca utiliza ese nombre; la auténtica descripción que ofrece habla básicamente de «colinas»; las escasas menciones de las montañas les dan una altitud de «ciento ochenta a doscientos metros».[9] La verdad es que no llegan a ser montañas.

Y, en particular, Burton desestima con despreocupación el testimonio de «un guía nativo» con quien había hablado personalmente en una visita a la zona, que «conocía el pueblo de Kong, pero no las montañas de Kong», a pesar de que el pueblo de Kong estaba situado supuestamente justo al pie de las montañas. Y es que, claro está, ¿cómo vas a prestar atención a alguien que vive efectivamente en la zona y que dice «Oh, sí, conozco ese pueblo, pero, no, ni idea de la enorme cordillera que hay junto a él»?

Burton no era el único que lo hacía. Como observan con indiferencia Thomas Bassett y Philip Porter, los eruditos a quienes hemos de agradecer

su estudio de la historia de Kong, «existen pruebas... de que los europeos recibían testimonios de primera mano de los africanos de que las montañas no existían en ciertas áreas, pero solían ignorar esas informaciones». [10]

Al final, la tarea de desmentir la existencia de las montañas correspondió a un oficial francés llamado Louis-Gustave Binger. En 1888 viajó a la zona y se sorprendió al no descubrir «en el horizonte ni siquiera una cadena de colinas. La cadena montañosa de Kong, que atraviesa todos los mapas, no existió jamás, excepto en la imaginación de unos cuantos exploradores mal informados». [11]

No obstante, incluso después de que Binger lanzara el bombazo de que las montañas de Kong no existían, estas continuaron disfrutando de una larga vida y siguieron apareciendo en unos cuantos mapas a lo largo de la década de 1890, en uno de 1905, e incluso figuraron en el *Oxford Advanced Atlas* [Atlas Oxford avanzado], que está claro que no era lo suficientemente avanzado como para haber actualizado su sección de África occidental en cuarenta años. Puede que la cordillera hubiese fallecido, pero su espectro seguía vivo.

Aunque tal vez las cadenas montañosas inexistentes de África sean uno de los ejemplos más espectaculares de los disparates que hemos creído acerca del mundo que nos rodea, distan de ser el único. La historia está repleta de tierras inexistentes y lugares ficticios.

Una de las tierras míticas más antiguas es el «reino del Preste Juan», una tierra supuestamente utópica e inmensamente rica, vagamente localizada en [mueve la mano a la ligera] «Oriente». Estaba supuestamente gobernada por un monarca cristiano llamado —eso es— Preste Juan. La figura del Preste Juan había estado confinada al folclore hasta que, en el siglo XX, comenzó a circular una carta falsa que afirmaba ser del propio Preste Juan (prometiendo su ayuda en las Cruzadas).

Por desgracia, tanto el autor como el propósito del bulo se pierden en la noche de los tiempos, pero la carta puso en marcha una creencia prolongada

en la existencia de este unicornio centelleante de un imperio. Durante cinco siglos, los exploradores se propusieron descubrir esa gran tierra perdida, los cartógrafos la situaron en sus mapas y las figuras de la vida real se decía que eran descendientes del Preste Juan.

Esto sucedía a pesar del hecho de que nadie sabía con absoluta claridad dónde se suponía que estaba. En el transcurso de unos cuantos centenares de años (a medida que cambiaban las modas y partes del mapa se llenaba de tierras que definitivamente no eran la que buscaban), la supuesta ubicación del reino del Preste Juan se lanzó a una aventura de trotamundos partiendo de Asia, para luego viajar a diversas partes de África y establecerse finalmente en algún lugar de Etiopía, convenientemente cerca de las inexistentes montañas de la Luna. No fue hasta el siglo XVII cuando se empezó a aceptar a regañadientes que jamás había existido.

Eran los relatos de los primeros exploradores europeos los que contribuían a colmar las lagunas en los mapas, pero sus testimonios distaban con frecuencia de ser fiables. Por ejemplo, la tierra de la Patagonia, de acuerdo con una descripción de los viajes de Magallanes en 1520, estaba poblada por una raza de gigantes. La idea de los gigantes patagones llegó a ser durante muchos años un ingrediente clave en las historias de los exploradores europeos, y las descripciones de su altura fluctuaban con el tiempo: los gigantes medían tres metros y medio a finales del siglo XVI, que se redujeron a dos metros setenta centímetros en el siglo XVIII.

La realidad es que los «gigantes» eran con suma probabilidad los indígenas aónikenk, que de hecho no son gigantes; son meramente lo que cabría describir como «bastante altos», toda vez que rondan a menudo el metro ochenta. La idea de que esas gentes eran «gigantes» puede atribuirse básicamente al hecho de que la mayoría de los europeos eran enanos.

No se trataba solo de declaraciones falsas sobre lo que veías en tus viajes; a veces lo ficticio era el propio viaje. La historia está plagada de individuos que afirmaban haber emprendido viajes o expediciones que

jamás habían hecho. A título de ejemplo, simplemente porque va en la línea de este libro, durante muchos años los biógrafos de Benjamin Franklin fueron engañados por un autor francés llamado Saint Jean de Crèvecoeur, que aseguraba haber navegado con Franklin hasta Lancaster, en Pensilvania, en 1787 para asistir a la ceremonia de inauguración del Franklin College. En realidad ninguno de los dos estuvo allí: De Crèvecoeur se lo inventó simplemente porque deseaba impresionar a sus compatriotas alardeando de su amistad con su estadounidense favorito. [12]

En los anales de los exploradores poco fiables, el negocio de descubrir islas proporcionaba el más fértil territorio, ya que era extremadamente fácil afirmar que habías encontrado una en medio del océano y a cualquiera le resultaría muy difícil comprobarlo. Además tenías que ponerle a la isla o bien tu propio nombre o bien, con frecuencia, el de un rico benefactor, lo cual resultaba magnífico para el negocio.

Quizá el partidario más entusiasta del descubrimiento de islas falsas fuera un caballero llamado Benjamin Morrell, un aventurero decimonónico con una profunda dedicación a la charlatanería, nacido en la todavía joven nación de Estados Unidos de América en 1795. Como señala Edward Brooke-Hitching en su excelente libro *The Phantom Atlas* (*El atlas fantasma*) (un compendio de «geografía especulativa» que te recomiendo encarecidamente si eres un fan de las cosas que se cuentan en este capítulo), Morrell llegó a ser conocido como «el mayor mentiroso del Pacífico» [13] gracias a los relatos rematadamente falsos de descubrimientos que publicó en su libro *A Narrative of Four Voyages* [Narración de cuatro viajes]. Entre sus «descubrimientos» figuraban Nueva Groenlandia del Sur (que no existe), la isla de Byers (no existe, lleva el nombre de un tipo adinerado a quien deseaba impresionar) y la isla de Morrell (que lleva su propio nombre y tampoco existe). A pesar de que ninguna de ellas existe, varias perduraron en las cartas de navegación durante más de un siglo, lo cual no debió de ser de gran ayuda para quienes intentaban navegar.

Resultaría fácil suponer que esta geografía ficticia es cosa de otros tiempos, comprensible en el contexto de la falta de información disponible para quienes vivían en el pasado, pero no relevante para nosotros, que vivimos en la era de las fotos de satélites y del Google Maps. Fácil, pero no necesariamente correcto, pues muchas de las ideas erróneas del pasado continúan resonando en la actualidad. De hecho, al menos una de ellas se abrió paso hasta el propio Google Maps: un remoto pedazo de tierra a unos cuantos miles de millas de Australia, llamado isla Sandy, que apareció en los mapas durante bastante más de un siglo hasta que, en 2012, un barco australiano pasó por donde supuestamente estaba esta y confirmó que no solo no había allí ninguna isla, sino que además el lecho marino no estaba en ningún punto a menos de mil metros de la superficie. Google, junto con otras organizaciones, incluida la Sociedad Geográfica Nacional, se apresuraron a borrarla de sus mapas.

Tal vez no sea sorprendente la persistencia de las tierras irreales, habida cuenta de que la tierra es algo que la gente desea de veras con todas sus fuerzas. La tierra te proporciona un hogar, sí, pero además, y posiblemente más importante, puede hacerte muy rico. Quizá el ejemplo más claro de ello sea la historia de la inexistente isla de Bermeja, una masa de tierra espuria supuestamente ubicada en el golfo de México, frente a la costa norte de Yucatán. Sus primeras apariciones en los mapas datan del siglo XVI, y casi se había esfumado de las cartas de navegación a principios del siglo XX, para resurgir de manera espectacular cuando el gobierno mexicano se percató de que, si existía, le permitiría reclamar como propios una parte enorme de los lucrativos yacimientos petrolíferos del golfo. [14] Durante años, los barcos mexicanos buscaron infructuosamente la isla ficticia y, aunque por fin han tenido que admitir que allí no existe isla alguna, muchos siguen insistiendo en la actualidad en que debió de haber ahí una isla en algún momento. Algunos legisladores mexicanos llegaron a acusar a la CIA de hacerla desaparecer.

Muy a menudo, nuestras creencias erróneas acerca de las tierras en las que vivimos provienen de nuestro viejo amigo el razonamiento motivado: simplemente queremos que sean ciertas, porque la tierra significa riqueza y poder y, para muchos individuos, gloria. En ningún lugar se ve esto con más claridad que en la historia de la batalla para ser el primer explorador en llegar al Polo Norte. O más bien, para ser algo más precisos, la batalla para conseguir el *reconocimiento* por haber sido el primero en llegar al Polo Norte.

Esta batalla se lanzó en las páginas de la prensa estadounidense en 1909. El 7 de septiembre, el *New York Times* anunció con tono triunfal en primera plana: «Peary descubre el Polo Norte tras ocho intentos en veintitrés años», concediendo la victoria a Robert E. Peary. Esa sensación de triunfalismo no se vio atenuada ni un ápice por el hecho de que, tan solo cinco días antes, la portada del *New York Herald* hubiera declarado: «El Polo Norte es descubierto por el doctor Frederick A. Cook».

La noticia del *Herald* debió de suponer un golpe para Peary, que acababa de regresar de su expedición y aguardaba con impaciencia la oportunidad de anunciar al mundo su extraordinaria hazaña, cuando su antiguo amigo y compañero de tripulación, Cook, que había estado desaparecido durante el año anterior, reapareció de repente y declaró que en realidad él había logrado llegar al Polo en 1908. En el artículo del *Times*, Peary denunciaba furiosamente a Cook y lo acusaba de impostor.

La lucha por el reconocimiento se libró inicialmente en el campo de la opinión pública y, de entrada, el doctor Cook parecía haberse beneficiado por haber sido el primero en publicar su historia. Fue recibido por una muchedumbre entusiasmada cuando desembarcó en Nueva York. Los periódicos de todo el país encuestaron a sus lectores para saber cuál de las dos versiones creían, y Cook resultó reiteradamente el ganador aplastante.

Pero Peary era un experto en relaciones públicas y se apresuró a cobrarse algunos favores en su campaña para desacreditar la versión de Cook

(incluso llegó a sobornar al menos a un testigo, según aseguraba el *Herald* en su esfuerzo por proteger su exclusiva). Ligero de equipaje en su viaje de regreso, Cook había dejado atrás en Groenlandia muchos de los registros de su expedición en manos de un conocido, quien había prometido entregárselos en Nueva York. Por desgracia para Cook, el barco que cogió su amigo en su viaje de regreso a Nueva York no era otro que el de Peary, quien, en una maniobra sumamente mezquina, se negó a dejarle subir a bordo ninguna de las pertenencias de Cook.

Tras recibir la noticia de que no llegarían las pruebas que creía que confirmarían su versión, Cook empezó a sumirse en una depresión y, unos meses más tarde, se mudó de Estados Unidos a Europa, donde pasaría un año en el exilio escribiendo un libro. El *New York Times* se jactó de la noticia de su «desaparición», tachando su relato de «la mayor patraña de la historia» y «la impostura más asombrosa desde que la raza humana puebla la faz de la Tierra». [15]

(Es posible que la decisión del *New York Times* de apoyar sin vacilación la versión de Peary tuviera *algo* que ver con el hecho de que ya había pagado cuatro mil dólares por los derechos para cubrir su expedición.)

Respaldada por un periódico poderoso, por la Sociedad Geográfica Nacional (que había patrocinado de entrada la expedición de Peary) y por amplios sectores de la clase dirigente, la versión de Peary no tardó en imponerse a la de Cook y acabó siendo la historia comúnmente aceptada. Su viaje al Polo fue reconocido oficialmente por el Congreso y, habiendo sido ingeniero civil de la Marina estadounidense, fue ascendido una vez jubilado al puesto de contraalmirante y se le concedió una pensión de miles de dólares anuales.

En el siglo transcurrido desde entonces, los partidarios de Cook y de Peary han debatido furiosamente cuál de ambas versiones era la legítima. ¿Era Cook realmente un impostor que había intentado negar a Peary su

legítimo triunfo, o era Peary un mal perdedor que había movido los hilos para arrebatar injustamente el honor al hombre que le había vencido?

Te encantará saber que la respuesta verdadera es «ninguna de las anteriores». De hecho, resulta que ambos estaban mintiendo.

Hoy en día, el consenso de los expertos es que, con toda probabilidad, ninguno de los dos hombres había conseguido acercarse a menos de ciento sesenta kilómetros del Polo, y ambos habían falsificado pruebas para ocultar su fracaso.

La versión de Cook es la más fácil de echar por tierra. Para empezar, ya estaba envuelto en un escándalo sobre su honestidad, al que Peary, cínica pero acertadamente, se aferró en su campaña de relaciones públicas. Su pretensión de haber sido el primero en escalar el Denali (la montaña más alta de Norteamérica, conocida a la sazón como monte McKinley) había sido muy cuestionada. Ese escepticismo creció al salir a la luz que Cook había recortado una fotografía de su compañero que posaba triunfalmente en la «cumbre», para eliminar lo que evidentemente era un pico mucho más alto al fondo. Como cuando tú eliminas en Instagram el McDonald's de la esquina de tu idílico retiro de yoga.

Cualquier duda restante al respecto se desvaneció un año más tarde, en 1910, cuando otra expedición trató de seguir los pasos de Cook y descubrió el pico en el que se había tomado la foto, que resultó estar a unos treinta kilómetros de distancia y 4.500 metros por debajo de la verdadera cima. (En la actualidad, este afloramiento se conoce con el atractivo nombre de Fake Peak o Pico Falso.)

El viejo truco del cambiazo fotográfico resultó ser la táctica favorita de Cook, pues posteriormente se descubrió que las imágenes que había presentado del «Polo Norte» eran en realidad unas viejas fotos que había hecho en Alaska. El diario que ofreció como prueba de sus viajes había sido escrito claramente *a posteriori*, sus guías inuit dijeron más tarde que no habían llegado al Polo, y una isla que aseguraba haber descubierto en la ruta

se demostró posteriormente, ejem, que no existía. El último clavo en el ataúd de la reputación de Cook se puso en 1923 cuando, habiéndose retirado del juego de la exploración para dedicarse a la industria petrolífera, fue condenado y encarcelado por fraude postal. Con ello quedaba garantizado su paso a la historia como un tipo poco de fiar.

Esto dejaba el campo despejado para que Peary fuese proclamado el verdadero descubridor del Polo. Tan absolutamente mancillada había quedado la reputación de Cook, y tan pública había sido la enemistad entre ellos, que al parecer Peary tuvo las cosas muy fáciles; presumiblemente en el supuesto equivocado de que, si uno de los dos estaba mintiendo, entonces el otro debía estar diciendo la verdad. Como tal, su historia llegó a gozar de amplia aceptación durante la mayor parte del siglo XX.

Esto es un tanto extraño porque, incluso en aquel tiempo, había habido serias dudas sobre su honestidad y, en retrospectiva, muchos de sus comportamientos deberían haber hecho saltar las alarmas. En primer lugar su diario, que presentó ante el Congreso como prueba; un diario que los congresistas no pudieron por menos de advertir que estaba sorprendentemente impoluto para un cuaderno que supuestamente se había escrito a diario, por alguien cuyas manos estaban cubiertas de grasa, en un ambiente hostil en el que era imposible lavarse. Estaba asimismo el hecho de que Peary no había permitido que nadie examinara sus registros. Y, para más inri, él también aseguraba haber descubierto una isla en su ruta, que posteriormente resultó inexistente.

Pero las alarmas más fuertes saltaron por la inverosimilitud de su propia descripción de su viaje. Lo que sucede en el Polo Norte es que no está en tierra, sino cubierto por capas de hielo que con frecuencia andan a la deriva. Además, apenas existen puntos de referencia para orientarse en la blanca extensión inmensa y vacía. Para caminar hacia el Polo, necesitas realizar con regularidad observaciones de navegación, con el fin de comprobar que no te has desviado de tu rumbo y que el suelo bajo tus pies no se ha alejado

de donde esperabas que estuviese. Eso es algo que Peary ciertamente podía haber hecho ya que, a diferencia de Cook, era un experto navegante, como lo eran otros varios miembros de su expedición. Pero lo curioso es que no hizo ninguna observación en todo el viaje hacia su meta.

Y, sin embargo, según su propia descripción de su viaje, había logrado caminar casi ochocientos kilómetros por el hielo movedizo y sin puntos de referencia en una línea recta como una flecha, directamente hacia el Polo. No solo eso, sino que una semana antes de su supuesta llegada al Polo envió de regreso a la mayor parte de su expedición, incluidos todos los demás navegantes entrenados. Eso resulta algo sospechoso, pero no tanto como el hecho de que, inmediatamente después de despacharles, se duplicó la supuesta velocidad de sus viajes hasta alcanzar el inverosímil ritmo de ciento catorce kilómetros diarios, una hazaña extraordinaria para alguien que había perdido la mayoría de los dedos del pie por congelamiento en una expedición anterior. (El médico que le había salvado los dedos restantes era... su futuro archienemigo, Frederick Cook.)

Al final, Peary realizó una única observación de navegación, después de la cual, según su compañero de viaje Matthew Henson, regresó realmente abatido y se negó a contarle a nadie el resultado. Pero, al día siguiente, declaró sencillamente que estaban en el Polo, pegó una tira de la bandera estadounidense en una lata y la enterró bajo el hielo. Luego regresaron a casa.

Aunque el debate sobre cuál de los dos rivales fue el auténtico pionero polar prosiguió con furia durante décadas, hoy en día la opinión de consenso es que ninguno de ellos logró llegar al Polo Norte: Cook nunca se acercó a él y es probable que Peary se desviase en su trayectoria entre noventa y ciento sesenta kilómetros. En realidad, la primera expedición a través de las capas de hielo hasta llegar al Polo no tendría lugar hasta 1968, e incluso entonces la hicieron en motos de nieve.

(Tal vez merezca la pena señalar aquí que Cook y Peary distan de ser los únicos exploradores del Ártico sobre los que planean interrogantes históricos. Pensemos, por ejemplo, en nuestro viejo amigo Vilhjamur Stefansson, el futuro catalogador de bulos sobre bañeras. En 1913 dirigió una expedición canadiense para explorar nuevas tierras entre Alaska y el Polo, pero su barco quedó atrapado en el hielo, en peligro de estrellarse. Stefansson se apresuró a anunciar que iba a desembarcar para buscar comida; durante su ausencia, el navío fue arrastrado por el hielo y acabó hundiéndose. Once miembros de la tripulación de Stefansson murieron antes de ser rescatados, mientras que el propio Stefansson continuó explorando alegremente el Ártico en trineo durante otros cuatro años, sin parecer terriblemente preocupado por lo que le hubiera ocurrido a su barco y al resto de la tripulación. Al menos algunos de los supervivientes del barco dijeron más tarde que sospechaban que Stefansson les había abandonado deliberadamente.)

Mientras que tanto Cook como Peary recurrieron al engaño con el fin de ocultar que no habían logrado alcanzar sus objetivos, a lo largo de la historia otros charlatanes geográficos han obrado al revés: prepararse para el fracaso contando cuentos fantásticos que la realidad nunca podría llegar a igualar.

Eso es lo que le ocurrió a un buscador de oro llamado Lewis Lasseter que, en 1930, dirigió una expedición por el desierto central australiano en busca de riquezas más allá de lo imaginable. Buscaban un enorme «arrecife» en el interior despoblado, que estaba hecho de oro y les haría a todos más ricos que los reyes.

Obviamente no existe ningún arrecife de oro de catorce kilómetros en medio de Australia, pero Lasseter aseguraba haberlo visto con sus propios ojos, al tropezarse con él cuando andaba perdido por el desierto en 1897, 1900 o 1911 (el año variaba con la narración). Por aquel entonces había sido incapaz de volver sobre sus pasos, rezaba el relato, pero había pasado

varias décadas intentando recaudar los fondos para montar una expedición para redescubrirlo.

Sigue siendo un tema de debate si Lesseter estaba simplemente equivocado, si padecía un delirio activo o si era un estafador consumado. Posiblemente un poco de todo, como sucede a menudo. Pero, no obstante, mientras la Gran Depresión azotaba el mundo, su cuento convenció a un poderoso líder sindical para que le respaldase en el caso improbable de que estuviera en lo cierto. Así pues, un grupo de ocho exploradores, bien equipado con un avión y unos camiones, partió en busca del oro.

Sus compañeros se percataron enseguida de que Lasseter no tenía ni la más remota idea de adónde dirigirse y además resultaba evidente que jamás había estado en el bosque. El grupo buscaba en vano, sus camiones quedaron atascados en la arena y su avión se estrelló, por lo que hubo que hospitalizar al piloto.

Uno tras otro, llegaron a la conclusión de que Lasseter no decía más que estupideces y fueron abandonando la expedición, hasta dejar al buscador de oro australiano solamente con un cazador de dingos llamado Paul y unos camellos como acompañantes. Lasseter no tardó en contarle a Paul que había encontrado el arrecife, pero se negó a decirle dónde. Tras una breve pelea a puñetazos, Paul también se marchó, y finalmente (según su diario) los camellos de Lasseter huyeron de él mientras hacía popó.

Los restos de Lasseter, junto con su diario, se encontraron en el desierto al año siguiente.

A pesar de que definitivamente no hay ningún arrecife de oro en medio de Australia, otros numerosos equipos de búsqueda trataron de localizarlo en las décadas subsiguientes, y hasta la fecha, cada pocos años, alguien asegura haber descubierto la ubicación del Arrecife de Lasseter que, repitamos una vez más, no existe.

Puede que Lasseter creyera de veras en su arrecife; es difícil explicar por qué, si se hubiera tratado de un simple timo, persistió en su búsqueda

mucho después de que se rindieran todos los demás. Al igual que muchos de quienes contaban historias falsas de tierras inexistentes, puede que simplemente estuviera equivocado y luego redoblara su falsa creencia, debido al entusiasmo, a la vergüenza o al simple sesgo de confirmación.

No es el único. De hecho, uno de los relatos más increíbles de disparates geográficos de toda la historia pertenece a un hombre que no tenía ninguna excusa para la falsedad de sus afirmaciones y, no obstante, actuaba persistentemente como si se tratase de certezas. Pero, para contar esa historia, necesitaremos adentrarnos en el turbio mundo de los estafadores, timadores y defraudadores, donde conoceremos quizá al mayor timador de todos los tiempos, el hombre que estafó a un país inventándose otro país entero.

5

El manifiesto del timador

Cuando los primeros colonos llegaron a la costa del territorio de Poyais en febrero de 1823, tenían ya una idea muy clara de lo que les esperaba en su nuevo hogar. Cuando el *Honduras Packet* echó el ancla justo fuera de la laguna de Black River, los colonos de a bordo debían de estar aguardando ansiosamente la riqueza que les prometía su nueva vida. Sabían que la tierra de Poyais era bella y fértil. Su cálido clima centroamericano tenía poco que ver con el Londres invernal que habían dejado dos meses atrás, y se decía que obraba milagros en la salud. Sus ricos suelos podían producir tres cosechas al año, y garantizaban a cualquier campesino emprendedor una pronta fortuna con un mínimo esfuerzo. Los largos y serpenteantes ríos del país corrían llenos de oro, y cualquiera que pasara podía obtener pequeñas pepitas con solo tamizar las finas arenas. Dentro de la laguna estaba la boca del Black River, sede del principal puerto comercial del país, y tan solo a unos kilómetros de distancia se hallaba la capital de St. Joseph, una pequeña pero creciente metrópoli de mil quinientas almas, con una arquitectura elegante a la manera europea.

No había surgido todavía ninguna embarcación de la laguna para recibir a sus nuevos compatriotas, cuando el capitán Hedgcock disparó uno de los cañones del barco para alertar de su llegada a los poyers (como se conocía a

los ciudadanos de Poyais). Esperaron con emoción a que los representantes del puerto acudieran remando a recibirlos.

Y esperaron. Y luego siguieron esperando.

Mmm. Ningún barco todavía.

El barco nunca apareció porque, como descubrieron los colonos cuando finalmente decidieron desembarcar por sí mismos, dentro de la laguna no había ningún animado puerto comercial. Cuando buscaron la capital, St. Joseph, aventurándose río arriba varios kilómetros y abriéndose paso por la tupida selva, no hallaron una ciudad cosmopolita con amplios bulevares, un banco y una ópera. En lugar de ello, encontraron algunos escombros y unas cuantas cabañas en ruinas que habían sido abandonadas el siglo anterior. Suponiendo que debían de haber desembarcado en el lugar equivocado, volvieron a comprobar un mapa detallado de la nación, que les había dado el cacique de Poyais en persona: el héroe de guerra, descendiente de la nobleza y gobernante inspirador de aquel joven país, el general sir Gregor MacGregor.

No. Estaban definitivamente en el lugar correcto.

En lo que los colonos no habían caído a esas alturas (aunque quizá algunos ya estuvieran sintiendo los primeros indicios en esa parte del estómago que es la primera en percatarse de que has cometido un error absolutamente terrible) era que la razón por la que no había ninguna embarcación, y la razón por la que no había ningún puerto ni ninguna capital, no se debía a que les hubieran dado malas indicaciones.

Era, por supuesto, que no existía ningún país llamado Poyais. Toda esa joven nación existía casi exclusivamente en la mente de Gregor MacGregor, un hombre que, de algún modo, aprovechó su dominio ficticio para recaudar una fortuna de los inversores londinenses, y que convenció a centenares de sus compatriotas escoceses para que vendieran sus posesiones materiales, abandonaran sus hogares y atravesaran un océano (y le pagaran generosamente por el privilegio de una nueva vida).

Al cabo de un año, la mayoría de ellos habían muerto.

Algunos estafadores urden su timo inventándose negocios imaginarios, parientes enfermos o misteriosas fortunas que solo pueden recuperarse con la asistencia de un desconocido contactado al azar por correo electrónico. Esas personas son como niños pequeños comparadas con MacGregor, quien se inventó un país entero.

Estamos un tanto obsesionados con los estafadores, timadores embaucadores y defraudadores de toda índole. Ya los veamos como crueles explotadores de los vulnerables y los crédulos, ya como dotados de un perverso estatus de héroes populares (que vuelven los sistemas injustos contra sí mismos), nunca nos cansamos de ellos. Ello podría deberse al hecho de que nos regodeamos viendo cómo engañan a los otros, o a que nos deleitamos con el temor paranoico a ser engañados nosotros mismos. O podría obedecer a la aparente confirmación de lo que muchos de nosotros pensamos secretamente acerca de las estructuras sociales que separan a los ricos de los pobres, a saber: que todas ellas son fachadas falsas y huecas que cualquiera de nosotros podríamos derribar si tuviéramos el descaro de fingir ser algo que no somos.

La historia recuerda hoy a MacGregor como la persona que orquestó lo que *The Economist* describió en cierta ocasión como «la mayor estafa de todos los tiempos». [1] Pero lo que resulta fascinante en él es que, hasta la fecha, sigue sin estar claro del todo cuánto había de real, cuánto de timo deliberado y cuánto de autoengaño en la más grande de las escalas.

Ambicioso, carismático y al menos en ocasiones encantador, MacGregor era un hombre que sentía en lo más hondo de su ser que estaba destinado a la grandeza. Y lo que es más, se las arreglaba sistemáticamente para arrimarse a esa grandeza de manera tentadora... para acabar enseguida arrojando su carrera a un precipicio en cada ocasión. Para decirlo sin rodeos, si MacGregor hubiera dedicado el mismo esfuerzo a conseguir *efectivamente* las cosas que el que dedicó a fingir que las había logrado, le

habrían ido mucho mejor en la vida, por no mencionar a los varios centenares de colonos empobrecidos o muertos.

Es posible entender por qué hubo colonos e inversionistas que cayeron en la trampa de MacGregor. Tenía un linaje verdaderamente impresionante: un noble escocés veterano de la armada británica que había servido en el legendario Regimiento de Pie (los «Die Hards» o «duros de matar») en la Batalla de la Albuera. También había luchado en la armada portuguesa y había sido nombrado caballero de la Orden de Cristo por Portugal por los servicios prestados. Más tarde, como hicieron muchos militares británicos de la época, viajó a Latinoamérica para combatir en las guerras de liberación contra el Imperio español, llegando a ser general de la armada venezolana y un héroe para su pueblo. Quizá todo esto no resultase sorprendente; después de todo, era el jefe del Clan Gregor, un descendiente del legendario Rob Roy.

Entonces, a finales de 1821, empezaron a aparecer anuncios en la prensa con la oportunidad de comprar tierra en el país de Poyais, al precio de saldo para madrugadores de un chelín por acre si llegabas pronto, aunque los anuncios advertían que el precio subiría en los meses siguientes. [2] Aquello debió de parecer una oportunidad demasiado buena como para que muchos la ignorasen. Mientras se derrumbaba finalmente el multisecular Imperio español en el Nuevo Mundo, los ojos británicos buscaban con avidez una nueva oportunidad, y la inversión en Latinoamérica era el último grito. En el verano de 1822, los anuncios no solo pregonaban la oportunidad de invertir en tierra: la publicidad invitaba a los colonos a comenzar una nueva vida en Poyais, como pasajeros del «muy espacioso y confortable» *Honduras Packet* (como rezaba un anuncio de *The Times*). [3]



Gregor MacGregor, con aspecto elegante, tal como aparecía en
Sketch of the Mosquito Shore [Bosquejo de la Costa de los Mosquitos].

Para respaldar esta oferta, MacGregor lanzó una auténtica campaña publicitaria. Concedía entrevistas en los periódicos, estrechaba manos a diestra y siniestra en la alta sociedad y estableció oficinas para su país imaginario en Londres y Edimburgo. No solo eso, sino que, con un cierto coste, incluso publicó un libro entero encuadernado en cuero, titulado *Sketch of the Mosquito Shore* [Bosquejo de la Costa de los Mosquitos], supuestamente escrito por un tal «Thomas Strangeways, K. G. C.», que se describía como «Capitán del Primer Regimiento Nativo Poyer y ayudante de campo de Su Alteza Gregor, Cacique de Poyais».

Sketch of the Mosquito Shore incluía un precioso retrato de Gregor con aire regio en la primera página, más un dibujo idílico de la laguna de Black River llena de barcos. Era este el libro que prometía esos ríos que proporcionarían a los colonos «glóbulos de oro puro», suelos capaces de producir tres cosechas al año y amables trabajadores nativos, que

profesaban un amor profundo y perdurable a los británicos y que trabajarían alegremente durante todo el año a cambio de una pequeña suma de dinero, o posiblemente solo a cambio de ropa. [4]

(El libro también puso especial cuidado en señalar, justo al inicio, que la Costa de los Mosquitos no se llama así porque tuviera un montón de mosquitos —¡ja, qué ocurrencia!—, sino más bien por los muchos islotes que salpicaban su orilla. El caso es que ninguna de las dos explicaciones es cierta; en realidad, la Costa de los Mosquitos debe su nombre, o su nombre equivocado, al pueblo indígena miskito. [5] No obstante, sí que abundan los mosquitos, como pronto descubrirían los colonos.)

A decir verdad, buena parte del libro fue simplemente copiada de manera indiscriminada de otros varios libros sobre la región que habían quedado anticuados hacía décadas; el material que no se había copiado era pura fantasía, que el testimonio en un juicio posterior por difamación revelaría que había sido escrito por el propio MacGregor.

Pero MacGregor llegó incluso más allá que el libro para vender Poyais no solamente como una oportunidad para crear una nueva colonia, sino como un país ya establecido con un gobierno en funcionamiento, unas extensas infraestructuras civiles y una cultura vibrante. Mostraba a la gente una copia de la «Proclamación a los habitantes del territorio de Poyais», que señalaba el nacimiento oficial de su nación (un documento que supuestamente había distribuido por sus tierras antes de partir hacia Londres), declarando que el rey de la Costa de los Mosquitos le había otorgado a perpetuidad los derechos sobre el territorio de Poyais. Inventó una bandera para el país y un código de honores caballerescos, que concedía a los potenciales aliados en su proyecto la «Orden de la Cruz Verde». Hizo imprimir «dólares de Poyais» y proporcionó un cofre de ellos a los colonos para que se instalasen en su nuevo hogar. Comentó la estructura tripartita del sistema de gobierno de Poyais. Persuadió a un joven e influenciable oficinista de Glasgow llamado Andrew Picken, que soñaba

con la vida literaria, para que escribiera un poema y una balada que cantaran las alabanzas de Poyais, presentándolos como los productos de la cultura del propio Poyais.

Picken se convirtió en una de las voces más destacadas a la hora de contar a otros colonos las buenas nuevas de la vida que les aguardaba en St. Joseph, a raíz de una charla regada con vino, durante la cual MacGregor le sugirió firmemente que podría llegar a dirigir el teatro nacional de Poyais. A muchos colonos les prometió análogamente puestos importantes: uno sería teniente gobernador de St. Joseph, otro director del Banco de Poyais. Un zapatero remendón de Edimburgo llamado John Hellie (o Heely, pues los documentos difieren al respecto) vendió sus posesiones y dejó detrás a su familia al recibir la promesa de que llegaría a ser el zapatero oficial de la princesa de Poyais.



Billete de un dólar de Poyais, impreso por Gregor MacGregor en Escocia, pues no existía ningún Banco de Poyais.

Por supuesto, lo que encontraron los colonos al llegar allí fue... algo menos impresionante. Desembarcaron en la costa norte de la moderna Honduras, en el extremo occidental en la región evocadoramente llamada Gracias a Dios. El Black River o río Negro se conoce hoy como río Sico; la laguna se llama actualmente laguna de Ibans o laguna Ébano. [6] Sigue siendo un lugar muy remoto donde no vive mucha gente, aunque hay un aeropuerto (bueno, una pista de aterrizaje de hierba) y, según Lonely Planet, un bonito alojamiento ecológico que atiende al sector turístico. [7] En total,

probablemente algo más acogedor que lo que se encontraron los pasajeros del *Honduras Packet*.

Lo que estos se encontraron no fue gran cosa, aparte de mucha selva, algunos escombros y un ermitaño americano que vivía en una cabaña. No había ninguna ciudad, ni pueblo, ni puerto ni comercio. Los ríos destacaban por su ausencia de glóbulos de oro puro. El primer grupo de colonos del *Honduras Packet* pasaron varias semanas ajenos a lo que sucedía, tratando de averiguar en qué se habían equivocado y esperando a que las autoridades de Poyais contactaran con ellos, viviendo entretanto en la orilla en tiendas y refugios rudimentarios.

Unas semanas más tarde, en marzo, llegó una segunda nave colonial, el *Kennersley Castle*, que empeoró aún más las cosas. Para empezar, aumentó el número de colonos de unos setenta a más de doscientos, lo cual suponía muchas más bocas que alimentar y muchos más cuerpos susceptibles de caer enfermos. Lo peor fue que inmediatamente surgieron fricciones entre los dos grupos. Los recién llegados, que se habían pasado todo el viaje escuchando las historias de Picken sobre lo maravilloso que era St. Joseph, estaban especialmente descontentos con lo que se encontraron realmente a su llegada. Pero tampoco acertaban a entender por qué el hombre al mando, el coronel Hector Hall (quien supuestamente iba a ocupar el puesto de teniente gobernador), no se había encargado de construir un alojamiento más permanente, o por qué ni siquiera había acudido a recibirles.

Esto se debía en parte al hecho de que las personas escogidas como colonizadoras no tenían en realidad el conjunto de habilidades deseables para construir un pueblo desde cero. Incluían al banquero, algunos funcionarios, un joyero, un impresor, varios jardineros, un «sirviente de caballero» y varios ebanistas; todas ellas excelentes profesiones si ya te espera una bulliciosa metrópoli, pero de utilidad variable si necesitas construir de entrada algo mayor que un armario.

Pero el motivo principal era que el coronel Hall ya se había percatado de lo que la mayoría de los colonos todavía no habían advertido: que habían sido engañados a una escala épica. Jamás iba a contactar con ellos ninguna autoridad de Poyais. Dejar la costa para trasladarse hacia el interior habría significado la muerte. Construir un asentamiento era inútil. El *Honduras Packet* había zarpado durante una tormenta, llevándose consigo muchos de sus suministros, por lo que su prioridad era ahora el rescate. Y en esas andaba Hall: en una expedición para intentar localizar el desaparecido *Honduras Packet* y establecer contacto con el rey George Frederic Augustus (el gobernante nominal miskito de la región, que había sido impuesto en gran medida como un títere de los británicos y era quien supuestamente había otorgado de entrada a MacGregor los derechos sobre Poyais).

A su regreso, habiendo sido informado de que el rey tenía muy poca idea de todo aquello, Hall se disgustó especialmente al descubrir que los recién llegados también habían dejado zarpar el *Kennersley Castle*. Los colonos, por su parte, estaban contrariados porque solo habían llevado consigo un pequeño barril de ron.

Las cosas fueron rápidamente de mal en peor. La moral se desplomaba entre luchas internas, los esfuerzos por construir más refugios fracasaron y lo peor de todo era que, con la llegada de la estación lluviosa y los concomitantes mosquitos, que resultaron ser abundantes, los colonizadores comenzaron a enfermar y a morir. Hall continuaba guardándose para sí su conocimiento de que habían sido estafados, temiendo la reacción si se corría la voz, pero ello no hacía sino incrementar la desconfianza entre los grupos, especialmente cuando seguía esfumándose durante largos períodos de tiempo en misteriosas misiones. Habiendo perdido las esperanzas de volver a ver a su familia, el pobre zapatero, John Hellie se suicidó de un disparo en su hamaca. [8]

Finalmente, en mayo, tras haber soportado varios meses tórridos, un barco de Belice descubrió su miserable campamento. Esto trajo consigo

buenas y malas noticias. La mala noticia era que el país al que pensaban haber emigrado no existía; la buena noticia era que podían marcharse de allí. Que ese era el mejor curso de acción fue confirmado a los pocos días, cuando Hall regresó de su última expedición con un mensaje del rey George Frederic Augustus: cualquier concesión de tierras por parte de MacGregor era nula y sin efecto, y de hecho los colonos habían entrado ilegalmente.

Así pues, los destrozados colonos fueron transportados a Belice en una serie de viajes horribles y hacinados. Algunos estaban demasiado enfermos incluso para hacer ese trayecto; muchos más enfermaron o empeoraron durante el mismo. Más de la mitad de ellos murieron. De los doscientos setenta aproximadamente que habían viajado en los dos primeros barcos, tan solo unos cincuenta lograron regresar alguna vez al Reino Unido.

Llegados a este punto, probablemente merezca la pena observar que todo este asunto —«barcos cargados de colonizadores que parten de Escocia soñando con un nuevo paraíso en América Central, pero el sueño acaba en ruina económica, enfermedad y muerte»— podría sonar un tanto... en fin, *familiar*.

Y es que, increíblemente, aquella no era la primera vez que ocurría. Ciento veinticinco años antes, casi exactamente el mismo destino había aguardado a varios miles de escoceses que, convencidos por un vendedor con mucha labia, habían partido al encuentro de una nueva colonia en Darién, en el istmo de Panamá. En aquella ocasión no se trataba exactamente de un fraude, sino tan solo de una tentativa desmesuradamente ambiciosa de hallar un imperio escocés y demostrar ciertas teorías acerca del comercio mundial, pero el efecto fue muy similar. En torno a la mitad de los colonizadores terminaron muertos, y muchos inversores quedaron arruinados. Todo aquel asunto supuso una profunda humillación nacional para Escocia, que hizo añicos su economía y contribuyó a llevarla a una eventual unión con Inglaterra. [9]

Esto plantea en efecto la pregunta: ¿cómo demonios volvió a caer la gente exactamente en la misma trampa poco más de un siglo después?

Para responderla, hemos de fijarnos en el propio MacGregor y comprender cómo fue capaz de convencer a tanta gente de que un país inexistente era lo suficientemente real como para que arruinaran sus vidas por él. Aquí es donde nos topamos con un pequeño obstáculo porque, por desgracia tanto para la reputación de MacGregor como para nuestros esfuerzos por hacer un retrato equilibrado del hombre, este se encuentra en una cierta desventaja en lo que atañe al legado histórico. Sencillamente, una gran parte de lo escrito sobre él en aquella época fue obra de personas que le odiaban a todas luces.

MacGregor poseía una habilidad extraordinaria para engatusar a las personas y ponerlas de su lado. Pero por desgracia para él, se le daba fatal mantenerlas ahí.

Para empezar, probablemente no te sorprenda demasiado saber que no solo era ficticio el país de MacGregor, sino que también lo eran amplios episodios de su biografía. Ciertamente era un MacGregor del Clan Gregor, pero desde luego no era el jefe de este ni tampoco un descendiente directo de Rob Roy; provenía de la rama menos favorecida de la familia. Sí que había servido en la armada británica, pero no era uno de los «Die Hards» o «duros de matar» de la Batalla de la Albuera, porque le habían echado discretamente de ese regimiento más de un año antes, a resultas de lo que se describió eufemísticamente como «un malentendido con un oficial superior». [10] Y era cierto que había sido destinado posteriormente a la armada portuguesa... pero duró solo unos meses hasta que volvió a suceder exactamente lo mismo.

Queda como ejercicio para el lector averiguar la procedencia exacta de su supuesto título portugués de caballero, en el período de unos cuantos meses que pasó básicamente tocando las narices a sus superiores.

Aunque indudablemente poseía ciertos talentos, el problema de MacGregor era que su gusto por el boato del estatus superaba con creces su diligencia en la adquisición de dicho estatus. Como afirma el historiador Matthew Brown (que en términos generales muestra más simpatía hacia MacGregor que la mayoría de los autores), MacGregor era «un hombre pretencioso y obsesionado con el estatus». [11] Había contraído matrimonio en una familia militar adinerada e influyente, y había continuado la larga tradición de comprarse ascensos en los rangos de la armada, volviéndose cada vez más insufrible con cada nuevo galón. Tras ser expulsado del servicio en 1810, en vez de iniciar un período de examen de conciencia, al parecer redobló la apuesta, concediéndose a sí mismo el título de coronel y desfilando por Edimburgo con su esposa, luciendo sus mejores galas. Como reza una de sus biografías especialmente cruel, publicada en 1820 por uno de sus numerosos enemigos, disfrutaba de su libertad «con escasa previsión y menos reflexión». [12]

Todo esto se interrumpió abruptamente de forma trágica en 1811 con la muerte de Maria, la esposa de MacGregor. Privado de la riqueza de su familia, ya no podía seguir financiando su pretencioso estilo de vida. Falto de liquidez e irresoluto, hizo lo que hacían muchos otros exmilitares británicos en esa época: partió a Latinoamérica para luchar contra los españoles. Concretamente salió pitando hacia Venezuela.

Fue en Venezuela donde más cerca estuvo MacGregor de salvar la brecha entre su autoimagen y sus logros efectivos. Como muchos estudiantes de año sabático, se fue de viaje al extranjero y... se encontró a sí mismo. Se convirtió enseguida en un confidente íntimo del gran general revolucionario Francisco de Miranda, por quien MacGregor profesaba una enorme admiración. Hedonista empedernido y legendario libidinoso, Miranda compartía el gusto de MacGregor por las prebendas del poder, pero a diferencia de este, Miranda era también un genio militar. MacGregor no solo se llevaba bien con Miranda, sino que se casó por segunda vez con

una mujer bien relacionada: la señora doña Josefa Antonia Andrea Aristeguieta y Lovera, prima del hoy legendario libertador Simón Bolívar.

El historial militar de MacGregor en Venezuela no era perfecto, pero en conjunto era bastante sólido e incluía al menos un logro por el que sería justamente festejado. De hecho, probablemente podría haber sido mucho mejor si no hubiera tenido la desgracia de llegar en un momento bajo para las fuerzas de independencia venezolanas. Sufrió algunas derrotas, pero fue aclamado como un héroe por ordenar una retirada crucial de un mes de duración de Ocumare en 1816, en la que dirigió una fuerza integrada en gran medida por esclavos recientemente liberados que luchaban valerosamente contra los enemigos que los perseguían. Una excepcional acción de retaguardia que posibilitó la reagrupación del ejército independentista. MacGregor recibió por fin la aclamación que anhelaba, no por los títulos inventados ni por el dinero despilfarrado, sino por los logros alcanzados con arduos esfuerzos.

En cualquier caso, al poco tiempo debió de tener algún altercado catastrófico con los venezolanos y dejó de estar a su servicio. ¡Oh, Gregor!

A partir de entonces, su carrera fue volviéndose progresivamente más salvaje cuando empezó a actuar por cuenta propia. En 1817 trató de invadir Florida y arrebatársela a los españoles. Sus tropas acabaron pasando seis meses atrapadas en una pequeña isla que habían conquistado, antes de que Gregor se largara dejándolas allí. Dirigió un ataque desastroso contra el istmo de Darién, el mismo lugar en el que Escocia había sufrido semejante humillación el siglo anterior. MacGregor mencionó explícitamente aquel episodio en sus esfuerzos por reclutar tropas, asegurando que uno de sus antepasados había participado en aquella desventurada expedición y pintándolo como una oportunidad para redimir el honor de la nación. No terminó de ese modo; en Portobelo, MacGregor fue sorprendido, literalmente durmiendo, por las fuerzas españolas, y acabó teniendo que

saltar por la ventana de su dormitorio sin pantalones y nadar para ponerse a salvo (él, que no sabía nadar).

Fue ese el período que alentó muchos de los retratos poco favorecedores de este personaje. Michael Rafter, quien sirvió bajo sus órdenes en Darién y cuyo hermano fue ejecutado después de que los españoles volvieran a tomar Portobelo, tomó la determinación de desenmascarar a MacGregor; ya hemos citado algún pasaje de su biografía, que describe a nuestro héroe diciendo que «M'Gregor se echó a perder por culpa de la prosperidad, y su versatilidad y su disposición altanera pronto arruinaron sus perspectivas», lo que sinceramente parece un justo retrato.[13] Otra crónica de sus desventuras describe a MacGregor ordenando una acción desde el alcázar de un barco con una copa de vino en la mano.[14] La *Jamaica Gazette* la redactó con las nada halagadoras palabras «Se embarca en una expedición de saqueo contra, como los llamarían sus partidarios, sus enemigos, y cierra su carrera... saqueando a sus amigos... Al parecer, la causa de este supuesto gran Líder se ha vuelto hoy completamente inútil, y el propio Héroe completamente indigno de más atención».[15]

A lo largo de ese período, MacGregor estuvo perfeccionando tres rasgos que, en retrospectiva, parecen ensayos para su plan de Poyais. Tenía talento para reclutar a sus compatriotas para sus misiones, y convenció a un montón de soldados para que se marcharan de Escocia y le acompañaran en sus aventuras al otro lado del océano. Estaba confeccionando ya su fantasioso código de honores: la Orden de la Cruz Verde se puso a prueba por vez primera en Florida. Y estaba dando rienda suelta a su amor por la emisión de proclamas disparatadas y se estaba concediendo a sí mismo el mayor de los títulos. Tras una expedición, escribe Rafter, en «un monumento perdurable de la singular aberración del intelecto humano, ¡tuvo la desfachatez de autoproclamarse el "Inca de Nueva Granada"!».[16]

No obstante, lo cierto es que ninguno de esos comportamientos era especialmente extraño en el contexto del Caribe y Latinoamérica de la

época. [17]

Quiero decir que, aunque es verdad que resultaba un tanto extraño, no era algo absolutamente escandaloso. La autoconcesión de títulos fantasiosos se aproximaba a la práctica operativa habitual de los caudillos de la región; con imperios que caían, nacían y generalmente bailaban el mambo, el territorio se hallaba en un permanente estado de fluctuación y siempre disponible; y había inversiones especulativas a patadas en Latinoamérica en la Bolsa de Londres, que alimentaban una burbuja que estallaría no mucho después del regreso a casa de los escasos supervivientes de Poyais.

Y, al parecer, a MacGregor sí que le habría concedido algo de tierra el rey George Frederic Augustus (quien a menudo otorgaba tierra a cambio de favores políticos y protección), aunque quizá no tan extensa como él aseguraba, y desde luego no tanto como para gobernar sobre ella como un nuevo país. Ahora bien, aunque señalar un pedazo de tierra y decir «ahora esto es mío», sobre una base jurídica endeble, y persuadir acto seguido a algunos tipos impresionables para que vayan a establecerse allí a riesgo de su muerte harto probable, supone ciertamente un fraude a gran escala, no es algo que difiera radicalmente de muchas prácticas colonizadoras.

Si el disparatado plan de MacGregor logró convencer a un número sorprendente de personas, fue porque era tanto un reflejo de la época como una aberración de esta.

No obstante, eso no responde del todo la pregunta, porque no era poco el escepticismo hacia las afirmaciones de MacGregor. Estaba, por supuesto, la vengativa biografía de él escrita por Rafter un año antes del despegue del plan de Poyais. Esta alertaba claramente del hecho de que MacGregor era un tipo deshonesto. Pero la propia aventura de Poyais, y especialmente el libro publicado para respaldarla, generó muchas dudas en la prensa.

La *Literary Gazette* de Londres de 1 de febrero de 1823 reseñaba el libro *Sketch of the Mosquito Shore* y formulaba unas cuantas preguntas acerca de ciertas «peculiaridades extraordinarias» en las descripciones del país, del

estilo de «cómo corren *hacia arriba* los ríos o cómo puede extenderse su curso cientos de kilómetros más allá de la amplitud extrema del país».

«Todo este asunto —olfateaba la *Gazette*— huele mucho a las historias de piratas y bucaneros de dos siglos atrás.» [18]

Especialmente cruel se mostraba la *Quarterly Review*, una publicación conocida por mezclar la política *tory* con las reseñas literarias de una ferocidad casi sin precedentes. Su crítica de *Sketch of the Mosquito Shore* en el número de octubre de 1822 es, por decirlo de algún modo, poco amable. Pero, para ponerla en perspectiva, tan solo un año antes, Percy Bysshe Shelley les había acusado de hacer una crítica tan demoledora de John Keats que *le habían matado literariamente hablando*. [19] Incluso teniendo en cuenta la sensibilidad exacerbada de los poetas románticos, eso supone todo un logro en el campo de la crítica desagradable, y sugiere que, en todo caso, MacGregor salió bastante bien parado.

Lo más notable de la respuesta de la *Quarterly Review* no es meramente su escepticismo. Ciertamente, denuncian a los directores del plan como «corredores de préstamos y corredores de tierras», bromean sarcásticamente acerca de una tierra «donde crece toda clase de grano sin sembrar y las frutas más deliciosas sin plantar, donde las vacas y los caballos se mantienen a sí mismos y donde... los cerdos asados corren por todas partes con tenedores en el lomo gritando “¡cómeme!”», para concluir sugiriendo que «todo este asunto [puede ser] meramente lo que vulgarmente se conoce como un timo». [20]

No, lo realmente interesante es que el revisor anónimo en cuestión sabe con todo lujo de detalles de qué está hablando. En el lenguaje moderno, tiene pruebas fehacientes. Y también referencias cartográficas. «Debemos informarles de que... ese Poyais es un “pueblo” insignificante de cabañas y casas de madera que pertenece a España», observa con precisión antes de dedicar varias páginas a los detalles relativos a la situación política local y a la naturaleza exacta de los tratados que rigen la región, todo lo cual

invalidaba cualquier reclamación de la tierra por parte de MacGregor. Predice que «los colonizadores, si es que se encuentran tan notorios inocentones, serán considerados como... intrusos y tratados en consecuencia». Cuestiona incluso que exista el autor del libro, el capitán Strangeways, y afirma que, aun cuando exista, el libro no contiene una sola prueba de que «haya puesto el pie alguna vez en» la Costa de los Mosquitos. Finalmente, se pregunta si el cacique MacGregor podría ser el mismo hombre que, unos años antes, «al ser cogido por sorpresa, había saltado por una ventana, cartera en mano, dejando atrás sus pantalones».

Desde cualquier punto de vista, uno pensaría que aquello habría arruinado los planes de MacGregor; se trata de la clase de críticas a las que es difícil sobreponerse. Y, sin embargo, el plan de Poyais parece haber sido concebido prácticamente a prueba de críticas.

Hemos de considerar dos posibilidades: en primer lugar, que puede que muchos de los colonos no fueran suscriptores entusiastas de la *Quarterly Review*; y, en segundo lugar, que todos ellos desearan con todas sus fuerzas que las ficciones de MacGregor fueran ciertas. Esta es una fuerza muy poderosa, como todavía saben en nuestros días los estafadores extremadamente públicos.

Este deseo desesperado de creer las fantasías también tenía capacidad de aguante. Sorprendentemente, un grupo reducido de los colonizadores embaucados continuarían manteniendo durante años que MacGregor había sido inocente en todo ese asunto, que en realidad todo era culpa del coronel Hall y que MacGregor jamás había mencionado muchas de las cosas más disparatadas que se le acusaba de haber prometido a los colonos; todo eso era fruto de la imaginación desbordante de individuos como Picken. (En realidad, esa defensa no se sostiene; aunque es cierto que los colonos pudieron haberse empeñado en creer más de lo que el propio MacGregor les vendía, es difícil ignorar los detalles explícitamente fraudulentos que MacGregor llevó a la imprenta, como que los inversores podían reclamar su

tierra «presentando los títulos de propiedad en el Registro Civil de la localidad de St. Joseph, en Poyais».)

Pero las víctimas del plan de MacGregor no eran las únicas que deseaban con desesperación que fuera verdad. Pese a todos los elementos manifiestos del timo, la pregunta crucial de la historia de MacGregor sigue siendo: ¿hasta qué punto era un estafador y cuánto se creía de veras? Esta pregunta es especialmente persistente cuando consideramos lo que ocurrió cuando se reveló su fraude y se convirtió en el hazmerreír en su ciudad, que fue lo siguiente: continuó como si no hubiese pasado nada.

No parece haber mostrado ningún remordimiento por las muertes de las personas que habían confiado en él. Su único reconocimiento de las historias que contaban los supervivientes a su regreso a casa fue la demanda por difamación al periódico *Morning Herald* por publicar un reportaje con los testimonios de los supervivientes. Perdió sin presentarse jamás en el juzgado porque había huido a Francia, donde comenzó inmediatamente a intentar vender de nuevo la treta de Poyais.

En 1825, la Bolsa de Londres se derrumbó cuando estalló la burbuja latinoamericana, provocada en gran parte por el asunto de Poyais. Quebraron más de sesenta bancos, el Banco de Inglaterra tuvo que ser rescatado por el francés, y los efectos se sintieron en todo el globo. Mientras tanto, MacGregor estaba en Francia, redactando la Constitución de Poyais y reclutando un nuevo grupo de colonizadores. Las autoridades francesas solo se enteraron de lo que estaba haciendo cuando recibieron un número inusual de solicitudes de pasaporte de personas deseosas de viajar a un país que no figuraba en ningún mapa. MacGregor fue arrestado y acusado de fraude, pero el juicio se suspendió.

En total, MacGregor pasaría más de una década de su vida tratando de poner en marcha nuevamente su plan de Poyais, persistiendo en su empeño mucho después de que el timo tuviese alguna posibilidad de prosperar.

Tamar Frankel, una profesora de la Facultad de Derecho de la Universidad de Boston, estudió el perfil de los estafadores financieros en su libro de 2012 *The Ponzi Scheme Puzzle* [El enigma del esquema Ponzi]. Algunos de los rasgos que identifica no son nada sorprendentes: los estafadores carecen de empatía, son narcisistas, codiciosos y se justifican a sí mismos. Al ser descubiertos, negarán y evadirán, culpando a cualquiera en lugar de asumir la responsabilidad. Con frecuencia justifican sus acciones con la creencia de que se limitan a reflejar el comportamiento de los demás: todo el mundo es deshonesto, y las víctimas se lo merecían porque también eran codiciosas y corruptas. «No puedes estafar a un hombre honesto», como dice el dicho. (Lo cual es absurdo. ¡Claro que puedes! Algunas personas honestas son tontas de remate.)

Pero eso no es todo. Además, los timadores tienen a menudo lo que Frankel denomina una «adicción a los sueños ilusorios y a las ambiciones desmedidas»; [21] comparando las destrezas del estafador con las de un actor, sugiere que «bien puede ser que los estafadores interpreten el personaje con el que llevan tiempo soñando». [22] Es posible que los sueños de MacGregor con un país entero fueran algo más ilusorios y desmedidos que muchos otros... pero los fundamentos eran los mismos.

Esa creencia aparentemente genuina en sus planes no solo ayuda a explicar las acciones de los propios estafadores; es también parte del motivo por el que la gente confía en ellos. «Su creencia —escribe Frankel— puede hacerles creíbles.» [23]

Hoy en día, gracias a las décadas de películas y programas televisivos que se deleitan en describir la estafa perfecta, tenemos la idea de que todos los timos tienen que operar en un nivel de complejidad alucinante, repleto de vueltas y revueltas, y de traiciones inesperadas. Por eso, tal vez merezca la pena recordar de dónde viene la palabra. El término inglés «*con*» puede ser genérico en la actualidad, pero sus orígenes son muy concretos. La expresión inglesa «*confidence man*» (literalmente «hombre de confianza»,

pero cuyo significado habitual es «estafador» o «timador») se empleaba inicialmente en referencia a una persona: un tipo llamado William Thompson.

Thompson era un timador que actuaba en Nueva York a finales de la década de 1840, y su timo era de una gloriosa simplicidad. Un caballero bien vestido y cortés, Thompson abordaba en la calle a los desconocidos, entablaba una conversación genial con ellos y acto seguido les preguntaba: «¿Tiene usted la suficiente confianza en mí como para prestarme su reloj hasta mañana?». [24]

Desconcertadas por la petición inesperada, muchas personas accedían sin más, con lo cual Thompson ahuecaba el ala con su reloj. Espectacular.

Puede que Thompson haya sido el primero en conseguir el título de estafador, pero ni que decir tiene que los timadores han existido desde que existen los bobos, es decir, desde siempre. Quizá el primer estafador verdaderamente legendario de Estados Unidos fuese Tom Bell, que operó en la primera mitad del siglo XVIII. Habiendo sido expulsado de Harvard a raíz de una historia de «comportamiento indecente», utilizó sus conocimientos de los indicadores sociales de la élite adinerada estadounidense para estafar en la colonia durante muchos años, explotando despiadadamente la asunción de que alguien bien vestido y con aires de clase alta no podía ser un delincuente. (Bien puede haber sido asimismo el estafador que, haciéndose pasar por un maestro de escuela llamado William Lloyd, le robó a Benjamin Franklin una camisa con volantes y un pañuelo tras conseguir que este le dejase entrar en su casa. No es que se trate de un timo especialmente ingenioso pero es que estaba empezando a sentirme incómodo porque llevábamos ya un rato sin mencionar a Franklin.)

Si quieres un ejemplo de un timo realmente complejo con consecuencias de largo alcance, nada mejor que el de Jeanne de Valois-Saint-Rémy, «condesa de La Motte», una arribista estafadora francesa, que se valió de su título autoconcedido y su amistad completamente inventada con María

Antonieta para un timo consistente en comprar un collar de diamantes de incalculable valor con dinero prestado; una treta que en cierto momento implicó contratar a una prostituta que se hizo pasar por la reina en una reunión con un cardenal católico (con el que Jeanne también estaba teniendo una aventura).



Jeanne de Valois-Saint-Rémy o, como gustaba de llamarse, condesa de La Motte.

El timo casi tuvo éxito, pero fracasó cuando llegó a oídos de la reina. Aunque Jeanne fue juzgada, condenada y encarcelada por el delito, María Antonieta tampoco salió demasiado bien parada; el juicio concentró la atención pública en los gastos suntuosos de la familia real, y la reina pasó de no ser demasiado popular a ser extremadamente impopular. Todo esto

contribuiría al estallido de la Revolución francesa unos años después y conduciría a la cita final de María Antonieta con la guillotina.

Pero, aunque a estos timadores les movía en gran medida el afán de riqueza, uno de los estafadores más fascinantes de todos los tiempos estaba motivado por algo muy diferente.

Esta historia comienza en el otoño de 1951, en Edmundston, Canadá, cuando Mary Cyr cogió un periódico y se sorprendió al leer una noticia sobre su hijo Joseph, convertido en héroe de guerra.

El periódico contaba que, sirviendo en la Marina canadiense en la guerra de Corea, el doctor Joseph C. Cyr había salvado las vidas de muchos soldados surcoreanos gravemente heridos. Estos habían sido rescatados en una pequeña embarcación, al filo de la muerte, pero, realizando cirugía de urgencia durante la noche en un quirófano improvisado mientras el barco capeaba una tormenta feroz, incluida la extracción de una bala pegada al corazón de uno de los hombres, el doctor Cyr había logrado salvarles. Contenta de recibir alguna buena noticia de la guerra, la oficina de prensa del ejército canadiense proclamaba con orgullo su heroísmo desinteresado y su destreza.

La razón por la que todo esto causó sorpresa a Mary era que estaba prácticamente convencida de que su hijo no estaba en la Marina canadiense, y casi con seguridad no estaba en ningún lugar de la costa de Corea. De hecho, supuestamente estaba trabajando como médico general a unos sesenta y cinco kilómetros de allí. No obstante, pensó que lo mejor era confirmarlo.

Tal vez no fuera de extrañar que Joseph Cyr —un hombre amable y de trato fácil, con perfecto dominio del inglés y el francés al tener una madre anglófona y un padre francófono—[25] hubiese terminado ejerciendo la medicina en la pequeña comunidad de New Brunswick con el nombre bilingüe de Grand Falls/Grand-Sault, ubicada a tiro de piedra de la frontera de Canadá con Maine. Y allí es donde estaba exactamente, ocupándose tan

tranquilo de sus asuntos, cuando empezó a recibir las llamadas telefónicas que le preguntaban si estaba en un barco en Corea.

Su instinto inicial —considerarlo un simple caso de identidad equivocada, alguien con el mismo nombre— fracasó enseguida cuando resultó ser el único doctor Joseph C. Cyr de Canadá. Recordó que varios de sus diplomas médicos y otros documentos identificativos habían desaparecido el invierno anterior. Y, al pensar en ello, supo quién se los había llevado: el hermano John, un monje local con quien había trabado una buena amistad poco antes de que este se esfumase misteriosamente.

Por supuesto, el hermano John no era en realidad el hermano John. Tampoco era el doctor Cecil B. Hamann, el biólogo e investigador del cáncer, la identidad que había adoptado el hermano John antes de ingresar en la Iglesia. Ni tampoco el doctor Robert Linton French, el psicólogo que había estudiado en Stanford que había sido con anterioridad, antes de convertirse en los doctores Hamann y Cyr.

El hermano John era, de hecho, un estadounidense llamado Ferdinand Waldo Demara, un hombre que pronto se inmortalizaría como «el Gran Impostor». Demara sobresale entre las filas de los estafadores legendarios porque, al parecer, no estaba especialmente motivado por el beneficio económico. Claro que extendió un buen número de cheques sin fondos y abusó de su cuenta de extravagantes gastos durante su carrera, pero jamás empleó sus indudables habilidades para buscar enormes cantidades de riqueza o un estilo de vida ostentoso. Tenía talento para la ingeniería social, persuadía a los burócratas para que le entregaran los documentos de identidad de la gente y convencía a personas de todas las clases sociales para que le colocaran en puestos de confianza, un talento que podría haber utilizado para fines terribles, pero que en realidad usaba exclusivamente para conseguir una serie de puestos perfectamente dignos y honrados en el servicio público. En el transcurso de los años, fue médico, ayudante del *sheriff*, estudiante de derecho, guardián de prisión, profesor en varias

ocasiones y con diferentes identidades y monje más de una vez, y fundó un Departamento universitario de Filosofía y una universidad entera.

Demara no timaba a las personas para conseguir su dinero. Las timaba para granjearse el respeto de los demás, y quizá de paso también el suyo propio.

Lo característico de Demara es que no solo se le daba bien timar para conseguir empleos; con frecuencia también los desempeñaba sorprendentemente bien. Aprendía con una rapidez increíble y tenía una memoria casi fotográfica. Como el doctor French, logró convencer a una universidad católica de Pensilvania para que le nombrase decano de su nueva Facultad de Filosofía, y fue a enseñar Psicología en otra universidad católica (su secreto, decía, consistía en leer justo antes de la clase; «la mejor forma de aprender algo es enseñarlo»). [26] Como Cecil B. Hamann/hermano John, a falta de un *college* en el que enseñar mientras estudiaba como novicio con los Hermanos de la Instrucción Cristiana, logró persuadir tanto a los monjes como a las autoridades locales para que fundaran precipitadamente una universidad privada, para marcharse echando chispas en un ataque de resentimiento cuando le pusieron un nombre que no le gustaba. (La universidad que fundó sigue existiendo en la actualidad, tras un cambio tanto de nombre como de ubicación, como Universidad de Walsh en Ohio.) Y, por supuesto, estaba su milagrosa labor de salvar vidas a bordo del HMCS *Cayuga* como el doctor Cyr, lo que conseguía colándose en su camarote y leyendo a toda velocidad un manual de cirugía poco antes de operar.

Esa clase de talentos prodigiosos le habrían servido a la perfección con su propio nombre, incluso le habrían hecho famoso, pero al parecer Demara jamás se sentía cómodo siendo él mismo. Estaba tratando de encontrar su lugar en el mundo y el hecho de convertirse en otra persona (especialmente en alguien con credenciales de las que Demara carecía) parecía ofrecerle un

atajo que le ahorraba el aburrimiento y las frustraciones de tener que circular por la vida por el carril lento.

Le costaba asentarse; nunca estaba totalmente seguro de cuál de sus numerosos personajes quería ser en realidad. Regresaba una y otra vez a la enseñanza; intentó alistarse en el ejército (y ausentarse sin permiso) en varias ocasiones bajo varios disfraces; sus numerosos esfuerzos por recibir las órdenes religiosas, tanto con su verdadera identidad como bajo una serie de alias, parecen haber obedecido al menos en parte a un deseo genuino de desarrollo espiritual. Su búsqueda de un sentido de vocación puede interpretarse como una versión de espejos deformantes de feria de los veinteañeros que saltan de una carrera a otra mientras tratan de averiguar quiénes son. (Nota para los lectores más jóvenes: eso era algo que podías hacer antes de la crisis de 2008. ¡Era genial!)

Tras descubrirse en 1951 que no era Joseph Cyr, su caso llegó a causar sensación por toda Norteamérica. En 1952 concedió una extensa entrevista a la revista *Life* en la que contó su (muy probablemente poco fiable) versión de la historia, al final de la cual expresó su deseo de ser tal vez por fin él mismo.

Le manifestó el mismo deseo a la prensa en 1956,[27] cuando fue arrestado después de su etapa como Benjamin W. Jones, un guardián de prisión en Texas, un oficio que llegó a su final cuando uno de los presos le reconoció por un viejo ejemplar de la revista *Life*. Ese plan de sentar la cabeza con su verdadera identidad, simplemente como Ferdinand, duró apenas unos meses antes de convertirse de repente en Martin Godgart, un profesor de una escuela para niños necesitados en una isla remota de Maine. Tras ser arrestado allí, contó de nuevo su historia, en esta ocasión al escritor Robert Crichton, insistiéndole en que iba a enmendarse de una vez por todas. Algún tiempo después volvió a ser Godgart, esta vez para enseñar a los niños esquimales en Point Barrow, Alaska, en el extremo mismo del punto más septentrional de Estados Unidos, el lugar más remoto que quepa

imaginar, como si estuviera tratando de alejarse físicamente todo lo posible de su pasado. Todo iba a las mil maravillas hasta que un trampero que pasaba por allí le reconoció una vez más por la revista *Life*. Después de eso intentó ser ingeniero de puentes en México y director de prisión en Cuba, con un éxito limitado.

Crichton convertiría su historia en el exitoso libro *The Great Impostor* (*El gran impostor*), que a su vez se llevaría al cine en una comedia ligera protagonizada por Tony Curtis. Demara quedó descontento. Se quejaba de que la película se había tomado libertades con la verdad.

A esas alturas, Demara había alcanzado tal nivel de fama que ya no podía hacerse pasar por nadie más. A partir de 1960, presa de su mala reputación, se vio forzado a vivir en la prisión de sí mismo. Finalmente recibió una vez más las órdenes religiosas y se convirtió en pastor —en esta ocasión con su propio nombre—, pasando otras dos décadas de vida buena y generosa en una comunidad amorosa, como Ferdinand Waldo Demara. Cuando murió, en 1982, su médico declaró para Associated Press: «Era el hombre más infeliz y desdichado que he conocido». [28]

Demara era capaz de revolotear entre identidades y establecerse en puestos de responsabilidad con mucha facilidad porque explotaba las cualidades estructurales de la sociedad estadounidense de la época. Su progreso se veía facilitado por un aluvión de cartas de recomendación de varios obispos y otros notables (todas ellas con buenas referencias de la persona por la que se estaba haciendo pasar), las cuales se aceptaban con los ojos cerrados y servían para validar su identidad. Una vez que tenía un pie en la puerta, sabía de qué palancas tirar para consolidar su posición. Como dice Crichton en *El gran impostor*, la idea clave de Demara era que «en cualquier organización hay siempre mucho poder tirado por ahí y no utilizado, que puede recogerse sin ofender a nadie». [29] Sinceramente, esto funcionaría igual de bien como base para un libro de autoayuda empresarial

sobre cómo progresar en el mundo de los negocios que para la biografía de un estafador.

Los buenos timadores se adaptan a las culturas en las que operan; de hecho, son productos de estas. Si Demara encontró las lagunas legales en los Estados Unidos de la década de 1950, Vladimir Gromov hizo otro tanto en el Estado soviético de las décadas de 1920 y 1930.

La Unión Soviética de Stalin podría no parecer de entrada un lugar ideal para ganarse la vida como estafador y, de hecho, si juzgamos la vida de Gromov atendiendo a parámetros insignificantes, como el hecho que fuera sentenciado a muerte a sus treinta y seis años, habría sido más prudente buscar una profesión alternativa. Por otra parte, si la juzgamos por el hecho de que lograra que le conmutasen su sentencia de muerte por la escritura de una obra teatral sobre un romance entre un bolchevique y una bella capitalista a la que doblaba la edad, que le envió al fiscal general adjunto de la URSS, entonces las cosas parecen un poco más halagüeñas para Gromov.

Gromov intuía que el clima de temor, burocracia opresiva y rigidez ideológica de los primeros años de Stalin era de hecho propicio para la explotación, que logró practicar a mansalva, apareciendo bajo una amplia gama de disfraces como un experto ingeniero o un aclamado arquitecto, amasando por el camino una pequeña fortuna.

Se percató de que la sed insaciable de documentación de la burocracia soviética dejaba el sistema con muy poca capacidad para comprobar realmente la validez de las resmas de papel que acumulaba. Por consiguiente, en lugar de intentar volar por debajo del radar, optó por inundar el sistema, robando o falsificando documentos con desenfreno para permitirse ir saltando de un «empleo» a otro. Cualquier pregunta a la que se enfrentase podría ser desviada con la oportuna apelación al dogma bolchevique y, una vez que había persuadido a alguien para que aceptase su identidad, explotaba el poder intimidatorio del estatus con Stalin para garantizar que nadie más le cuestionara; un perfecto bucle de

retroalimentación de la charlatanería, impuesto por la propia cultura autoritaria que supuestamente debía erradicar la transgresión. En palabras del historiador Golfo Alexopoulos, «no evitaba a las autoridades sino que las bombardeaba con falsos documentos de empleo, falsas solicitudes de dinero y bienes, y despiadadas denuncias». [30]

Su *modus operandi* habitual consistía en establecer credenciales falsas con la ayuda de documentos falsos, y usarlas para conseguir un puesto de alto rango en una industria estatal, idealmente en un lugar remoto del Imperio soviético. Obviamente necesitaba un anticipo de su salario y el pago por adelantado de sus gastos de viaje. Para cuando la mina de carbón de Vladivostok se percatara de que su ingeniero jefe nunca había llegado a presentarse, Gromov estaría en algún otro lugar, empezando ya en un nuevo «empleo».

El logro supremo de las estafas de Gromov consistió en ser nombrado para ocupar el excelso puesto de ingeniero-arquitecto de una nueva e importante conservera de pescado próxima a la frontera entre Kazajistán y China. Puede que esta no te parezca de entrada la misión más glamurosa del mundo, pero, en la Unión Soviética de los años treinta, era un cargo realmente importante. Tanto que Gromov consiguió convencer al comisario de suministros, Anastas Mikoian, para que le enviase la ingente suma de un millón de rublos, mediante la ingeniosa táctica de pedirle dos millones de rublos. (Para que te hagas una idea de cuánto era, el salario medio anual por aquel entonces era de poco más de mil quinientos rublos.) [31]

La fábrica de conservas kazaja fue la cima de su carrera, pero, desgraciadamente para Gromov, supuso también su perdición. El motivo fue que cometió el clásico error de abandonar sus métodos acreditados, a saber: el método consistente en largarse antes de que alguien le descubriera. En esa ocasión, Gromov sintió que había encontrado algo tan estupendo que decidió seguir adelante y abrazar plenamente su identidad falsa como ingeniero-arquitecto. Posiblemente, al igual que Demara, tan solo deseara

echar raíces y convertirse de veras en la persona que fingía ser. Tal vez el poder y el dinero se le subieran a la cabeza. Alexopoulos sugiere que «quizá Gromov cesase de ser un impostor hacia 1934, no porque hubiera interiorizado o llegado a creer sus propias mentiras, sino porque viera que quienes le rodeaban en el monumental proyecto de construcción de Glavryba no eran esencialmente diferentes de él».[32] En otras palabras, si todos fingían, ¿por qué no habría de hacerlo él?

Pero ese deseo de asentarse en su estatus recién estrenado no podía sobrevivir en realidad a un contacto excesivo con la cruda realidad de que, francamente, no poseía muchas destrezas en los campos de la ingeniería, la arquitectura y las conservas de pescado. Las tácticas de Gromov de denunciar a quienquiera que le cuestionara como un enemigo del estalinismo resultaban efectivas a corto plazo, cuando andaba siempre de aquí para allá... pero, transcurrido demasiado tiempo en un lugar, simplemente generaban una masa crítica de personas que le guardaban un enorme rencor.

Pero, incluso después de su arresto y su sentencia de muerte, todavía consiguió escapar por última vez, convirtiendo las energías creativas que habían alimentado su producción de pedidos de trabajo, facturas y telegramas imaginarios en una forma más tradicional de ficción.

Puede que su obra teatral escrita en prisión y titulada *Amor y patria* no fuese excesivamente buena. De hecho, cuando los procuradores se la pasaron al jefe del sindicato de dramaturgos para una valoración profesional de los méritos literarios de Gromov, recibió la clase de crítica que aterraría a cualquier autor, especialmente a uno que dependía de un único manuscrito que le salvara de la ejecución. El sindicalista escribió que «la habilidad dramatúrgica [de Gromov] es extremadamente baja» y que «la obra carece de valor ideológico o artístico y es claramente inaceptable desde cualquier punto de vista».[33] Creo que cabe afirmar con bastante seguridad que John Keats no habría encajado bien una reseña como esa.

Y, sin embargo, milagrosamente funcionó. La condena a muerte de Gromov fue conmutada por diez años de trabajos forzados. Hasta hoy seguimos sin saber con claridad qué fue lo que pudo haber convencido exactamente a un alto funcionario soviético para que le perdonase la vida a Gromov, simplemente sobre la base de una obra teatral que representaba a un alto funcionario soviético como un personaje apuesto y heroico que se tira a una parisina sexi de veintitrés años y la convierte al socialismo mediante el poder de su magnetismo ideológico y sexual. En fin, imagino que tendrá que seguir siendo uno de esos misterios históricos inescrutables que jamás resolveremos.

Si esta capacidad de descubrir las lagunas en la sociedad y explotarlas despiadadamente es el distintivo del gran estafador, entonces la estrella de nuestra historia final ha de considerarse una de las más grandes.

Si Gregor MacGregor puede haber sido el timador de la historia que operaba en el mayor escenario, esta es la historia de una mujer cuya ambición y desfachatez igualaban punto por punto a las de Gregor, pero trabajaba en el otro extremo de la escala del detalle. Si el timo de MacGregor le exigió inventarse un país entero, el de Thérèse Humbert giraba completamente alrededor de los contenidos de una sola caja fuerte; un atrezo que, mediante una llave de yudo legal gloriosamente simple, permitió a esta muchacha de campo, sin un céntimo pero con una imaginación desbordante, pasar dos décadas enteras viviendo una vida lujosa en el París de la Belle Époque.

Según se decía, esa caja fuerte contenía un conjunto de bonos valorados aproximadamente en cien millones de francos. Supuestamente se los había legado a Thérèse un misterioso caballero estadounidense llamado Robert Henry Crawford, al que había salvado la vida en un tren unos años antes, cuando había sufrido un ataque al corazón. Por gratitud, había prometido recompensarla generosamente, una promesa que mantuvo en su testamento,

que cambió poco antes de su muerte a fin de que ella heredase gran parte de su inmensa fortuna.

Sobre la base de esa riqueza inminente, Thérèse fue capaz de pedir prestado dinero ilimitadamente, pues los prestamistas preveían con regocijo los reembolsos que obtendrían en breve. No era un timo complejo; básicamente se trata de la vieja treta de «el cheque está en el correo». Y, por supuesto, ese truco solo funciona durante un tiempo limitado, porque acaba llegando el cartero con las manos vacías.

Thérèse Humbert lo sabía perfectamente, ya que tenía una larga historia de invención de benefactores adinerados hasta que acabaron por atraparla. Desde que era niña, la línea entre su vida real y su vida de fantasía había sido borrosa, rayana en lo inexistente. En este terreno le había influido su padre, Auguste Daurignac, un soñador excéntrico y un tanto patético, que se creía descendiente de la nobleza. Este se pasó sus últimos años insistiendo en que podía hacer magia y endeudándose al tiempo que aseguraba a sus acreedores que tenía documentos que demostraban que iba a recibir una herencia inmensa, que estaba guardada en un viejo cofre.

Forzada a ocuparse de la casa por la ausencia cognitiva de su padre, Thérèse Daurignac cogió las fantasías de este y las convirtió en una fuente de ingresos práctica, si bien temporal. Encantadora y absolutamente cándida, contraía deudas con casi todos los comerciantes del área de la gran Toulouse, prometiéndoles que les pagaría cuando cobrase una herencia inexistente, o tras su casamiento ficticio con un vástago de una gran familia naviera. Como escribe su biógrafa Hilary Spurling: «Toda su vida Thérèse trató el dinero como una ilusión: un timo o un truco que había que dominar». [34]

Pero, como tenía que suceder forzosamente, esa estafa en particular llegó al límite, y los Daurignac fueron desahuciados de su hogar con un aluvión de deudas. No obstante, no tardaron mucho en recuperarse, impulsados una vez más por la imaginación desbocada de Thérèse. En esta ocasión fue de

una de sus fantasías de más larga duración la que contribuyó a su causa: el Château de Marcotte, una gran mansión, en un lugar remoto de la costa, que hacía mucho tiempo que soñaba despierta que habitaba.



Thérèse Humbert.

El Château de Marcotte no existía en realidad, pero eso jamás fue óbice para que Thérèse hablase de él como si fuera la cosa más real del mundo. «Mentía como canta el pájaro», recordaría más tarde un conocido. [35] Y tan convencida estaba y tan convincente era en sus descripciones de esa lujosa propiedad, con sus suelos de mármol y sus jardines exuberantes, que al parecer persuadió a otras muchas personas de que era real. Entre ellas estaba su futuro suegro, Gustave Humbert, un senador y una estrella en alza de la política francesa. Humbert no solo aprobó el matrimonio de su hijo

Frédéric con Thérèse, sino también el casamiento simultáneo de su hija Alice con el hermano de Thérèse, Émile, en una boda doble. El motivo exacto por el que un político ambicioso (pero no rico) querría ligar tan estrechamente a su familia con una panda de gandules empobrecidos y extraños como los Daurignac puede resultar algo misterioso, hasta que tenemos en cuenta el posible atractivo de que tuvieran una enorme casa en el campo.

Ah, y además los recién casados eran primos. La esposa de Humbert era la tía de Thérèse. Un pequeño detalle adicional.

Con sus nuevos contactos políticos, Thérèse regresó al juego y, con la ayuda del senador, comenzó enseguida a pedir dinero prestado con el aval de su palacio ficticio y su plantación ficticia de corcho en Portugal. Pero pronto quiso más, de modo que, en 1883, entraron en escena Robert Henry Crawford y su testamento de cien millones de francos. La promesa de esa herencia, y el dinero que pudiera pedir prestado antes de cobrarla, probablemente habrían bastado para que los Humbert siguieran funcionando durante algunos años. Pero fue entonces cuando Thérèse (muy posiblemente en colaboración con su esposo y con su suegro) dio su golpe maestro.

Mientras que la debilidad de los británicos explotada por MacGregor era su predilección por la fantasía colonial, la debilidad de los americanos explotada por Demara era su reverencia hacia las credenciales y su despreocupada atribución de poderes individuales y la debilidad de los soviéticos explotada por Gromov era su ideología y su burocracia opresivas, la debilidad de los franceses explotada por Humbert era esta: su espantoso sistema judicial. Los tribunales franceses de la época eran tristemente célebres por su lento y agotador proceder, así como por su apego solo efímero a las ideas de justicia. Fue en ese contexto donde a Thérèse se le ocurrió un plan para prolongar el tiempo de vida de su timo; un plan tan simple y tan astuto que, francamente, a mí me deja asombrado.

Se demandó a sí misma.

O, para ser más precisos, se inventó una pareja de sobrinos estadounidenses ficticios de su ficticio benefactor americano, con el fin de que *ellos* pudieran demandarla impugnando el testamento. El objetivo no era que ganasen. De hecho, lo más importante era no permitir jamás que nadie ganase, de suerte que cada veredicto condujese a otra apelación, y contraapelación, y vuelta a empezar, todo ello al ritmo más lento posible que los tribunales franceses pudieran alcanzar. Los hermanos Crawford ni siquiera necesitaron comparecer jamás, y en lugar de ello daban instrucciones por carta a algunos de los mejores abogados de París a través del océano. Lo único que importaba era que el caso se alargara indefinidamente, para que pudiera transcurrir otro año en el que Thérèse siguiera privada de la herencia que estaba permanentemente a punto de recibir, y se viera obligada por tanto a pedir prestadas enormes sumas de dinero de un enjambre de ansiosos prestamistas.

Y, todo ese tiempo, por orden estricta del tribunal, los documentos reales debían guardarse bajo llave a buen recaudo en la caja fuerte de Thérèse, y no ser vistos jamás.

Los Humbert consiguieron mantener en marcha esta historia durante veinte magníficos años: dos décadas en las que vivieron las vidas más extravagantes posibles en París, en un tiempo en el que el listón para la vida extravagante parisina estaba ciertamente muy alto. Thérèse y su marido ocupaban uno de los apartamentos más lujosos de la Avenue de la Grande-Armée; sus fiestas eran legendarias, y asistía a ellas la flor y nata de la época, desde la actriz Sarah Bernhardt hasta el presidente de la república. Thérèse, una cándida muchacha de campo de una familia empobrecida, era ahora una de las mujeres más influyentes de Francia.

Y, si ocasionalmente uno de los acreedores de Thérèse se ponía nervioso por las enormes sumas de dinero que le había entregado sin haber recuperado nada, y empezaba a hacer ruidos amenazadores, en fin... la

mayoría de las personas influyentes a las que podría haber acudido en busca de ayuda disfrutaban acudiendo a las fiestas de Thérèse.

Cuando se produjo la ruina del plan, esta fue abrupta y obedeció a un resbalón simple e inusitado: cuando le pidieron que facilitara una dirección de los hermanos Crawford en Nueva York, Thérèse cometió el error de inventarse una sin más. Puede que pensase que supondría demasiado esfuerzo para cualquiera comprobar y descubrir que nadie llamado Crawford vivía en el número 1302 de Broadway; ahora bien, cuando había millones de francos en juego y un ejército cada vez más enojado de acreedores, la barrera del esfuerzo se volvió mucho más baja de repente. Finalmente, un tribunal comenzó a sospechar y ordenó examinar el testamento.

Y fue así como, el 9 de mayo de 1902, una enorme multitud de hasta diez mil personas se congregó en la Avenue de la Grande-Armée para ser testigo de cómo se bajaba la célebre caja fuerte desde el apartamento de los Humbert y se abría. Después de algo de esfuerzo, los cerrajeros designados la abrieron finalmente a martillazos. El gentío miraba con avidez hacia el interior, con la esperanza de tener un atisbo de la inmensa riqueza que contenía.

Cuál sería su sorpresa cuando se reveló que el contenido de la caja fuerte era, en realidad, «un viejo periódico, un centavo italiano y un botón de pantalón». [36]



La famosa caja fuerte siendo bajada de la casa de Thérèse.

Thérèse Humbert se las arregló para convertir aquel periódico, aquella moneda y aquel botón en décadas de lujo, simplemente porque tenía una habilidad instintiva para explotar las debilidades de sus congéneres humanos y los sistemas sociales creados por estos.

Como dijo una amiga suya, que escribía anónimamente bajo el genial nombre de «Madame X»:

> Lo que demuestra por encima de todo el genio de Thérèse es la grandeza, la pura inmensidad de la escala en la que operaba. Si hubiera reclamado una herencia de no más de cuatro o seis millones, no habría durado dos años, y habría logrado recaudar a duras penas unos miserables miles de francos. ¡Pero cien millones! La gente se quitaba el sombrero ante una suma como aquella, como habría hecho ante la pirámide de Keops, y su admiración le impedía ver con claridad. [37]

6

Mentir en el Estado

Si hay algo que todo el mundo sabe sobre los políticos es que mienten. Mienten sobre cosas grandes, mienten sobre cosas pequeñas y mienten sobre cosas de todos los tamaños intermedios. Las encuestas sobre las profesiones que inspiran más y menos confianza sitúan habitualmente a los políticos justo al final, por debajo de los agentes inmobiliarios e incluso —Dios no lo quiera— de los periodistas. Como dice el trillado chiste, puedes saber cuándo un político está mintiendo porque mueve los labios.

Sin embargo, lo cierto es que la mayoría de los políticos no mienten ni por asomo tanto como pensamos. Ya sé que esto puede sonar inverosímil, especialmente dados... [señala vagamente con la mano al mundo en general]... *los recientes acontecimientos*, pero, confía en mí: mi trabajo consiste literalmente en verificar lo que dicen los políticos. Las mentiras constituyen una parte infinitamente menor de las actividades cotidianas de la política de lo que induce a creer el estereotipo.

Esto no quiere decir que los políticos (y nuestros líderes en general, y de hecho todo el aparato del Estado) sean individuos universalmente nobles, honorables y dignos de plena confianza, comprometidos desinteresadamente con la búsqueda de la verdad en todas las circunstancias. Eso es... en fin, obviamente absurdo, aunque quizá no

mucho más engañoso que la idea de que la política no es nada más que un nido de víboras de eterno engaño. Pero insisto en mi afirmación: si piensas que la política consiste simple y llanamente en decir las mentiras más convincentes, entonces tienes una visión sesgada de cómo somos gobernados.

Nuestros dirigentes mienten, claro que sí. Como sucede con la población humana en general, un número reducido de ellos mienten habitualmente; mienten como primera opción más que como último recurso, y a menudo parecen disfrutar activamente mintiendo. Es probable que ahora mismo te vengan a la cabeza no pocos ejemplos de políticos de esta categoría (los que elijas dependerán posiblemente de tus preferencias políticas).

Pero la mayoría de ellos mienten de manera ocasional y con mucha frecuencia lo hacen por las mismas razones estúpidas y básicas que el resto de nosotros: para salir airosos de una conversación incómoda, para disimular el hecho de que estamos básicamente improvisando en nuestro trabajo o para ocultar que nos estamos acostando con alguien con quien, por cualquier motivo, no queremos reconocer públicamente que nos estamos acostando.

El cliché «no es el crimen, es el encubrimiento» tiene su razón de ser, y es que, en gran parte de las ocasiones, lo que derriba a los políticos son las mentiras que cuentan para impedir que la gente se entere de cosas que resultarían, a lo sumo, un tanto embarazosas. (Dicho esto, se cree que la frase se habría originado con el escándalo Watergate en el que, como enseguida comentaremos brevemente, aunque hubo en efecto un encubrimiento, hubo asimismo un montón de crímenes.)

¿Por qué están entonces tan inextricablemente ligadas en nuestra mente la mentira y la política? El problema es doble. En primer lugar, si el oficio de la política no atrae necesariamente a una proporción más elevada de mentirosos compulsivos que otras carreras (no me consta que se haya realizado ninguna investigación al respecto; que alguien se anime a hacerla,

por favor), ciertamente ofrece a quienes tienen esa tendencia más amplias oportunidades de practicar su oficio de una manera extremadamente pública. Esto no sucedería si, pongamos por caso, trabajaran en una pequeña empresa de logística agrícola en el condado de Cumbria.

Al político se le ofrece a diario la oportunidad de mentir sobre seis cosas antes del desayuno; y, lo que es más importante, probablemente encontrará tanto una tribuna dispuesta como un público receptivo para esas mentiras. Siempre hay alguien ahí fuera que desea oír engaños reconfortantes o exasperantes: que estamos entrando en una nueva era gloriosa o que hay alguien a quien culpar de nuestros problemas, o que el mundo no es complejo y gris, sino simple y monocromo. (Y si piensas que la oración anterior se refería a *esas otras personas* y no a ti, probablemente estés equivocado.)

Y, en segundo lugar, si mientes cuando estás a cargo de un país, ¡claro que importa, joder!

Para empezar, eso significa que, en esas decisiones marginales que todos hemos de tomar entre seguir el camino honesto o el deshonesto, los políticos están con frecuencia mucho más desincentivados para ser honestos. Si has olvidado contestar un correo electrónico en tu trabajo en A1 Logística Agrícola de Cumbria, puede que algunas ovejas queden atascadas en Ambleside. Esa es una mala noticia para el criador de ovejas y podría hacer perder algo de negocio a tu empresa; casi con seguridad tendrás que enviar algún correo dirigido a todo el personal diciendo «siento haber defraudado a mi equipo». Pero es probable que los incentivos sigan del lado de admitirlo y soportar la bronca. Por el contrario, si has olvidado responder un correo electrónico en tu trabajo como ministro del Interior responsable de los pasaportes y el control de fronteras, entonces ciento cuarenta mil votantes extremadamente enojados podrían quedar atrapados en el aeropuerto de Gatwick, el *Daily Mail* se preparará para una orgía catártica en toda regla, y un correo electrónico que diga «Bueno, errar es de

humanos; confío en que podamos salir de esta» probablemente no baste para arreglar el asunto. Todos decimos que nos gustaría que los políticos fuesen más sinceros, pero en general no hemos mostrado muchos indicios de que estemos preparados para recompensarles cuando esa sinceridad implique decir: «¡Santo cielo, esta vez he metido la pata hasta el fondo! He aprendido mucho de esta experiencia y la próxima vez lo haré mejor».

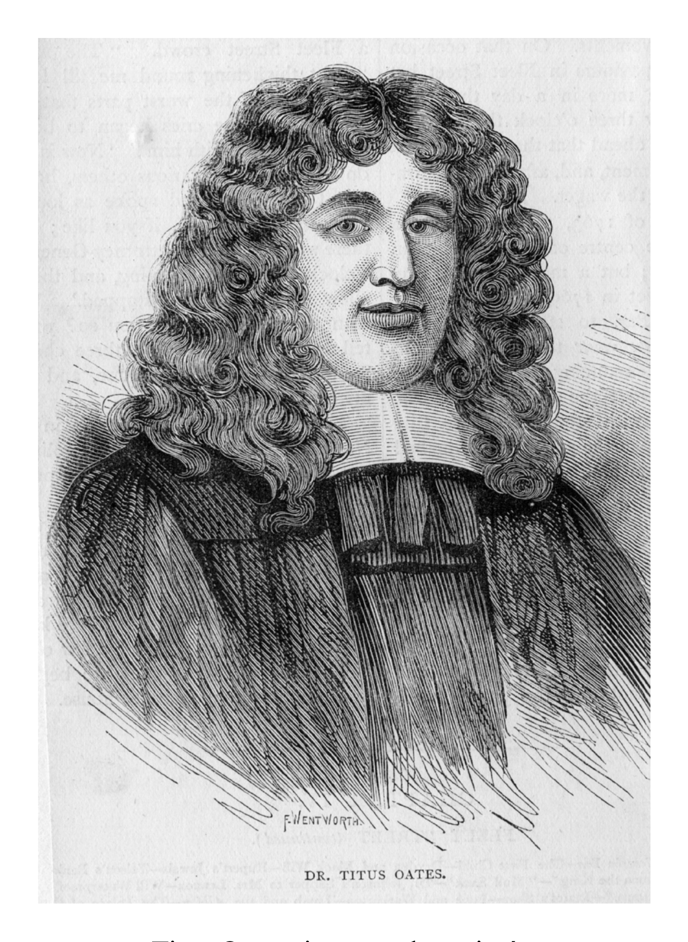
Además, cuando nuestros dirigentes mienten, a veces muere muchíííísima gente. Puede haber guerras y cosas así. Y, sí, esa clase de cosas tienden a quedarse grabadas.

Las mentiras políticas llevan con nosotros tanto tiempo como, en fin, la política (no está claro cuándo inventamos exactamente la política, pero es seguro afirmar que fue hace mucho tiempo). Por poner solo un ejemplo, uno de los mentirosos más notables de la historia fue un tipo llamado Titus Oates, que en 1678 logró poner a Inglaterra y a Escocia en un estado de feroz histeria anticatólica durante tres años sobre la base de ciertas mentiras extremadamente transparentes.

En todo caso, es importante no exagerar lo inusual que era eso. Durante buena parte de nuestra historia, conseguir que los británicos caigan en la histeria anticatólica ha sido prácticamente tan difícil como lograr que un perro se ponga como loco con su propia cola. No obstante, es de destacar que, durante varios años, las personas más influyentes del país fuesen esclavas de un hombre que se había ordenado a sí mismo como vicario asegurando falsamente ser graduado por Cambridge, y después había pasado la mayor parte de la década siguiente huyendo de varios cargos de perjurio y sodomía.

Descrito en cierta ocasión como «el zopenco más analfabeto, incapaz de mejoría», [1] Oates era un niño infeliz y aburrido, que vivía a la sombra de un padre violento. En una ocasión fue expulsado de la escuela por falsificar su matrícula. Intentó estudiar en dos *colleges* diferentes de Cambridge, pero jamás se graduó, aunque, durante su estancia en Cambridge, sí se granjeó,

en palabras del *Oxford Dictionary of National Biography* [Diccionario Oxford de Biografías Nacionales], «una nueva reputación de estupidez, homosexualidad y una "manera fanática e hipócrita"». [2] (La verdad es que ninguna de estas cosas carecía de precedentes en Cambridge.)



Titus Oates: incapaz de mejoría.

En 1677, tras una breve etapa como capellán de la Marina Real que terminó rápidamente cuando fue acusado de hacer cosas de gais, y al menos dos fugas de la cárcel por un cargo de perjurio, Oates decidió que aquel sería un buen momento para convertirse al catolicismo. También ayudó el hecho de que al mismo tiempo se juntase con un teórico de la conspiración anticatólico, y probablemente loco, llamado Israel Tonge. Esa combinación inusual de influencias prepararía perfectamente a Oates para su

contribución más infame a la historia: la falsa acusación de que existía un complot papista para asesinar al rey Carlos II.

Esta incluía la redacción de un denso panfleto de sesenta y ocho páginas llenas de acusaciones descabelladas de conspiraciones y los nombres de más de un centenar de conspiradores, que Oates y Tonge plantaron en la casa de sir Richard Baker, otro fanático anticatólico, donde Tonge lo «descubrió» rápida y fortuitamente al día siguiente. No, no tiene ningún sentido. ¿Por qué habría de estar allí? ¿Por qué iban los católicos a escribir su complot y a dejarlo luego accidentalmente en la casa de alguien que les odiaba? Bueno, las teorías conspirativas nunca han tenido por qué ser lógicamente consistentes, ¿verdad?

Acto seguido, Tonge hizo que un amigo alertara al rey del complot. Merece la pena señalar que Carlos II, famoso por su aversión a las noticias falsas y los cafés, no quiso saber absolutamente nada de eso; pensaba que aquello era un disparate. Pero no cabe decir lo mismo de los ministros de Carlos ni del Parlamento en general, que se lo tragaron completamente. Oates fue llamado a testificar ante el Consejo Privado, donde, a pesar de que el propio Carlos II le interrogó con escepticismo, los políticos decidieron que estaba diciendo la verdad. Cada vez que Oates se topaba con un obstáculo en su relato, su solución consistía simplemente en inventar conspiraciones completamente nuevas y acusar a más personas; contaba a los dignatarios congregados exactamente lo que estos deseaban oír, y el hecho de que sus afirmaciones no fuesen plenamente consistentes no parecía importar demasiado. En cierto momento, el rey le cogió en una mentira especialmente descarada y le hizo arrestar; el Parlamento anuló su decisión y no solo liberó a Oates, sino que le dio casa y sueldo. Entre las personas a las que Oates terminaría acusando de conspirar para asesinar al rey estaban la reina (una católica portuguesa que no era exactamente popular en Inglaterra), el diarista Samuel Pepys y el profesor que le había expulsado años atrás.

El resultado fue una histeria absoluta. Muchos católicos prominentes fueron arrestados y llevados a juicio, veintidós de los cuales fueron ejecutados. Los católicos fueron expulsados de Londres. Los medios de comunicación y el público avivaron los temores y contribuyeron con sus propias invenciones, y el pánico por los complots católicos y las figuras sospechosas se propagó como la pólvora. Transcurrieron varios años antes de que la histeria se apaciguase y Oates volviera a ser visto con escepticismo, hasta que al fin le pidieron que se mudara de la casa proporcionada por el gobierno, pues todo el mundo estaba un poco avergonzado por lo ocurrido.

¿Cómo fue posible que Oates, una persona con una reputación horrible y una historia incoherente, que actuaba junto con un probable lunático, llegara a controlar el relato político de un país entero durante varios años, cuando ni siquiera le creía la persona que supuestamente era el objetivo del complot de asesinato? Al igual que muchas de las teorías conspirativas actuales, hizo uso de una agenda política que muchas personas tenían ya: deseaban creer, y eso significaba que sus contradicciones e inconsistencias no les dañaban. Pero también estaba el propio Oates, un hombre poco atractivo y tosco, que no obstante parecía ejercer un influjo magnético sobre sus oyentes. Hablando en plata, era un charlatán profundamente talentoso que, incluso cuando no resultaba convincente, era al menos entretenido. Como decía el escritor sir John Pollock: «Su burda personalidad tenía una vena cómica. No solo era capaz de inventar sino que, cuando sucedía algo inesperado, sabía adaptarlo al instante para sus propios fines. Su lengua soez no estaba exenta de un cierto ingenio. Cada vez que aparecía en escena... sabíamos que pasaríamos un rato agradable». [3]

No podemos hablar de las mentiras políticas sin mencionar el caso Watergate, pero tengo la impresión de que son tantas las películas de Hollywood que tratan el tema, que este ha sido suficientemente cubierto. Imagino que conoces más o menos la historia, ¿verdad? En caso contrario,

búscala, ¡es formidable! No obstante, hay un par de aspectos que merece la pena revisar. Probablemente la segunda cosa más interesante sobre Watergate sea lo cerca que estuvieron todos ellos de salirse con la suya. Los artículos del *Washington Post* que desempeñaron el papel principal para destapar el pastel fueron un lento goteo de historias poco trascendentales en su mayoría, y el asunto podría haber seguido fácilmente otros derroteros en los que la gente diera por sentadas sin más las revelaciones precedentes, fuera ajustando su listón interior de cuánta deshonestidad es demasiada deshonestidad, de suerte que la historia nunca hubiera llegado a convertirse en el escándalo que conmocionó de hecho al mundo.

Lo más interesante es lo increíblemente mal que mentían todos ellos.

Se les daba fatal, eran unos incompetentes de tomo y lomo. De entrada, tenemos el célebre hecho fundamental de que Nixon grabara todas las conversaciones en el Despacho Oval, donde hablaban de las maldades que estaban cometiendo. Nixon no fue el primer presidente en colocar micrófonos ocultos para registrar sus propias conversaciones —ese fue Roosevelt—, pero fue el primero que lo hizo de manera rutinaria, lo cual resulta extraño si tenemos en cuenta que probablemente estaba discutiendo cosas mucho peores que la mayoría de los demás ocupantes de ese despacho. (O tal vez no. ¿Cómo vamos a saberlo?) El hecho de que la explicación más plausible ofrecida hasta la fecha para semejante comportamiento provenga de *Doctor Who* —a saber, que lo hacía para combatir los efectos de los alienígenas que borran los recuerdos— tal vez nos permita hacernos una idea de lo extremadamente estúpida e inexplicable que era esa práctica.

Pero el material realmente bueno son los dieciocho minutos y medio de cinta que no tenemos. Ese es el tiempo total de grabación borrada «accidentalmente» de las cintas que registraron la mañana del 20 de junio de 1972, durante una conversación entre Nixon y su jefe de gabinete, H. R. Halderman, tres días después del chapucero allanamiento en el edificio

Watergate. Dado que las cintas que *no fueron* borradas también bastaron para condenar a Nixon, no podemos por menos de suponer que las porciones borradas debieron de contener conversaciones parecidas a la siguiente:

NIXON: Entonces, ¿puedes ponerme al día de los delitos que estamos cometiendo?

HALDERMAN: Sí, eh... Sí, los delitos.

NIXON: Los delitos, ¿qué tal van? Los delitos que te ordené que cometieras. Háblame de los delitos.

HALDERMAN: Los delitos, eh [inaudible] delitos hemos cometido. Llevamos a cabo los delitos, tal como usted pidió expresamente.

NIXON: Vale, está bien. Estoy contento por los delitos, esos delitos que os encargué explícitamente que cometierais y que accedisteis a ejecutar. Es bueno que se hayan producido los delitos. [inaudible] ¡Qué pasada, me encantan esos delitos!

HALDERMAN: Sí, pero los delitos salieron mal. Descubrieron los delitos. Mal asunto.

NIXON: ¡Oh, no! Ahora tenemos que cometer más delitos para impedir que la gente descubra los delitos anteriores.

HALDERMAN: Sí, vale... vale, sí, más delitos. Entendido. Cometamos delitos juntos inmediatamente.

NIXON: Eso es, sí, bien. Gracias por los delitos, esos delitos que compartimos. [inaudible] Odio a los comunistas. ¡Vaya, muchacho, me muero por un trago!

Lo mejor del encubrimiento fallido de Watergate viene de los espantosos intentos de explicar por qué se han borrado las cintas. La secretaria de Nixon, Rose Mary Woods, asumió públicamente la culpa por haberla borrado «accidentalmente». Había estado transcribiendo la cinta, declaró, cuando la interrumpió una llamada telefónica. Al ir a contestar el teléfono, apretó accidentalmente el botón de «grabar» del magnetófono y mantuvo el pie en el pedal que hacía avanzar la cinta durante los cinco minutos que duró la llamada. Ignoremos por un momento el hecho de que eso no explica los otros trece minutos que faltan, que los fragmentos borrados no estaban en un único bloque, sino en cuatro o cinco secciones diferentes, y que el modelo del magnetófono en cuestión no funcionaba así. [4] Concentrémonos, en cambio, en el hecho de que alguien decidiera que era una buena idea hacer que la señora Woods mostrase a los reporteros gráficos la manera exacta en que había borrado accidentalmente las cintas, para ilustrar cuán creíble y verosímil era su historia.

Observa la pose sumamente natural de Rose Mary Woods contestando la llamada telefónica mientras mantiene el pie en el pedal durante cinco minutos:



Rose Mary Woods estirando el brazo.

Apodada por la prensa «el estiramiento de Rose Mary», resulta plausible sostener que, pese a todas las heroicas investigaciones periodísticas de Woodward y Bernstein, fue la imagen de una mujer de mediana edad, que parece estar jugando al Twister estirándose todo lo posible para tratar de llegar al teléfono y al pedal al mismo tiempo, la que llevó realmente a pensar al público estadounidense «Mmm, aquí hay algo que no cuadra».

Si hay un momento en el que la deshonestidad de nuestros dirigentes adquiere todo su potencial es cuando alguien quiere ir a la guerra. Un número realmente grande de guerras fueron provocadas por detonantes iniciales de los que, en retrospectiva, resultó que no se había informado ni mucho menos con exactitud. Pensemos en el segundo incidente del golfo de Tonkin, que sirvió de justificación para la guerra de Vietnam, que posteriormente resultó haber consistido en un ataque completamente ficticio a un barco estadounidense. La guerra hispano-estadounidense de 1898 tuvo un importante catalizador en el hundimiento del USS *Maine* en La Habana, del que una furibunda prensa estadounidense culpó a los españoles, aun cuando inicialmente se creyera que había sido un accidente y la mayoría de

las investigaciones posteriores coinciden en que la causa probable fue un incendio espontáneo en una carbonera. Y, por supuesto, no podemos olvidar esa historia de que Irak tenía armas de destrucción masiva que podían desplegarse en cuarenta y cinco minutos.

Ahora bien, a la cabeza del catálogo del deshonor de las razones estúpidas para intentar empezar una guerra ha de figurar la Crisis de Suez. En el momento de escribir este libro, en el Reino Unido, Suez está viviendo una suerte de renacimiento retórico, gracias a su frecuente utilización en frases tales como «esta es la peor crisis desde Suez». El estado actual de la política británica no se asemeja en realidad a Suez (para empezar, aquello supuso una cooperación con los franceses), pero merece la pena recordar brevemente aquel episodio, aunque solo sea para apreciar cómo se desarrolló la crisis: una nación quedó humillada y un primer ministro acabó dimitiendo sin que la gente supiera siquiera del todo cuánta charlatanería había estado implicada.

En resumidas cuentas: corría el año 1956, la era del imperio estaba llegando a su fin y Gran Bretaña no estaba manejando bien la ruptura. En lugar de adoptar la estrategia tradicional posevacuación de sentarse bajo una manta, comer compulsivamente y escuchar a Alanis Morissette, el Reino Unido decidió en cambio hacer una guerra. Habiéndose retirado tardíamente de Egipto, los británicos se mosquearon bastante cuando el coronel Nasser se hizo con el poder mediante un golpe de Estado y se apresuró a nacionalizar el canal de Suez, la ruta comercial crucial entre el mar Rojo y el Mediterráneo que, hasta la nacionalización, había pertenecido conjuntamente al Reino Unido y a Francia.

La cuestión era qué hacer al respecto. En Gran Bretaña, el primer ministro Anthony Eden estaba siendo instado a adoptar una línea dura, especialmente por ciertos sectores de la prensa. En particular *The Times*, posiblemente recordando su malhadado respaldo para el apaciguamiento antes de la segunda guerra mundial, alentó a Eden a actuar con firmeza.

Una historia similar estaba sucediendo en Francia. Pero no estaba claro que la acción militar fuera a 1) funcionar o 2) ser muy aplaudida por otros países. Puede que las acciones de Nasser resultaran molestas, pero no estaba claro que fueran ilegales: a los accionistas de la empresa del canal se les había pagado a precios de mercado. Así pues, durante varios meses la situación permaneció en un limbo tenso y nervioso.

Todo cambió a finales de octubre, cuando las fuerzas israelíes invadieron Egipto. Obviamente esto aumentó la posibilidad de una guerra enorme y sangrienta que podía afectar a todo Oriente Medio; las tropas británicas y francesas se aprestaron rápidamente para intervenir como pacificadoras y separar a las fuerzas israelíes y egipcias. De forma totalmente casual, esto significaría asimismo su control del canal.

Algunos no pudieron evitar pensar que todo aquello era un tanto... *oportuno*.

En Gran Bretaña comenzaron a cambiar los ánimos. Aunque la guerra seguía teniendo respaldo, la línea de firmeza que previamente gozara de una abrumadora aprobación por todo el espectro político empezó a ser cada vez más criticada. La actitud de la prensa cambió: *The Times* comenzó a recomendar cautela, en tanto que el *Manchester Guardian* sugirió sin ambages que aquello era bastante chungo. La respuesta internacional fue peor: condena desde todos los rincones del planeta y, en un duro revés para los planes de Eden, una negativa tajante de Estados Unidos a respaldar la operación, y la amenaza de sanciones petroleras si seguían adelante. Sí, Estados Unidos oponiéndose a una guerra en Oriente Medio. Eran otros tiempos.

El resultado de este garrafal error de cálculo en cuanto a la capacidad posimperial de Gran Bretaña para imponer su voluntad al mundo fue una retirada humillante unas semanas más tarde. Eden insistió ante el Parlamento en que el Reino Unido no había tenido conocimiento de

antemano de la invasión por parte de Israel, pero su autoridad se había esfumado y su salud era delicada. Dimitió en enero de 1957.

El caso es que, a pesar de las sospechas generalizadas, todo eso sucedió sin que la gente conociera toda la historia. Esta tardaría varias décadas en salir a la luz, cuando por fin se reveló que Gran Bretaña no solo había conocido de antemano la invasión, sino que la había planeado. Los desmentidos de Eden habían sido un puro camelo. De hecho, Gran Bretaña, Francia e Israel habían tramado en secreto de antemano todas las fases de la guerra: la invasión de Israel y la respuesta «pacificadora». Todo eso se había decidido una semana antes, en una reunión secreta en Francia, donde las tres partes habían redactado un documento que perfilaba exactamente el papel que desempeñaría cada una de ellas en esa pantomima geopolítica. Gran Bretaña destruyó su copia del documento. Desgraciadamente para la reputación histórica de Eden, Israel conservó la suya, por su razonable desconfianza en que los dos países europeos cumplieran su parte del trato.

Eso explicaba asimismo el cambio de actitud un tanto inesperado en las páginas de *The Times*: sus editores sénior habían sido informados por el gobierno de los planes para la guerra antes de que ocurriese todo aquello. [5] Al percatarse de que se trataba de una idea terrible, se apresuraron a variar su línea. Por supuesto, no se plantearon *informar* del hecho de que sabían que la guerra estaba basada en una mentira.

Los comienzos de la guerra no son los únicos momentos en los que florecen las falsedades del arte de gobernar. Notoriamente, las guerras no son pródigas en la producción de información fiable: la confusión de la guerra supone que muchos de los detalles provenientes del campo de batalla son, en el mejor de los casos, poco de fiar. Pero, más que eso, la guerra ofrece un polvorín para la mezcla de rumores, mitos y propaganda que alimenta falsedades desaforadas e incontrolables.

Esto puede apreciarse en todos los informes desde el terreno durante la Primera Guerra Mundial que tanto molestaban a H. L. Mencken hace unos

capítulos. Aunque su estimación de que el noventa y nueve por ciento de todas las crónicas de guerra de aquel tiempo eran probablemente un poquito exageradas, ese conflicto sin precedentes dio origen a una legión de historias completamente falsas.

Una de ellas fue la historia difundida del oficial canadiense que había sido crucificado de manera sangrienta por las tropas alemanas cerca de Ypres, clavado con bayonetas por los brazos y las piernas. Los detalles variaban: según la versión de *The Times*, le habían clavado a una pared; según el *Toronto Star*, le habían atado a un árbol; el *Morning Post* decía que le habían sujetado a una puerta. A medida que se propagaba el rumor, se hablaba de dos crucifixiones en vez de una y luego de múltiples incidentes. Los rumores provocaron disturbios en las calles de Londres y preguntas en la Cámara de los Comunes, incluida una que añadía al crimen detalles más truculentos todavía, afirmando que «los alemanes habían retirado la figura de Cristo del gran crucifijo del pueblo y atado a la cruz al sargento mientras estaba vivo». [6]

¿Existió alguna vez el canadiense crucificado? Desde luego, en ese tiempo no hubo ningún informe sustancial al respecto, aunque eso no impidió que los aliados lo convirtieran en fértil propaganda. Las investigaciones subsiguientes han descubierto posibles candidatos para ese hipotético soldado, pero ninguno de ellos se ha confirmado jamás.

Pero esta historia sombría no era nada comparada con «el bulo maestro» de la Primera Guerra Mundial: la de las «fábricas de cadáveres» alemanas. No está claro de dónde partió exactamente (se ha afirmado a menudo que fue obra de la inteligencia británica, lo que probablemente fuera cierto, aunque eso podría ser un mito en sí mismo), y los detalles variaban regularmente. En su esencia, la historia era siempre la misma: los alemanes transportaban a sus muertos desde las líneas del frente en fardos de cadáveres, a una fábrica en la que sus cuerpos se procesaban y se reducían por cocción para fabricar toda clase de productos, como jabón, explosivos y

fertilizante. La fábrica incluso tenía un nombre: «El gran Establecimiento para la Explotación de Cadáveres (Kadaververwertungsanstalt)», como rezaba un artículo de *The Times*.[7]

La fuente más plausible para la historia es el jefe de la inteligencia británica, el general de brigada John Charteris, quien, según se decía, se había vanagloriado de haber inventado el cuento, en una cena en Nueva York en 1925, pero este negó furiosamente la noticia a su regreso a Gran Bretaña, lo cual pudo deberse o bien a que le riñeran por irse de la lengua, o bien a que la noticia fuese una patraña.

No obstante, las sombrías narraciones de la Primera Guerra Mundial no fueron los primeros relatos de atrocidades de los campos de guerra: su historia se remonta mucho más atrás. En abril de 1782, hacia el final de la guerra revolucionaria estadounidense, apareció una historia impactante en un suplemento del *Boston Independent Chronicle*. Relataba un descubrimiento horripilante hecho por un tal capitán Samuel Gerrish de la milicia de Nueva Inglaterra. Se interceptaron ocho grandes paquetes en tránsito hacia el gobernador de Canadá. El examen reveló que los paquetes contenían el cargamento más espeluznante que cupiera imaginar: un total de casi mil cabelleras humanas.

El capitán Gerrish relató que las cabelleras habían sido arrancadas, en el transcurso de tres años, a sus desdichadas víctimas americanas por un grupo de indios séneca, bajo las órdenes del Gobierno británico. La intención era enviar los paquetes desde Canadá nada menos que al mismísimo rey Jorge, como un regalo para levantarle el ánimo.

El periódico desglosaba la fuente de las cabelleras sin escatimar detalles siniestros. Trescientas cincuenta y nueve eran cabelleras de granjeros, asesinados en sus campos o en sus hogares, dieciocho de las cuales estaban especialmente marcadas para mostrar que les habían quemado vivos. Cuarenta y tres eran cabelleras de soldados americanos, muertos a tiros en escaramuzas. Ochenta y ocho eran de mujeres. El artículo registraba

diligentemente que un número muy grande de las cabelleras eran infantiles: ciento noventa y tres de niños, doscientas once de niñas y, quizá lo peor de todo, veintinueve de bebés que «habían sido arrancados del vientre de sus madres». [8]

La historia era impresionante y escandalosa, y otros periódicos de las ciudades desde Londres hasta Nueva York y Filadelfia siguieron el ejemplo y publicaron sus propias versiones a lo largo de los meses siguientes. El asunto causó consternación en Gran Bretaña, mientras que en América se levantaron pasiones contra los británicos por ordenar esos horribles crímenes.

El único problema era que, como ya habrás adivinado, la historia no era cierta. Nada de ella. No existía ningún capitán Gerrish, ni desde luego ningún horripilante fardo de cabelleras humanas con destino a un rey Jorge sediento de sangre.

Pero no solo era falsa la historia, sino que también lo era el periódico entero. O, más bien, esa edición del mismo. Por supuesto, el *Boston Independent Chronicle* era una publicación real. Para citar su nombre completo, se trataba del *Boston Independent Chronicle and Universal Advertiser*, pues los periódicos del siglo XVIII no eran precisamente unos ases de las marcas concisas. Pero el supuesto «suplemento» era una invención de principio a fin. La historia sobre las cabelleras de la página uno era una ficción, como lo era la carta del héroe de guerra John Paul Jones que aparecía a continuación, y también los anuncios clasificados de una «gran extensión de terreno» y una «curtiduría bien situada» que llenaban el espacio inferior de la página dos.

Todo el asunto era una falsificación extremadamente convincente, una obra artesanal realizada con esmero y posiblemente incluso con amor. Sus engañosos orígenes solo te habrían resultado evidentes si fueras un *nerd* de la tipografía del siglo XVIII y lo hubieses examinado con suma atención. Si, en efecto, fueras un *nerd* de la tipografía del siglo XVIII, entonces, además

de dar gracias por haber nacido dos siglos antes de la invención de Comic Sans, es posible que te hubieras percatado de que el tipo metálico empleado para imprimir el periódico no era de estilo americano ni inglés. En realidad era francés.

La razón es que el periódico no había sido impreso en Boston sino en Passy, a la sazón una idílica y selecta comuna con un bonito *spa* en las afueras de París. Su autor no tenía nada que ver con el verdadero *Independent Chronicle* y ni siquiera había vivido varios años en América. La persona que había creado el falso periódico no era otra que el embajador de Estados Unidos en Francia, el Padre Fundador, polímata y *nerd* de la tipografía del siglo XVIII, Benjamin Franklin.

Sí, otra vez él.

¿Qué pudo haber empujado a Franklin, ese hombre de ciencia y de letras, una de las figuras más veneradas de su época, a inventarse un escandaloso engaño? La respuesta práctica es bastante simple: fue un acto de propaganda contra los británicos. En el tiempo en que Franklin distribuyó su bulo del *Independent Chronicle*, la guerra revolucionaria casi había llegado a su fin; la decisiva victoria francoestadounidense en la batalla de Yorktown se había producido seis meses atrás, y estaban comenzando las conversaciones de paz de París. El bulo de Franklin no se distribuyó en realidad en Estados Unidos; en vez de ello, se lo envió a los aliados en Gran Bretaña, España y los Países Bajos. Su objetivo, que logró alcanzar, consistía en sembrar la historia en la prensa británica, con la esperanza de inclinar la opinión pública hacia el pago de indemnizaciones a Estados Unidos por las crueldades infligidas por los británicos.

Pero, aunque esa es la razón pragmática inmediata, existe asimismo una respuesta más profunda, y creo que mucho más satisfactoria, a la pregunta de por qué ideó ese timo: a Benjamin Franklin le encantaba mentir. Jamás se cansaba de hacerlo. Como hemos visto, desde sus años de adolescencia hasta solo unos días antes de su muerte a sus ochenta y cuatro años,

Franklin fue el autor constante y jubiloso de bulos descabellados y extravagantes, tanto grandes como pequeños. A veces respondían a propósitos políticos, a veces buscaban beneficios económicos, a veces eran fruto de la mezquindad personal y con frecuencia los cultivaba por el puro placer de inventarse gilipolleces. Puede que otros engañaran con consecuencias de mayor alcance, pero, desde cualquier punto de vista, Ben Franklin ha de pasar a la historia como uno de los charlatanes más prolíficos, diestros e innovadores de todos los tiempos.

No sabemos con claridad con cuánta seriedad esperaba Franklin que se tomara la gente la mayoría de sus bulos. Después de todo, no era la única persona que publicaba cosas con seudónimos ficticios por aquel entonces. El auge de la imprenta había conllevado una explosión de lo que cabría denominar «contenidos», y la gente todavía estaba asimilando el hecho de que ciertas cosas impresas pudieran ser verdaderas, en tanto que otras pudieran ser inventadas. Solo unos pocos años antes de que Franklin creara a Silence Dogood en 1722 (como mencionamos en el capítulo 2), Daniel Defoe había publicado *Robinson Crusoe*, una firme candidata a primera novela en lengua inglesa, escrita al estilo de una autobiografía basada en hechos reales y considerada por muchos como tal. Por esa misma época, Jonathan Swift andaba atareado con la invención de la sátira moderna. ¿Tenía Franklin la intención de engañar de veras, o simplemente estaba experimentando con nuevas formas literarias cuyos límites éticos eran todavía un tanto difusos?

La línea entre el «bulo» y la «parodia» es borrosa incluso en nuestros días, y casi todas las invenciones de Franklin compartían su condición de válvulas de escape para su malicioso, satírico y extremadamente hiperactivo sentido del humor. En pocas palabras, a Franklin le encantaba tomar el pelo. Según una historia posiblemente apócrifa, Thomas Jefferson habría explicado a la gente que si no le habían pedido a Franklin que redactara la Declaración de Independencia era «porque no habría podido abstenerse de

incluir alguna broma». Creo que hablo en nombre de muchos cuando digo que es una pena terrible que se le haya negado a la historia la Declaración de Independencia alternativa y más divertida de Benjamin Franklin.

No me malinterpretes, la Declaración, en su versión actual, es una obra sólida, pero no se caracteriza precisamente por su humor. No habría pasado nada por incluir un par de bromas para relajar el ambiente.

Ahora bien, aunque muchos de los bulos de Franklin pretendían indudablemente divertir (al menos a sí mismo y posiblemente a otros), no cabe decir lo mismo de la historia de las cabelleras. Cualquier propósito satírico en su relato es superado con creces por la ira. Y, a esas alturas de su carrera, era perfectamente consciente de que muchísima gente se creería su historia, y sabía exactamente cómo sembrar una noticia falsa en la prensa de un país de manera que se propagara internacionalmente, se copiara de un periódico a otro y pasara de país a país. Se trataba de un engaño deliberado con tortuosos fines diplomáticos. Se llevó a cabo con esmero: el número de publicación que figuraba en el periódico era el del número publicado solo un mes antes, incluía el nombre del editor real del periódico y su apariencia era una réplica muy fiel del aspecto y el estilo del auténtico *Independent Chronicle* (aunque, como muchos falsificadores a lo largo de la historia, Franklin no podría resistir la oportunidad de superar ligeramente aquello que se suponía que estaba copiando, utilizando una elegante pero delatora tipografía itálica que había creado a medida para su propia imprenta en Passy). [9] Y, cuando le envió por correo el periódico a John Adams, recurrió incluso al viejo truco de mostrarse escéptico respecto de la falsificación que él mismo había creado tan solo unas horas antes. [10]

Pero, aunque el objetivo de la desinformación de Franklin eran los británicos, la historia que contó acabó hiriendo a un conjunto de víctimas totalmente diferentes: los indígenas americanos, acerca de los cuales había construido lo que solo cabe describir como una masiva mentira racista. En su busca de detalles escabrosos para conferir a su historia un poco de

sensacionalismo que llamase la atención, Franklin repitió, amplificó y adornó una falsedad sobre las naciones indígenas que influiría durante mucho tiempo en las percepciones de estas.

Para que quede claro, la costumbre de arrancar cabelleras como un acto de guerra tuvo lugar innegablemente en Estados Unidos, y los indígenas la practicaban casi con certeza desde mucho antes de la llegada de los colonizadores europeos. Ahora bien, desde el comienzo mismo de la guerra revolucionaria, la potente combinación de miedo, rumores y propaganda la magnificó hasta convertirla en una amenaza omnipresente, desproporcionada en comparación con su práctica real. Llegó a ser una leyenda, un hombre del saco universal que andaba siempre al acecho. Las habladurías y los rumores implicaban que los falsos relatos de masacres y arranques masivos de cabelleras por parte de los indios, supuestamente alentados por los británicos que ofrecerían recompensas por las cabelleras de los estadounidenses blancos, fueran moneda corriente. Uno de tales bulos llegó incluso a reflejarse en la Declaración de Independencia. [11] (Definitivamente, esta habría mejorado incluyendo en su lugar alguna broma.) En realidad, el arranque de cabelleras no era en absoluto el patrimonio exclusivo de los indios. Lo cierto es que se practicaba en todos los bandos durante la guerra, y las fuerzas revolucionarias ofrecían con frecuencia grandes recompensas por las cabelleras de los indios. De hecho, tan solo unas semanas antes de que Franklin compusiera su periódico falso, había tenido lugar en Gnadenhutten, Ohio, la que probablemente fuera la peor atrocidad de la guerra, cuando una milicia revolucionaria blanca condujo a más de noventa prisioneros desarmados (hombres, mujeres y niños indios) hasta unos graneros, donde les golpearon con mazos hasta matarles y luego les arrancaron la cabellera.

Si, como Franklin pretendía, su estratagema hubiera quedado confinada a la prensa londinense en la primavera de 1782, tal vez hoy solo fuera una

nota a pie de página en la historia. Pero, en lugar de ello, acabó extendiéndose mucho más allá de la eventual firma de un tratado de paz en 1783. Y es que ese es el problema de las mentiras realmente convincentes: cuando pones en circulación una información falsa, esta no desaparece discretamente sin más una vez que ha cumplido la misión que deseabas. Las mentiras son como los zombis: se niegan a morir y vienen a por tu cerebro.

Eso es lo que sucedió con el bulo de Franklin, que volvió rugiendo a la vida para vengarse más de dos décadas después de su muerte. En el período previo al nuevo enfrentamiento de Estados Unidos con los británicos, en la guerra de 1812, con algunas tribus indígenas otra vez del lado de Gran Bretaña, la historia resucitó un tanto inesperadamente. Y, en esta ocasión, su impacto fue mucho mayor.

Cuando Franklin difundió por vez primera su historia, la recogieron ocho periódicos estadounidenses. En su segunda vuelta, entre 1806 y 1814, nada menos que veintisiete periódicos diferentes publicaron versiones de ella, doce de ellos —desde Carolina del Sur hasta Vermont— en el espacio de solo siete meses de 1813. El mito se filtró en la conciencia pública estadounidense, fomentando la percepción de los indios como unos salvajes despiadados. A pesar de que el reconocimiento del bulo por parte de Franklin en sus cartas acabó convirtiéndose en dominio público, el cuento todavía se repite ocasionalmente como verdadero, incluso en nuestros días. Jamás sabremos con exactitud en qué medida esa falsedad memorable y atroz contribuyó al trato cruel que recibieron las naciones indias a lo largo de los siglos siguientes, pero algo influyó sin duda.

7

Negocios turbios

Allí donde hay dinero en juego, habrá alguien dispuesto a tergiversar la verdad para ganarlo. En realidad, esto no resulta sorprendente. Hemos creado un mundo en el que el dinero es importante: te permite vivir, te permite satisfacer tus deseos y, si consigues lo bastante, te permite tener poder. Cuando acumulas suficiente dinero y poder, puedes empezar a lograr que otras personas hagan lo que tú desees, y a cambiar el mundo que te rodea. Y, en cierto punto, este poder llega a ser tan grande que puede parecer que eres capaz de moldear la realidad para que se adapte a tus deseos. Ya no necesitas tergiversar la verdad para conseguir dinero; el dinero deforma la verdad por ti. Si todo el mundo te trata como al mayor hombre de negocios sobre la faz de la Tierra, entonces, casi por definición, lo eres. Se abren para ti oportunidades que permanecen cerradas para los demás. Puedes salir airoso tras cometer fallos que arruinarían a cualquier otro. Puedes parecerte al gran Gatsby si así lo deseas. Si Thérèse Humbert pensaba que el dinero era una ilusión, «un truco que había que dominar», pues... en fin, no estaba completamente equivocada.

Básicamente, tan solo necesitas fingir hasta conseguirlo.

En este capítulo examinaremos las diversas formas en las que la gente, a lo largo de la historia, ha fingido (y al menos *temporalmente* lo ha

conseguido) en su búsqueda de dinero.

Merece la pena advertir el importante papel que desempeña en todo este asunto la retrospección. En los negocios, la mentalidad del «finge hasta conseguirlo» no solo se tolera, sino que se enseña habitualmente como una lección crucial en el mundo empresarial, junto con las anécdotas heroicas de la desfachatez de arribistas luchadores, compartidas por la clase de personas cuya red social favorita es LinkedIn. Por ejemplo, la historia de Microsoft se inicia cuando Bill Gates, fingiendo ser su cofundador Paul Allen, telefoneó al presidente de la compañía que había fabricado el ordenador personal pionero Altair y le dijo que habían diseñado un *software* para él. El presidente, Ed Roberts, quedó impresionado y les pidió que fueran a hacerle una demostración. Eso era genial... excepto que la afirmación de Gates no era ni remotamente cierta. No solo no tenían un producto acabado, sino que ni siquiera habían empezado a crearlo. En realidad diseñaron el *software* frenéticamente durante los dos meses transcurridos entre la llamada telefónica y la demostración. Al no disponer de un ordenador Altair para probarlo, hasta el día de la demostración no tenían ni idea de si su *software* funcionaría siquiera. [1]

Este no es el único ejemplo de las exitosas historias del «fingirlo hasta conseguirlo», incluso si limitamos la muestra a las «empresas tecnológicas estadounidenses mundialmente dominantes». Cuando Steve Jobs presentó tan memorablemente el iPhone en 2007, prometiendo un «dispositivo revolucionario y mágico» que reinventaría el teléfono tal como lo conocemos, tenía un pequeño problema: Apple todavía no había conseguido fabricar un iPhone que funcionase de veras. Sus prototipos seguían bloqueándose, congelándose y cortando las llamadas. Cuando Jobs hizo una demostración en directo del iPhone ante una multitud entusiasmada en el Centro Moscone de San Francisco, aparentando cambiar de una aplicación a otra como quien no quiere la cosa, en una hábil exhibición del poder revolucionario y la facilidad de uso del iPhone, en realidad estaba siguiendo

una «senda de oro» rígidamente definida: una serie precisa de acciones, minuciosamente ideadas por los ingenieros de la empresa como la única secuencia que el teléfono podía recorrer en realidad sin fallar. [2]

Por supuesto, la razón por la que Gates y Jobs tienen su espacio en los planes de estudios de las escuelas de negocios del mundo entero es el simple hecho de que, habiendo fingido, posteriormente lo consiguieron. Tomaron decisiones basadas en lo que resultaron ser evaluaciones perfectamente correctas de su capacidad de cumplir sus promesas. La naciente Microsoft demostró su valía para la programación y se preparó para hacerse con el mercado de la informática doméstica; Apple solucionó los problemas de memoria del iPhone con un nuevo chip fabricado a medida y transformó para siempre nuestra forma de ignorar a los demás en los trenes. NOTA MUY IMPORTANTE PARA LOS ABOGADOS QUE LEAN ESTO: NO ESTOY DICIENDO QUE BILL GATES Y STEVE JOBS FUERAN UNOS TIMADORES NI UNOS ESTAFADORES NI NADA POR EL ESTILO. ¡Hacían bien las cosas! ¡He escrito este libro en Word en un Macbook Pro! Gracias, chicos.

Lo que pretendo decir es simplemente que todo esto es retrospección: solo llegas a descubrir *a posteriori* si la historia te archivará como «farsante» o como «creador». Como tal, no ofrece una guía demasiado útil para saber cómo actuar ahora. «Adelante con tus travesuras porque en el futuro tendrás éxito y todo esto será poco más que una anécdota divertida» no se acepta por lo general como una posición ética legítima en ninguna de las principales religiones del mundo, aparte del capitalismo, y este se basa en gran medida en que llegues a tener éxito para justificar todo lo que has hecho con anterioridad.

La otra cara de la moneda son, por supuesto, las evaluaciones incorrectas que hacen las personas de su capacidad para cumplir sus promesas. En tales casos, en lugar de conseguir una empresa como Microsoft o Apple, consigues una como Theranos: la empresa de biotecnología «unicornio» con una valoración de diez mil millones de dólares, construida sobre un

nuevo tipo revolucionario de análisis de sangre que posteriormente resultó que no podía analizar muy bien la sangre. Este es un ejemplo canónico de fingir, no conseguirlo, seguir fingiendo y acabar finalmente enfrentándose a acusaciones de fraude. Pero, antes de su caída final, la empresa y su joven fundadora, Elizabeth Holmes, fueron ampliamente celebradas en los medios de comunicación como pioneras, con portadas de revistas, perfiles brillantes y comparaciones con Steve Jobs, que parecían basarse en gran medida en el hecho de que Holmes llevara jerséis negros de cuello alto con la esperanza de que la gente la equiparara con Steve Jobs. (En lugar de entrar aquí en más detalles, te aconsejo que leas *Bad Blood: Secrets and Lies in a Silicon Valley Startup* [*Mala sangre: secretos y mentiras en una startup de Silicon Valley*], de John Carreyrou, el periodista que desenmascaró a Theranos en 2015, porque, sinceramente, te dejará boquiabierto.)

Por decirlo de otro modo, si Gregor MacGregor hubiera dedicado algo menos de tiempo a diseñar escudos de armas y códigos de honores imaginarios, y algo más a reclutar personas con las destrezas necesarias para construir una ciudad en medio de una selva, ¿habría aparecido siquiera en el capítulo 5? Tal vez habría logrado su objetivo y ahora sería ensalzado como un heroico pionero, habría cosas que llevarían su nombre, los libros que sugiriesen que en realidad quizá fuese un poco marrullero provocarían incidentes diplomáticos con el gobierno de Poyais y los columnistas de los periódicos escribirían columnas rezumantes de ira condenando a los estudiantes universitarios por solicitar la retirada de las estatuas dedicadas a él.

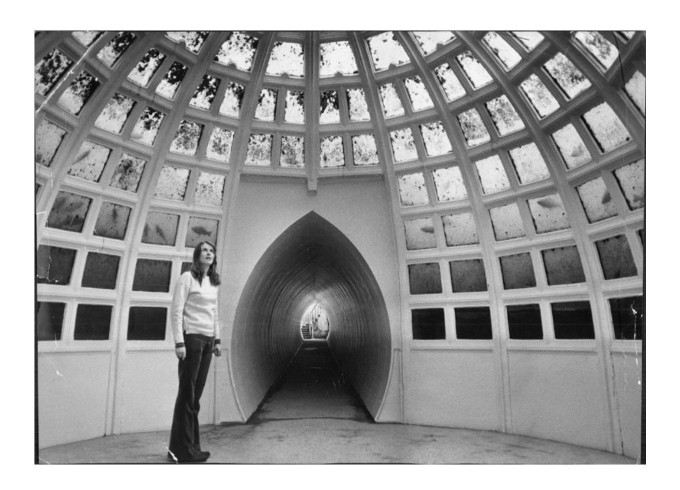
El caso de Whitaker Wright nos permite ver cuán reducidos son esos márgenes.

Wright era de pies a cabeza el modelo del industrial tardovictoriano extremadamente rico; un hombre que se hizo a sí mismo y logró salir de la pobreza, cuyos intereses comerciales abarcaban continentes y cuya riqueza se exhibía en gastos cada vez más ostentosos. Cuando hablo de «gastos

ostentosos» lo digo de veras. Lo tenía todo: la vasta hacienda, la mansión en la zona más chic de Londres, el enorme yate con el que competía contra el yate de su amigo, el káiser Guillermo II. Lo más característico de su hacienda, Witley Park, eran una serie de lagos artificiales, uno de los cuales albergaba una joya que parecía salida de una novela *steampunk*: una sala de fumadores bajo el agua. Esa cúpula de cristal de cinco metros y medio de altura con suelos de mosaico en el lecho del lago, a la que se accedía a través de un túnel de cien metros, permitía a los invitados de Wright fumar puros, beber, bailar y ver nadar los peces por el agua sobre sus cabezas. Descrita por la prensa de la época como «una sala de hadas sumergida» y por Wright como su «caverna de cristal», [3] el humo salía por la boca de una estatua de Neptuno que sobresalía por la superficie, y el cristal de la cúpula era limpiado con regularidad por un equipo de buzos contratados al efecto.

Digámoslo otra vez: SALA 👏 DE FUMADORES 👏 BAJO 👏 EL AGUA 👏 de fumadores 👏 bajo 👏 el agua 👏. Si no tienes una sala de fumadores bajo el agua, ¿puedes decir de veras que has triunfado?

El caso es que todo el imperio empresarial de Wright estaba basado en mentiras.



Sala de fumadores bajo el agua de Whitaker Wright abandonada hace mucho tiempo. (Como puedes adivinar por la moda, esta foto es de los años setenta.)

Wright era británico, pero hizo su fortuna primero en América y más tarde en Australia y en Canadá. Había emigrado anteriormente con su familia a Ontario después de que el negocio de impresión que su hermano y él habían fundado en Halifax quebrara al cabo de un año; un sabor temprano a fracaso que Wright parecía firmemente decidido a no volver a experimentar jamás. Se trasladó a Filadelfia a principios de la década de 1870, cuando los negocios estaban en auge en todas partes. Inicialmente, el éxito financiero de Wright fue en gran medida legítimo, si bien alentado por una combinación de profunda confianza en sí mismo, encanto y locuacidad, y ciertas credenciales inventadas. Pese a haber abandonado los estudios a los quince años, Wright se aficionó a añadir «Máster» después de su nombre, y aseguraba haber estudiado Geología en la prestigiosa Universidad de Heidelberg. Parecía haber decidido, correctamente, que la barrera del esfuerzo para comprobar esas credenciales se revelaría excesiva.

Wright se obsesionó con la minería y decidió que en ella estaba su futuro. Tenía un verdadero talento para evaluar la calidad de los minerales y fue al oeste a participar en la alocada lucha por los metales preciosos. Comenzó en la localidad minera de plata de Leadville, que en los años anteriores había visto una afluencia de miles de prospectores, y cuyas minas estaban generando millones de dólares al año. Era un lugar salvaje y peligroso (al visitarlo unos años más tarde, Oscar Wilde dijo haber «observado con alarma que el grosor medio del bíceps aquí es mayor que mi cintura»),[4] poblado por individuos con una riqueza nueva y extravagante, así como por muchas personas desesperadas por una porción de esa riqueza.

Inicialmente, Wright tomó la misma senda que muchos otros: una vida penosa en las laderas rocosas, en busca de un indicio de riqueza. Pero pronto se encontró con un hombre llamado George D. Roberts, un famoso magnate de la minería de dudosa ética, que había sido uno de los timados en una célebre estafa minera una década antes (el gran engaño de los

diamantes de 1872, cuando una pareja de prospectores llamados Philip Arnold y John Slack sembraron un terreno baldío de Colorado de diamantes en bruto, para convencer a los inversores de que la tierra contenía una inmensa fortuna que estaba pidiendo a gritos ser desenterrada). Al parecer, esta estrategia general se le habría antojado a Roberts y después a Wright un camino mucho más fácil hacia el éxito financiero que el auténtico negocio de la minería; en lugar de tomarse la molestia de descubrir una rica veta de plata, convencer simplemente a ávidos inversionistas de que has descubierto una rica veta de plata y aceptar con gratitud su dinero. Para cuando se percaten de que lo que han comprado es solo un agujero en el suelo, tú ya habrás seguido adelante, con todo el poder, la influencia y la inmunidad a las consecuencias que el dinero puede granjearte.

En muchos sentidos, el recurso más rico y más fácil de explotar de Leadville no era su plata, sino sus habitantes y su sed de dinero rápido.

Wright dio inmediatamente con una fórmula que le serviría a lo largo de su vida: usar su encanto natural para convencer a alguien con credenciales intachables y alto estatus social para que se sumase a su proyecto, y emplear su reputación y su imponente personalidad para crear la impresión —especialmente en un medio de comunicación fácilmente manipulable— de que respaldar sus aventuras era un negocio seguro. Su primer escudo humano de este tipo fue el eminente paleontólogo estadounidense Edward Drinker Cope, un hombre que sabía un montón de sacar cosas de la tierra, pero algo menos de la capacidad humana de mendacidad. Con el respaldo de Cope, Wright consiguió sacar a Bolsa su primera empresa minera por cinco millones de dólares, un valor considerablemente mayor que el real.

Ese fue el patrón que siguió Wright, pasando de una empresa a otra, casi siempre indiferente ante el hecho de haber dejado a su paso una serie de inversores decepcionados. Tenía en el bolsillo un medio de comunicación dócil, cuyas descripciones de él parecían sacadas de una novela de Mills & Boon: «Un hombre grande, fornido y dominante; toda su personalidad

exhalaba coraje, energía y ambición», escribía la *Albany Review*, secándose el sudor de su frente febril.[5] Cuando Wright regresó de Estados Unidos a Inglaterra para fundar la London and Globe Company, que llevaría a nuevos niveles su talento para promocionar dudosas acciones mineras, se aseguró de que el consejo de administración estuviese integrado por la flor y nata de la sociedad londinense, incluidos múltiples pares del reino. Todo estaba dirigido a garantizar que las presiones sociales impidieran que alguien hiciera demasiadas preguntas.

Irónicamente, la caída final de Wright no se produjo porque alguien descubriera que sus minas no siempre eran una mina. La causa fue una empresa tuneladora totalmente diferente: Wright decidió construir una línea de metro.

Consciente de que, con una casa construida de algún modo sobre arena, necesitaba diversificar su cartera, y creyendo que algo que mostrase un cierto grado de espíritu público no podría por menos que fortalecer sus credenciales, en 1900 Wright puso el foco en la estancada construcción de la línea Baker Street-Waterloo. Se trataba de un ferrocarril subterráneo que llevaba en construcción turbulenta desde principios de la década de 1890, con reiterados retrasos y dificultades financieras. (Sí, ya sé que cuesta creer que una línea de metro de Londres supere el presupuesto y no se termine a tiempo.) Wright decidió que él podía ayudar y emitió un bono para financiar su construcción en curso.

Fue un auténtico desastre. Casi nadie quiso comprarlo y Wright no fue capaz de hacer nada para acelerar la construcción de la línea. Las presiones financieras resultantes sobre el resto del imperio comercial de Wright le llevaron, en un intento desesperado de mantener la fachada de que todo era de color de rosa, a transferir dinero de un lado a otro en una compleja serie de préstamos entre sus empresas, inflando artificialmente sus cuentas. Pero no fueron capaces de resistir el escrutinio al que fueron sometidas; Wright

fue arrestado y juzgado por fraude. Fue condenado en 1902. Se suicidó en el calabozo del juzgado a los pocos minutos de dictarse la sentencia.

Ese mismo año una nueva empresa se hizo cargo de la construcción del Ferrocarril Subterráneo Baker Street-Waterloo. Se terminó con rapidez y continúa existiendo; es, por supuesto, la línea Bakerloo.

Puede que Whitaker Wright fuera uno de los ejemplos más espectaculares de la delgada línea que separa el éxito comercial y la estafa descarada, pero la clase de burbujas de inversión que él explotó tan alegremente han sido frecuentes a lo largo de la historia.

En el Londres de 1720 existía un interés tan frenético por invertir en el mar del Sur que un grupo de oportunistas lograron vender acciones descritas como «una compañía para llevar a cabo una empresa muy ventajosa, pero sin que nadie sepa de qué se trata».

Meses más tarde, en París, liberaron a presos de la cárcel, los casaron con prostitutas y los embarcaron en masa hacia Luisiana, sobre la base de que allí necesitaban desesperadamente colonizadores, porque todo el mundo había invertido mucho dinero con la esperanza de que aquel lugar fuese un milagro económico.

Wright tampoco fue el primero que se embarcó en el negocio ferroviario por motivos dudosos. En la década de 1840, lumbreras tan diversas como Charles Darwin, las hermanas Brontë y William Makepeace Thackeray invirtieron su dinero en nuevos ferrocarriles espurios, y el Parlamento británico aprobaba una nueva ley prácticamente cada semana para nuevos tramos de una red ferroviaria que jamás llegarían a construirse y, en algunos casos, nunca podrían haberse construido físicamente.

Es fácil suponer que estas clases de artimañas empresariales son invenciones recientes y que en el pasado la gente no tenía que lidiar con las molestias causadas por esos turbios negocios. Podríamos creer que pasarnos aparentemente la mitad de nuestra vida quejándonos de un negocio chungo ante un indiferente representante del servicio de atención al cliente es un

fenómeno novedoso y que, cuando nos quejamos de una empresa en Twitter, estamos experimentando «problemas del primer mundo». Puede parecer que las mentiras descaradas de la gente de negocios son un fenómeno fundamentalmente *moderno*.

Pero, si alguna vez has pensado esto, entonces te presento a Ea-nasir.

Ea-nasir está a la altura de Whitaker Wright, salvo que vivió tres mil quinientos años antes. Fue un comerciante que vivió en torno a 1750 a. C. en la ciudad de Ur, una de las grandes ciudades-Estado de la antigua Mesopotamia (en lo que hoy es el sur de Irak). Tiene fama de haber sido un chanchullero, que comerciaba con todo, desde bienes inmuebles hasta ropas de segunda mano si podía obtener beneficio de ello. Pero el grueso de su negocio parece haber sido la importación de cobre del importante centro comercial de Dilmun, a cierta distancia siguiendo el golfo Pérsico.

Todos nosotros nos avergonzamos de ciertas cosas de nuestra vida, pero nos gustaría pensar que, si somos recordados, será por las cosas buenas que hayamos hecho. Ea-nasir representa un duro golpe para esa esperanza. Resulta que, casi cuatro mil años después de su paso por la Tierra, el nombre de Ea-nasir es uno de los relativamente pocos de aquella época que pervive en los anales de la historia, pero se recuerda por ser un charlatán como la copa de un pino y un comerciante de cobre realmente horrible.

Esto lo sabemos porque los arqueólogos han excavado la casa de Ea-nasir, en la que archivaba muy convenientemente toda su correspondencia: tablillas de arcilla que contienen mensajes de sus clientes, que le transmitían los intermediarios profesionales. Para empezar, parece que a Ea-nasir le iban muy bien los negocios, incluidas muchas operaciones en nombre del rey.

Pero, con el paso del tiempo, empieza a aparecer de manera recurrente cierto tema en los mensajes enviados a Ea-nasir. En una paráfrasis aproximada, el tema es: «¿Qué has hecho con mi dinero, bastardo sin escrúpulos?».

Esas tablillas de arcilla, con su escritura cuneiforme sumeria, una de las primeras lenguas escritas de la historia humana, son las reclamaciones al servicio de atención al cliente más antiguas que se conocen en el mundo.

Los cuatro reclamantes principales de los que tenemos noticia son unos caballeros llamados Nanni, Abituram, Appa e Imqui-Sin. Por el contexto de sus mensajes, parecen haber sido patrocinadores financieros de los viajes de negocios de Ea-nasir a Dilmun, con la promesa de que recibirían a cambio lingotes de cobre de calidad superior.

Nanni parece haberse sentido bastante ofendido por el hecho de que, cuando envió a sus intermediarios a recoger la mercancía, Ea-nasir les ofreció en su lugar un montón de cobre de pésima calidad y recurrió a la vieja táctica del «lo tomas o lo dejas, colega», y se negó a devolver el dinero de Nanny.

Merece la pena leer con detalle uno de los mensajes de queja de Nanni porque (pese a las peculiaridades de traducir directamente del sumerio) nos permite hacernos una idea de lo poco que han cambiado las cosas en los últimos cuatro mil años en lo tocante a los responsos por los negocios chungos:

> Dile a Ea-nasir que Nanni le envía el siguiente mensaje:
>
> Cuando viniste, me dijiste: «Le daré a Gimil-Sin (cuando venga) lingotes de cobre de alta calidad». Luego te marchaste pero no cumpliste lo que me habías prometido. Le pusiste delante a mi mensajero (Sit-Sin) unos lingotes que no eran buenos y le dijiste: «¡Si quieres cogerlos, cógelos; si no quieres cogerlos, lárgate!». ¿Por quién me tomas y cómo osas tratar con semejante desprecio a alguien como yo?

Ea-nasir había optado claramente por la clásica táctica de «Si no te gustan mis lingotes de cobre, vete a la mierda», en respuesta a lo cual Nanni saca la vieja carta del «¿No sabes quién soy yo?». También tiene mucho interés en recalcar con cuánto desprecio le ha tratado Ea-nasir, pasando a detallar cómo había enviado «a caballeros como nosotros a recoger la bolsa con mi dinero», pero que Ea-nasir le había «tratado con desprecio

haciéndoles regresar con las manos vacías en varias ocasiones, y encima por territorio enemigo». Concluye con un ultimátum:

> Te has negado a entregarme mi bolsa de dinero en territorio enemigo; a ti te corresponde ahora devolverme (mi dinero) en su totalidad.
>
> Toma nota de que (de ahora en adelante) no aceptaré aquí ningún cobre tuyo que no sea de excelente calidad. Seleccionaré y cogeré (a partir de ahora) los lingotes individualmente en mi propio patio y ejerceré contra ti mi derecho a rechazarlo porque me has tratado con desprecio. [6]

Lamentablemente no tenemos registro alguno de las respuestas de Ea-nasir a estas reclamaciones. Solo guardaba la correspondencia recibida y en los registros arqueológicos no figura ninguna de sus respuestas. ¿Serían el equivalente sumerio de «Su opinión es muy importante para nosotros; le pedimos disculpas si nuestro servicio no ha estado a la altura de sus expectativas»? ¿O más bien el equivalente sumerio de «¡Ja ja! Qué putada estar en tu lugar, perdedor»?

No podemos saberlo con certeza, pero probablemente podemos hacernos una idea a juzgar por los mensajes subsiguientes de Abituram y Appa. Abituram parece haber tenido una pequeña ventaja sobre Nanni, ya que tiene una influencia adicional sobre Ea-nasir. Una de sus primeras tácticas en sus mensajes consiste en amenazar con exigir la devolución de los préstamos hipotecarios de Ea-nasir si este no entrega la mercancía a su intermediario, un tipo que responde al nombre de Nigga-Nanna.

«Entrégale a Nigga-Nanna la plata y sus ganancias —comienza la primera carta de Abituram, continuando con su amenaza—. ¿Por qué no has entregado el cobre? Si no lo entregas, recaudaré tus garantías.» [7]

Su carta siguiente continúa en la misma línea: «¿Por qué no le has dado el cobre a Nigga-Nanna? —comienza, antes de concluir (por si el mensaje no hubiera llegado del todo a su destino)—, entrégale el cobre a Nigga-Nanna».

Luego se une a la lucha Appa: «El cobre que me corresponde, dáselo a Nigga-Nanna; buen cobre para que no se aflija mi corazón».

Después se suma Imqui-Sin y repite el estribillo: «Entrégale el cobre bajo sello a Nigga-Nanna... —escribe, y luego lo recalca de nuevo para que el asunto quede claro como el agua—. A fin de que tu corazón no quede turbado, dale un buen cobre».

Acto seguido añade con voz quejumbrosa, que cualquiera que haya permanecido en espera durante dos horas con su proveedor de banda ancha reconocerá al instante, pese a los milenios que nos separan de los comerciantes de Ur: «¿Tienes idea de lo que cansado que estoy?».

¿Le compensaba todo esto a Ea-nasir? Parece que, como en el caso de Wright, la cosa funcionó estupendamente durante un tiempo, pero después todo se vino abajo.

Como ya hemos mencionado, tenemos todas esas tablillas gracias a que los arqueólogos desenterraron la casa de Ea-nasir en la década de 1950. Y Leonard Woolley, el arqueólogo jefe, advirtió algo interesante acerca del domicilio de nuestro hombre. Es una casa grande y lujosa, como corresponde a su estatus de pez gordo. Pero, hacia el final del período en el que Ea-nasir estuvo comerciando, la mayor parte de ella parece haber sido anexada e incorporada abruptamente a la casa del vecino de Ea-nasir.

¿La conclusión de Woolley? Nuestro amigo se vio obligado de forma súbita y urgente a reducir el tamaño de su casa y a adoptar un nivel de vida algo más frugal, presumiblemente después de ser sistemáticamente criticado con dureza durante años por los revisores de la versión de Yelp en la antigua Mesopotamia, y de que le echaran finalmente el guante.

La historia de Ea-nasir nos enseña que hay pocas cosas nuevas bajo el sol. Y es que, tan pronto como ha surgido la civilización, también han surgido los oportunistas intentando jugar con ventaja sobre todos los demás. Y es que, tan pronto como hemos tenido dinero, hemos tenido individuos cuya principal destreza consiste en persuadir a las personas desafortunadas para que se deshagan de él. Y es que, tan pronto como hemos tenido la escritura, hemos estado enviando cartas iracundas para preguntar dónde

demonios está nuestro cobre y exactamente por qué no se le ha entregado a Nigga-Nanna.

Pero, por supuesto, no podemos hablar de prácticas empresariales engañosas sin mencionar al mayor experto en ganar dinero a base de farsas: P. T. Barnum, «el gran *showman*». Barnum es famoso no solo por los circos y exhibiciones de novedades que le convirtieron en un hombre rico a mediados del siglo XIX, sino también por su —¿cómo decirlo?— complicada relación con la verdad.

Barnum fue un célebre farsante. Sus espectáculos incluían habitualmente engaños descarados, como «la sirena de Fiji» (la mitad superior de un mono cosida a la mitad inferior de un pez, que ni siquiera era de Fiji; se cree que habría sido creada en Japón antes de acabar siendo vendida a Barnum) [8] y el «gigante de Cardiff», que ni siquiera era un engaño propio. Un supuesto «hombre petrificado» de tres metros de altura que había sido desenterrado en Cardiff, Nueva York, el gigante era en realidad una escultura que había sido plantada deliberadamente por un par de primos llamados George Hull y William Newell para que pudiera ser «descubierta». Tras ser exhibida públicamente con pingües beneficios, Barnum pidió comprarla; como no lo consiguió, se limitó a crear su propia versión falsa del falso gigante, y proclamó a viva voz que el falso era el otro.

Al mismo tiempo, Barnum fue también un notable desenmascarador de otros embustes, que clamaba especialmente contra médiums y espiritistas. Incluso escribió un libro al respecto en 1865, *The Humbugs of the World* [Las patrañas del mundo], que era una relación de «ilusiones... charlatanerías, engaños e impostores» a lo largo de la historia. Buena idea para un libro en mi opinión.

Pero centrémonos en cómo Barnum, a la sazón un empleado de un tienda de ultramarinos, se estrenó en la industria del entretenimiento con un espectáculo que debutó en el Niblo’s Garden de Nueva York el 10 de agosto de 1835, tan solo dos semanas antes de que Richard Adams Locke captara

la atención mundial con su Engaño de la Luna. Este espectáculo consistía en una única exhibición: una mujer llamada Joice Heth, que Barnum aseguraba que tenía ciento sesenta y un años y que había sido la niñera de George Washington. La anunciaba como «¡La curiosidad más asombrosa e interesante del mundo!».

Huelga decir que Joice Heth no tenía ninguna relación con Washington ni tenía ciento sesenta y un años; era una septuagenaria decrépita y ciega. Era, asimismo, una esclava. Se había ilegalizado recientemente la posesión de esclavos en Nueva York; Barnum sorteó ese problema «alquilándola» simplemente.

La exhibición fue un éxito, alimentado por la cobertura entusiasta y ávida de sensaciones de la prensa de centavo. Tras el éxito en Nueva York, Barnum se llevó a Heth de gira por Nueva Inglaterra, atrayendo por doquier multitudes desesperadas por ver y tocar a aquella reliquia viviente. El calendario era agotador y excesivo para el frágil cuerpo de Joice, que murió en febrero de 1836. Pero Barnum todavía no había acabado con ella. Alentado por los periódicos y respondiendo al escepticismo acerca de su edad, organizó la autopsia pública de su cuerpo, vendiendo entradas a cincuenta centavos para un público de mil quinientas personas, que observaban mientras el cuerpo de Joice Heth se abría delante de ellas. [9]

El cirujano que practicó la autopsia declaró que se había tratado de un engaño: Joice Heth no tenía más de ochenta años. Pero aquella noticia no perjudicó la carrera de Barnum, antes bien, le permitió forjarla. La utilizó para darse publicidad, contándole a la prensa neoyorquina una historia tras otra en el transcurso de muchos meses: en realidad Heth seguía viva, el cadáver era el de otra mujer diferente, Barnum había sido engañado, Barnum era el embaucador... Comprendió como pocos cómo funcionaban los nuevos medios de comunicación (en un momento dado se dijo que tenía veintiséis periodistas en nómina) y enseguida se percató de que las claves

de su carrera no eran la verdad y la fiabilidad, sino la notoriedad y la capacidad de ofrecer una historia entretenida.

Extrañamente, todo esto se deja fuera de ese inexplicablemente exitoso musical protagonizado por Hugh Jackman sobre la vida de Barnum.

Barnum fue capaz, asimismo, de enfrentarse a las obsesiones de la época; era un tiempo de fascinación con la ciencia médica, desde los avances genuinos hasta las teorías raciales políticamente motivadas y, por supuesto, el curanderismo. Esto no era de extrañar: si quieres ganar dinero y no tienes muchos escrúpulos sobre cómo conseguirlo, entonces hay pocos negocios mejores en los que meterse que el negocio de curar las dolencias de la gente. La historia de la medicina está plagada de vendedores de humo que ofrecen curas ficticias y remedios dudosos. En algunas ocasiones anuncian literalmente «aceite de serpiente», como en el caso del Linimento de Aceite de Serpiente de Clark Stanley que, en un caso emblemático de 1916, fue probado por la Oficina de Química de Estados Unidos y se comprobó que contenía exactamente un cero por ciento de serpiente. El señor Stanley aceptó una multa de veinte dólares y legó a la lengua inglesa una nueva expresión para decir «charlatán»: «*snake oil salesman*» (literalmente, vendedor de aceite de serpiente).

Ahora bien, Stanley no fue el único. Por ejemplo, pensemos en el Hadacol, el célebre y pestilente líquido marrón que se comercializó en los años cuarenta y cincuenta como una cura para un amplio repertorio de dolencias, cuando todo lo que contenía en realidad era unas cuantas vitaminas y, lo que probablemente fuera más relevante para sus cifras de ventas, un doce por ciento de alcohol.

Pero el negocio de la falsa medicina fue mucho más allá y llegó a ser harto más extraño que el engaño a los crédulos para que comprasen botellas de líquido que no les curaría ningún mal. Entre los curanderos más notables y exitosos de la historia del siglo XX estaba el «doctor» John R. Brinkley,

más conocido por sus coetáneos como «el doctor de las glándulas de cabra».

¿Por qué le llamaban el doctor de las glándulas de cabra? En fin. Me alegra que hagas una pregunta tan interesante.

La razón es que trasplantaba testículos de cabra a los humanos. Para ayudar a curar la impotencia.



John R. Brinkley, con una radio, probablemente pensando en las glándulas de cabra.

Brinkley no era médico, pese a que usase ese título. Jamás se graduó en ninguna facultad de medicina reconocida, aunque no fue porque no lo intentara. Siempre había sentido una vocación por la profesión médica y se matriculó en varios grados de Medicina, pero las circunstancias económicas y, uf, una complicada vida personal (en cierta ocasión secuestró a su propia hija y se la llevó a Canadá) contribuyeron a que nunca terminase ninguno de ellos.

Pero no estaba dispuesto a permitir que una insignificancia como esa se interpusiera en su sueño de ejercer la medicina, así que abrió un consultorio en Kansas. Inicialmente era, de hecho, un consultorio muy decente; hizo un trabajo excelente tratando a las víctimas de la pandemia de la gripe de 1918. Pero no tardó mucho en ocurrírsele la idea que le haría rico. Al enfrentarse a

un paciente preocupado por su rendimiento sexual, acabó de algún modo trasplantando un par de testículos de cabra al escroto del hombre.

Obviamente, esto no surtió en realidad efecto alguno, aparte de dotar al caballero de un par de pelotas temporales extra (que acabarían desapareciendo con el tiempo) y de una sensación renovada de confianza en sí mismo. Pero el tratamiento alcanzó mucha popularidad, alimentado por el agresivo márketing de Brinkley y la coincidencia fortuita (para él) de que la mujer de uno de sus primeros pacientes concibiese posteriormente un hijo. El hijo era humano, que quede claro, no una especie de híbrido espeluznante de cabra y humano.

Puede que Brinkley no fuese un buen médico, pero fue un publicista excelente y un pionero en ese campo. Fue uno de los primeros en percatarse del potencial del relativamente novedoso medio de la radio. Creó su propia emisora de radio en Kansas, que utilizó para promocionar con sumo optimismo sus tratamientos. Cuando la Comisión Federal de la Radio acabó retirándole su licencia de radio (poco después de que el Consejo Médico de Kansas le quitara su licencia médica), simplemente cruzó la frontera de México y continuó emitiendo desde allí con un transmisor de alta potencia.

A raíz de esas dos decisiones, se animó a entrar en el mundo de la política y estuvo a punto de convertirse en el gobernador de Kansas. Presentándose a las elecciones en 1930 como candidato por escrito, probablemente habría ganado de no haber sido por una norma que especificaba que su nombre solo contaba si estaba escrito de una manera concreta, con lo que se invalidaron decenas de miles de votos emitidos en su favor.

Ah, y además muchos de sus pacientes murieron porque no era muy buen médico. Todo le salió mal cuando decidió demandar por difamación a un crítico de sus formas de trasplantar glándulas de cabra; perdió, y perdió estrepitosamente, y en la tormenta posterior de demandas que se cruzaron

en su camino, muchas de ellas por muerte por negligencia, se declaró en bancarrota.

Puede que sean muchos los curanderos que han hecho su fortuna a lo largo de los años, pero al menos uno de ellos hizo realmente —si bien de manera accidental— un descubrimiento médico legítimo e incorporó a la lengua inglesa una palabra para designarlo. Fue el doctor Anton Mesmer que, en el siglo XVIII, se convirtió en la comidilla primero de Viena y luego de París, por sus innovadoras teorías médicas y por el efecto extraordinario que estas provocaban en los miembros de la alta sociedad.

Mesmer fue promocionando su teoría del «magnetismo animal»: la creencia de que un fluido invisible que lo permeaba todo bañaba supuestamente el universo, conectando todos los seres vivos con los cuerpos celestes. Con esta teoría como soporte de su labor médica, trataba a las personas en consultas especiales, que normalmente consistían en mirarlas fijamente, restregarlas y hacerles sujetar una barra de hierro. Esto producía un efecto increíble en los pacientes, y las élites adineradas de Europa acudían en tropel para recibir los tratamientos de Mesmer.

Esto alcanzó su punto crítico en París, en 1778.

El rey Luis XVI estaba muy preocupado, pues su esposa María Antonieta —la célebre *influencer* que promocionaba los pasteles, unos años antes de que se viera envuelta en el timo del collar de Jeanne de Valois-Saint-Rémy— se había hecho devota del mesmerismo, actuando como patrocinadora de Mesmer y fomentando su negocio, de suerte que la aristocracia acudía a las clínicas de este para poder tocarse con barras de hierro. Así pues, Luis hizo lo que haría cualquier rey ilustrado: reunió una comisión de las mentes más brillantes de Francia para investigar la verdad de la teoría de Mesmer. Los expertos concluyeron que estas teorías eran patrañas, y el austriaco fue expulsado de la ciudad; no obstante, eso no impidió que sus teorías le sobrevivieran y disfrutaran de un resurgimiento en Estados Unidos muchas décadas después.

Por supuesto, lo que Mesmer había descubierto no era una teoría del magnetismo biológico ni nada semejante. Con lo que se había topado en realidad —la razón por la que sus tratamientos parecían producir un efecto tan profundo y el motivo por el que todavía se sigue utilizando en inglés el verbo «*mesmerise*»— era, de hecho, con el hipnotismo.

Lo que había descubierto era que la mente humana es una cosa muy extraña, y que puede ser engañada fácilmente; y, de hecho, con frecuencia puede engañarse a sí misma, incluso hasta el extremo de provocar efectos físicos.

Curiosamente, de eso trata el próximo capítulo.

8

Delirios populares ordinarios

En el país del Reino Unido, en el período prenavideño del año 2018, un importante centro de transporte llamado aeropuerto de Gatwick se cerró durante tres días porque la gente veía luces en el cielo. Huelga decir que aquello resultó enormemente perturbador para la gente de ese país: el segundo mayor de los aeropuertos de Londres, cerrado a cal y canto durante el que posiblemente sea el momento de más desplazamientos del año, porque alguien estaba haciendo volar un dron por la zona. Se cancelaron en torno a un millar de vuelos y se quedaron en tierra unas ciento cuarenta mil personas. Para una nación agitada, dividida por las disputas políticas internas, y enfrentada a las turbulencias más profundas en el escenario internacional del que guarda memoria la mayoría de la gente, aquello no podría haber sucedido en un momento peor.

Es posible que algunos lectores hayan oído algo respecto de este asunto.

Quizá estés pensando: «Guau, cielos, gracias por contármelo, qué pequeña perla fascinante y desconocida has desenterrado en los campos anteriormente intactos de la historia antigua».

En retrospectiva, los sucesos de esos tres días parecen sacados de... en fin, una novela de suspense de aeropuerto. El dron de Gatwick fue una historia de fantasmas para nuestra era de tecnopánico. Quienquiera que

estuviera detrás del dron parecía tener un conocimiento misterioso y casi sobrenatural de lo que estaba ocurriendo; como un supervillano de película, siempre lograba ir un paso por delante. Cada vez que se divisaba el dron, se desvanecía de nuevo antes de que las autoridades pudieran rastrearlo; cada vez que el aeropuerto estaba a punto de volver a abrirse, reaparecían en el último minuto, como por arte de magia, esas espeluznantes luces en el cielo. La prensa estaba repleta de historias del comportamiento casi burlón del dron, que pasaba rozando la torre de control para luego volver a esfumarse; centenares de personas vieron el dron y, sin embargo, incluso en una época en la que todo el mundo lleva en el bolsillo una cámara de alta definición conectada a internet, este logró evitar ser captado salvo en un par de vídeos completamente sin verificar, que mostraban una mancha gris contra un gran cielo gris.

La razón por la que traigo esto a colación es que, varios meses después del incidente, y sin que la policía estuviese cerca de atrapar al culpable, Chris Woodroofe, el director de operaciones de Gatwick, concedió una entrevista a la BBC. Al hacerlo, mostró mucho interés en rechazar lo que la BBC describía altivamente como «una teoría, que circula por la red, según la cual no ha habido ningún dron». [1] (El reportaje de la BBC curiosamente pasa por alto el hecho de que la fuente original de esta «teoría en línea» era... una información de la BBC sobre una declaración oficial de la policía, según la cual existía «una posibilidad de que de entrada no hubiera habido ninguna actividad auténtica de drones».) [2]

La prueba de la presencia de un dron era que, en palabras de la BBC, la policía había registrado «ciento treinta avistamientos creíbles e independientes de drones por un total de ciento quince personas, todas las cuales menos seis eran profesionales entre las que figuraban agentes de policía, personal de seguridad, personal del control de tráfico aéreo y pilotos». El señor Woodroofe se fiaba de esas personas: «Sabían que habían visto un dron. Yo sé que vieron un dron». [3]

Mmm.

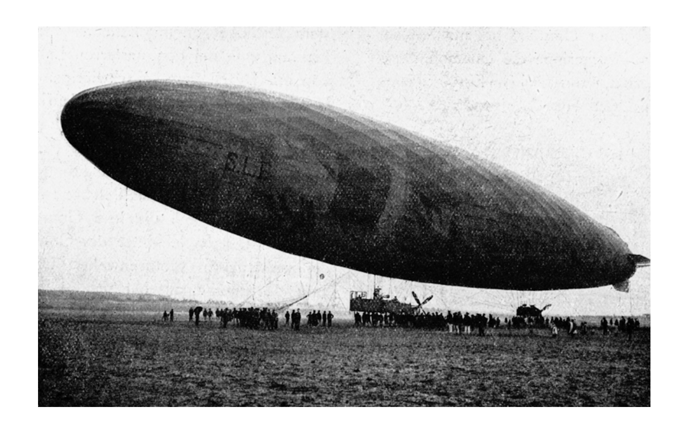
Mi propósito aquí no es decir: «Definitivamente no había ningún dron en Gatwick, chicos». ¡Es probable que hubiera un dron! ¡Los drones son muy comunes, y esto tiene toda la pinta de ser algo factible! Probablemente se tratase de un Estado nacional hostil que estuviera haciendo una prueba para algo indefiniblemente malo, o de un fabricante de equipos antidrones que pretendía estimular un pequeño negocio, o simplemente de algún gilipollas.

Quiero dejar esto meridianamente claro, porque de lo contrario puedo asegurar que, el día que se publiquen estas páginas, en todos los periódicos del país aparecerá el titular: UN SOSPECHOSO POR EL DRON DE GATWICK ES ARRESTADO, LO CONFIESA TODO, OFRECE PRUEBAS DETALLADAS QUE DEMUESTRAN QUE DEFINITIVAMENTE HABÍA UN DRON. A fin de cuentas, esto es un libro y, a diferencia de internet, no puedes dar marcha atrás y borrar los pasajes más embarazosos. Si te soy sincero, es un auténtico fastidio.

Y, sin embargo..., persiste una sospecha inquietante cada vez que leo esa explicación de por qué debe de haber sido un dron. Y es simplemente porque uno de nuestros errores más habituales como humanos es nuestra sobrevaloración de la fiabilidad de los testigos oculares y, por decirlo con suavidad, nuestra creencia en que «más testigos oculares» es igual a «más testigos fiables» no es necesariamente cierta.

En el «campo indefinido» del reverso de la verdad del que hablaba nuestro ensayista francés favorito del siglo XVI Michel de Montaigne, son muchas las personas que nos inducen a error, como ya hemos visto en este libro. Los medios de comunicación nos engañan, los mapas nos mienten, los timadores nos embaucan, los políticos nos manipulan, los empresarios nos estafan y los curanderos nos matan. Ahora bien, ¿cuáles son en realidad las falsedades profundamente arraigadas? No son obra de los demás, sino obra nuestra. Y esa inquietante sospecha es tanto mayor porque, en fin, todo ese asunto del dron suena un tanto familiar.

En el país del Reino Unido, en la primavera del año 1913, la gente vio luces en el cielo. Era una nación agitada, al borde de profundas turbulencias internacionales, y aterrorizada por las nuevas tecnologías. Era el Gran Pánico de las Aeronaves Fantasmas de 1913.



Una aeronave alemana de 1912.

Durante varios meses de la primavera de 1913, llegaban noticias de toda Gran Bretaña e Irlanda de misteriosas maniobras de aeronaves en los cielos sobre el país. Hubo centenares de avistamientos, de miles de testigos oculares, desde todos los extremos de estas islas. Las noticias sobre aeronaves abarcaban desde Dover en Kent hasta Bovisand Bay en Devon; desde Sanday en Orkney hasta Galway en Irlanda, y todos los lugares intermedios; los avistamientos llegaban desde Kircaldy, Leeds, Londres y Portsmouth; desde Hornsea, Carnarvon, Cromer, Shepton Mallet, Ilfracombe y Chatham; y desde muchísimos lugares más. [4]

En realidad todo comenzó en el invierno de 1912. Por aquel entonces, el Reino Unido vivía en un estado de profunda ansiedad generalizada. Todo el mundo percibía que la guerra se cernía amenazadoramente. Las personas —en particular ciertos sectores de la prensa— que estaban más convencidas de que se avecinaba la guerra eran también las que más contribuían a empujar al país hacia ella.

Francis Hirst, a la sazón editor de *The Economist*, escribiría más tarde, en 1913, en su libro *The Six Panics* [Los seis pánicos] que «en unos cuantos días, el *Daily Mail* fue capaz de anunciar: "Hoy en día está establecido fuera de toda duda que las aeronaves de alguna potencia extranjera, presumiblemente alemanas, están haciendo vuelos regulares y sistemáticos sobre este país"». [5]

De hecho no estaba establecido fuera de toda duda. Los alemanes tenían en efecto al menos una aeronave en ese momento, pero todos los registros históricos sugieren que esta jamás logró acercarse al Reino Unido. Desde luego no hizo centenares de viajes a todos los rincones de las islas Británicas e Irlandesas en el transcurso de varios meses. Es posible que en un par de ocasiones se avistase una aeronave real; la era de la aviación estaba todavía en sus inicios, y no eran desconocidos los vuelos experimentales de naciones o de aficionados. Pero la inmensa mayoría de ellos —todas esas luces en el cielo, vistas por todos esos miles de testigos oculares— no pudieron haber sido otra cosa que una inmensa alucinación colectiva a escala nacional. Una de las cosas divertidas del Pánico de las Aeronaves Fantasmas de 1913 es que ni siquiera fue el único de aquella época. Había habido un pánico aeronáutico precursor y más pequeño en el Reino Unido en 1909 y, en ese mismo año, se produjo una alucinación colectiva similar sobre una máquina voladora en Estados Unidos.

Esta sucedió porque un tipo llamado Wallace Tillinghast declaró al *Boston Herald* que había inventado «la primera máquina voladora fiable del mundo más pesada que el aire» y la había pilotado cuatrocientos ochenta kilómetros desde Worcester, en Massachusetts, hasta Nueva York y Boston, ida y vuelta. El hecho de que nadie hubiera detectado ese supuesto vuelo, incluido el trayecto en el que rodeó la Estatua de la Libertad, se atribuyó a la circunstancia de que había sucedido de noche. (Tillinghast se negaba a mostrar a nadie su vehículo a la luz del día.)

La profunda inverosimilitud de todo esto no impidió que los habitantes de Nueva Inglaterra informaran de un número inmenso de avistamientos en los cielos del artilugio de Tillinghast durante las semanas siguientes, de todos los cuales se hizo eco con entusiasmo la prensa. Todo empezó el 20 de diciembre, con un hombre que decía haber visto luces volando sobre el puerto de Boston, lo que el *Boston Globe* publicó en primera plana bajo el titular «Aeronave desconocida hace un vuelo nocturno». La rectificación del día siguiente (que lo que el hombre había visto resultó no ser una aeronave sino un barco, que resultó haber estado en el agua en vez de en el cielo) se ubicó en un sitio ligeramente menos prominente en la página 12.

El 22 de diciembre, más de dos mil personas del área de Worcester habían declarado haber visto luces que volaban en círculos en el cielo. Al día siguiente, las nuevas noticias sobre la aeronave, propagadas por teléfono, llevaron a unos cincuenta mil residentes de Worcester a llenar las calles. En Nochebuena, hubo treinta y tres avistamientos separados en lugares tan distantes como Nueva York, Vermont y Rhode Island. El extraordinario vehículo del señor Tillinghast tenía un alcance considerable.

Estos avistamientos no eran simplemente de luces; muchos de los testigos oculares insistían en que habían podido ver la estructura de la nave e incluso habían podido distinguir a dos hombres sentados en ella. El propio Tillinghast seguía el juego, actuando con mucho misterio y desapareciendo durante largos períodos de tiempo, para luego regresar como azotado por el viento.

Pero entonces, al igual que sucedió con el Gaseador Loco de Mattoon de hace unos capítulos, el estado de ánimo de la prensa cambió de repente. En Nochebuena, un solo periódico tachaba aquello abiertamente de alucinación y escribía: «La epidemia de visión infectada que ha puesto patas arriba Massachusetts golpeó con fuerza la ciudad ayer a última hora». A los pocos días, toda la prensa había cambiado súbitamente de parecer y se mofaba de los crédulos por haberse tragado el cuento.

Te sorprenderá saber que jamás ha aparecido prueba alguna de que Tillinghast tuviera de veras un avión.

Lo que todo esto ilustra es simplemente que —a pesar de la enorme importancia que concedemos a los testigos oculares, las experiencias personales y los múltiples informes sobre una misma cosa— nada de ello es necesariamente demasiado fiable. Somos increíblemente proclives a engañarnos a nosotros mismos: somos falibles y sugestionables, y nos da miedo ir contra la multitud. Se trata de un bucle de retroalimentación de la charlatanería a escala social; dado que cada nuevo informe añade más peso a la idea de que algo debe ser verdad, la gente empieza a realizar esos actos de «mendacidad espontánea», y nadie está dispuesto a admitir que tal vez no existiese nada desde el principio.

Esto no se limita únicamente a las creencias falsas; las extrañas obsesiones grupales son frecuentes a lo largo de la historia. Es en el campo de los rumores y los delirios colectivos donde nuestra tendencia hacia la irracionalidad contagiosa se manifiesta con más fuerza, y esto sucede especialmente cuando aquello que todo el mundo imagina es algo que todos podemos temer. La idea de los «pánicos morales» es una invención bastante reciente, pero estos existen desde hace muchos siglos. Y las formas en las que ocurrían en el pasado parecen espeluznantemente similares a lo que vemos en la actualidad.

En estas se repiten unos temas sorprendentemente comunes: por ejemplo, el temor súbito y generalizado a que alguna fuerza externa maligna esté causando la reducción o incluso la desaparición de los genitales de los individuos. Esto es algo que se ha referido muchas veces a lo largo de la historia, en múltiples culturas diferentes (el término médico técnico para ello es «koro»). En 1967 se produjo un brote de pánico por la reducción del pene en Singapur. Un hospital informó de que, en su punto máximo, estuvieron tratando a diario a setenta y cinco hombres que estaban convencidos de que su polla se estaba empequeñeciendo y acabaría por

desaparecer por completo. En Nigeria, en 1990, hubo una epidemia de penes evanescentes atribuida a la hechicería.[6] En la Europa medieval era frecuente el miedo a que las brujas robaran los penes (y los colocaran ocasionalmente en los árboles).[7]

Los humanos somos extraños.

Otra categoría importante es el pánico en torno a la comida y la bebida contaminadas. Abundan los ejemplos al respecto: desde los rumores persistentes de que las golosinas de los niños han sido envenenadas hasta los rumores que se propagaron por algunas partes de Oriente Medio a finales de los años noventa de que el chicle había sido enriquecido con afrodisíacos que provocarían un comportamiento sexual incontrolable.[8] Pero nada parecido siquiera a las dimensiones que llegó a adquirir el pánico al envenenamiento que se apoderó de Francia hace setecientos años.

Hoy en día existe preocupación (totalmente justificable) por el papel de las plataformas tecnológicas como WhatsApp en la propagación de rumores y la incitación a la violencia en numerosos países del mundo. Pero es fácil caer en la trampa de creer que, solo porque se esté utilizando una nueva tecnología en un acontecimiento, dicha tecnología ha de ser la causa de este.

En abril de 1321, se propagó el pánico por la ciudad de Périgueux en el sudoeste de Francia. El rumor decía que se había descubierto un complot para envenenar el pozo de la localidad. En la época medieval, el envenenamiento del abastecimiento de agua era lo más parecido a un arma de destrucción masiva.

Para entender el contexto, el continente había sido devastado en los años previos por una gran hambruna que había matado a un número sin precedentes de personas. La muerte flotaba en el ambiente y la gente estaba comprensiblemente preocupada.

En Périgueux, la fábrica de chismes decidió quiénes eran los culpables: los leprosos. El alcalde hizo arrestar a todos los enfermos de lepra de la ciudad. Diez días después, todos ellos fueron quemados en la hoguera, y sus propiedades fueron confiscadas y vendidas a los señores locales.

Pero el pánico no se detuvo en Périgueux. En los días siguientes se acusó a los leprosos del envenenamiento del pozo en Martel, al este de Périgueux; en Lisle-sur-Tarn, a más de ciento sesenta kilómetros al sudeste, y en Pamiers, unos trescientos kilómetros al sur. [9]

La teoría era que los leprosos estaban intentando propagar su enfermedad a la mayoría no infectada; se trataba de una paranoia acerca de la enfermedad, sí, pero también acerca de la conversión y el reemplazo demográfico. Los leprosos «estaban conspirando contra la salud pública», escribió el inquisidor Bernardo Gui, «... con el fin de que las personas sanas, al beber o usar esa agua, se infectasen de tal manera que pudiesen contraer la lepra o morir, o fuesen destruidas desde dentro; y de esta guisa aumentará el número de leprosos y disminuirá el de individuos sanos». [10]

Durante los tres meses siguientes, el pánico se propagó desde la zona de Toulouse por gran parte de Francia, pasó de una persona a otra, de una localidad a otra. Se expandió a través de las fronteras, por lo que hoy es España. A principios de junio, el rey Jaime II de Aragón, temiendo que su tierra estuviese siendo infiltrada por una amenaza extranjera, ordenó cerrar a cal y canto la entrada de leprosos en el reino hasta que pudiera averiguarse lo que estaba sucediendo. A finales de junio decidió que aquello no era suficiente e hizo arrestar a todos los extranjeros.

En julio, el rey de Francia había emitido órdenes que exigían el arresto y la tortura de los leprosos. Centenares de estos fueron ejecutados. En Toulouse, la contabilidad oficial de ese año añadió una nueva sección para los ingresos generados por la confiscación de la propiedad de los leprosos ajusticiados.

Pero después, en el transcurso del verano de 1321, la teoría de la conspiración mutó. Lo que había comenzado siendo una simple paranoia propagada a través del cotilleo de persona a persona, se adentró entonces en la esfera política y, una vez que un rumor deviene político, los poderosos intentarán moldearlo para que encaje en sus planes. El cambio más notable aquel verano tuvo que ver con los supuestos culpables. De repente ya no era culpa de los leprosos, sino de los judíos o de los musulmanes.

En Chinon se ejecutó a ciento sesenta judíos.

Finalmente, al terminar el verano, la gente comenzó a sospechar que, de hecho, nadie había estado envenenando en realidad los pozos. El rey Felipe de Francia acabó ordenando la liberación de los leprosos encarcelados, lo cual probablemente no habría supuesto mucho alivio para todos los que habían sido ajusticiados.

Pero el rumor no murió ahí. El pánico inmediato había acabado, pero la idea de que estaban envenenando los pozos continuó propagándose por Europa, a veces permaneciendo latente durante años para reaparecer más adelante. Regresó con fuerza por gran parte de Europa en 1348, cuando el continente estaba siendo asolado por la peste bubónica y reinaba la paranoia de la infección. En el Imperio germánico, centenares de asentamientos judíos fueron quemados hasta los cimientos en consecuencia.

Es importante recordar que esto no solo fue anterior a la era de los medios sociales; fue previo a la era de los medios de comunicación de masas, y punto. Fue casi trescientos años antes del primer periódico. Lo más rápido que podía viajar la información era a la velocidad de un caballo.

Pero, sin embargo, muchos de los elementos resultan... familiares. Se trata de un rumor que circula de boca en boca, absolutamente carente de fundamento: *fake news*, si queremos llamarlo así. La idea se propaga como la pólvora. Se vuelve viral, podríamos decir. Cruza las fronteras, muta con el tiempo, resurge una y otra vez, y tiene consecuencias terribles. Como hemos visto, los pánicos acerca de alguna siniestra fuerza externa que

adultera nuestra comida y nuestra bebida se han repetido sin cesar a lo largo de la historia; en nuestros días continúan siendo una de las categorías principales de rumores virales en Facebook.

Por supuesto, si queremos hablar de estas clases de cazas de brujas, probablemente necesitamos comentar las cazas de brujas más notables de todos los tiempos, a saber: las cazas de brujas reales. Son muchos los ejemplos que cabría escoger para ilustrar la locura de la brujería que se apoderó de Europa durante varios siglos, pero centrémonos en un rey de la caza de brujas.

Según los estándares de la mayoría de los dirigentes históricos, Jacobo VI de Escocia (alias Jacobo I de Inglaterra e Irlanda) no fue en realidad un tipo tan malo. Moderadamente cuerdo; logró mantener unido un grupo de países divididos por las disputas religiosas; nunca pareció estar totalmente inmerso en todas las persecuciones de católicos que venían implícitas en su trabajo; casi con seguridad llegó a tener relaciones sexuales con sus cortesanos favoritos. Bonificación: la Biblia del rey Jacobo, que es una Biblia muy bien escrita.

Pero Jacobo estaba absolutamente obsesionado con las brujas.

No obsesionado con las brujas al estilo de «tenía la película *The Craft* (*Jóvenes y brujas*) en VHS, se tiñó el pelo de negro y le fascinaba Neil Gaiman». Más bien a la manera de «supervisaba personalmente sus torturas».

Jacobo introdujo básicamente el concepto de caza de brujas en Escocia, poniendo en marcha décadas de persecución por todo el país. No solo ordenó los primeros juicios por brujería a gran escala en Escocia, sino que también escribió literalmente el libro sobre el tema. El libro se vendió muy bien (como cabía esperar, habida cuenta de que él era el jodido rey) y contribuyó a atizar una obsesión nacional con las brujas que conduciría a la ejecución innecesaria de un montón de mujeres y unos cuantos hombres.

Jacobo aprendió su mortífero pasatiempo en Dinamarca, un país ya loco por las brujas, adonde había viajado para recoger a su nueva novia adolescente, Anne, la hermana del rey danés. El intento de Anne de navegar hasta Escocia tras el arreglo de su matrimonio había fracasado debido al mal tiempo, de modo que Jacobo fue a buscarla, pero él mismo se topó con unas peligrosas condiciones tormentosas que le dejaron atrapado allí. Al final, habiendo partido en octubre de 1589, Jacobo no regresó a Escocia hasta mayo del año siguiente. Durante todo ese tiempo, la pareja se casó, fue de luna de miel, visitó las atracciones turísticas, frecuentó al genio de la astronomía y gran bebedor Tycho Brahe y, en general, parece que se lo pasó muy bien.

Pero Jacobo tuvo siempre un toque de paranoia (no injustificada, dada la cantidad de gente que quería asesinarle de veras) y regresó a Escocia cavilando sin parar sobre sus viajes frustrados. Reflexionando sobre la pregunta «¿Cómo ha podido ser tan malo el tiempo durante todo el invierno?», Jacobo dio con la respuesta «por las brujas», en lugar de la más evidente «porque vives en la maldita Escocia». «¡Oh, sí! —dijeron sus nuevos amigos daneses, asintiendo sabiamente con la cabeza—, sin duda fueron las brujas. Las clásicas brujas.»

Y así comenzaron los juicios de brujas de North Berwick, en los que nada menos que setenta personas fueron procesadas por diversas actividades relacionadas con la brujería. Los principales «culpables» fueron brutalmente torturados para que confesasen, y el propio Jacobo participó en varias de las sesiones de tortura. Entre las actividades confesadas registradas en «Noticias de Escocia», el panfleto de Jacobo que divulgó su triunfo en la caza de brujas, figuraban las siguientes: besar las nalgas del Diablo, ser lamidas en un sitio íntimo por el Diablo, ser usadas carnalmente por el Diablo y provocar las tormentas arrojando un gato al mar.



El rey Jacobo examinando a unas brujas, tomado de su libro *Demonología*.

A lo largo de las cinco o seis décadas siguientes, se calcula que fueron ejecutadas por brujería mil quinientas personas aproximadamente. La cifra es muy elevada, pero nada en comparación con las áreas germanoparlantes del Sacro Imperio Romano, donde fueron ajusticiadas nada menos que veinticinco mil personas. En total, es posible que murieran cincuenta mil personas por toda Europa durante el período de la obsesión con las brujas. Tal vez merezca la pena recordar estos datos la próxima vez que alguien sugiera que está siendo víctima de «la mayor caza de brujas de la historia».

¿Por qué? ¿En qué demonios estaba pensando todo el mundo? Se han propuesto montones de explicaciones, muchas de ellas relacionadas con el hecho de que el siglo XVII era una época de un caos religioso y sociopolítico en un continente entero bajo el signo del «solo se vive una vez». (A veces se describe como «la Crisis General», debida a la enorme cantidad de mierda que salpicaba por todas partes; recordemos la melancólica lista de Robert Burton de los acontecimientos noticiosos que no cesaban de producirse.) ¿Era la obsesión con las brujas una consecuencia de las crisis económicas? ¿De la Pequeña Edad de Hielo? ¿Una tentativa de genericidio? ¿Una manera ingeniosa de librarte de personas que no te gustaban?

(Esto no es ninguna broma; en realidad es una teoría de ciertos antropólogos muy respetados. Versión resumida: al examinar los juicios de brujas ingleses, la mayoría de los acusados parecen haber sido unos auténticos capullos como vecinos, y todo el mundo se alegraba de todo corazón de deshacerse de ellos.)

Un estudio reciente argüía incluso que la obsesión con las brujas fue adoptada y acentuada por las Iglesias rivales católica y protestante como una efectiva técnica de ventas. (Como se dice en el artículo: «Los juicios de brujas en Europa reflejaban una competencia no basada en los precios entre las Iglesias católica y protestante, por su cuota del mercado religioso en partes de la cristiandad en controversia confesional».) [11] En otras palabras, en las áreas en las que los confesionarios católicos y protestantes estaban en competencia directa se celebraban muchos juicios de brujas; en las áreas en las que la Iglesia católica seguía siendo dominante se veían muy pocos. No obstante, yo no tengo forma de juzgar cuánto hay de cierto en esta teoría, pues no soy un economista de la brujería.

Ahora bien, tanto si escogemos una única explicación de la obsesión europea con las brujas como si decidimos que probablemente hubo un poco de todas ellas, nunca vamos a contar con una Teoría Unificada de la Caza de Brujas. Y es que, por descontado, la caza de brujas no es solo un pasatiempo europeo. Dependiendo de cómo definamos exactamente los términos «bruja» y «caza», podemos argüir que las cazas de brujas han acontecido en algún momento de la historia prácticamente en todas las culturas del mundo.

Al fin y a la postre, todo podría reducirse a un problema bastante fundamental que tenemos los humanos: cuando nos enfrentamos a la sobrecogedora complejidad del mundo y a todas las frustraciones que conlleva vivir en él, nos gusta bastante ser capaces de apuntar con el dedo a un grupo de personas que no son de los nuestros y decir «¡La culpa es suya!». Y, si no lo hacemos nosotros mismos, normalmente habrá alguien

que se beneficie al decirnos a quién culpar. Las brujas han sido una opción históricamente popular, pero entre otras cabezas de turco habituales se incluyen los recientes migrantes, los judíos, los comunistas y los iluminados; a veces, si tenemos suerte, esas cuatro condiciones se dan a la vez.

Esto afecta obviamente a las creencias en su nivel más fundamental, y no es de extrañar que la religión pueda formar la columna vertebral de algunos de nuestros más disparatados delirios. Por escoger un ejemplo especialmente truculento: en 1962, dos hermanos timadores quisieron cometer una estafa en Yerba Buena, México. Decidieron que la población era crédula y podía ser engañada con un timo sobre un antiguo tesoro inca y el regreso de los dioses. Con tal fin, contrataron a una prostituta empobrecida llamada Magdalena Solís, de una localidad cercana, y la convencieron para que se hiciese pasar por una diosa inca reencarnada que dirigiría un culto. Desgraciadamente, Solís se metió tanto en el papel de diosa que llegó a creer que lo era de verdad y, como hacen con frecuencia las diosas, comenzó a exigir sacrificios de sangre. Al menos cuatro personas fueron asesinadas para que Solís y sus seguidores pudieran beber su sangre.

Nos gusta pensar que los monstruos de nuestra imaginación han quedado relegados al pasado, a los viejos tiempos, antes de que fuésemos modernos y sofisticados, cuando todo era sombra y oscuridad. Pero los monstruos nos han acompañado en el viaje; están siempre ahí, solo que a veces les ponemos nuevos rostros o diferentes nombres.

Por eso, por ejemplo, en el invierno de 1929, una banda de veinte hombres armados partió hacia los pinares de Nueva Jersey en busca de un monstruo real. En ese caso el monstruo era, como puedes adivinar, el Diablo de Jersey, la célebre historia del folclore local común en la región. El reportaje del *New York Times* sobre esta particular caza de monstruos describe al Demonio de Jersey como una «misteriosa aparición a la que se

atribuyen diversos rasgos como respirar fuego, tener alas, lucir colmillos, ser peluda y espeluznante». [12]

El interés en el Diablo de Jersey se había mantenido vivo mediante una combinación de chismes y rumores, alimentados por la atención sistemática de la prensa. La caza de monstruos de 1929 fue desencadenada por dos supuestos avistamientos: uno de ellos por un granjero, que encontró a su cerdo sacrificado y rastreó una serie de huellas de cuatro dedos hasta el bosque; el otro por dos escolares, que se habían topado una tarde en el bosque con un «monstruo negro y peludo con hocico de cerdo, que emitía unos chillidos extraños». [13]

Llamaron a la policía. Los perros se adentraron en el bosque para captar el olor de la bestia. Se formó la cuadrilla, que recorrió el pinar sin encontrar nada.

Por supuesto que no encontraron nada. No existe ningún Diablo de Jersey. Pero, sin embargo, la creencia en él y una corriente continua de historias han contribuido a mantener vivo al Diablo, con avistamientos regulares a lo largo de los siglos XIX y XX; sin duda el cuento continuará también este siglo. De hecho, la leyenda del Diablo de Jersey se remonta más atrás todavía. Según la versión local, empezó a aterrorizar la zona en 1735, cuando una lugareña llamada Ma Leeds dio a luz a un espantoso monstruo en Burlington, Nueva Jersey. En un principio ni siquiera se conocía como el Diablo de Jersey, sino simplemente como el «Diablo de Leeds».

Aquellos de vosotros que hayáis leído este libro en el orden tradicional desde el principio hacia el final puede que hayáis advertido ciertos aspectos familiares en el párrafo precedente.

1735. Burlington, Nueva Jersey. Leeds.

Exacto, el Diablo de Jersey era originalmente un mito acerca de la familia de Titan Leeds y nació el mismo año que Benjamin Franklin anunció la muerte prematura de Titan.

Me encantaría ser capaz de contarte en este momento que fue el propio Franklin quien inició la leyenda. Sería una excelente floritura de no ficción y un cierre triunfal para este libro. Por desgracia no puedo hacerlo. Imagino que podría haberla creado él, pero probablemente no lo hizo, y en todo caso no existe ninguna evidencia al respecto. La historia no es tan genial, así que tendrás que adentrarte en el capítulo final totalmente desprovisto de una satisfactoria reaparición de Ben Franklin. En lugar de ello, es más probable que Franklin y los creadores de la leyenda estuvieran simplemente respondiendo a lo mismo: esas viejas calumnias sobre Daniel Leeds como «precursor de Satanás», las mezquinas luchas religiosas intestinas y la política que, dos siglos más tarde, verían a hombres con pistolas merodeando por los bosques en busca de un demonio que solo existía en su imaginación.

No hemos dejado nuestros monstruos en el pasado. Nos han acompañado en cada paso del camino.

Conclusión. Hacia un futuro más veraz

A principios de 2018 visité las ruinas de la ciudad maya de Tulum y vi un pequeño y adorable mamífero comiendo con regocijo la pulpa de un coco. El animal en cuestión era un coatí, también conocido como cerdo hormiguero brasileño, un pariente del mapache, pero más lindo y con menos aire de brujería. Estaba encantado de ver uno, porque el cerdo hormiguero brasileño es un animal que nos dice un montón de cosas sobre la verdad y sobre lo mal que se nos da esta.

Verás, con el coatí sucede una cosa particularmente interesante, a saber: que en realidad no se conoce para nada como cerdo hormiguero brasileño. O, al menos, no hasta 2008, cuando ocurrió algo extraño.

Aquel año, Dylan Breves, un estudiante de Nueva York, fue de vacaciones a Brasil, vio unos coatíes y pensó, muy equivocadamente, que se trataba de cerdos hormigueros. No queriendo sentirse avergonzado por su lamentable desconocimiento de los mamíferos, hizo jocosamente una pequeña modificación en la página dedicada al coatí en Wikipedia, insertando la afirmación de que (lo has adivinado) también se conocía como cerdo hormiguero brasileño.

Hasta donde sabemos, antes de ese preciso instante (las 11.36 p.m. hora de Brasilia, del 11 de julio de 2008), nadie había empleado jamás la expresión «cerdo hormiguero brasileño». No se había escrito en internet, no había aparecido en ningún artículo académico ni se había publicado en ningún libro. [1]

Normalmente, un ligero acto de vandalismo como ese en Wikipedia sería descubierto y eliminado rápidamente por el ejército siempre vigilante de editores voluntarios. Pero, por cualquier motivo, a pesar de que los cerdos hormigueros no viven en Sudamérica y literalmente nadie había escrito jamás el sintagma «cerdo hormiguero brasileño» antes de Dylan, este superó la criba.

Y entonces, dado que aparecía en internet y la gente se fiaba de Wikipedia, no se tardó mucho en empezar a llamar de veras al coatí «cerdo hormiguero brasileño».

Como contó Eric Randall en el *New Yorker* en 2014, para entonces los periódicos como el *Daily Mail*, el *Telegraph* y el *Independent* habían aceptado el nombre y lo publicaban acríticamente.[2] La BBC también lo empleaba.[3] «Cerdo hormiguero brasileño suelto en Marlow», exclamaba el titular de un periódico local de Buckinghamshire cuando un coatí se escapó de una colección privada; «Así es entonces un cerdo hormiguero», rezaba el titular de otro periódico local en Worcester, encima de una fotografía de un coatí que no parecía un cerdo hormiguero.[4] Puedes encontrar fotos de coatíes con la denominación de cerdos hormigueros brasileños en los sitios web de *Time* y *National Geographic*, mientras que *Scientific American* llegó incluso a cambiar el orden tradicional de los nombres en un artículo sobre conservación, designándolo como «cerdo hormiguero brasileño, también conocido localmente como coatí».[5] Parece haber al menos un artículo científico serio de un grupo de auténticos zoólogos brasileños que emplea el nombre,[6] y este sintagma completamente inventado se ha usado en libros de al menos dos de las principales editoriales académicas. Uno fue publicado por University of Chicago Press («El coatí, también conocido como mapache de nariz de cerdo, oso snookum o cerdo hormiguero brasileño»);[7] el otro, editado por Cambridge University Press, repite maravillosamente el error en un pasaje acerca del gran naturalista del siglo XVIII Buffon, quien critica a otros naturalistas por repetir errores al copiar de

otros naturalistas. «La multiplicación de errores era una de las características más comunes de la historia natural del siglo XVIII.»[8] En efecto.

Todo esto plantea la pregunta: ¿sigue siendo incorrecto acaso? ¿Se conoce también realmente de hecho el coatí en la actualidad como cerdo hormiguero brasileño? ¿Consiguió una broma tonta cambiar el nombre de un animal, solo porque, si algo aparece en Wikipedia, entonces se propaga por el mundo hasta convertirse en verdadero?

Como sucede con frecuencia, la respuesta es: «Bueno, pues tal vez». La página que Wikipedia dedica a los coatíes no incluye ya la afirmación de que también se conocen como cerdos hormigueros brasileños, sobre la base de que no existen evidencias suficientes de que se trate de un uso generalizado. Y, desde 2014, cuando se publicó el artículo del *New Yorker* y se borró la afirmación, las referencias a ellos en estado salvaje parecen haberse ralentizado algo (hubo una mención en el *Guardian* en 2017, pero podría haberse tratado de una broma privada).[9] Pero no cabe duda de que el cerdo hormiguero brasileño anda en la actualidad por ahí afuera, en estado salvaje, y que, si todos nosotros acordamos llamar a los coatíes por un nombre totalmente equivocado, pues, maldita sea, así es como se llamarán.



Un cerdo hormiguero brasileño, fotografiado disfrutando de un tentempié en Tulum, México.

Esto podría sonar a broma barata a expensas de Wikipedia, pero en realidad no lo es; aunque, en justicia, este dista de ser el único incidente de

este tipo que afecta al sitio web. Está también el caso lamentable del inventor de la moderna plancha de pelo, en la que una referencia correcta (la señora C. J. Walker, una emprendedora afroamericana pionera) fue sustituida en agosto de 2006 por «Erica Feldman (la cara de caca)». Los administradores de Wikipedia se percataron enseguida del vandalismo... y eliminaron únicamente las palabras «la cara de caca», atribuyendo el mérito a Erica Feldman, quienquiera que fuese. El problema se solucionó hace mucho tiempo en Wikipedia y, sin embargo, si buscas en Google actualmente «alisador de pelo de Erica Feldman», encontrarás todavía un gran número de sitios web que te hablarán alegremente de las contribuciones de la señora Feldman al cuidado del cabello afroamericano.

Ah, y está también el caso del informe de la Investigación Leveson (el examen de «la cultura, las prácticas y la ética de la prensa del Reino Unido» realizado por el juez Leveson), que mencionó a un estudiante californiano de veinticinco años llamado Brett Straub como uno de los fundadores del periódico *Independent*, porque uno de los amigos de Brett había introducido su nombre en Wikipedia como una broma. [10] Decir que la prensa británica disfrutó con aquel asunto sería quedarse corto.

De hecho, Wikipedia tiene incluso una lista de las veces que ha sucedido esto, bajo el título «citogénesis» (un término acuñado por el dibujante del webcómic *xkcd* Randall Munroe), que incluye joyas como «la primera caja de cartón comercial fue fabricada en Inglaterra en 1817 por sir Malcolm Thornhill» (ahora replicada por todas partes en internet) y una enfermedad totalmente inventada llamada «glucojasinogen», que posteriormente apareció en múltiples artículos científicos. [11]

Los lectores con buena memoria puede que recuerden que, hacia el comienzo del capítulo 2, escribí: «Prometo no recurrir por costumbre en este libro al cortar y pegar de Wikipedia». [12] Solo puedo pedir disculpas. He mentido. Tendrás que aguantarte.

Pero lo cierto es que, en todos estos casos, el problema no es tanto Wikipedia como que la gente copie ciegamente de una única fuente y asuma que esta es correcta (y que luego se tome esa nueva fuente como prueba de que la primera fuente era correcta, y así sucesivamente). Como hemos visto una y otra vez en este libro, esta clase de información circular no es algo que se circunscriba a la era de internet; los bucles de retroalimentación de la charlatanería nos acompañan desde la invención de la imprenta, y probablemente desde mucho antes. El hecho de que el naturalista Buffon se quejase exactamente de lo mismo a finales del siglo XVIII quizá debería ponernos sobre aviso de que nuestro problema posiblemente no sea la excelente invención de Jimmy Wales.

Resulta bastante sencillo echar la culpa a Wikipedia (o a Twitter, o a los teléfonos, o a la prensa) de un problema sistémico de larga duración en nuestras formas de recopilar y distribuir el conocimiento, porque culpar a las cosas nuevas es fácil y divertido. Pero ello supone no captar el meollo de la cuestión. Esto se puso de manifiesto en un atrevido experimento realizado por un estudiante irlandés llamado Shane Fitzgerald en 2009, cuando se conoció la noticia de la muerte del compositor francés Maurice Jarre. Sabiendo que los periodistas de todo el mundo acudirían a la página de Wikipedia sobre Jarre, Fitzgerald inventó una cita del maestro demasiado buena para no usarla («Cuando muera se tocará un último vals en mi cabeza, que solo yo podré escuchar») y la añadió rápidamente a su página. Este particular acto de vandalismo se detectó y se borró enseguida, pero, en el breve paréntesis de su existencia, la cita logró abrirse camino hasta muchos de los principales periódicos del mundo. Y, a diferencia de Wikipedia, ninguno de ellos la descubrió y la borró; eso solo empezó a suceder un mes más tarde, cuando Fitzgerald les escribió para contarles lo que había hecho. Mediante esta prueba, se demostró que Wikipedia era en realidad considerablemente más fiable que la prensa mundial.

En todo caso, Wikipedia e internet en general nos permiten destapar la clase de errores que estamos cometiendo desde hace mucho tiempo. Cualquiera que disponga de una conexión de datos puede comprobar por sí mismo, hasta el último minuto, el momento exacto en que vino al mundo la idea falsa de que los coatíes son cerdos hormigueros brasileños. En la era anterior a internet, un rastreo semejante daba para un doctorado entero.

Esto supone un auténtico problema para la historia: son muchas las cosas que no sabemos y también son muchas las que creemos saber que quizá no sepamos en realidad, solo que por desgracia simplemente no sabemos lo que no sabemos en realidad. A título de ejemplo, consideremos la historia de la increíble coincidencia que desembocó en el inicio de la Primera Guerra Mundial. El asesinato del archiduque Francisco Fernando por Gavrilo Princip en Sarajevo el 28 de junio de 1914 se produjo en última instancia porque Princip se detuvo para comprar un bocadillo en la *delicatessen* de Moritz Schiller; un bocadillo que estaba comiendo cuando vio pasar la limusina del archiduque (que se había desviado de su ruta planeada). Aprovechó la oportunidad y el resto es... en fin, historia. Si a Princip no le hubiera entrado el hambre en ese preciso momento, o tal vez si hubiera decidido comer algo diferente, nunca habría estado en la posición para efectuar el fatídico disparo, y quizá el continente no se habría sumido en la guerra.

Es una historia estupenda sobre cómo el más nimio de los detalles puede tener enormes consecuencias. También es absolutamente falsa.

La fuente del relato parece haber sido un documental de la BBC de 2003 que incluía la historia del bocadillo —aunque, según el periodista Mike Dash, que rastreó el origen de esa anécdota, el director del documental no recuerda de dónde habían sacado el detalle del bocadillo— y se propagó como la pólvora. Ahora aparece por doquier en internet y hasta se incluyó en un libro del respetado periodista de la BBC John Simpson, que se titulaba, ejem, *Unreliable Sources* [Fuentes poco fiables].

Este fenómeno no es nuevo. Si eres un fan de las burbujas financieras, tal vez te haya sorprendido que, al enumerar otras burbujas financieras unos cuantos capítulos atrás, no mencionara la «tulipomanía» de 1637. Aquella fue posiblemente la burbuja financiera más famosa de todos los tiempos, en la que el precio de los tulipanes en los Países Bajos se disparó para luego desplomarse, dejando en la ruina a muchos especuladores de tulipanes. Ha sido un ingrediente básico en las discusiones acerca de la tendencia humana a la estupidez desde su aparición en la obra clásica de Charles Mackay de 1841 *Extraordinary Popular Delusions and the Madness of Crowds* (*Delirios Populares Extraordinarios y la Locura de las Masas*) (del que he robado descaradamente el título del capítulo 8, y también básicamente la idea de este libro). Por desgracia, parece haber sido, asimismo, si no completamente falso, al menos sumamente exagerado; Mackay sacó su información de un panfleto publicado por los oponentes de la especulación financiera y, en realidad, nadie se arruinó por la subida y la caída del precio de los tulipanes.

El problema de que muchas de las cosas que creemos saber resulten descansar sobre cimientos frágiles tampoco se limita a la historia. En la actualidad, la ciencia está atravesando una «crisis de replicación», en la que estamos descubriendo que un montón de conocimientos que creíamos bien fundados es posible que sean en realidad plenamente ilusorios. Todo esto es fruto a la postre de uno de los elementos fundacionales del «método científico» (nota para los sociólogos de la ciencia: sí, ya sé que no existe tal cosa como un método científico en singular; perdonadme la vida). Se trata del hecho de que los experimentos científicos están diseñados para permitir que cualquiera los reproduzca. Por eso se enseña a los alumnos a describir sus intentos de demostrar que Newton tenía razón con la forma clásica de Objetivos, Métodos, Resultados, Conclusión.

El problema estriba en que muchas veces nadie se molesta en realidad en reproducir los principales experimentos. Esto se debe en parte a las

estructuras de incentivos en la ciencia: nadie consigue las grandes becas ni los puestos en las universidades prestigiosas a base de copiar lo que alguien ha hecho con anterioridad. Si quieres progresar en el mundo académico, necesitas producir trabajos nuevos y originales que expandan nuestro conocimiento. Por desgracia, esto significa que nadie se molesta en comprobar de nuevo muchas de las cosas que pensábamos que constituían nuestros conocimientos actuales.

Esto es especialmente grave en el campo de la psicología, donde ciertos esfuerzos recientes a gran escala por reproducir un montón de estudios muy citados y ampliamente referenciados han desembocado en la inquietante conclusión de que en torno al cincuenta por ciento de ellos no pueden reproducirse realmente; podrían haber sido simplemente hallazgos casuales desde el primer momento. Lo más interesante es que, en el fondo, parece que los expertos en el campo tienen la sospecha de que los resultados son poco fiables. Los experimentadores ofrecieron a un gran grupo de expertos no conectados con el estudio un mercado de apuestas, donde podían apostar por cuáles de los experimentos creían que podrían reproducirse y cuáles no. Los mercados de apuestas resultaron ser asombrosamente acertados, lo cual tal vez sea una buena noticia para los fans del deseo humano de ganar dinero fácil, pero menos buena para el sistema de revisión por pares.

Ah, y si alguien está pensando «pero eso es solo psicología, ni siquiera es una ciencia real», entonces aquí viene lo divertido: también existe una crisis de replicación en física. Chúpate esa, Einstein. (Por si sirve de algo, hoy se cree que en torno al veinte por ciento de los artículos publicados por Einstein contienen errores de algún tipo. En muchas ocasiones, parece haber llegado de algún modo a la conclusión correcta pese a estar trabajando con supuestos incorrectos. Imagino que pensarás que eso es lo que hacen los genios.)

¿Adónde nos conduce todo esto? ¿Está en crisis la verdad? ¿Estamos condenados a vivir nuestras vidas en una niebla de desinformación? ¿Acaso

no somos todos en el fondo poco más que los coatíes, que saltan por las ruinas de una civilización antigua mientras los turistas los señalan y dicen «Mira, Doris, es un cerdo hormiguero brasileño»?

Creo que no. Es cierto que todos nadamos en un mar de medias verdades y algo así como mentiras, porque el mundo es estúpido y complicado, nadie sabe exactamente lo que pasa y así es como funciona nuestro cerebro. Pero eso no es una crisis. Así han sido siempre las cosas, simple y llanamente.

La cita con la que comenzó este libro, del explorador del Ártico Vilhjalmur Stefansson —«La contradicción más llamativa de nuestra civilización es la veneración fundamental por la verdad que profesamos y el profundo desprecio hacia ella que practicamos»—, podría parecer tomada de una obra dedicada a lamentar nuestra incapacidad de vivir a la altura de la verdad. Pero lo cierto es que toma el rumbo opuesto, sugiriendo que tal vez no debería sorprendernos tanto el hecho de que la verdad sea un bien escaso. «Es un poco ingenuo por parte de los filósofos diagnosticar a partir de la mera escasez de la verdad que el mundo padece una enfermedad incurable —escribe—. ¿No es posible simplemente que no puedan curarnos por la razón elemental de que no estamos enfermos?»

Creo que esto es lo primero que hemos de hacer si queremos mover la aguja desde la falsedad hacia la verdad: necesitamos no perder el control. Tenemos que entender que la charlatanería no dejará de acompañarnos, y que lo mejor que podemos aspirar a hacer es mantenerla a raya. (Esto es particularmente aplicable a los gobiernos que piensan en aprobar leyes para prohibir las *fake news*; eso podría causar problemas peores que el que estamos intentando solucionar.)

Pero creo que también podemos hacer algunas cosas prácticas como sociedad y a título individual.

Necesitamos contrarrestar la barrera del esfuerzo, y la manera de hacerlo es... bueno, pues dedicar un poco más de esfuerzo. Eso significa estar dispuestos a pagar para que haya gente que compruebe realmente las cosas

(¿cómo no voy a decir esto si yo soy verificador de datos?), pero también implica que todos los diferentes grupos de nuestra sociedad que trabajan más o menos en el campo de la verdad han de perfeccionar mucho su capacidad de trabajar juntos. Los académicos necesitan aprender a hablar con los periodistas, los periodistas necesitan aprender a hablar con los académicos, y en términos ideales, si pudieran no hacerlo únicamente mediante comunicados de prensa, el mundo sería maravilloso.

Pero tú mismo puedes contribuir también a contrarrestar la barrera del esfuerzo, simplemente esforzándote un poquito la próxima vez que sientas la tentación de compartir algo escandaloso en internet. Tan solo unos segundos. Comprueba la fuente. Búscalo en Google. Pondera si parece demasiado bueno para ser cierto.

A este respecto, también necesitamos comprobarnos a nosotros mismos. Cualquiera de nosotros, por muy comprometidos que creamos estar con la verdad, podemos caer con facilidad en la trampa del ego y descubrirnos deseando que las cosas sean ciertas. De hecho, cuanto más sinceros creamos ser, menos probable es que podamos estar alerta ante esa clase de sesgos. Por consiguiente, cuando hagas una pausa para comprobar la fuente de algo, pregúntate asimismo si está sacando partido de tus sesgos personales y si lo estás abordando con suficiente escepticismo. Y podemos aplicar esto a la sociedad en su conjunto: todos cometemos errores, y hemos de aplaudir más a aquellos de nosotros que estén abiertos a reconocerlos. Sí, en términos ideales los políticos no dirían falsedades, pero, oye, démosles al menos un poquito de crédito cuando se corrigen a sí mismos.

También vamos a necesitar llenar los vacíos de información existentes. Por supuesto, este es un proceso continuo que llevan a cabo a diario millones y millones de personas en el mundo entero, que trabajan en una amplia variedad de campos y se afanan por incrementar en una fracción la suma de conocimientos. Pero todavía podemos hacer más: es demasiada la información existente encerrada bajo llave, oculta en una base de datos o en

un informe no publicado, o detrás de un muro de pago. Tenemos que redoblar nuestros esfuerzos por hacer ampliamente accesible una mayor cantidad de buenas informaciones porque, sin ellas, las malas informaciones vendrán a llenar el vacío. No basta con que arranquemos las malas hierbas en el jardín de la información; también hemos de plantar flores.

Y necesitamos creer que esto servirá de algo y que es importante.

Darte por vencido y decidir que a nadie le importa la verdad solo porque tu candidato preferido haya perdido unas elecciones es, digamos, un tanto prematuro. Y casi igual de malo es creer que internet es solo un gigantesco motor de sandeces y que nadie puede hacer nada para controlarlo. Como este libro ha mostrado, esta dista mucho de ser la primera vez en la historia que hemos tenido estas preocupaciones. Los rumores incontrolados, el pánico hacia las nuevas tecnologías de la comunicación, el horror a las noticias falsas y los temores a la sobrecarga de información existen desde hace siglos. Los superamos entonces y podemos superarlos ahora, siempre y cuando no levantemos las manos y digamos «je je, todo da igual». La mayor preocupación respecto de la idea de las *fake news* no es en realidad que la gente se crea las noticias falsas, sino que deje de creer las noticias reales.

Y necesitamos celebrar las veces que hacemos bien las cosas, porque lo cierto es que hay ocasiones en las que damos grandes pasos adelante. Y a veces eso sucede en los lugares más inverosímiles como, por ejemplo, un jardín trasero en París.

A las mismas preguntas que hemos considerado aquí (cómo desenmarañar las verdades pequeñas e insulsas de una reluciente madeja de disparates apasionantes) se enfrentaban los ciudadanos honestos de esa ciudad en la década de 1780, cuando llegó a la ciudad nuestro viejo amigo y curandero, el doctor Anton Mesmer. Como mencionamos en el capítulo 7, el rey Luis XVI no estaba precisamente contento de que María Antonieta estuviese permitiendo que Mesmer la encandilara con sus encantos

hipnóticos. Así pues, reunió una especie de Vengadores Empiristas para poner a prueba las teorías de Mesmer. El grupo incluía algunas de las mentes más privilegiadas del París de aquella época, como el padre de la química moderna, Antoine Lavoisier, y el renombrado doctor Joseph-Ignace Guillotin (que, al año siguiente, propondría una invención con la que Luis XVI acabaría familiarizándose mucho).

En su búsqueda de la verdad, los miembros de la comisión hicieron algo que, hasta donde sabemos, nadie había hecho jamás en la historia de la ciencia. Llevaron a cabo los primeros ensayos clínicos ciegos y controlados con placebo del mundo. En el jardín trasero de la casa del autor principal del estudio, los comisionados inventaron una parte bastante sustancial del método científico cuando —utilizando por vez primera el concepto de experimento ciego de una forma muy literal— llevaron de paseo a un sujeto con los ojos vendados y le hicieron abrazar árboles supuestamente «magnetizados» (antes de acabar desmayándose). Mediante este y otros experimentos controlados, demostraron de manera concluyente que las teorías de Mesmer eran patrañas.

Podrías pensar que, a la hora de poner por escrito sus hallazgos, habrían sentido la tentación de alardear de ese triunfo de la verdad sobre la charlatanería. Pero, en vez de ello, adoptaron un tono muy diferente: casi celebraban los errores de Mesmer, que se les antojaban harto más fascinantes que la prosaica verdad.

«Bien mirado, quizá la historia de los errores de la humanidad sea más valiosa e interesante que la de sus descubrimientos», escribió el autor principal del informe. Haciéndose eco de la observación de Montaigne de siglos atrás, proseguía: «La verdad es uniforme y estrecha; existe constantemente y no parece requerir tanto una energía activa cuanto una aptitud pasiva del alma para encontrarla. Pero el error está infinitamente diversificado; carece de realidad, es una pura y simple creación de la mente que lo inventa. En este campo, el alma tiene espacio suficiente para

expandirse, para desplegar todas sus facultades ilimitadas, así como todas sus bellas e interesantes extravagancias y absurdidades».

Este libro ha cubierto tan solo una fracción minúscula de esa «historia de los errores de la humanidad». Cabría escribir otro centenar de versiones del libro sin solapamientos.

Ojalá hayamos logrado seguir los pasos del autor de esa obra fundamental sobre el desenmascaramiento, que hacía equilibrios en el muy humano estado de hallarse atrapado entre el tira y afloja de la realidad y la ficción; el pionero buscador de la verdad que, sin embargo, parece haberse sentido extrañamente cautivado por las inagotables posibilidades de la falsedad que expanden el alma. Porque eso es lo que necesitamos hacer si aspiramos a ser más veraces: hemos de estudiar más profundamente los inmensos y fértiles campos del error, con el fin de conocer mejor lo que estamos haciendo mal antes de intentar hacerlo bien. Básicamente, necesitamos convertirnos en estudiosos de la charlatanería.

Por cierto, ¿cómo se llamaba ese autor en cuyo jardín trasero se llevó a cabo ese experimento pionero de búsqueda de la verdad?

Su nombre era, cómo no, Benjamin Franklin.

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que tengo que dar las gracias y pedir disculpas. En primer lugar a Ella Gordon, mi maravillosa editora en Wildfire, y a Antony Topping, mi excelente agente. Ambos me han tratado con mucha más paciencia, me han dado mucho más aliento y me han gritado mucho menos de lo que me merecía a lo largo del proceso de escritura de este libro, que sufrió un ligero retraso.

También debo expresar mi gratitud a mis maravillosos colegas de Full Fact, que se han mostrado pacientes a la par que inspiradores. Mi especial agradecimiento a nuestro director, Will Moy, que me ha permitido escribir el libro y ha sabido intuir perfectamente cuándo era preferible no preguntarme qué tal iba la cosa.

Por último, gracias y profundas disculpas a todos mis amigos, a los que prácticamente no veo desde hace muchos meses. ¡Ya puedo volver al mundo, tíos! Volved a invitarme a salir, por favor.

Para seguir leyendo

Son muchos los libros magníficos en los que me he basado al escribir estas páginas. La referencia de la mayoría de ellos figura en las notas finales, pero si te apetece bucear más en cualquiera de los temas del libro, he aquí una lista de algunos de los mejores:

En general

Tengo que elogiar el brillantemente titulado *Oxford Handbook of Lying* [Manual Oxford de las mentiras], que se publicó durante la escritura de este libro. Es el primer compendio interdisciplinar de los conocimientos académicos más recientes sobre la mentira, y como tal me hizo preguntarme brevemente si me compensaba molestarme en escribir este libro. Es estupendo, y también lo suficientemente pesado como para servir de tope de puerta, o quizá de arma homicida. No obstante, mi libro contiene más chistes. También me ha sido útil otra obra con otro título acertado, *Penguin Book of Lies* [Libro Penguin de las mentiras] (actualmente agotado), y todas mis referencias clásicas las he robado de él.

Capítulo 1

Para saber más sobre cómo, por qué y con qué frecuencia mentimos, una lectura agradable es *Liar: The Truth About Lying* [Mentiroso: la verdad

sobre las mentiras], de Robert Feldman. *On Bullshit,* de Harry Frankfurt (y su siguiente libro, *On Truth*),[1] es breve a la par que esencial. Probablemente te cueste mucho localizar *Adventures in Error* [Aventuras en el error] de Vilhjalmur Stefansson, pero lo cito bastante, por lo que probablemente debería expresarle mi agradecimiento.

Capítulo 2

A los fans de las dos partes dedicadas a Benjamin Franklin os animo a buscar *The Secret History of the Jersey Devil* [La historia secreta del diablo de Jersey], de Frank J. Esposito, y *Benjamin Franklin and Polly Baker: The History of a Literary Deception* [Bejamin Franklin y Polly Baker: la historia de un engaño literario], de Max Hall. Si estás interesado en la invención de noticias, no puedo recomendarte nada mejor que *The Invention of News: How the World Came to Know About Itself* [La invención de las noticias: cómo el mundo llegó a conocerse a sí mismo], de Andrew Pettegree. En un registro más académico, *The Politics of Information in Early Modern Europe* [La política de la información en Europa a principios de la Era Moderna], de Brandan Dooley y Sabrina A. Baron, tiene un montón de cosas geniales.

Capítulo 3

Sobre el Gran Engaño de la Luna, un libro estupendo es *The Sun and the Moon: The Remarkable True Account of Hoaxers, Showmen, Dueling Journalists, and Lunar Man-Bats in Nineteenth-Century New York* [El Sol y la Luna: la verdadera historia de los embaucadores, *showmen*, periodistas duelistas y hombres murciélago lunares en el Nueva York decimonónico], de Matthew Goodman. Sobre los engaños de los medios de comunicación

más en general, consulta el clásico *Hoaxes* [Bulos] de Curtis D. MacDougall, y *Panic Attacks: Media Manipulation and Mass Delusion* [Ataques de pánico: manipulación mediática y delirio masivo], de Robert Bartholomew.

Capítulo 4

The Phanton Atlas: The Greatest Myths, Lies and Blunders on Maps, de Edward Brooke-Hitching,[2] se publicó mientras escribía este libro, y descubrí con deleite y con fastidio que trataba sobre casi todo lo que yo tenía planeado. Si te ha gustado este capítulo, te aconsejo que leas el libro, porque cuenta muchas cosas más y tiene unos mapas mucho más bonitos. Busca *True North: Peary, Cook, and the Race to the Pole* [El norte verdadero: Peary, Cook y la carrera hacia el Polo], de Bruce Henderson, si te ha gustado lo referente al Ártico.

Capítulo 5

The Land That Never Was: Sir Gregor MacGregor and the Most Audacious Fraud in History [El país que nunca existió: sir Gregor MacGregor y el fraude más audaz de la historia], de David Sinclair, cuenta mucho más sobre el cacique de Poyais. *The Ponzi Scheme Puzzle* [El enigma del esquema Ponzi], de Tamar Frankel, es excelente en lo que atañe a los estafadores, como lo son también *The Mark Inside: A Perfect Swindle, a Cunning Revenge, and a Small History of the Big Con* [La víctima que llevamos dentro: una estafa perfecta, una venganza astuta y una pequeña historia del gran timo], de Amy Reading, y *The Confidence Game: The Psychology of the Con and Why We Fall for It Every Time* [El juego de la confianza: la psicología del timo y por qué caemos continuamente en la

trampa], de Maria Konnikova. *La Grande Thérèse, The Greatest Swindle of the Century*, de Hilary Spurling, [3] es una obra deliciosa sobre la vida y la época de Thérèse Humbert.

Capítulo 6

Sobre las mentiras más políticas, échale un vistazo a *The Lies of the Land* [Las mentiras del país], de Adam Macqueen. Sobre las falsedades relativas a la Primera Guerra Mundial, puedes ver *Myths & Legends of the First World War* [Mitos y leyendas de la Primera Guerra Mundial], de James Hayward.

Capítulo 7

Te recomiendo que leas *Ultimate Folly: The Rises and Falls of Whitaker Wright* [La suprema locura: el ascenso y la decadencia de Whitaker Wright], de Henry MacRory, y *The Bizarre Careers of John R. Brinkley* [Las extrañas carreras de John R. Brinkley], de R. Alton Lee. (Hay otros libros sobre Brinkley, pero solo he encontrado este disponible en el Reino Unido.)

Capítulo 8

Ya le he elogiado una de sus obras en esta sección, pero, si quieres saber más cosas sobre nuestras extrañas creencias y obsesiones, puedes buscar otros dos libros de Robert E. Bartholomew: *Hoaxes, Myths, and Manias: Why We Need Critical Thinking* [Engaños, mitos y obsesiones: por qué necesitamos el pensamiento crítico] y *Colorful History of Popular Delusions* [La pintoresca historia de los delirios populares]. A este respecto, *Extraordinary Popular Delusions and the Madness of Crowds*, de Charles

Mackay,[4] es un clásico (por eso Bartholomew y yo jugamos con su título), si bien contiene algunos errores.

Conclusión

La verdad es que aquí no tengo ningún libro que recomendar, así que me limitaré a sugerirte que leas también mi libro anterior, *Humans: A Brief History of How We F*cked It All Up*.[5]

Créditos de las imágenes

Nicolás Maquiavelo, óleo de Santi di Tito, segunda mitad del siglo XVI. Foto: Imagno/Getty Images.

Jonathan Swift, óleo de Charles Jervas, *c.*1718. Foto: Granger/Alamy/ACI.

Benjamin Franklin, óleo de Joseph-Siffred Duplessis, 1785. Foto: Wim Wiskerke/Alamy/ACI.

Vendedor de *Relation*, grabado en madera, 1631. Foto: Interfoto/Alamy/ACI.

Nuevos descubrimientos en la Luna, grabado de los hermanos Thierry, publicado en 1835. Foto: SSPL/Getty Images.

A map shewing the progress of discovery and improvement, in the geography of North Africa, publicado por James Rennell, 1798. Library of Congress, Geography and Map Division.

Mapa de África publicado por Aaron Arrowsmith, 1802. Library of Congress, Geography and Map Division.

Mapa de África sacado de *A New Universal Atlas*, publicado por S. Augustus Mitchell, 1849. Library of Congress, Geography and Map Division.

General Gregor MacGregor, grabado a media tinta de Samuel William Reynolds al estilo de Simon Jacques Rochard, 1820-1835. Foto: The Picture Art Collection/Alamy.

Billete de dólar del Banco de Poyais, década de 1820. Foto: History and Art Collection/Alamy /ACI.

Jeanne de Valois-Saint-Rémy, condesa de La Motte. Grabado punteado de F. Bonneville, 1796. Foto: API/Gamma-Rapho/Getty Images.

Thérèse Humbert, *c.*1903. Foto: Harlingue/Roger Viollet/Getty Images.

Traslado de la caja fuerte de Humbert, mayo de 1902. Foto: Hulton Archive/Getty Images.

Titus Oates, grabado de F. Wentworth, *c.*1880. Foto: Hulton Archive/Getty Images.

Rose Mary Woods demostrando «El estiramiento de Rose Mary», 1973. Foto: AP/Shutterstock /Gtres.

Cúpula y túnel bajo el agua en Witley Park. Foto: Associated Newspapers/Shutterstock/Gtres.

John R. Brinkley. Foto: Underwood and Underwood/The LIFE Image Collection/Getty Images.

Aeronave alemana. Foto: Interfoto/Alamy/ACI.

El rey Jacobo examinando a unas brujas. Foto: Chronicle/Alamy/ACI.

Cerdo hormiguero brasileño. Foto: Tom Phillips.

Notas

1. Glenn Kessler, Salvador Rizzo y Meg Kelly, «President Trump has made 10,796 false or misleading claims over 869 days», *Washington Post*, 10 de junio de 2019, <https://www.washingtonpost.com/politics/2019/06/10/president-trump-has-made-false-or-misleading-claims-over-days/>.

2. Glenn Kessler, «A year of unprecedented deception: Trump averaged 15 false claims a day in 2018», *Washington Post*, 30 de diciembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/politics/2018/12/30/year-unprecedented-deception-trump-averaged-false-claims-day/>.

3. Glenn Kessler, Salvador Rizzo y Meg Kelly, «President Trump has made more than 5,000 false or misleading claims», *Washington Post*, 13 de septiembre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/politics/2018/09/13/president-trump-has-made-more-than-false-or-misleading-claims/>.

1. Thomas Dekker, *The Seven Deadly Sins of London*, Edward Arber, 1879, pág. 21.

2. Nicolás Maquiavelo, «Letter #179, To Francesco Guicciardini, 17 May 1521», citado en Dallas G. Denery II, *The Devil Wins: A History of Lying from the Garden of Eden to the Enlightenment*, Princeton University Press, 2015, pág. 258.

3. Citado en Paul V. Trovillo, «History of Lie Detection», *Journal of Criminal Law and Criminology*, vol. 29, n.º 6 (1938-1939), pág. 849.

4. Véase Trovillo, también Henry Charles Lea, *Superstition and Force: 3rd edition, revised*, Henry C. Lea, 1878, pág. 295, y Ali Ibrahim Khan, «On The Trial By Ordeal, Among The Hindus», en sir William Jones, *Supplemental Volumes Containing the Whole of the Asiatick Researches*, G. G. y J. Robinson, 1801, pág. 172.

5. Vilhjalmur Stefansson, *Adventures in Error*, R. M. McBride & Company, 1936, pág. 7, accesible en <https://hdl.handle.net/2027/wu.89094310885>.

6. Thomas A. Sebeok, «Can Animals Lie?», en *I Think I Am a Verb*, Springer, 1986, pág. 128.

7. Natalie Angier, «A Highly Evolved Propensity for Deceit», *The New York Times*, 22 de diciembre de 2008, <https://www.nytimes.com/2008/12/23/science/23angi.html>.

8. F. B. de Waal, «Intentional deception in primates», *Evolutionary Anthropology: Issues, News and Reviews*, vol. 1, n.º 3, pág. 90.

9. Richard W. Byrne y Nadia Corp, «Neocortex Size Predicts Deception Rate in Primates», en *Proceedings: Biological Sciences*, vol. 271, n.º 1549, 2004.

10. Victoria Talwar, «Development of Lying and Cognitive Abilities», en Jörg Meibauer (ed.), *The Oxford Handbook of Lying*, Oxford University Press, 2018, pág. 401.

11. Robert Feldman, *Liar: The Truth About Lying*, Ebury Publishing, 2009, capítulo 1, edición en Kindle.

1. Benjamin Franklin, *Poor Richard’s Almanack and Other Writings*, Dover Publications, 2012, pág. 55.

2. A diferencia de muchas citas atribuidas a Twain, al menos dijo algo muy similar: «Puedo entender perfectamente cómo se divulgó la noticia de mi enfermedad, incluso sé de buena tinta que he muerto. James Ross Clemens, un primo mío, estuvo gravemente enfermo en Londres hace dos o tres semanas, pero ya se encuentra bien. La noticia de mi enfermedad surgió de su enfermedad. La noticia de mi muerte fue una exageración. La noticia de mi pobreza es más difícil de abordar». Frank Marshall White, «Mark Twain Amused», en *New York Journal*, 2 de junio de 1897, reproducido en Gary Scharnhorst (ed.), *Mark Twain: The Complete Interviews*, University of Alabama Press, 2006.

3. «Alan Abel, Satirist Created Campaign To Clothe Animals», *New York Times*, 2 de enero de 1980, pág. 39.

4. «Obituary Disclosed as Hoax», *New York Times*, 4 de enero de 1980, pág. 15.

5. Margalit Fox, «Alan Abel, Hoaxer Extraordinaire, Is (on Good Authority) Dead at 94», *New York Times*, 17 de septiembre de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/09/17/obituaries/alan-abel-dies.html>.

6. Véase, p. ej., Suzette Smith, «The Day We Thought Jeff Goldblum Died», *Portland Mercury*, 22 de junio de 2016, <https://www.portlandmercury.com/The-Jeff-Goldblum-Issue/2016/06/22/18265356/the-day-we-thought-jeff-goldblum-died>.

7. Brian Regal y Frank J. Esposito, *The Secret History of the Jersey Devil*, Johns Hopkins University Press, 2018, capítulo 2, edición en Kindle.

8. «Benjamin Franklin», Wikipedia, <https://en.wikipedia.org/wiki/Benjamin_Franklin>, consultado el 24 de febrero de 2019.

9. Marion Barber Stowell, «American Almanacs and Feuds», en *Early American Literature*, vol. 9, n.º 3, 1975, págs. 276-285, <http://www.jstor.org/stable/25070683>.

10. Citado en Stowell, «American Almanacs and Feuds».

11. Benjamin Franklin, *Poor Richard's Almanack and Other Writings*, Dover Publications, 2013, págs. 28-29.

12. Jonathan Swift, *Bickerstaff-Partridge Papers*, edición en Kindle, pág. 6.

13. Stowell, «American Almanacs and Feuds».

14. Titan Leeds, citado en Benjamin Franklin, *Poor Richard's Almanack and Other Writings*, Dover Publications, 2013, págs. 30-31.

15. Andrew Pettegree, *The Invention of News: How the World Came to Know About Itself*, Yale University Press, 2014, pág. 2.

16. Andrew Pettegree, *The Invention of News: How the World Came to Know About Itself*, Yale University Press, 2014, pág. 107.

17. Jeremiah Dittmar y Skipper Seabold, «Gutenberg's moving type propelled Europe towards the scientific revolution», *LSE Business Review*, 19 de marzo de 2019, <https://blogs.lse.ac.uk/businessreview/2019/03/19/gutenbergs-moving-type-propelled-europe-towards-the-scientific-revolution/>.

18. Thomas Schröder, «The origins of the German press», en Brandan Dooley y Sabrina A. Baron, *The Politics of Information in Early Modern Europe*, Routledge, 2001, pág. 123.

19. Michiel Van Groesen, «Reading Newspapers in the Dutch Golden Age», *Media History*, vol. 22, n.os 3-4, 2016, pág. 336.

20. Schröder, «The origins of the German press», pág. 123.

21. Schröder, «The origins of the German press», pág. 137.

22. Adrien Baillet, *Jugemens des savans sur les principaux ouvrages des auteurs*, 1685, citado en Ann Blair, «Reading Strategies for Coping With Information Overload *ca.* 1550-1700», *Journal of the History of Ideas*, vol. 64, n.º 1, pág. 11.

23. Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy*, EGO Books, 2008, edición en Kindle, posiciones 1337-1347 (trad. cast.: *Anatomía de la melancolía*, Madrid, Alianza, 2015).

24. Burton, *The Anatomy of Melancholy*, posiciones 1491-1492. La primera frase está en latín (*«Quis tam avidus librorum helluo»)*; traducción de George Tucker Hugo, «*Justus Lipsius and the Cento Form*», en Erik De Bom *et al*., *(Un)masking the Realities of Power: Justus Lipsius and the Dynamics of Political Writing in Early Modern Europe*, Brill, 2010, pág. 166.

25. Burton, *The Anatomy of Melancholy*, posiciones 1376-1379.

26. Brandan Dooley, «News and doubt in early modern culture», en Brandan Dooley y Sabrina A. Baron, *The Politics of Information in Early Modern Europe*, Routledge, 2001, pág. 275.

27. Lindsay O'Neill, «Dealing with Newsmongers: News, Trust, and Letters in the British World, *ca*. 1670-1730», *Huntington Library Quarterly*, vol. 76, n.º 2, 2013, págs. 215-233.

28. Andrew Hadfield, «News of the Sussex Dragon», en Simon F. Davies y Puck Fletcher, *News in Early Modern Europe – Currents and Connections*, Brill, 2014, págs. 85-86.

29. Citado en Hadfield, «News of the Sussex Dragon», pág. 88.

30. Citado en Markman Ellis, *Eighteenth-Century Coffee-House Culture*, vol. 4, Routledge, 2006, capítulo 6.

31. «By the King, a proclamation. To restrain the spreading of false news», 26 de octubre de 1688, Archivo de Textos de la Universidad de Oxford, <http://tei.it.ox.ac.uk/tcp/Texts-HTML/free/A87/A87488>.

32. *Craftsman*, 17 de julio de 1734, citado en Daniel Woolf, «News, history and the construction of the present in early modern England», en Brandan Dooley y Sabrina A. Baron, *The Politics of Information in Early Modern Europe*, Routledge, 2001, pág. 100.

33. Prudence L. Steiner, «Benjamin Franklin Biblical Hoaxes», en *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 131, n.º 2, 1987, págs. 183-196.

1. «GREAT ASTRONOMICAL DISCOVERIES LATELY MADE BY SIR JOHN HERSCHEL, L.L.D. F.R.S. &c. At the Cape of Good Hope [From Supplement to the Edinburgh Journal of Science]», *New York Sun*, 25 de agosto de 1835; texto de The Museum of Hoaxes [El museo de los engaños], <http://hoaxes.org/text/display/the_great_moon_hoax_of_1835_text>.

2. William N. Griggs, *The Celebrated «Moon Story», Its Origin and Incidents; With a Memoir of the Author, and an Appendix*, Bunnell and Price, 1852, págs. 23-25.

3. Edgar Allan Poe, «Richard Adams Locke», en *Complete Works of Edgar Allan Poe*, Delphi Classics, 2015, pág. 1950 (trad. cast.: *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1969).

4. Los cambios de nombre de *The Herald* fueron los siguientes: fue el *Morning Herald* de mayo a agosto de 1835, pasó a ser simplemente *The Herald* a finales de agosto, volvió a llamarse *Morning Herald* en mayo de 1837, para decantarse finalmente por *The New York Herald* en septiembre de 1840. Véase Louis H. Fox, «New York City Newspapers, 1820-1850: A Bibliography», *The Papers of the Bibliographical Society of America*, vol. 21, n.ºs 1-2, 1927, pág. 52, <http://www.jstor.org/stable/24292637>.

5. «The Great Moon Hoax», The Museum of Hoaxes [El museo de los engaños], <http://hoaxes.org/archive/permalink/the_great_moon_hoax>.

6. Tom Phillips, «25 Things That Will Definitely Happen In The General Election Campaign», BuzzFeed, 27 de enero de 2015, <htpps://www.buzzfeed.com/tomphillips/topless-barry-for-prime-minister>.

7. Andie Tucher, «Those Slippery Snake Stories», en *Humanities*, vol. 36, n.º 3, mayo/junio de 2015, <https://www.neh.gov/humanities/2015/mayjune/feature/those-slippery-snake-stories>.

8. Andie Tucher, «The True, the False, and the “not exactly lying”», en Mark Canada (ed.), *Literature and Journalism: Inspirations, Intersections and Inventions from Ben Franklin to Stephen Colbert*, Palgrave Macmillan, 2013, págs. 91-118.

9. William H. Hills, «Advice to Newspaper Correspondents III: Some Hints on Style», en *The Writer*, junio de 1887, citado en Andie Tucher, «The True, the False, and the “not exactly lying”», en Mark Canada (ed.), *Literature and Journalism*, pág. 93.

10. William H. Hills, «Advice to Newspaper Correspondents IV: Faking», en *The Writer*, noviembre de 1887, citado en Andie Tucher, «The True, the False, and the "not exactly lying"», en Mark Canada (ed.), *Literature and Journalism*, pág. 93.

11. Edwin L. Shuman, *Steps into Journalism: Helps and Hints for Young Writers*, 1894, citado en Andie Tucher, «The True, the False, and the "not exactly lying"», en Mark Canada (ed.), *Literature and Journalism*, pág. 95.

12. Curtis D. MacDougall, *Hoaxes*, Dover Publications, 1958, pág. 4.

13. *Ibid*.

14. Nadia Khomami, «Disco’s Saturday Night Fiction», *Observer*, 26 de junio de 2016, <https://www.theguardian.com/music/2016/jun/26/lie-heart-disco-nik-cohn-tribal-rites-saturday-night-fever>.

15. El apellido se parece mucho al término inglés *farrago* que, al igual que el castellano *fárrago*, designa una mezcla de cosas desordenadas e inconexas. *(N. del t.)*

16. «Railways and Revolvers in Georgia», *The Times*, 15 de octubre de 1856, pág. 9.

17. Artículo sin título (columna 4, «It is assumed by the myriads who sit in judgement...»), *The Times*, 16 de octubre de 1856, pág. 6.

18. Citado en E. Merton Coulter, «The Great Georgia Railway Disaster Hoax on the London Times», en *The Georgia Historical Quarterly*, vol. 56, n.º 1, 1972.

19. Martin Crawford, «The Great Georgia Railway Disaster Hoax Revisited», *The Georgia Historical Quarterly*, vol. 58, n.º 3, 1974.

20. «The Southern States of America», *The Times*, 27 de agosto de 1857, pág. 8.

21. «Comet's Poisonous Tail», *New York Times*, 8 de febrero de 1910, pág. 1.

22. «Some Driven To Suicide», *New York Times*, 19 de mayo de 1910, pág. 2.

23. Stian Alexander, «Croydon Cat Killer has widened brutal spree around the M25, say police», *Daily Mirror*, 13 de julio de 2016, <https://www.mirror.co.uk/news/uk-news/croydon-cat-killer-widened-brutal-8414154>.

24. «Mattoon Gets Jitters from Gas Attacks», *Chicago Herald-American*, 10 de septiembre de 1944, citado en Robert Bartholomew y Hilary Evans, *Panic Attacks: Media Manipulation and Mass Delusion*, The History Press, 2004.

25. «On The Contrary», *New Yorker*, 9 de diciembre de 2002, <https://www.newyorker.com/magazine/2002/12/09/on-the-contrary>.

26. <https://twitter.com/baltimoresun/status/1028118771192528897>; la pared daba una fecha de 1953; en realidad era de 1946.

27. H. L. Mencken, «Melancholy Reflections», *Chicago Tribune*, 23 de mayo de 1926, pág. 74.

28. *Ibid*.

29. H. L. Mencken, «A Neglected Anniversary», *New York Evening Mail*, 28 de diciembre de 1917.

30. Vilhjalmur Stefansson, *Adventures in Error*, R. M. McBride & company, 1936, págs. 288-290, accessible en <https://hdl.handle.net/2027/wu.89094310885>.

31. John Hersey, «Mr. President IV: Ghosts in the White House», *New Yorker*, 28 de abril de 1951, págs. 44-45, <https://www.newyorker.com/magazine/1951/04/28/mr-president-ghosts-in-the-white-house>.

32. «Address in Philadelphia at the American Hospital Association Convention», 16 de septiembre de 1952, Biblioteca y Museo Presidencial de Harry S. Truman, accesible en <https://www.trumanlibrary.gov/library/public-papers>.

33. Sandra Fleischman, «Builders' Winning Play: A Royal Flush», *Washington Post*, 24 de noviembre de 2001; y Andrea Sachs, «President's Day 101», *Washington Post*, 15 de febrero de 2004.

34. H. L. Mencken, «Hymn to the Truth», *Chicago Tribune*, 25 de julio de 1926, pág. 61.

1. R. F. Burton, «The Kong Mountains», en *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography*, vol. 4, n.º 8, 1882, págs. 484-486, <https://www.jstor.org/stable/1800716>.

2. Solo se conocen dos mapas que contengan la frase latina «*Hic Sunt Dracones*» y ambos datan de principios del siglo XVI. No hay constancia de que la frase haya aparecido en inglés. Véase «Oldest globe to depict the New World may have been discovered», *Washington Post*, 19 de agosto de 2013, <https://www.washingtonpost.com/national/health-science/oldest-globe-to-depict-the-new-world-may-have-been-discovered/2013/08/19/503b2b4a-06b4-11e3-a07f-49ddc7417125_story.html>.

3. James Rennell, «A Map, shewing the Progress of Discovery & Improvement, in the Geography of North Africa», 1798, <https://www.loc.gov/item/2009583841/>.

4. Thomas J. Bassett y Philip W. Porter, «“From the Best Authorities”: The Mountains of Kong in the Cartography of West Africa», en *The Journal of African History*, vol. 32, n.º 3, 1991, págs. 367-413, <www.jstor.org/stable/182661>.

5. Mungo Park, *Life and Travels of Mungo Park in Central Africa*, edición en Kindle, pág. 181.

6. James Rennell, *Proceedings of the Association for Promoting the Discovery of the Interior Parts of Africa*, W. Bulmer & Co, 1798, pág. 63.

7. Edward Brooke-Hitching, *The Phantom Atlas: The Greatest Myths, Lies and Blunders on Maps*, Simon & Schuster UK, 2016 (trad. cast.: *El atlas fantasma: grandes mitos, mentiras y errores de los mapas*, Barcelona, Naturart, 2018).

8. R. F. Burton, «The Kong Mountains», en *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography*, vol. 4, n.º 8, 1882, págs. 484-486, <https://www.jstor.org/stable/1800716>.

9. Hugh Clapperton, Richard Lander y Abraham V. Salamé, *Journal of a Second Expedition Into the Interior of Africa, From the Bight of Benin to Soccattoo*, John Murray, 1829, pág. 21.

10. Thomas J. Bassett y Philip W. Porter, «"From the Best Authorities": The Mountains of Kong in the Cartography of West Africa», en *The Journal of African History*, vol. 32, n.º 3, 1991.

11. Louis-Gustave Binger, «Du Niger au Golfe de Guinée par Kong», en *Bulletin de la Société de Géographie (Paris)*, 1889, citado en Bassett y Porter, «"From the Best Authorities": The Moutains of Kong in the Cartography of West Africa», en *The Journal of African History*, vol. 32, n.º 3, 1991.

12. Percy G. Adams, *Travelers and Travel Liars 1660-1800*, Dover Publications, 1980, págs. 158-161.

13. Edward Brooke-Hitching, *The Phantom Atlas: The Greatest Myths, Lies and Blunders on Maps*, Simon & Schuster UK, 2016, pág. 166 (trad. cast.*: El atlas fantasma: grandes mitos, mentiras y errores de los mapas*, Barcelona, Naturart, 2018).

14. Matthew Campbell, «Oil boom fuels mystery of the missing island in the Mexican Gulf», *The Times*, 6 de septiembre de 2009, <https://www.thetimes.co.uk/article/oil-boom-fuels-mystery-of-the-missing-island-in-the-mexican-gulf-xg7tcsdbcwz>.

15. «How, Modestly, Cook Hoaxed The World», *New York Times*, 22 de diciembre de 1909, pág. 4, <https://www.nytimes.com/1909/12/22/archives/how-modestly-cook-hoaxed-the-world-turned-a-smiling-face-to-critics.html>.

1. «The king of con-men», *The Economist*, 22 de diciembre de 2012, <https://www.economist.com/christmas-specials/2012/12/22/the-king-of-con-men>.

2. «On the first day March, 1822, the price will be advanced One Shilling and Sixpence per Acre, and in the same proportion every three months hereafter» – «North America», *Perthshire Courier*, 20 de diciembre de 1821, pág. 1.

3. *The Times*, 12 de julio de 1822, pág. 1.

4. Thomas Strangeways, *Sketch of the Mosquito Shore, Including the Territory of Poyais*, 1822.

5. Eduard Conzemius, «Ethnographical survey of the Miskito and Sumu Indians of Honduras and Nicaragua», en *Bureau of American Ethnology Bulletin*, 1932, pág. 1, citado en V. Wolfgang von Hagen, «The Mosquito Coast of Honduras and Its Inhabitants», en *Geographical Review*, vol. 30, n.º 2, 1940, pág. 252.

6. Compárese el mapa de *Sketch of the Mosquito Coast* tanto con los mapas modernos como con el que aparece en V. Wolfgang von Hagen, «The Mosquito Coast of Honduras and Its Inhabitants», en *Geographical Review*, vol. 30, n.º 2, 1940, pág. 240.

7. Raista Eco Lodge es, al parecer, «turismo comunitario en todo su esplendor»: «Laguna de Ibans», Lonely Planet, <https://www.lonelyplanet.com/honduras/laguna-de-ibans>.

8. *Manchester Guardian*, 25 de octubre de 1823, republicado como «Settlers duped into believing in “land flowing with milk and honey”» en *The Guardian*, 25 de octubre de 2013, <https://www.theguardian.com/theguardian/2013/oct/25/gregor-macgregor-poyais-settlers-scam>.

9. Si te apetece leer más acerca del asunto de Darién, hay una amplia sección al respecto en el libro anterior del autor, *Humans: A Brief History of How We F*cked It All Up* (trad. cast.: *Humanos: Una breve historia de cómo la hemos pifiado*, Barcelona, Paidós, 2019).

10. Michael Rafter, *Memoirs of Gregor M'Gregor: Comprising a Sketch of the Revolution in New Grenada and Venezuela*, etc., J. J. Stockdale, 1820, pág. 19.

11. Matthew Brown, «Inca, Sailor, Soldier, King: Gregor MacGregor and the Early Nineteenth-Century Caribbean», en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 24, n.º 1, 2005, pág. 55.

12. Michael Rafter, *Memoirs of Gregor M'Gregor: Comprising a Sketch of the Revolution in New Grenada and Venezuela*, etc., J. J. Stockdale, 1820, pág. 20.

13. Michael Rafter, *Memoirs of Gregor M'Gregor: Comprising a Sketch of the Revolution in New Grenada and Venezuela*, etc., J. J. Stockdale, 1820, pág. 19.

14. W. D. Weatherhead, *An Account of the Late Expedition Against the Isthmus of Darien Under the Command of Sir Gregor M'Gregor*, Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, 1821, pág. 26.

15. *Jamaica Gazette*, 17 de julio de 1819, citado en Matthew Brown, «Inca, Sailor, Soldier, King: Gregor MacGregor and the Early Nineteenth-Century Caribbean», en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 24, n.º 1, 2005, pág. 59.

16. Michael Rafter, *Memoirs of Gregor M'Gregor: Comprising a Sketch of the Revolution in New Grenada and Venezuela*, etc., J. J. Stockdale, 1820, pág. 338.

17. Para ampliar la información al respecto, véase Matthew Brown, «Inca, Sailor, Soldier, King: Gregor MacGregor and the Early Nineteenth-Century Caribbean», en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 24, n.º 1, 2005.

18. *London Literary Gazette and Journal of Belles Lettres, Arts, Sciences, etc*., n.º 315, 1 de febrero de 1823, pág. 70.

19. Posiblemente merezca la pena citarlo por extenso: «La crítica feroz a su Endimión, que apareció en la *Quarterly Review*, provocó el efecto más violento en su mente susceptible; la agitación así originada terminó con la ruptura de un vaso sanguíneo en los pulmones; siguió una rápida tuberculosis, y los sucesivos reconocimientos de la auténtica grandeza de sus poderes por parte de los críticos más francos fueron ineficaces para curar la herida tan cruelmente infligida». Percy B. Shelley, Prefacio a *Adonais: An Elegy on the Death of John Keats, Author of Endymion, Hiperion, etc*., 1821.

20. «Art. VIII», en *Quarterly Review*, vol. XXVIII, octubre de 1822 y enero de 1823, págs. 157-161.

21. Tamar Frankel, *The Ponzi Scheme Puzzle*, Oxford University Press, 2012, pág. 111.

22. Tamar Frankel, *The Ponzi Scheme Puzzle*, Oxford University Press, 2012, pág. 89.

23. Tamar Frankel, *The Ponzi Scheme Puzzle*, Oxford University Press, 2012, pág. 85.

24. Maria Konnikova, *The Confidence Game: The Psychology of the Con and Why We Fall for It Every Time*, Canongate Books, 2016, pág. 8.

25. Doctor Norbert Kerenyi, *Stories of a Survivor*, Xlibris, 2011, pág. 280.

26. Joe McCarthy, «The Master Impostor: An Incredible Tale», *Life*, 28 de enero de 1952, pág. 81.

27. «“Master Impostor”: Now May Try to Be Just Himself», *Minneapolis Sunday Tribune*, 8 de enero de 1956, pág. 10A.

28. Associated Press, «Ferdinand Waldo Demara, 60, An Impostor In Varied Fields», *New York Times*, 9 de junio de 1982, pág. B16.

29. Robert Crichton, *The Great Impostor*, Random House, 1959, pág. 103 (trad. cast.: *El gran impostor*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1968).

30. Golfo Alexopoulos, «Portrait of a Con Artist as a Soviet Man», en *Slavic Review*, vol. 57, n.º 4, invierno de 1998, pág. 775.

31. Eugene Zaleski, *Stalinist Planning for Economic Growth, 1933-1952*, University of North Carolina Press, 1980, citado en Golfo Alexopoulos, «Portrait of a Con Artist as a Soviet Man», en *Slavic Review*, vol. 57, n.º 4, invierno de 1998, pág. 777.

32. Golfo Alexopoulos, «Portrait of a Con Artist as a Soviet Man», en *Slavic Review*, vol. 57, n.º 4, invierno de 1998, pág. 781.

33. Citado en Alexopoulos, «Portrait of a Con Artist as a Soviet Man», pág. 788.

34. Hilary Spurling, *La Grande Thérèse, The Greatest Swindle of the Century*, Profile Books, 2000, pág. 24 (trad. cast.: *La gran Thérèse: la mayor estafa del siglo*, Barcelona, Circe, 2007).

35. Citado en Hilary Spurling, *La Grande Thérèse, The Greatest Swindle of the Century*, Profile Books, 2000, pág. 44 (trad. cast.: *La gran Thérèse: la mayor estafa del siglo*, Barcelona, Circe, 2007).

36. Benjamin F. Martin, *The Hypocrisy of Justice in the Belle Epoque*, Louisiana State University Press, 1984, pág. 80.

37. Citado en Hilary Spurling, *La Grande Thérèse, The Greatest Swindle of the Century*, Profile Books, 2000, pág. 48 (trad. cast.: *La gran Thérèse: la mayor estafa del siglo*, Barcelona, Circe, 2007).

1. Cuthbert, Almond, «Oates's Plot», *Catholic Encyclopedia*, <https://www.catholic.com/encyclopedia/oatess-plot>.

2. Alan Marshall, «Titus Oates», *Oxford Dictionary of National Biography*, 3 de enero de 2008, <https://www.oxforddnb.com/view/10.1093/ref:odnb/9780198614128.001.0001/onb-9780198614128-e-20437>.

3. Sir John Pollock, *The Popish Plot: A Study in the History of the Reign of Charles II*, Duckworth & Co., 1903, pág. 3.

4. David Kopel, «The missing 18 ½ minutes: Presidential destruction of incriminating evidence», *Washington Post*, 16 de junio de 2014, <https://www.washingtonpost.com/news/volokh-conspiracy/wp/2014/06/16/the-missing-18-12-minutes-presidential-destruction-of-incriminating-evidence>.

5. Iverach McDonald, *The History of the Times: Volume V, Struggles in Life and Peace, 139-1966*, Times Books, 1984, págs. 268-269.

6. «CRUCIFIXION OF CANADIANS (ALLEGED)», *Hansard*, 19 de mayo de 1915, <https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1915/may/19/crucifixion-of-canadians-alleged#S5CV0071P0-8398>.

7. «Through German Eyes», *The Times*, 16 de abril de 1917, pág. 7.

8. «“Supplement to the Boston Independent Chronicle”, [before 22 April 1782]», *Founders Online, National Archives*, modificado por última vez el 13 de junio de 2018, <http://founders.archives.gov/documents/Franklin/01-37-02-0132>. [Fuente original: Ellen R. Cohn (ed.), *The Papers of Benjamin Franklin, vol. 37, March 16 through August 15*, 1782, Yale University Press, 2003, págs. 184-196.]

9. Carla Mulford, «Benjamin Franklin's Savage Eloquence: Hoaxes from the Press at Passy, 1782», *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 152, n.º 4, 2008, pág. 497.

10. «Envío adjunta una carta sobre cuya veracidad albergo ciertas dudas en cuanto a la forma, pero no a la sustancia, pues creo que el número de personas a las que los indios han arrancado realmente la cabellera en esta guerra asesina excede el que se menciona en la factura...» Véase «From Benjamin Franklin to John Adams, 22 April 1782», *Founders Online, National Archives*, modificado por última vez el 13 de junio de 2018, <http://founders.archives.gov/documents/Franklin/01-37-02-0133>. [Fuente original: Ellen R. Cohn (ed.), *The Papers of Benjamin Franklin, vol. 37, March 16 through August 15*, 1782, Yale University Press, 2003, págs. 196-197.]

11. Gregory Evans Dowd, *Groundless: Rumors, Legends and Hoaxes on the Early American Frontier*, Johns Hopkins University Press, págs. 170-172.

1. Stephen Manes, *Gates: How Microsoft's Mogul Reinvented an Industry – and Made Himself the Richest Man in America*, Cadwallader & Stern, 1993, capítulo 5, edición en Kindle.

2. Brian Merchant, *The One Device: The Secret History of the iPhone*, Bantam Press, 2017, pág. 367. (Si vemos el vídeo del lanzamiento, es bastante notable que, cuando Jobs escenifica las llamadas telefónicas a Jony Ive y Phil Shiller, en realidad ninguno de ellos está utilizando un iPhone, sino que ambos tienen teléfonos con tapa de la vieja escuela. Véase <https://www.youtube.com/watch?v=9hUIxyE2Ns8> de 25.34 en adelante.)

3. Henry MacRory, *Ultimate Folly: The Rises and Falls of Whitaker Wright*, Biteback Publishing, capítulo 7, edición en Kindle.

4. Citado en MacRory, *Ultimate Folly: The Rises and Falls of Whitaker Wright*, capítulo 3.

5. Citado en MacRory, *Ultimate Folly: The Rises and Falls of Whitaker Wright*, capítulo 2.

6. A. Leo Oppenheim, *Letters from Mesopotamia*, University of Chicago Press, 1967, págs. 82-83.

7. Todas las citas de este pasaje son de Michael Rice, *The Archaeology of the Arabian Gulf*, Routledge, 2002, págs. 276-278.

8. Steven C. Levi, «P. T. Barnum and the Feejee Mermaid», en *Western Folklore*, vol. 36, n.º 2, 1977, págs. 149-154.

9. Benjamin Reiss, «P. T. Barnum, Joice Heth and Antebellum Spectacles of Race», en *American Quarterly*, vol. 51, n.º 1, 1999, págs. 78-107.

1. Justin Rowlatt, «Gatwick drone attack possible inside job, say police», BBC News, 14 de abril de 2019, <https://www.bbc.co.uk/news/uk-47919680>.

2. «Gatwick drones pair “no longer suspects”», BBC News, 23 de diciembre de 2018, <http://web.archive.org/web/201812223172230/https://www.bbc.co.uk/news/uk-england-46665615>. (La BBC editó posteriormente el artículo para eliminar la cita de la policía.)

3. Justin Rowlatt, «Gatwick drone attack possible inside job, say police», BBC News, 14 de abril de 2019, <https://www.bbc.co.uk/news/uk-47919680>.

4. Véase el mapa interactivo en Brett Holman, «Mapping the 1913 phantom airship scare», <https://airminded.org/2013/05/03/mapping-the-1913-phantom-airship-scare/>.

5. Francis Wrigley Hirst, *The Six Panics and Other Essays*, Methuen, 1913, pág. 104.

6. Robert E. Bartholomew, *Hoaxes, Myths, and Manias: Why We Need Critical Thinking*, Prometheus Books, 2003, capítulo 9, edición en Kindle.

7. Johan J. Mattalaer y Wolfgang Jilek, «Koro – The Psychological Disappearance of the Penis», *Journal of Sexual Medicine*, vol. 4, n.º 5, 2007.

8. Robert E. Bartholomew, *A Colorful History of Popular Delusions*, Prometheus Books, 2015, pág. 37.

9. Tzafrir Barzilay, *Well-Poisoning Accusations in Medieval Europe: 1250-1500*, tesis de la Universidad de Columbia, 2016, pág. 95, <https://academiccommons.columbia.edu/doi/10.7916/D8VH5P6T>.

10. Bernardo Gui, *Vita Joannis XXII*, pág. 163, citado en Barzilay, *Well-Poisoning Accusations in Medieval Europe: 1250-1500*, pág. 110.

11. P. T. Leeson y J. W. Russ, «Witch Trials», *The Economic Journal*, vol. 128, n.º 613, 2018.

12. «Posse Sets Out as “Jersey Devil” Reappears», *New York Times*, 19 de diciembre de 1929, pág. 14.

13. *Ibid*.

1. Trad. cast.: *Sobre la charlatanería (On Bullshit); Sobre la verdad*, Barcelona, Paidós, 2013. *(N. del t.)*

2. Trad. cast.: *El atlas fantasma: grandes mitos, mentiras y errores de los mapas*, Barcelona, Naturart, 2018. *(N. del t.)*

3. Trad. cast.: *La gran Thérèse: la mayor estafa del siglo*, Barcelona, Circe, 2007. *(N. del t.)*

4. Trad. cast.: *Delirios populares extraordinarios y la locura de las masas*, Barcelona, Profit, 2009. *(N. del t.)*

5. Trad. cast.: *Humanos: Una breve historia de cómo la hemos pifiado*, Barcelona, Paidós, 2019. *(N. del t.)*

1. Dylan Breves, «Coati», Wikipedia, revisión a las 02.36 UTC del 12 de julio de 2008, <https://en.wikipedia.org/w/index.php?title=Coati&diff=next&oldid=224679361> (Ausencia previa del término según los resultados de las búsquedas restringidas por fecha en Google, Google Scholar y Google Books.)

2. Eric Randall, «How a Racoon Became an Aardvark», *New Yorker*, 19 de mayo de 2014, <https:/www.newyorker.com/tech/annals-of-technology/how-a-raccoon-became-an-aardvark>; Entre los avistamientos en la prensa se incluyen: Amanda Williams, «Hunt for the runaway aardvark: Lady McAlpine calls on public to help find her lost ring-tailed coati», *Daily Mail*, 8 de abril de 2013, <https://www.dailymail.co.uk/news/article-2305602/Hunt-runaway-aardvark-Lady-McAlpine-calls-public-help-lost-ring-tailed-coati.html>; Ben Leach, «Scorpions, Brazilian aardvarks and wallabies all found living wild in UK, study finds», *Daily Telegraph*, 21 de junio de 2010, <https://www.telegraph.co.uk/news/earth/wildlife/7841796/Scorpions-Brazilian-aadvarks-and-wallabies-all-found-living-wild-in-UK-study-finds.html>; Jonathan Brown, «From wallabies to chipmunks, the exotic creatures thriving in the UK», *Independent*, 21 de junio de 2010, <https://www.independent.co.uk/environment/nature/from-wallabies-to-chipmunks-the-exotic-creatures-thriving-in-the-uk-2006096.html> (aunque esta referencia se limita a los «cerdos hormigueros»).

3. «Scorpions and parakeets “found living wild in UK”», BBC News, 21 de junio de 2010, <https://www.bbc.co.uk/news/10365422>. Advertirás que varias de estas son versiones de la misma historia, sobre especies alóctonas que viven en estado salvaje en el Reino Unido. Todas ellas estaban basadas en un «informe» de un investigador de la Universidad de Hull, encargado con fines de relaciones públicas por Eden, un canal de televisión; parece probable que el error estuviese incluido en el comunicado de prensa original y fuese copiado a partir de ahí, si bien no he sido capaz de localizar dicho comunicado.

4. James Nadal, «Brazilian aardvark on the loose in Marlow», *Bucks Free Press*, 20 de febrero de 2013, <https://www.bucksfreepress.co.uk/news/10240842.brazilian-aardvark-on-the-loose-in-marlow/>; Flora Drury, «So that's what an aardvark looks like», *Worcester News*, 9 de junio de 2011, <https://www.worcesternews.co.uk/news/9072841.so-thats-what-an-aardvark-looks-like/>.

5. «Photo of the Day: Wild Fire», *Time*, 20 de septiembre de 2013, <https://time.com/3802583/wild-fire/>; «An Unexpected Visitor in the Volcano», *National Geographic*, 7 de marzo de 2013, <https://blogs.nationalgeographic.org/2013/03/07/an-unexpected-visitor-in-the-volcano/>; «Brazil Plans to Clone Its Endangered Species», *Scientific American*, 14 de noviembre de 2010, <https://blogs.scientificamerican.com/extinction-countdown/brazil-plans-to-clone-its-endangered-species/>.

6. Paulo Henrique Duarte Cançado; João Luiz Horácio Faccini; Guilherme de Miranda Mourão; Eliane Mattos Piranda; Valéria Castilho Onofrio y Darci Moraes Barros-Battesti, «Current status of ticks and tick-host relationship in domestic and wild animals from Pantanal wetlands in the state of Mato Grosso do Sul, Brazil», *Iheringia. Série Zoologia*, vol. 107, supl. 0, 2 de mayo de 2017, <https://dx.doi.org/10.1590/1678-4766e2017110>.

7. Caspar Henderson, *The Book of Barely Imagined Beings: A 21st Century Bestiary*, University of Chicago Press, 2013, pág. 10.

8. Neil Safier, «Beyond Brazilian Nature: The Editorial Itineraries of Marcgraf and Piso's Historia Naturalis Brasiliae», en Michiel Van Groesen (ed.), *The Legacy of Dutch Brazil*, Cambridge University Press, 2014, pág. 179, <https://doi.org/10.1017/CBO9781107447776.011>.

9. «David Attenborough and BBC take us to Hotel Armadillo – in pictures», *The Guardian*, 5 de abril de 2017, <https://www.theguardian.com/environment/gallery/2017/apr/05/david-attenborough-and-bbc-take-us-to-hotel-armadillo-in-pictures>.

10. Nick Allen, «Wikipedia, the 25-year-old student and the prank that fooled Leveson», *Daily Telegraph*, 5 de diciembre de 2012, <https://www.telegraph.co.uk/news/uknews/leveson-inquiry/972396/Wikipedia-the-25-year-old-student-and-the-prank-that-fooled-Leveson.html>.

11. «Wikipedia: List of citogenesis incidents», Wikipedia, recuperado el 30 de junio de 2019, <https://en.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:List_of_citogenesis_incidents>.

12. Tom Phillips, *Truth: A Brief History of Total Bullshit*, Wildfire, 2019, pág. 44 (trad. cast.: *Verdad: Una breve historia de la charlatanería*, Barcelona, Paidós, 2022).

Verdad
Tom Phillips

Título original: *Truth*
Publicado originalmente en inglés por Wildfire, un sello editorial de Headline Publishing Group

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-493-3973-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



TOM PHILLIPS

Autor del bestseller internacional **Humanos**

Verdad

Una breve historia de la charlatanería

PAIDÓS